The University of Chicago
Libraries

SANTO DOMINGO DE SILOS

POR

DON RAFAEL ALCOCER
MONJE - DE SILOS

Santo Domingo de Silos

R. P. Don Rafael Alcocer
O. S. B.

Santo Domingo de Silos

VALLADOLID
Imprenta de la Casa Social Católica
1925

BX 4700
.D65A4

Div ✓

1022716 *Puede imprimirse:*
Silos, 15 agosto 1925.
† Fr. Luciano Serrano
Abad de Silos

Nihil obstat:
Lic. Germanus G. Oliveros
Can. Mag. Censor

Vallisoleti, 21 septembris 1925
Imprimatur:
† Remigius Archiepiscopus
Vallisoletanus

Excmi. ac Rmi. Archiepiscopi
Domini mei mandato
Claudius Martín
Ben. V. Srius.

OBSERVACIONES

La mano peritísima de un hermano mío en religión, que quiere ocultarse con porfiada modestia, ha copiado fidelísimamente, para esta obra, las iniciales de los capítulos, el estilo y colorido de las viñetas y todas las letras que componen la portada, tomándolas de los manuscritos visigóticos del siglo once, en especial de los escritos en nuestro monasterio en los tiempos de Santo Domingo.—Son, pues, una muestra del arte español medieval, y, además, en esta «Vida» del santo abad de Silos, tienen casi un aroma de reliquia.

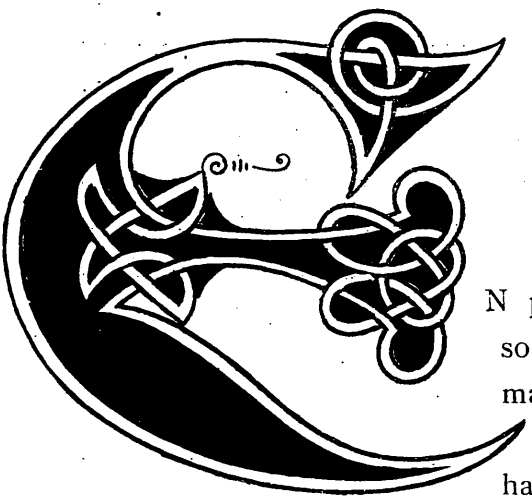
Introducción

Hogar en el Valle

BERENGUELA

En el nomine del Padre que fizo toda cosa
Et de don Jesu Cristo, Fijo de la Gloriosa,
Et del Spiritu Sancto que egual dellos posa,
De un Confessor sancto quiero fer una prosa.

BERCEO, *Vida de Santo Domingo de Silos.* I



EN prosa o en verso, de cualquier manera que se hable, cuando se habla de Castilla, Castilla es siempre y sólo la inmensa meseta pobre de verdura, vestida de pardo como si un cilicio cubriera y mortificara la desnudez fogosa de la tierra.—Eso dicen.

Y esta Castilla es la madre robusta de guerreros, la noble educadora de ascetas, la organizadora de municipios, la amada de los moros, la reque-

rida de cristianos en pesada cabalgada de siglos. Lo dicen los poetas.

Pero conozco un valle—¡oh!, no muy ancho ni fresco ni umbroso; es un valle austero que se acuesta entre peñas. El valle de Tabladillo, los picos de Tejada, las lomas de Cervera, los montes de Bustar; los riscos y valles de todas estas sierras, de la madre serranía burgalesa, hoy acaso no son nada: ni bosques, ni riqueza, ni vida, pero lo fueron todo; por sus picos y lomas saltaba la vida, hasta que un día se fué. —Por eso son tan austeros sus altos, los valles tan tristes.

Porque dicen que las llanuras castellanas y el alma de sus gentes son graves, son tristes, pero lo triste con la tristeza de una renunciación, lo triste de veras en Castilla es la sierra y el lento vivir de sus valles.

Las montañas, en sus cumbres, siempre se muestran majestuosas, pero en la intimidad escondida de sus senos y hondonadas quiebran toda su altanería, y se derraman amigables, festivas, labrando con mil travesuras el encanto apacible de los valles; mimosos y perfumados en Galicia, alegres en Cantabria, en todas partes, de ordinario, derrochando el vivir en un místico

sosiego que hechiza.—En todas partes, menos en Castilla

En Castilla, los montes no pierden un punto de su empaque severo; resbala por los pliegues de sus faldas, y los recoge y compone con austeridad, sin remilgos; se posa en el valle, y lo deja medroso, oprimido, con un gesto de estupor y de llanto, como el gesto de un niño que contiene sus lloros, con los ojos muy abiertos y el rostro contraído.—Así es el paisaje en este rincón de Castilla; y en estas sierras, el paisaje y las almas son lo mismo.

Es como la resultante de una lucha en que el hombre, talando bárbaramente el arbolado, desnuda los montes de sus lozanías; y la montaña, cada vez más arisca, negando a los valles fertilidad y frescura, a los ganados alimento y abrigo, y alzando vengativa su masa de rocas, abruma las almas y deja en ellas como impronta, estampada a través de las generaciones, la misma desolación a que el hombre le condena.—Y así se prolonga, a veces, por estos rincones una penada forma de vivir que parece incrustada en cosa muerta.

Pero aquí, en estos montes, en siglos no distantes, hubo vida muy fuerte y briosa.

Y fué primero aquel vivir de frontería, lleno de peligros y azares, rico de aventuras, generosísimo en derrames de energías; un vivir que curtía el espíritu con renunciamientos y dolores, y los embriagaba en victorias, y con lumbres de entusiasmo y de fe los abrigaba y fortalecía.

Entonces, en las fronteras, nacían los linajes, los famosos linajes de Castilla, se adquiría nobleza, se despojaba a los moros, se repartía botín y terrenos, se poblaban lugares, se conquistaban señoríos, se disfrutaba de fueros y franquicias, y, al señuelo de tantas ventajas, el entusiasmo y la noble ambición acudían a estas montañas, y en sus laderas y valles encendían fogaratas de vida.

Pero un día, al avanzar el empuje de la reconquista, la sierra volcó al otro lado del Duero este vivir de frontería, que se marchó muy lejos, porque las llanuras no tienen fronteras. Se fué a cabalgar por las vertientes del Tajo, sobre las riberas del Guadalquivir; y, mientras allá la vida trepidaba en combates, y atrás, en las llanuras, se regalaba y abestecía, en la sierra, falta de lumbres, la llamarada alegre y fuerte del vivir casi se apagaba, casi se moría.

Pero conozco un valle—¡oh!, es un valle humilde recogido en silencio; yo conozco un poco la historia del valle: entre los picos de Tejada, las lomas de Cervera, los montes del Bustar, en el seno secreto de Silos, las almas hallaron un hostal abrigado, en el fondo del valle, la vida tenía un hogar.

Y esta fué la obra de Santo Domingo, el abad silense; cuando el vivir de esta comarca se entumecía, enfermaba, se moría, él supo darle calor y aliento, volcando en un rincón del valle, en hogar desmantelado, los fuegos de su alma, las lumbres de su ingenio peregrino.

Entonces, al llamear alegre de aquel fuego, las gentes acudían, se asentaban en torno, y comenzaban a trabajar; y trabajando y recogidas, abrigadas, las gentes aumentaban, su haber se enriquecía, se vestían de nobleza, con veneras de hidalguía, se amistaban con la ciencia, y con amor de gratitud, con la gratitud que rebosa en cierto orgullo, miraban satisfechos casi vanidosos, aquel hogar que decían, y, con discreto eufemismo, dicen «suyo»; y el portalico amparador, que los acogió transidos, se agrandó, se fué hinchendo hasta hacerse una villa con tufillos de

ciudad.—Así por la acción del Santo, nació una villa, y el monasterio fué el hogar.

Su historia es la misma del valle; privilegio insigne de casa solariega, que solares fueron los viejos monasterios castellanos; no solares de familias, solares de pueblos, que jalonaron y fecundaron los jirones de tierra que a los moros se arrebataban. En lo alto de las cumbres, sobre los muros de los castillos, luchaban los hombres de guerra; pero en los valles, hombres de paz, cumpliendo su misión trabajaban, estudiaban, sabían amar y rezaban. Por eso, castillos y monasterios jalonan y acompañan el ensanche magnífico de la reconquista; sobre todo, en los tiempos primeros, los más olvidados, pero de labor más ruda y heroica; cuando en las montañas éstas nacía Castilla, y los fermentos benéficos de la civilización se recogían y trasegaban en los claustros; cuando los claustros se levantaban en las tierras recién conquistadas, como solares de civilización, hogares de intensa vida.

Así resulta que tantos lugares, tantas comarcas de esta vieja Castilla no tienen más historia que el historial de sus monasterios, que, a su vez, comienza casi siempre con la historia de un santo.

Para este rincón castellano donde escribo, en esta comarca, hoy tan rendida, Santo Domingo, el abad silense, fué el hombre providencial de cuyo aliento respiró largamente, mientras pasaban los siglos. Hacer la historia de este santo y de su acción benéfica, es admirar el bien de amor que hizo Dios a los hombres, floreciendo en nuestro yermo flores de santidad. Por esto atraen con doble interes las gestas memorables de aquel «confessor sancto, lumen de las Espannas, sennor sancto Domingo» que en el valle de Silos supo encender la llama de un fuego que moría.

✠

Con mano medrosa que la obediencia mueve, voy a trazar su vida glosando al buen Berceo.— Dios haga que no sea «ennoioso ioglar».

Capítulo I

Como los Lirios

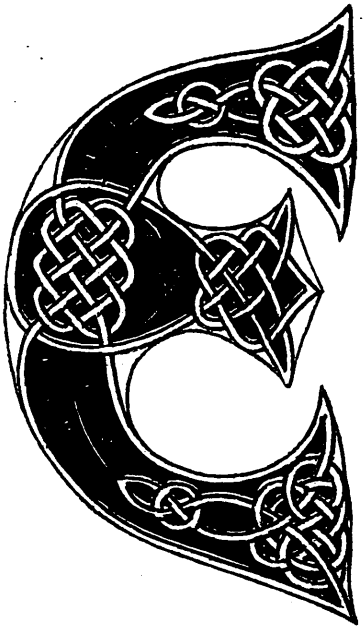
Nacimiento del Santo

Año mil del Señor

LOM LOS LIRIOS

Sennor Sancto Domingo, dizlo la escriptura,
Natural fué de Cannas, non de baxa natura,
Lealmente fué fecho a toda derechura,
De todo muy derecho, sin nulla depresura.

BERCEO, 5.



S un abrazo inmenso, pero muy blando y lleno de celos, lleno de mimos, el que dan las sierras a la Rioja Alta prendiéndola en un círculo. Y es una gloria la tierra aquella que lentamente, suavemente, baja rugosa y ondulante, desde La Demanda, San Lorenzo y Los Cameros, y

baja lentamente, se extremece un poquito y se tiende postrada a lo largo del Ebro, sobre la margen derecha del río, con fatiga de madre fecunda que alimenta a más de cien pueblos, a más de cien hijos. Luego torna a alzarse perezosamente por la otra ribera hasta doblar las cumbres de sierra Toloño, y se cierra el círculo.

El Ebro lo corta como una secante, por la parte norte, y levantadas en doble anfiteatro las dos vertientes contemplan con pasmo de amores el paso de la corriente que lleva en sus ondas el nombre y el alma de España, la historia de siglos...

Es un país de gozo esta Rioja: el cielo, derritiéndose en luces, la tierra amorosa, los ánimos fuertes y alegres, y el vino sutil y aromático por alquimia de brujo.

Y luego... sus valles de nombres benditos: Allá, muy abajo, entre el abrigo de apretadas montañas está Valvanera, la Casa de la Virgen, en soledad augusta defendida por las Peñas del oro y la famosa cuesta:

Virgen de Valvanera,
Dame la mano
Para subir la cuesta
Del avellano...

cantan los peregrinos, rompiendo con su grito final, que se prolonga ululando, el silencio medroso del paraje; más arriba San Millán, abriendo su hondonada en tierra jugosa, y en él la gruta y el monasterio del Santo y el lugarico humilde de Berceo, donde el juglar aquel del «roman paladino» abrió a la luz sus ojos admirativos y de expresión riente y bonachona; más lejos, más al norte, el valle generoso de Santo Domingo, el de la Calzada; y, entre los dos, recogido y sereno, el valle de Cañas.

No lleva un nombre santo, un nombre ilustre, porque su fama desborda de los valles y «salva la frontera»; su honor, todo su orgullo es aquel hijo que llaman «de Silos», porque dejó su nombre como esmalte en un rincón de tierra castellana.

Desde Monte Berruezo baja a trompicones un flaco arroyuelo que el verano asfixia, y en su orilla se aprieta, entre espesos encinares y prados, una villa pequeña: la villa de Cañas.

Allá en los comienzos del siglo XI, la villa y su término, casi totalmente pertenecían al patrimonio del señor rey de Navarra, Don Sancho. Un documento de la época nos descubre, en

parte, el vivir de los «mezquinos» o pecheros de la aldea.

Cuatro o seis veces al mes, y ya de noche, cuando los villanos han regresado de sus faenas del campo, el sayón y el merino llegan ante sus puertas y anuncian para el día siguiente la prestación personal que deben al rey los jefes de familia: oficios de labranza, labor en las viñas, arreglo de veredas, y en verano, recoger las mieses, y con el trillo maltratar las espigas, mientras de las eras sube a los cielos un polvillo sutil y encendido con reflejos de gozo.

Este último servicio, aunque penoso, es el mejor porque son con más celo cuidados por oficiales del rey los hombres de la aldea; es el día de «rogo» como entonces decían (1). Por la mañana, un pan todo de trigo, con su queso y cebolla; por la noche, un plato de carne, y para el día abundante vino. Los otros días de prestación personal, dos vasos de vino tan sólo, en

(1) Ya sé que «rogum» significaba generalmente la corta y acarreo de leña; pero en el documento de que me sirvo, parece tener el sentido que le doy en el texto.—Los servicios y raciones que señalo son los que fueron determinados, por aquel mismo tiempo para la villa de Cirueña, vecina inmediata de Cañas, y pertenencia del Rey, como ésta. *Archivo Silos*, ms. n.º 11 fol. 13.

comida y merienda, y tres por la noche, con dos platos de legumbre por cena.

Así, para los pobres pecheros de la villa, ocupados en cuidar sus haciendas de precaria o en trabajar para el rey, los días resbalan siempre iguales con el isócrono ritmo que canturrea en el arroyo vecino el agua que pasa.—¡Pero son felices! Miran a los cielos, y piensan que el prodigioso sueño azul será su sueño; arden en el hogar ramas pesadas con recios humos perfumados; tienen pan y vino y mucho sol, y ríen las francas risas de los que saben ser felices.

Pero no solamente villanos poblaban la aldea de Cañas. Pequeña es la villa y no muy dilatado su término, pero dentro del mismo y cercanos al pueblo hay tres monasterios de monjes benitos, monasterios chiquitos que más bien eran granjas. Además había en la villa algunas casas solariegas; por lo menos allí radicaba el solar de los Manso.

Los Manso eran infanzones, infanzones *de linaje*, y no *de abarca*. Algunos han querido entroncar a esta familia en altísimo tronco de reyes, pero son decires de los tiempos viejos.

Sin embargo era noble con nobleza, por lo

menos, de infanzones. Así lo declara un autor de la época que no lo dijera si no fuera cierto, pues escribía para los que sabían la verdad del caso. Sin exponer al ridículo lo mismo que intentaba enaltecer, el monje Grimaldo tenía a su alcance el tópico manoseado y eufemista que empleaban los biógrafos para ocultar—como si fuera mal pecado—el origen humilde de sus héroes, y en tales circunstancias hubiera dicho con mucha suavidad, discretamente: *honestis piisque parentibus natus*.—Lo cual parece un elogio a la honradez y piedad de los padres, mas en toda puridad significa que el héroe de la historia era plebeyo.

Al comenzar al siglo XI el «linaje de Manns», como lo escribe Berceo, estaba representado por dos familias: la primogénita, que radicaba en la villa inmediata, Cañas de Ayuso, llamada hoy Canillas, y la segunda, establecida en Cañas. El jefe de la segunda rama era el honrado caballero Juan Manso.

... un ome sennalado,
Amador de derecho, de seso acabado (7),

A pesar de su parquedad, son más elocuentes

las noticias que de este caballero nos da el monje Grimaldo que los rimados elogios del poeta. Tuvo en esto el cronista un acierto, quizás inconsciente, pero un acierto al fin, aunque sea del instinto: con pocas palabras con rápidas noticias breves y desarticuladas como ligeros rasguños, dejó trazado el tipo moral del buen caballero Juan Manso.

En algunos lugares de esta historia, hemos de verle siempre el mismo: robusto y firme en su piedad y en su honradez, y blando de carácter en todo lo demás, blando por su bondad de corazón.

Los quebrantos económicos y los disgustos familiares lastimaron su alma bondadosa. Y sucede que, en ciertos espíritus, los dolores dejan con la herida una acre ponzoña, como la dejan también las ortigas cuando hieren; pero hay otras almas a quienes hasta el dolor parece llagar con respeto.—Y de esta suerte era el alma de Juan Manso. Conoció del dolor la amargura con que hiere, pero no la amargura que, a veces, inocula.

La diferencia de carácter y la más profunda diferencia de ideales y aficiones entre él y su

esposa, ha sido señalada por Grimaldo de una manera precisa y concluyente: El es el hombre noble, bueno y religioso—*bone religionis vir, pater nobilis ac religiosus*—; ella, una mujer de ánimo independiente, no muy fervorosa y bastante mundana. Las palabras que emplea Grimaldo son más recias (1), y si no se tuviera en cuenta el movimiento escurridizo de su estilo, resultarían demasiado pesadas.

La situación económica del caballero estaba un poco comprometida, y era lo triste, en aquel caso, que no podía esperar de su esposa la colaboración rendida y eficaz que hacía falta para administrar parcamente los intereses de la casa. Pero lo que más debía preocuparle, por entonces, era el pensar en la futura educación de los hijos, porque sucedía que, como más adelante veremos, la esposa de Juan Manso tuvo poca parte en moldear su tierno corazón; por falta de calidades o por descuido parece ajena a esa labor blanda y altísima, regalada y afanosa, por la cual las madres, después de engendrar hijos, engendran hombres.

(1) *Vita*, p. 333.

Y precisamente, en el año mil del Señor, el caballero Juan Manso recibía como gran bendición un vástago nuevo, y tan bien dotado por Dios, tan mimado, que el niño aquel que al nacer encuentra cuna noble pero pobre, tendrá por cuna para el sueño eterno el ara santa de los altares.

El hijo del infanzón de Cañas recibe en la pila el nombre de Domingo, pero, con el tiempo, perdido su apellido de familia, será llamado Santo Domingo de Silos.

Poco nos dicen del nacimiento y la niñez del Santo sus primeros biógrafos; pero el ritual de la Iglesia española de entonces, aquel ritual mozárabe tan ungido en emoción y enseñanzas, nos permite admirar las significativas ceremonias que con el niño se realizaron junto a las fuentes del bautismo. Como veremos, largos años adelante de esta historia, el último beso del Santo, aquí en la tierra, será para Cristo; ahora vamos a ver que, al entrar en la vida, Jesucristo lo recibe también con un beso.

Cuando llegan a la iglesia con el niño, el preste les sale al encuentro, ante la puerta, y comienza la expresiva ceremonia, según el rito

hispano, tan denso en las ideas, tan dramático en la forma (1).

—«Por Dios Padre—dice el sacerdote—, por su hijo Jesucristo y el Espíritu Santo, te conjuro, sombra ciega y turbadora, a que abandones el cuerpo de esta criatura para que sea templo del Dios vivo.»

—¿Cómo se llama?

—Domingo.

—«Domingo, recibe esta señal de la cruz. Teme al Señor y espera en el Salvador, cuya luz te alumbrará, cuya fuerza te sostendrá y cuyo signo dejo en tu frente.»

Después, con óleo santo, le unge la boca y los oídos, y poniendo las manos sobre la cabecita del niño, prosigue:

—«Bendito seas, Señor Dios de Israel, que visitas y redimes a tu pueblo; bendita tú, Madre Iglesia, que engendras en espíritu a este niño; bendito sea él.»

La enorme pila ofrece generosa su ancho seno lleno de agua tibia; mientras el preste la bendice

(1) Todas las ceremonias que describo y las palabras puestas entre comillas, están tomadas de un ritual mozárabe de la época.

desnudan el cuerpecito del infante que llora y tirita. Después el sacerdote lo sumerge en la pila, y el padrino lo saca, cumpliendo entre los dos un rito misterioso. Porque había misterio: el misterio de un mal que nos muerde, y un misterio de amor que nos salva. Su hijo, el hijo de Juan Manso, al salir de las aguas, sale ya revestido de Cristo, y es hijo de Dios, con promesa de herencia.

Pero la ceremonia aun no termina. El sacerdote, después de confirmar al infante con el crisma santo, le cubre la cabeza, y en aquella boca chica que frunce, deja unas gotitas de la Preciosa Sangre con un trocito del Pan que da vida.

Abandonan la iglesia, se desata la bulla, y al llegar a la casa presentan el hijo a la madre; y la madre besa la frente que lleva ya la señal del cristiano, y roza aquellos labios que ya recibieron el beso de Cristo.

La aldehuela de Cañas era humildica y pobre: mas como si esto pudiera resultar en disfavor del Santo, su cariñoso discípulo y biógrafo trata

de disculparlo alegando, con ciencia modesta, pasajes y ejemplos de las Santas Escrituras. Es en el monje la manifestación de un amor verdadero por el que fué su Padre, porque siempre que existe el verdadero amor, se muestra ingenuo y receloso, por lo mismo que existe pocas veces y carece de experiencia. Sin embargo, aunque un lugar tan pequeño y de tan pobre vida no era el más apropósito para formar un letrado o adiestrar a un caballero, también en el arroyo vecino, entre los helechos que pueblan sus riberas, se alza y vive esa flor de forma tan señoril, tan palaciana: si S. Llorente bendito lo guardaba, así crecería Domingo en la ribera humilde de la aldea, lo mismo que los lirios.

Capítulo II

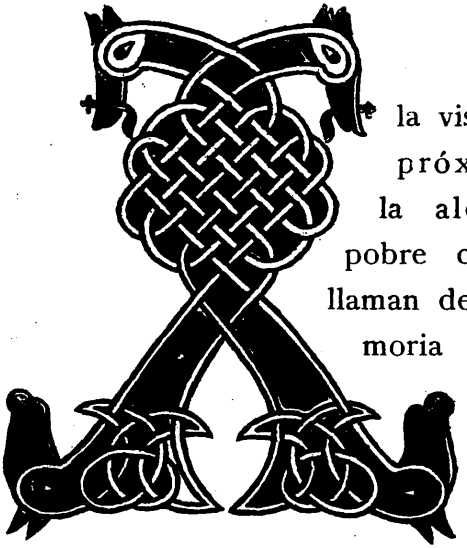
En el Otero

Primeros años del Santo

EN EL OTERO

Sennor Sancto Domingo de prima fué pastor,
Después fué de las almas padre e guiador,
Bueno fué en comienzo, apostremas meior,
El Rey de los cielos nos dé el su amor.

BERCEO, 31



A la vista de Cañas, muy próximo, cerquita de la aldea, se alza un pobre cerrillo que hoy llaman del «Santo», en memoria de Santo Domingo.

A un lado del otero, rozando con el borde de sus faldas, discurre el camino que va a la Calzada, y por el otro lado pasa el arroyo

que baja de Montiuso corriendo entre sobrales, quejigales y algaidas. Asentado en un requejo próximo al río, y en linde con las viñas que eran entonces de Iñigo Fortiz (1), tenía su asiento, por aquella época, un chico priorato de monjes benitos, al que llamaban de Santa María. Tiempos adelante, veremos al Santo instalado en aquel priorato como caballero de Nuestra Señora, velando las armas en la brava probación de dolores. Pero el nombre que hoy lleva el otero no lo toma de su vecindad con aquel conventico caído en tal ruína que no dejó huellas, sino de un recuerdo vinculado con fuerza a la niñez de Santo Domingo.

Es una de las pocas memorias de su infancia que han llegado a nosotros. Sin embargo, hay en ese recuerdo toda una historia: en él está la historia de su niñez triste y vencida por realidades crueles, el eco de un dolor que debió ser muy grande, y fué el dolor primero entre los brazos recios de la vida.—Según vamos a ver, siguiendo fielmente al cronista del Santo, en esa historia se resumen todos los años de su infancia.

(1) *Becerro de Valvanera.*—Archivo H. N., fondo Logroño legajo 161, fol. 109 vto.

Así como en las viñas merodean las aves, así en el racimico de la existencia picotea el tiempo desgranando los años, agraees y dulces, que de todo tienen. De creer a Berceo, los años primeros del Santo debieron contarse por felices, pues nos lo muestra regalado por el amor «sin mesura» de los padres y por la simpatía afectuosa de todo el pueblo, porque

De grandes e de chicos era mucho amado.

Grimaldo no lo dice expresamente, pero son sus palabras las que dieron lugar a la glosa cariñosa del poeta. El relato del monje señala con precisión y firmeza en el alma del niño aquellas características espirituales que han de labrar fuertemente el carácter amable del Santo.

Cierto que cuando los muchachos de la aldea veían al hijo del caballero salir de su casa únicamente para ir a la iglesia, y acompañando siempre a sus padres, y cuando notaban que evitaba el trato con los otros chicos con tal obstinación que apenas conocía en el pueblo más que a sus padres—*nichil preter parentes cognoscebat* [315]—, podían pensar que el descen-

diente de infanzones era altivo. Sin embargo, su altanería no le venía de estirpe y de sangre; era otra más alta aristocracia que llevaba en el alma. Grimaldo lo señala cuidadosamente, y para explicar el apartamiento grave y sereno y aquella plácida seriedad tan propia de su carácter como impropia de sus años, nos descubre en el hijo de Juan Manso uno de esos espíritus de dilección que llevan en el alma, estampada con fuerza como un sello augusto, la emoción religiosa, la mística impronta del rostro de Dios.

La seriedad meditativa y dulce de Domingo no era la resultante espontánea de un temperamento pobre y apagado; algo asi como ese languidecer beato que con frecuencia llamamos virtud —triste virtud gratuíta y enferma. Domingo es desde entonces lo que será toda la vida: dulce y sereno y henchido de fuerza.—Una fuerza que llevaba muy adentro. Grimaldo la nombra el amor. Pero un amor que, al decir del mismo biógrafo, le empujaba hacia Cristo con pasión «más crecida que los años» —*ultra vires aetatis* [315]—, porque sólo este amor tiene razón de fuerza; los demás solamente son ruidos—ruidos de la carne que suben al alma.

Así no es extraño que, si a los muchachos del pueblo parecía algo esquivo el hijo del caballero por lo que de él nos refiere Grimaldo, en cambio embelesara a los mayores hasta tal punto, según dice Berceo,

Que se maravillaba toda la vecindad (10)

al comtemplar su graciosa modestia.

Por lo que nos refiere el discípulo y biógrafo del Santo, donde debía mostrarse singularmente el espíritu hondo y selecto del niño era en la iglesia, en la parroquia humilde de la aldea, pues las iglesias de los tres prioratos estaban distantes.

Las prácticas del tiempo, sancionadas por varios concilios y recordadas con apremio, más adelante, por el de Coyanza, prescribían a todos los fieles la asistencia a las vísperas el sábado, y a la misa y horas canónicas en el día del Domingo. Los oficios divinos aquellos, desarrollados con la amplitud majestuosa de la liturgia mozárabe, consumían largas horas. Pero el tiempo se olvidaba cuando el acento certero de una invocación, de una frase, de una nota, desentumecía el espíritu y lo personaba y lo envolvía entre el fluyente movimiento de aquellos santos misterios palpi-

tantes de fuerza y dramatismo.—Era la gran ventaja de los fieles: tomar parte en el Drama en vez de presenciarlo lejamente. Y era el inmenso Drama en que nos da la vida.

La celebración de los ritos sagrados, el largo temblar de unos cantos de hechizo que rozan el alma como una brisa, las lecturas de los santos Evangelios y pasiones de mártires antiguos producían en el ánimo infantil de Domingo inquieta impresión de la cual nos conserva un recuerdo Grimaldo. Era aquel afán por recoger y guardar muy apretadamente «en el seno seguro de su corazón»—*non perforato saculo cordis* [315]—lo que su espíritu temprano podía comprender; su corazón se abría a las cosas divinas como flor de misterio, así como suelen abrirse las flores cuando las despierta el beso del sol.

Razón tenían para admirar al niño, según dice Berceo, aquellas buenas vecinas que en la iglesia le contemplaban, mientras arrodilladas sobre pobres alcatifas, dejaban arder su ofrenda: ovillos de cera humildicos, flacos, de llama algo triste que sube temblorosa, como nuestras penas, que suben temblando.

Sin embargo, el bonísimo Berceo, siempre pla-

ciente, añade después de celebrar la cordura y piedad de Domingo:

Eranle estas nuevas al diablo muy pesadas (17)

Esto lo dice buscando una rima, pero es muy cierto. Tan cierto que el avizor enemigo quiso impedir que se cuajara en fruto aquella flor de claras promesas, y aunque Dios tenía señalados amplios destinos al hijo de Juan Manso, el camino para llegar a ellos tuvo que abrirse desde el comienzo entre dificultades ásperas.—Fué la escuela en que Dios aleccionó a Domingo, aun siendo niño, porque también a lo largo de la vida, para llevar a término las grandes obras que el Señor ha de exigirle, tendrá que pasar de nuevo por la difícil senda. Repetidamente, en S. Millán, en Cañas, en Silos, se vestirá de triunfo, pero siempre por encima de un cilicio.

Grimaldo no señala la fecha en que Domingo, renunciando a sus aficiones, contradiciendo las resistencias de una naturaleza criada blandamente en modesto regalo, tuvo que ejercer con el rebaño de su casa los menesteres de pastor. Para explicar un cambio tan brusco y extraño dada la

condición social de la familia, el monje biógrafo se limita a referir prolijamente cómo los patriarcas de la Ley Antigua honraron y santificaron tal oficio desde los tiempos nacientes en que hacía de pastor el justo Abel. Sin embargo, y a pesar de su elocuencia, los piadosos paralelos que desarrolla muy complacido no explican el caso. Solamente por reveses de fortuna puede explicarse. En realidad, esta opinión no debe encontrar fuertes reparos, porque el estado económico del buen caballero Juan Manso siempre tuvo que ser un poquito vacilante.

Grimaldo nos ha dicho reiteradamente que la familia del caballero descendía de noble y generosa prosapia; en cambio, no dice que era una rama secundaria, y que, además de segundones, eran pobres. Sabemos, por otro conducto, que poseían, en término de Cañas, las tierras de Fuente Orbe y los viñedos de Benabuta; sin duda tenían también otras heredades de que no hay noticia. Pero la fuente principal de ingresos, el venero más nutrido en rendimientos para la gente de aquel país era por entonces, además de los vinos y aceites, la ganadería. Toda suerte de ganado hallaba fácil y generoso abastecimiento

en las extensas bustalizas de Montiuso y Monte Toniá, en los bustares del S. Lorenzo, en los oquedales de Villafarta, poblados de encisos, y luego, en las vegas y pandos, tenían los jugosos paules pradeños. Tan abundante era el ganado que el monasterio de S. Millán, en reconocimiento a cierto beneficio recibido del rey, pudo entregar a don García, sin esfuerzo alguno, ochenta vacas, seiscientos carneros y cien puercos criados y cebados hartadamente en su ponjal o en los sobrales.

Parte de la menguada riqueza del infanzón Juan Manso la constituía también el ganado; pero tampoco este renglón debía ser para él muy generoso. En cambio, los dispendios ocasionados por su condición de noble eran muchos, además de la prestación personal para la guerra, prestación que el monarca Sancho el Mayor, según un documento de la época, exigía anualmente, bajo la pena de diez sueldos, cada vez, a los infanzones que no acudían.

Pero las guerras traían otros inconvenientes, además de los gastos ordinarios. Cierto que las ganancias del botín, descontado el tercio del rey, era para los mismos guerreros; y si perdían

armas o caballo—aquellos caballos de infanzones que el rey Sancho tasaba en cien sueldos, es decir, el valor de cuatro bueyes—, si perdían algún miembro en las batallas eran recompensados proporcionalmente, y a costa de todos los demás caballeros. Mas cuando en vez de atacar sufrían la incursión y el ataque de los moros, tan vecinos entonces, las tierras y los sembrados padecían, pero más padecía el ganado, pues era goloso alimentarse de él en la campaña, y llevarse lo restante al trasponer de vuelta las riberas del Duero.

Precisamente, cuando Domingo contaba tan sólo dos años de edad, el terrible Almanzor, en fulminante campaña, que había de ser la última, asoló gran parte de la Rioja y destruyó famosos monasterios en territorio de Nájera.

Lo más probable es que la familia Manso sufriera, como tantísimas otras, en sus bienes y hacienda a raíz de aquellas calamidades y destrozos. Ello es que, para el niño Domingo, tan abierto ya de inteligencia y tan deseoso de nutrirla, llegó un día triste en que tuvo que renunciar a su sueño.

Más triste debió de ser ese día para el mismo

padre cercado en duro aprieto. No podía sacrificar el rango de sus descendientes futuros dedicando el hijo mayor, el heredero de sus privilegios y el continuador de la familia, a los oficios bajos que anulaban legalmente la condición nobiliaria; por otra parte, era caso recio destruír las ilusiones del menor y apartarle de los estudios, para los cuales mostraba, según Grimaldo, muy tempranas aptitudes; pero se hacía preciso al buen caballero adoptar una resolución que aliviara los gastos de criados, y el padre tuvo que resignarse y anunciar a su hijo que, en vez de estudiante, tenía que ser por el momento un zagalillo ayuda de pastor. Probablemente nunca fué el verdadero pastor; el pastor que, a sus épocas, pasa en los montes los días largos llenos de sol y duerme en los montes horas muy breves en los abrigaños, junto a los encisos.

La memoria de las gentes, allá en Cañas, ha sabido guardar, cariñosa, el recuerdo de la loma humildica donde el Santo pastoreaba de costumbre. Es un altozano pobre de verdura, muy próximo al pueblo y frontero al convento de Santa María. Parece que un instinto secreto detiene al santo mancebo en la vecindad de aquel

priorato del cual ha de ser, con el tiempo, restaurador y padre. Sin embargo, lo que más tenazmente le obliga a permanecer horas enteras con su ganado en un lugar casi baldío como las rasas de las alcarrias, es otro instinto aun más certero, es el amor de caridad.

Por allí, bordeando la loma, discurre una senda frecuentada por los muchos peregrinos que buscaban salir al gran camino de Santiago o Calzada francesa; a veces, en lugar de peregrinos, eran simples viajeros o esos pobres, siempre errantes, que el infortunio aventa por los campos de la vida como una parva de dolores.

Cuando Domingo los descubría desde el teso, bajaba presuroso, y al verlos míseros o cansados les ofrecía generosamente la leche densa y perfumada de sus cabras y un pedazo de pan que olía a eras.

El santo pastorcico, en medio de las tristezas de la renuncia, sufriendo el dolor de ver fallidas las inquietas aspiraciones de su infancia, sabía hallar esa consolación tan abundosa y sutilizada que sólo sienten las almas selectas, cuando acarician con blanduras el dolor de los demás.

A pesar de todo, aquella caridad de Domingo

estuvo a punto de ocasionarle nuevas pesadumbres. Ciertos vecinos oficiosos notificaron al padre que su hijo no salía jamás del cerro aquél, yermo y baldío, frontero al priorato de Santa María, y que no solamente las ovejas carecían de pasto, sino que el zagalejo, demasiado sencillo, regalaba con la leche a cualquier caminante.

En el fondo, tal muestra de piedad debió ser muy grata al buen caballero; pero como la inexperiencia del muchacho podría perjudicar los intereses de la casa, quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad del hecho.—Y el hecho era muy cierto: el padre pudo observarlo a distancia. Su delicadeza le impidió resfriar de momento el gozo que adivinaba en Domingo después de haber aliviado a unos pobres, y así, por entonces, sin manifestarse, regresó a la aldea.

A la puesta del sol, también Domingo bajaba lentamente por el cerro; el pastor va pisando hierbas recias, olorosas, que enceran y perfuman el cuero de las abarcas, y la paz de la tarde rumorea en las esquilas. En llegando a su casa, como dice Berceo

Su cayado en mano, con su capa vellada,

A los que lo ficieron, luego como entrabo,
Besábales las manos, la rodiella fincada (23).

Pero aquel día, la mirada del padre le siguió largamente queriendo ser severa, porque el padre tenía que reprenderle. Domingo escuchó con respeto los cargos que le hacían acerca del mal cuido del ganado; pero cuando el padre terminó de hablar, Domingo entonces, con mucha mesura, le dió su respuesta.—Pues la inquietud nacía del mal que pudiera padecer el rebaño, lo mejor era ver en qué estado se hallaba.—Y tenía razón: lo mejor era verlo. Pero, viéndolo y todo, el padre no lo creía, porque jamás en los montes y alijares del pueblo se vió un rebaño tan codicioso y tan lucido.

Era un prodigio, es cierto, pero así quiso Dios Nuestro Señor recompensar y acrecer lo que en los años del niño parecía también un prodigio de generosa piedad. Esta generosidad, tan olvidadiza de míseros cálculos que hasta parece olvidar la prudencia, será uno de los valores espirituales más definidos y simpáticos del Santo, y ya despuntaba su santa ufanía en el alma del niño, y era en él más amable y graciosa, como es de más gozo la fruta temprana.

Desde aquel día, el caballero Juan Manso sintió hacia su hijo un respeto rendido y afectuoso del que daría clara muestra al correr de los años. Pero Dios le mimaba ya de mucho antes, y, como afirma Grimaldo, «aun en la misma cuna le adoctrinaba». Por eso Berceo, romanceando a su manera esta frase, podía decir con mucha seguridad y un poquito de candor:

Creo yo una cosa, e se bien que es verdad,
Que lo iba ganando el Rey de Majestad (14).

Tan ciertamente lo iba ganando, y de tal modo lo quería Dios para sí, que al fin se realizó lo que el santo muchacho juzgaba imposible: estudiar, estudiar y amar mucho para ser sacerdote. Después de cuatro años de ejercer de pastor, cuatro años pasados lejos, los padres de Domingo, mejorada algún tanto su fortuna, pudieron satisfacer aquellas bellas aspiraciones que el zagalillo pensaba ya rotas, como se rompen las nieblas de un sueño.

En realidad, el sueño era hermoso, tan hermoso como veremos en toda esta historia; pero aquel sueño no era suyo, porque Dios mismo lo

tejía. Por eso, si los padres de Domingo, en su estrechez de recursos, le exigían servicios en lugar de alentar su afición al estudio, tendrían bienes, y Domingo sería pastor, pero no para sus padres, porque Dios se lo disputaba.

Capítulo III

«Purpura Regis»

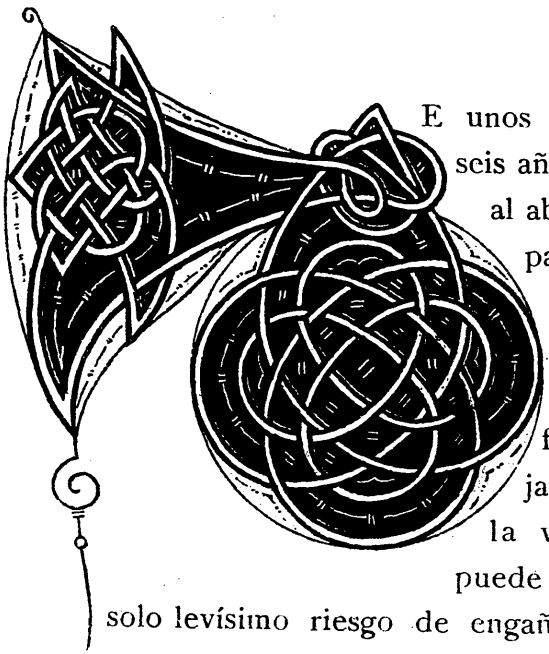
Estudios y ordenación sacerdotal

1014-1025

PURPURA REAL

El obispo de la tierra oyó deste buen christiano;
Por cuanto era suyo, tóvose por lozano,
Mandol prender las Ordenes, diogelas de su mano;
Fué en pocos de tiempos fecho missa cantano.

BERCEO, 42



E unos catorce a diez y seis años tenía Domingo al abandonar las ocupaciones de pastor. Grimaldo no lo dice, pero teniendo en cuenta las fechas ciertas que jalonan con firmeza la vida del Santo, puede afirmarse, con solo levísimo riesgo de engaño, que esa edad

tenía al comenzar los estudios eclesiásticos.— Lo que no resulta fácil es señalar el lugar donde estudió.

Desde luego parece poco probable que estudiara en alguno de los tres prioratos que por entonces había en los términos de Cañas. Los contados monjes que los habitaban—si acaso había alguno, fuera del prior—tenían ocupaciones de granjeros y les apremiaba de especial manera la explotación de los campos para pagar las rentas y censos debidos a los patronos de quienes dependían. Además, y por eso, a tales casas solían enviarse, no los monjes más letrados, sino los más peritos en negocios. Cuando este criterio no presidía al envío de algún religioso, el religioso éste que llegaba de la abadía madre por turbios motivos, no era tampoco, de ordinario, el más capacitado ni el más voluntario para la enseñanza.

En las abadías sí; allá en los grandes monasterios era otra cosa. Aparte de la instrucción que se daba a los llamados «hijos del monasterio», es decir, a los niños ofrecidos a él por sus padres, también se preparaba en muchos de ellos a jóvenes seglares para el sacerdocio. De esta manera

aquellos monasterios medievales hicieron en muchas ocasiones oficio de seminarios. Ordinariamente, los que allí se formaban para el ministerio de sacerdotes seglares eran muchachos de humilde origen, especie de fámulos que prestaban servicios al convento a cambio de la sustentación y enseñanza que en él recibían.

De esta manera cursó sus estudios en el gran monasterio emilianense el clérigo aquel famoso de Berceo, trovero de las vidas milagrosas, hombre de alma festiva con fiestas de paz. El monasterio donde estudió el poeta era el cenobio más venerable de Navarra, y aunque compartía con Leire y Albelda y San Juan de la Peña la acción cultural, su vecindad a la villa de Cañas, y las relaciones que en ella mantenía por el priorato de su pertenencia, le ponían en condiciones de favor para atraer a su escuela a Domingo.—Sin embargo, parece fuera de duda que el hijo de Juan Manso no asistió como alumno a ninguna de las escuelas monásticas.

Quedan, por tanto, como posible lugar de estudio, los dos centros oficiales de entonces para la formación eclesiástica de los jóvenes: el seminario de la ciudad episcopal y los seminarios de

las parroquias—seminarios muy reducidos y circunstanciales—. Aun de estos centros, el primero debe excluírse en nuestro caso porque en él se educaba casi privativamente el clero de las ciudades, y Domingo ejerció el sacerdocio en la villa chiquita de Cañas.

La existencia de ambas suertes de seminarios está señalada con toda claridad en los viejos cánones de la iglesia española (1). En cuanto a la radicación del clero urbano y rural en las parroquias para las cuales habían sido ordenados, era tan rigurosa que los obispos se vieron forzados a declarar en pleno concilio el derecho que les asistía de trasladar a su iglesia catedral a un sacerdote cualquiera, diocesano (2).

Cierto es que los tiempos habían ya corrido mucho y con borrascas, mas la iglesia española conservó intacta durante largos siglos la venerable legislación visigoda, que llegó a influír más allá de las fronteras. Aun después de aventada la monarquía de los godos por la invasión sarracena, muchas de sus disposiones conciliares se

(1) Concilios toledanos II y IV, cánones 1 y 24, respectivamente; concilio emeritense, canon 18.

(2) Concilio emeritense, c. 12,

injertaban en la legislación carolingia (1), y Teodulfo, el gran obispo, que por algo era español, se inspiró en los cánones que regían en su patria al legislar para la formación de su clero de Orleans. Pero el testimonio más concluyente de esta vigencia de las antiguas leyes se halla en el articulado, aunque ralo y escueto, de los concilios celebrados en el siglo once en Coyanza y en Compostela. Para el punto concreto que tratamos, el primero de estos concilios, en su título V, indica la existencia de seminarios parroquiales, y el de Compostela, en el canon II lo declara explícitamente.

Así, pues, asentada la existencia de esta suerte de seminarios, y procediendo por exclusión de los otros lugares entonces abiertos a la enseñanza de los jóvenes clérigos, porque así lo acreditan evidentes indicios, queda únicamente

(1) El Concilio de Aquisgrán del año 816, en el canon 135, que se refiere a los seminarios, traslada textualmente las palabras del IV concilio toledano, en su c. 23. Compárese, además, el c. 5 de la capitular de Ludovico Pío (*Patro. Lat. Migne,* t. XCVII, col. 615), y el c. 30 del VI concilio de París con el c. 18 del III toledano.—Otras muchas concordancias, aun textuales, se podrían aducir, y por cierto que no dejaría de ser interesante el estudio de esta influencia, de la cual abundan claros testimonios.

como posible lugar de estudios para Domingo su propia parroquia de Cañas.

A pesar de ser el hijo del infanzón, según el testimonio de Grimaldo y el testimonio grande de su obra y de toda su vida, muchacho de inteligencia afortunada y abierta tempranamente con codicia, sin embargo, el emprender y llevar por delante los estudios debió costarle en los principios esfuerzos bravos y penosos. En primer lugar, por lo brusco del tránsito.

Si Domingo asistió anteriormente a la escuela fué para recibir los rudimentos que habían de prepararle a los estudios altos del sacerdocio, pues el Beato de Liébana, en su libro primero contra Elipando, nos dice que a las escuelas asistían tan sólo los niños que se destinaban al ministerio eclesiástico, mientras que los otros no recibían más enseñanza que la catequística.

Según esto, en su niñez primera pudo aprender todo lo más a leer y escribir, y si acaso, acaso, un balbuceo de latín. Pero luego, interrumpidos los cursos durante cuatro años, olvidado gran parte de lo aprendido, y más remolona y arisca la memoria por la falta de ejercicio, tenía que ponerse al estudio como el que abre por vez

primera los libros.—Y esto era duro. Mas lo fuerte de veras estaba en la seriedad ceñuda y exigente del plan de enseñanza. Ciertamente que en el resto de Europa no se exigía tanto y de una manera tan general y absoluta a los clérigos, como lo que se exigía, con la mayor naturalidad, al clero de nuestra España.

Como esfuerzo de memoria, Hincmaro, el obispo de Reims, pedía tan sólo que los ordenandos supieran el salterio; y las capitulares de Carlomagno, el hombre que insufló la cultura en su tiempo con el propio alentar poderoso de su alma, llegan a contentarse, en último extremo, con que el párroco que no tenga condiciones para explicar a los fieles los misterios de la fe ni para adoctrinar en la moral cristiana, *pida a persona más docta que le dé una exposición por escrito; pero escrita de tal modo que luego el párroco pueda leerla fácilmente.* Parece mentira que en tales materias pueda llevarse más lejos la condescencia en punto a ignorancia tratándose de los párrocos, y, sobre todo, bajo el cetro de luces de Carlomagno; pues, sin embargo, la capitular añade todavía un aviso que obliga a pasmarse y sonreír: «El que ya no pueda más, por lo menos

amoneste a los fieles con estas palabras: «Haced penitencia, pues se acerca ya el Reino de los Cielos» (1).

Es verdad que en aquellos países florecían escuelas esclesiásticas las más ilustres de la Europa de entonces, y por lo tanto este mínimum, llevado al extremo en la capitular que se cita, no era más que un gesto de impotencia ante la realidad absurda con que a veces se tropezaba. Pero en España, a esa realidad no se le reconocía derecho legal alguno, y la cultura que al clero se imponía, además de ser tan extensa, por lo menos, como en las naciones más adelantadas, se exigía con tal apremio y de una manera tan universal y absoluta que el eclesiástico ignorante era depuesto y encerrado en un monasterio (2).

Ahora bien, los estudios a los cuales tan decididamente se obligaba a los clérigos en la Iglesia visigoda eran obligatorios también aun en el

(1) Si vero ipse (parochus) verbis manifeste explicare non poterit, petat sibi ea a doctiori taliter transcribi qualiter aperte legat... Et qui amplius non poterit. vel his verbis admoneat: Pœnitemtiam agite, appropinquavit enim regnum coelorum». (Lib. 6, c. 182).

(2) Vide Conc. toledano VIII, c. 8.° y el narbonense del año 589, c. 2.°

siglo once. El Concilio de Compostela del año 1056 formula el plan de enseñanza que aparece dividido en dos partes, una doctrinal y otra práctica. La primera comprendía el estudio de la Teología, Sagrada Escritura y Cánones, y en la segunda entraba el recio trabajo de aprender de memoria las epístolas, evangelios y oraciones del año, es decir, el misal, y además el breviario y el ritual, casi completo, con sus fórmulas y rúbricas. (1).

Este fué el plan de estudios al que tuvo que sujetarse Domingo. Y si de cualquier otro escolar requería serio trabajo, mucho más exigía del antiguo zagalillo, porque tenía que comenzar por rudimentos que nunca había aprendido o que estaban ya olvidados. Por eso su prontitud extraordinaria en terminar los cursos, esa prontitud que le valió, como luego veremos, la distinción más difícil y preciada, revela en el joven muy felices calidades, pero también un máximo esfuerzo.

Este esfuerzo lo prestaba con ánimo generoso y activo. Berceo, interpretando y traduciendo a

(1) Canon 2.º; véase también el de Coyanza, título 5.º

su modo—su modo simple y óptimo—unas palabras de Grimaldo, nos dice que Domingo sacrificaba la siesta al estudio y

Non facie entre día luenga meridiana (37)

En los campos y en las eras el sol de verano se aplana sobre las mieses y las bruñe y abrasa y en ellas se reposa. Son su lecho. La tierrra abre sus senos y el aliento que envía tiembla en los aires y se abraza a los cuerpos, y los cuerpos se estremecen aspirando el fuerte vaho, como el ternerito tumbado en el heno al sentir el olor de la madre. Es la hora de bochorno que empereza al espíritu para todo trabajo, la hora en que el hombre ama el reposo, porque el calor se agarra a la carne con peso de laxitud enervadora, y los nervios desatan la tensión que es su fuerza.

Pero Domingo tenía otra fuerza de más fino temple, el amor; y trabajaba con afanes porfiados para poder revestir sus amores con la Púrpura Regia, con el manto de Cristo, su real Sacerdocio.—Este momento único se acercaba para él con diligencia muy expresiva, pero del todo inusitada en aquel tiempo.

Según estaba dispuesto por los cánones, ter-

minadas las labores del verano, cuando los campos se erizan de rastrojo y en las viñas se ordeñan las cepas con labor de alegrías sabrosas, de todos los lugares de la diócesis acudían a la ciudad episcopal presbíteros y clérigos menores para practicar bajo la dirección del obispo los santos ejercicios espirituales.—Esto de ejercicios espirituales en aquella época puede chocar un poco a quienes piensan—contra el pensar del sabio— que aparece algo nuevo bajo el sol, cuando en realidad lo único nuevo que los siglos traen mientras pasan son artefactos, y algunas palabras muy nuevecitas con que se bautizan cosas muy viejas.

Pues bien, en estas reuniones del otoño, que no eran sínodos propiamente sino ejercicios, el obispo hacía pláticas al clero, durante unos días, teniendo por asunto obligado, según los cánones, la reforma de costumbres, la pureza de vida y el cumplimiento exacto de los deberes sacerdotales (1).

(1) Las palabras textuales del cánon son estas: «... regulam demonstravit [episcopus] ducendi vitas, cunctosque sub ecclesiasticis regulis adesse praemoneat quousque etiam parsimoniae et sobrietatis atque veridicae castimoniae honestorum virorum testimonio fama commendet.» —Concilio de Huesca del año 598, c. 1.º

A estas reuniones debían concurrir todos los sacerdotes dejando siempre a cubierto las obligaciones de sus cargos, para lo cual se dividían en tandas (1); pero los párrocos rurales tenían que llevar consigo a los jóvenes clérigos que educaban, para que fueran examinados por el obispo (2).

Posible es que esta práctica estuviera ya un poco olvidada en el siglo once; pero, fuera con ocasión de los ejercicios o en los exámenes de témporas que supone el concilio de Coyanza, ello es que llegó para Domingo el momento de presentarse ante el obispo de Nájera y con una fortuna verdaderamente singular.

Gobernaba entonces esa diócesis, en calidad de administrador, el obispo de Pamplona, don Sancho, monje que había sido de Hirache, varón muy docto, muy sencillo también y modesto.

(1) Los cánones españoles no lo dicen, pero era natural que así fuera, además de declararlo expresamente una capitular de Carlomagno inspirada en la misma práctica: «Omnes presbyteri parochiae ad civitatem *per turmas* et *per hebdomadas* ab episcopo constitutas conveniant discendi gratia.»

(2) Véase la capitular 1.ª de Teodulfo, c. IV. *Patro. Lat. Migne* t. cv, col. 193.

El IV conc. toledano, en su c. 26.º señala también la obligación de examinar a los párrocos, con ocasión de estas asambleas, sobre las funciones de sus ministerios.

Las noticias que habían llegado a sus oídos sobre el nuevo clérigo de Cañas, y, sobre todo, el ascendiente vencedor y suave que daban al santo joven su virtud, su saber y talento, decidieron al prelado a tomar una resolución que es por sí misma el elogio más autorizado y elocuente de Domingo.

Disponía la disciplina de la Iglesia, desde tiempos antiguos, que los diáconos y presbíteros no recibieran las sagradas órdenes hasta haber cumplido respectivamente los veinticinco y treinta años. Esta práctica se observaba de una manera universal y constante (1), aunque algunos concilios extranjeros, en el siglo once, concedieron facultad para adelantar las ordenaciones en casos rarísimos, cuando lo exigían las circunstancias y dotes positivamente excepcionales de

(1) Si la disciplina de la Iglesia española era más severa que la de otras naciones en materia de estudios, aun en el mismo siglo once, cuando se dijo que monjes extranjeros venían a reformarnos, también en este punto puede compararse su entereza con lo que sucedía en otros países. En Inglaterra se llegó al extremo de que el Arzobispo de York ordenara y diera colación de beneficios a rapazuelos capaces sólo de «jugar a pares o nones y cabalgar montados en cañas—*equitare in arundines longas.*» Así lo afirmaba en el siglo doce Guillermo de Neubrige en su obra «*De rebus Angliae*», lib. 3, c. 5.

algún individuo (1). Sin embargo, esta dispensa ni tenía estado legal en nuestra legislación española, ni apenas se conocía en la práctica. A pesar de todo, y acaso con extrañeza de muchos, el obispo de la diócesis decidió conferir a Domingo el sacerdocio cuando el joven aun no contaba veintiseis años. Es este un hecho muy expresivo en favor del Santo, pero de mayor significación todavía si se considera que el excelente prelado —como tendremos ocasión de ver más adelante—, no obstante su sencillez amable y piadosa, era canonista exigente y de severidad a veces excesiva por escrupulosa.

En realidad, el obispo don Sancho, al adelantar el tiempo hasta el límite máximo, no hacía más que interpretar la edad canónica de manera autorizada; pero la interpretaba según un indulto que era, a la vez, un diploma de honor, un testimonio de alabanza refrendado y sellado públicamente, en el día de la ordenación, por el augusto gesto episcopal.

Así, por privilegio preciadísimo—más preciado

(1) Concilio de Tolosa del año 1056, c. 2.º El c. 6.º señala para el sacerdocio la edad mínima de veinticinco años, infranqueable en cualquier caso.

aún por lo que significaba que por la ventaja que concedía en años—, a la edad en que los otros jóvenes solían recibir el diaconado, Domingo subía al altar para celebrar en su primera misa el primer encuentro del sacerdote con Cristo.

Es lástima que Grimaldo haya sido tan parco en noticias acerca de sucesos de tanta importancio en la vida del Santo.

Todo lo que ya queda dicho es el reflejo de una realidad indubitada que ha sido extraída, apurada, de autorizados documentos; pero es tan sólo la realidad externa; nos falta el pormenor revelador y emocionado que nos pusiera en contacto con el alma de Domingo.—Estos pormenores, el monje biógrafo los dejó en mucho silencio, con desesperante descuido.

Sin embargo, los monumentos litúrgicos de la época, al permitirnos reconstruír el acto pleno y decisivo de la vida del Santo, la celebración de su primera misa, ponen ante nosotros toda la gama emocional del Sagrado Misterio, tal como la desarrolla en fórmulas vibrantes y henchidas la bella liturgia de aquel tiempo, y tal como solicitó, de manera urgente y precisa, los afectos

del nuevo sacerdote, al celebrar por vez primera el eterno sacrificio.

* * *

Revestido de amplia casulla, el oficiante comenzaba por inclinarse ante el altar, diciendo al Señor: *Ten misericordia de mí, que soy hombre pecador, maltratado por las concupiscencias y los vicios; no me condenes, mira que soy montoncito de carne, triste cieno; soy inmundo como paño ensangrentado* (1).

Los «¡alleluia!» de los fieles animaban al celebrante, éste subía al altar y entonces alternaban largo rato las lecturas y melodías con las exhortaciones del sacerdote y las respuestas del pueblo. Cuando el momento misterioso se iba acercando, la voz del preste clamaba: *Señor, vida nuestra y amor irrompible, que el amor y la gloria sean con nosotros.—Los que presentes estais, daos el beso de paz*

Un niño (2)—¡cuántas veces, en otro tiempo,

(1) Véanse los hermosísimos textos en Férotin, *Le Liber Ordinum*, col. 227.

(2) *Patrolog. Lat.*, Migne, *Missale Mixtum;* t. LXXXV col. 115.

lo habría practicado Domingo!—subía entonces al altar, y entre los brazos del oficiante recibía el beso de paz, para comunicar a los asistentes, en inocente abrazo, el amor puro de Cristo.

—*Paz y amor*, decía el sacerdote al besar al niño. Y mientras el muchacho bajaba del altar llevando para los fieles el abrazo que los une en Jesucristo, el coro entonaba, con melodía tiernísima, como un llorar de despedida, las palabras eternas que el Maestro decía poco antes de volver al Padre: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, y un nuevo precepto: que os ameis.*

Luego el diálogo entre el sacerdote y el pueblo se apresuraba y reforzaba, rompiendo tibiezas, componiendo actitudes, sacudiendo las almas, tocando con tacto divino los humanos corazones, tan enfermos, muy enfermos...

Y ya caldeados, y la atención despierta, el oficiante resumía en magnífico canto el argumento del drama, iluminando el espíritu humilde de aquellos labriegos con una alborada de grandezas: misterios del Padre, que agotan los abismos; amores del Hijo, que los llenan y salvan; la pasión de los santos que por El murieron, el lamento de todos los que contra El pecaron; atisbos

de gloria, belleza infinita del Rostro divino que todos buscamos; ansias de hambre inmensa, promesas seguras, nuestros tristes yerros.

¡Hagios, Hagios, Hagios, Kirie, o Theos! Santo, Santo, Santo, piedad Señor!

Las voces callaban, morían sus ecos, y en el altar se oía como un respirar de misterio: *Adesto, adesto, Jesu bone.* «Ven, ven a nosotros, Jesús Bueno». Seguían, bajito, muy blando, unas santas palabras que rozan los cielos..., y las cabezas de aquellas gentes, cansadas por miserias y trabajos de la vida, se erguían con augusta confianza para contemplar levantando en la Hostia el Cuerpo de Cristo, su Dios y su Hermano.

* * *

No es menester que lo diga Grimaldo.—El día aquel, aquella hora fué de pleno triunfo para el corazón cristiano de los padres. Veían a su hijo subir al altar, y sabían que el ara santa está asentada sobre el lugar más alto de la tierra, en la cima del Monte desde el cual se dominan los siglos.

Aun hoy, en estos tiempos en que el sentimiento religioso vive precariamente de una fe

algo tacaña, porque se siente débil o no está bien instruída, en las familias creyentes es venturoso acontecimiento el arribo de un hijo al sacerdocio. Yo he visto, en una de estas humilduchas aldeas castellanas, a una madre tomar entre las suyas las manos de su hijo, después de celebrada la primera misa, y que se las besaba y lloraba y decía: «¡Dónde te ha puesto Dios!... ¡Que seas bueno, y mira cómo le tratas, hijo mío!»

Por su parte, Domingo—y en esto hablan largamente todos los años de su vida—, había de tratarle con respeto solemne, henchido de celo y de blandos cariños, como se trata cuando se ama mucho; y en el día supremo, presentará al Amado, recamada con obra de amor, la Púrpura regia con que El le vestía.

Capítulo IV

«Quies Rerum» (1)

El Santo se retira al Desierto

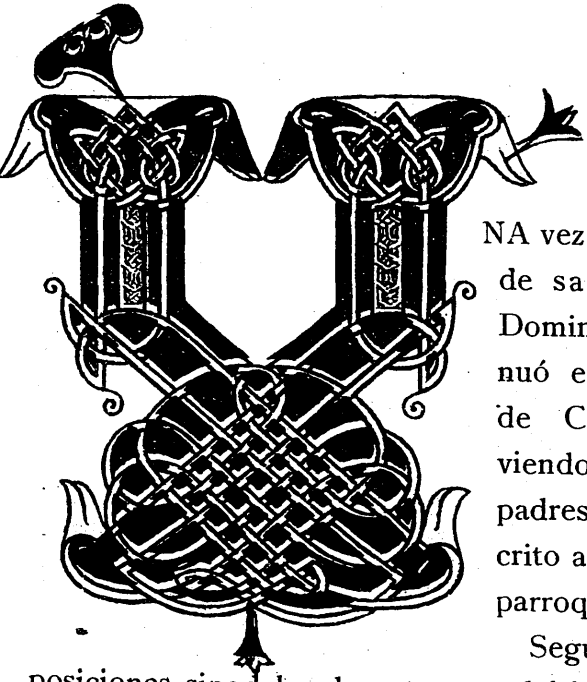
1026-1028

(1) «El reposo de las cosas.

QUES RERUM

El sacerdot precioso, en que todos fiaban,
Desamparó a Cannas, do mucho lo amaban,
Parientes et amigos, que mucho le costaban;
Alzose a los yermos, do ommes no moraban.

BERCEO, 65



NA vez ordenado de sacerdote, Domingo continuó en la villa de Cañas, viviendo con sus padres pero adscrito a la iglesia parroquial.

Según las disposiciones sinodales de entonces, debía alternar con el párroco y los otros sacerdotes y clérigos

en el servicio y cuidado de la iglegia y en la celebración de la misa conventual (1). Además de rezar en común los oficios de vísperas y maitines, estaba obligado por prescripción antigua, renovada en aquel mismo siglo en Compostela, a celebrar diariamente el santo Sacrificio.

Sin embargo, en los domingos y demás solemnidades, las misas privadas debían decirse realmente en privado para que los fieles no dejasen de asistir a la misa parroquial, celebrada con el concurso de todo el clero (2).

Esta asistencia de los fieles a su propia parroquia en los días de precepto era obligación correlativa a otra que, directamente, atañía a los párrocos. La legislación de aquel tiempo se mostraba tan severa en este punto considerando que la parroquia es y será siempre el centro oficial de vida cristiana para sus feligreses, por eso llegaba a ordenar que fuera expulsado del templo y enviado a su parroquia el individuo que pretendiera asistir en otra iglesia a la misa del domingo. Pero el motivo inmediato era apre-

(1) Concilio de Tarragona del año 516, cánon VII.

(2) Capitular 1.ª de Teodulfo, c. XLV; *Patro. Lat. Migeu*, t. CV, col. 205.

miar a los fieles a que escucharan las enseñanzas del párroco y recibieran los avisos y consejos de su propio pastor (1).

Allá en la parroquia de Cañas, Domingo no tenía por oficio la misión de predicar; su ministerio se reducía a prestar al párroco la ayuda que le pidiera y la colaboración que los cánones le imponían respecto a las funciones litúrgicas. Sin embargo, las circunstancias solicitaron y favorecieron la acción benéfica y ardorosa de Domingo, desde los comienzos de su vida sacerdotal. Porque sucedía que, a pesar de todas las disposiciones conciliares, entre el clero de Na-

(1) Era tal la exigencia en este punto que un concilio llegó a prohibir a los nobles señores que oyeran misa en las iglesias de su patronato o inmediatas a sus moradas, en los días de precepto, para obligarles, con razón muy sabia, a escuchar las práticas de su pastor. —La razón que alega no sólo es sabia, sino oportuna aun en nuestros días: «Si a la parroquia sólo acuden los pobres e infelices, ¿qué se les ha de predicar sino que sufran con paciencia? En cambio, si acudieran los ricos, que son los que suelen atropellar a los pobres, habría ocasión de amonestarles debidamente». — *Concilio de Pavía del año 855, c. 4.*

Nótese, de paso, cómo todas estas disposiciones contienen, y aun definen, el verdadero concepto integral de parroquia, hoy tan esfumado: Los cristianos forman un pueblo, la raza engendrada a vida divina, pero agrupados todos en pequeñas familias, con una casa propia y con un padre señalado por la Iglesia, que les nutre, de manera autorizada, con la Sangre de Cristo, en los sacramentos y con el pan de la buena palabra de Dios.

varra había por entonces un poco de ignorancia y bastante descuido.

Precisamente, dos años antes de ser ordenado Domingo, el rey don Sancho quiso remediar tal estado de cosas, y en un curioso documento, dado en favor de Hirache y de Pamplona, apremiaba la formación de buenos pastores trazando las dotes que debían adornarlos y las ocupaciones en que habían de emplearse: además de los conocimientos eclesiásticos ordinarios, quería que fueran excelentes oradores, salmistas y cantores, muy conocedores de la liturgia, que se dieran largamente a la predicación, a la visita de enfermos y presos y a concordar los querellantes; que hicieran generosas limosnas, y que, con todas sus fuerzas, defendieran su grey de las fauces de lobos (1).

Ahora bien, este admirable prontuario de vida sacerdotal parece calcado sobre la conducta de Santo Domingo, tal como se muestra desde los comienzos de su ministerio en la villa de Cañas.

(1) Vide: Aguirre, *Collectio Max. Conciliorum; Concilium Pampilonense, a. MXXIII.* Las palabras citadas se refieren directamente a los obispos, pero en orden a la formación de todo el clero según el programa que se les trazaba.

Más adelante le veremos otra vez en su pueblo, y en tierras de Castilla, dado con alientos valerosos a la predicación misional, de que tan necesitadas estaban las gentes por el hecho mismo de ser un ministerio bastante olvidado en aquellos tiempos; pero, ya desde ahora, Berceo nos lo presenta encendido en aquel casto llamear de celo que ha de consumir su alma fuerte y vibrante:

Castigaba los pueblos el padre ementado,
Acordaba las yentes, partielas de pecado,
En visitar enfermos non era embargado,
Si podie fer almosna, facíala de buen grado (46).

A la luz del documento citado, se comprende que no son vanos elogios ni lugares comunes lo que el poeta refiere en sus rimas; la acción sacerdotal que en ellas se resume responde en un todo, y de manera muy ceñida, al programa que el mismo rey de Navarra trazaba al obispo don Sancho, dos años antes, justamente, de que el prelado elevara a Domingo al sacerdocio.—Los dos habían acertado, el rey y el obispo.

Aparecía entonces en tierras de Navarra, despertado por el monarca, y como reacción contra la descuidada rutina de gran parte del clero, un

deseo de intervenir con estímulos activos en la vida religiosa y moral de los fieles; se quería que el sacerdote fuera el pastor vigilante y celoso, en vez de limitarse pasivamente a ser el administrador de sacramentos. Para promover esta obra de valiente reforma, el rey había designado al obispo don Sancho y el prelado, por su parte, con ojo muy experto, había elegido y había ordenado prematuramente a Domingo sabiendo que en él tenía el tipo de sacerdote buscador de almas.

Los planes del rey y la predilección del prelado por Domingo, son circunstancias de gran elocuencia en la vida del Santo. Aqui está el secreto de aquella actividad ministerial, misional casi, y apostólica, que más tarde había de llevar a tierras de Castilla.

Las exquisitas calidades del joven sacerdote, educadas en tal escuela, se densificaron y plasmaron en aquella poderosa apetencia espiritual que dió pleno sentido a su vida, y, desde entonces, en su alma se injertó hasta la entraña una fórmula bella: vivir entre las almas para ganarlas a Cristo.

La fórmula es breve, pero en ella se condensa toda la alquimia sutil y laboriosa que transforma

en luces la miseria y las sombras de los humanos corazones. Porque vivir entre las almas es escuchar, cuando se abren a lo infinito, esos latidos tan susurrantes como la espuma que se deshace en risas; sentir unas ansias muy grandes de temblar como ellas y perderse temblando en esa onda solemne que llena los cielos; apretarlas contra el pecho en fuerte abrazo cuando sientan fríos; aposentarlas cuando las desdeñen; ungirlas en amor cuando padezcan; luchar por ellas cuando las maltratan; correr tras ellas por todas las cañadas cuando se extravíen, y llamarlas, llenando los valles con voz de gemidos; tornarlas al rebaño sobre los hombros, y cubrir su vergüenza, y festejarlas, y retar ante Dios a los escribas y fariseos que las condenen, que las ofendan... Vivir entre las almas es todo eso: amarlas mucho, mucho, sufrir mucho por ellas para ganarlas y que ganen a Cristo.— Esto también es el ser sacerdote, y así fué Domingo desde entonces y siempre: el hermano mayor que conoció al padre, y habla del padre a los hermanos huerfanitos.

Sin embargo, por algún tiempo, tuvo que padecer la crisis sagrada que ha solido atormentar

muy deleitosamente a los espíritus más dinámicos y fuertes. Como el Crisóstomo y S. Agustín, igual que S. Benito, el gran patriarca de los cenobitas, también como S. Pablo, el joven sacerdote, cuando llevaba poco más de un año ejerciendo con amores y triunfos el sacerdocio, sintió nostalgia de la soledad, esa invitación misteriosa del yermo. Una inquietud muy honda trabajaba su espíritu.

Era del pueblo todo querido el amado.
Pero por una cosa andaba conturbado (49).

Berceo supone que el temor de peligros, el pensamiento de que

El lino cabe el fuego malo es de guardar,—(50)

influyó de manera decisiva en la resolución que tomó el Santo. Algo de esto pudo haber; pero, desde luego, ni el temor ni el cansancio fueron la causa determinante que le llevaron al yermo.

Es cierto que Domingo, como cumplía a su temperamento y como lo exigían sus delicados afanes, emprendió con prontitud y con bríos esas obras de celo que, a veces, agotan y enervan a los espíritus más cálidos y activos; pero las ne-

cesidades de la parroquia y los trabajos por satisfacerlas no podían ser muchos en un pueblo chiquito y de vivir tranquilo y cristiano como era entonces la villa de Cañas. Toda su labor tuvo que reducirse a predicar, cuando más, los domingos, adoctrinar a los muchachos, visitar algún enfermo, terciar, a caso, en conponendas, y oír de vez en vez las confesiones.—Quizás este fuera su mayor trabajo, no por el que supone ordinariamente, sino por el esfuerzo de reducir a penitencia pública los públicos pecadores, como entonces se usaba. (1)

En realidad, no fué el miedo a peligros ni la fatiga y turbación de espirítu que a veces ocasiona el mucho trabajo lo que agitaba el ánimo de Domingo, sino ese fuerte deseo de paz que, por

(1) La conducta y procedimiento de los confesores con los ordinarios era exactamente la misma de hoy.— Véase cómo la explicaba en el siglo nono el obispo Teodulfo: «Las confesiones han de rezar sobre todos los pecados de pensamiento y de obra. El confesor ha de interrogar al penitente acerca de la calidad y circunstancias de sus pecados para inponerle penitencia proporcionada a la culpa. Ha de persuadirle también a que declare los malos pensamientos, y le irá nombrando cada uno de los ocho vicios principales, recibiendo sobre cada uno la confesión del penitente».— Capitular citada, C. XXXI; *Patro Lat. Migne*, T. C. V, col. 291,

extraña paradoja, es el noviciado de las almas de lucha.

La crisis terminó por el triunfo de aquella voz que parecía venir desde el yermo, pero que venía de lejanías mucho más distantes.

Como la disciplina eclesiástica era en este punto muy severa, Domingo no podía abandonar la paroquia de Cañas, a la cual estaba adscrito, sin contar con el previo permiso del prelado. Mucho debió costarle al excelente obispo desprenderse de un sacerdote que él mismo había escogido y singularizado con privilegio insigne para alentar la reforma y mostrarle en su diócesis como modelo.

Sin embargo, en esta ocasión, lo mismo que en dos otras circunstancias que ocurrirán con el tiempo, el obispo don Sancho, mostrando su espíritu de fe y la dilección que profesaba a Domingo, le concedió generoso permiso para entregarse a la vida eremítica en el retiro solitario que escogiera.

Vencida esta dificultad quedaba aun otra mucho más fuerte y más temida: la resistencia de los padres.— Es con frecuencia una lucha larga que desgarra y agota; y el hombre, herido muy

adentro por la voz invencible que le llama, se siente puesto en el potro, martirizado por dos grandes amores. Domingo quiso evitar a su familia este dolor que se recrudece en la lucha, y así, con gran sigilo, después de arreglar sus asuntos con mucha cautela, a mediados del año 1026, huyó de su casa *sicut latro laudabilis,* dice Grimaldo, «como un meritorio ladrón».

La frase es exacta, porque Domingo se hurtaba al cariño de sus padres, seducido por otros amores; mas, al huír de su casa, se llevaba también, como fruto del hurto, un inmenso dolor. —Y hay dolores graves, pero éste es muy fuerte; desgarrarse de todo, anublar en los ojos el brillo de ilusiones, arrancar de la carne su audacia y sus mimos, soltar de los brazos dulce peso, romper las pajitas del nido amado..., ¡y volar entre sombras y fríos! Hay dolores fuertes; éste es magnífico porque son las arras que el amor exige.

* * *

Seguramente que, antes de huír al desierto, Domingo tenía ya escogido el lugar de su morada de ermitaño, pero supo también tenerlo muy secreto,

Años después los monjes de Silos quisieron conocer a fuerza de preguntas los motivos de la fuga del Santo, el lugar de su retiro y las calladas experiencias del yermo; pero nadie pudo arrancarle confidencias «ni aun los más íntimos, ni los que más insistieron en sus súplicas» (1).

Berceo nos dice únicamente que

Cuando se vió solo, del pueblo apartado,
Folgó como si fuese de fiebre terminado (66).

Y esto es muy cierto, porque con el mismo dolor que llevaba compraba el amor, el místico olvido; pero la historia que así resume Berceo es una larga y misteriosa endecha. Los monjes discípulos del Santo, no tenían para qué interrogarle si querían conocer el tacto secreto que rozaba su alma en el retiro, porque la Sagrada Escritura nos descubre el misterio de esa vida.—Y este misterio, como digo, es una endecha que podría titularse «*El silbo del Señor en el silencio*».

Y pasó como una nube de resplandores, y él miraba; y pasó un torbellino de viento, y pasó un estallar fragoroso, y pasaron torrentes de lluvias,

(1) «*Nemo famulatium, nemo supplicatium potuit elicere.*»—Grimaldo, *Vita* p. 325.

y el profeta miraba; pere se oyó pasar un silbo suave, y Elías el profeta cubrió su rostro con el manto: allí pasaba Dios.

Entonces, ante la puerta de su cabaña solitaria, el profeta decía: «El Señor no se muestra entre ruídos».

Y he aquí explicado el secreto. En este paraje de las Sagradas Escrituras, se nos indica claramente que la naturaleza tan sólo en el silencio nos revela su mensaje divino.

La ciencia es habladora, y el egoísmo, profanador y atropellado; pero el amor es generoso, y la sabiduría nace en el silencio.

En la naturaleza que se nos ofrece como reducida, cuando en las manos tenemos un racimo, una flor, un pedazo de luz prisionero en cristales de aristas, el egoísmo y la ciencia se ceban en ella; el egoísmo para extraer la utilidad o el placer, la ciencia para analizar, establecer relaciones, alambicar después las leyes y recrear la curiosidad del espíritu. El egoismo utiliza las relaciones de las cosas con nosotros; la ciencia, sus relaciones entre sí. Ambos las maltratan y violentan a su modo. Hay algo de violento en su labor si no se hace con blandísimo respeto.

Pero cuando la naturaleza escapa de nuestras manos, y se pone entre la vista triunfando en el paisaje, se hace independiente de nosotros, nos domina; y, entonces, la inteligecia del corazón—porque la inteligencia no está toda en la cabeza—, descubre una relación transcendente que escapa a los sentidos y al análisis; porque sólo el corazón es lo bastante generoso para gozarse en esta liberación de la naturaleza, en esta rendención que la rescata de todas las leyes y relaciones inferiores para dejarla sosegar entre los brazos de su Creador.—Entonces, y como en pago, la naturaleza nos dice su mensaje.

Pasó la lucha, pasó la violencia, y, en el silbo suave que el corazón percibe, pasa Dios.

Por eso las montañas, los bosques, los mares nos imponen silencio, nos recogen, como el mirar a un hombre en oración. Quisiéramos velarnos a todas las cosas, como el profeta se velaba, y escuchar en silencio lo que la naturaleza nos dice del Amado.

Lo que nos dice nos extremece ¡Qué sentidísimo trovar de amores!.. Al escuchar, los nuestros, nuestros amores, derramados por tantos lugares a lo largo del sendero, parece que tornan

y lloran; las dulces emociones, ya lejanas, todas las ansias del corazón parece que vuelven para ofrecerse al paso de su Dueño: en aquel silbo delgadísimo, visita Dios el corazón, y Dios es amor.

* * *

En los montes de S. Millán, en los montes de Funes dicen que Domingo vivió esta gloria.— Nunca se supo; él no lo dijo, ni debía decirlo. «El solitario reposará y callará; no hablará de su reposo» *Sedebit solitarius et tacebit.*

Capítulo V

Real Cenobio

Ingresa en el Monasterio de San Millán

1028

PELENOBO

Descendió de los yermos el confessor onrrado,
Vino a san Millán, logar bien ordenado,
Demandó la mongia, dierongela de grado;
Fo bien si acordase la fin a este estado.

BERCEO, 83.

CERCA de Cañas, en un valle inmediato, en un rincón del valle, sobre una loma, se alza el monasterio del glorioso San Millán. Allá en el siglo once, el monasterio este, era el centro de vida religiosa más activo que existía en Navarra.

Desde los buenos tiempos del abad Ferrucio,

a principios del siglo, la disciplina monástica se había reformado en la Abadía, y su reformación y observancia, y el amor a S. Millán, Patrón del monasterio y del reino, le atraía el favor de los reyes y la devoción fervorosa de los pueblos.— Por las preeminencias de que gozaba, por la influencia que ejercía, y aun por la calidad de muchos de sus monjes, tenía el pleno carácter de un cenobio real.

La numerosa comunidad, regida con frecuencia por un abad obispo, se engrosaba cada día con generosas vocaciones; nobles señores de lo mejor del reino, y aun nietos de reyes, desciñéndose los arreos vistosos de corte y de guerra, vestían en la regia abadía el ropón monacal.— Era un nuevo vivir cortesano, unas gestas altísimas, incomprendidas para los que acaso saben discurrir pero no saben pensar.

En el año del Señor 1028, llegaba a las puertas del gran monasterio un nuevo postulante que, con el tiempo, ilustrara la casa, y será, después del Santo Patrono, la gama más preciosa de aquel joyal de santidad.

El novicio que entonces se ofrecía al servicio de Dios en S. Millán era el antiguo pastorcito de

Cañas, el sacerdote herido de místicas ansias que abandonó su casa, la casa de sus padres, el cariño de todos, por la caricia mágica del yermo.

El motivo concreto que, según Grimaldo, le obligó a dejar la soledad fue el hallarse desarmado de experiencia para las lides del espíritu. La vida solitaria no es un muelle abandono cebado de egoísmos y en holganza; supone, al contrario, un máximo esfuerzo, porque es semejante al vivir que transforma bellamente el misterio de dolor de la crisálida. Y como, para desprenderse del hombre viejo, hay que luchar con él y vencer sus resistencias robustas y las extratagemas sutiles en que se refugia el amor propio, se hace preciso un aprendizaje que sólo dan la experiencia y los maestros.—Por eso San Benito, que abandonó también la vida solitaria por la cenobítica, dice en su regla que tal género de vida es propia de aquellos que ya son capaces de luchar a solas por haberse adiestrado largamente en luchar ayudados de otros.

Este es el motivo que señala el monje biógrafo a la resolución del Santo; pero Berceo añade otra razón.

Berceo no era monje, mas sabía, sin embargo,

que en la vida religiosa, la mortificación más dura no son los ayunos y privaciones y austeridades corporales, sino el cilicio áspero de la obediencia, el acto por el cual el religioso se abandona a perpetua tutela, constituyéndose para siempre en menor. Una minoridad en que la patria potestad, aunque parece ejercida por un hombre, corresponde a Dios.

Y en esto, precisamente, estriba su excelencia y su dificultad; su excelencia, porque así el religioso se mueve siempre movido por Dios; y su dificultad, porque es difícil reconocer la voz divina cuando toma, a veces, un acento tan de hombre.

Esta excelencia y esta dificultad es la que da su pleno carácter de vida religiosa al vivir de los cenobitas que San Benito llama «raza de robustísimos».—Por eso el buen Berceo, en lugar de disculpar al Santo, al igual que Grimaldo, como si Domingo hubiera desfallecido en fortaleza al cambiar de propósito, señala acertadamente como razón de este cambio el deseo de abrazar una vida más ardua:

Por amor que viniesse aun en mayor penitencia
Et non ficiesse nada a menos de licencia,

Asmó de ferse monge, et fer obediencia,
Que fuesse travado, fora de su potencia.—(81)

Las dos razones, la del «ioglar» y el monje son compatibles, y aun se explican mutuamente; pero, por encima de las razones de percepción inmediata, actuaba como razón operativa y transcendente la voluntad divina que acondicionaba a Domingo como instrumento para sus obras.

También por aquella época, y en el país que gobernaba el rey don Sancho, vivía un ermitaño, San Iñigo, trasplantado después a un cenobio, y llevado, más tarde, a Castilla para convertir un gran monasterio en un gran centro de acción benéfica y de vida religiosa.—La misma senda por la cual lleva Dios a Domingo a realizar la misma obra; y si abandona el yermo, es porque Dios quería que vistiese a los otros con las riquezas espirituales allí recogidas, con los espléndidos despojos de su místico lecho tendido en soledad.

La llegada de Domingo al monasterio ocurrió hacia el final del año 1028 del Señor, y nada de particular anotan sobre esto los biógrafos; el nuevo postulante tuvo que presentar, como sacerdote, las letras comendaticias del prelado, y mo-

rar por algún tiempo en la hospedería, mientras se experimentaban su vocación y condiciones.

Pero, poco después de su ingreso, semanas apenas, el monasterio recibió una visita calificada con circunstancias notables. Vamos a registrar este suceso, al parecer sin importancia, pero realmente providencial, porque en él puso Dios, como en cifra, ante los ojos de Domingo el contenido futuro de su vida.

* * *

Cerca de Nájera, en lugar deleitoso y bien cuidado, se escondía en amplísima quinta una hermosa morada.

A su abrigo y cariño, se alzaban unas cuantas viviendas humildes, y entre las casas y el palacio formaban la aldea que, con nombre ordinario, llamaban Cuevas de Perros.

Allí, en el palacio, retraía su vejez doña Jimena. Los años descargaron su peso sobre aquel cuerpecito, y el cuerpecito de la anciana se encoge y tiembla, pero resiste.—Más pesados que los años son las penas, y sin embargo respetaron siempre a la excelente señora. La vida le sonríe

con las firmes venturas de su hijo, y no verá nunca los infortunios que han de azotar a sus nietos.

Aunque a su edad resulta fatigoso andar por esos caminos, y en tiempo de invierno, como el viaje que le proponen es muy corto y piadoso el motivo, al fin había resuelto encaminarse al monasterio del glorioso San Millán y celebrar allí el nacimiento del Salvador, en compañía de sus nietos y de su hijo. —Su hijo es el rey de Navarra.

Y así fué que en los primeros días de diciembre del año 1028, llegaba al monasterio numerosa comitiva de caballeros y prelados con doña Jimena, los príncipes, la reina y el señor rey don Sancho.

El monarca es un hombre simpático, muy hermoso de rostro, un tipo magnífico. En él todo habla: sus ojos su risa, sus gestos amplios, graciosos, llenos de afabilidad y noble abandono. Sabe, como ninguno, de rezos litúrgicos y decires cortesanos; sabe también alegrar a sus huéspedes en espléndidos festines cortesanos, donde su bondad placentera y juguetona recrea a todos. A todos sujeta y avasalla este hombre, lo mismo

en la paz que en la guerra. A la Fortuna misma parece que tiene cautiva desde hace más de treinta años en que subió al trono.

Cierto que no podía quejarse. Desde el comienzo de su reinado, había querido servir la causa del Señor, y Dios se lo premiaba allanando con prosperidad sus caminos.—Así cruza la vida con paso seguro, el corazón y las manos abiertas, y en el rostro salud y alegría (1).

Pocos días después, el 7 del mismo diciembre, en los aposentos dispuestos para los reyes, estaban reunidos varios personajes. Doña Jimena los había convocado para firmar ante ella la carta de donación con que pagaba al monasterio su agasajo y el placer que le procuraban de hallarse al calor de la familia.—Su retiro de Cuevas es muy ameno, pero algo frío.

Don Jimeno y don Mancio, obispos de Oca y de Huesca, acababan de poner su signo en la carta de donación, y firmó entonces el honradísimo Fortún Sánchez, hermano de leche del monarca y ayo del príncipe don García. Le amaba,

(1) Las características para el retrato del monarca fueron trazadas por su gran amigo don Bernardo, obispo de Palencia.—Vide Moret: *Anales de Navarra*, II. 239, edic. 1890.

amaba al príncipe como si fuera sangre de sus venas; por él lo daría todo, todo; por él dará la vida algún día.

Allí, entre el grupo hoy venturoso que forma el rey con su familia y amigos, estaba el hombre siniestro, por su mal hado, que ha de anegar en sangre muchas dichas. Era el paje de lanza del príncipe. Se adelantó después de los otros, y puso su signo y su firma: Fortún Sánchez.

Los dos del mismo nombre que sirven hoy al príncipe García, el ayo y el doncel, se encontrarán frente a frente en un trágico momento en el cual intervendrá también Domingo; los dos en torno a un mismo personaje: el príncipe, pero con intención mortalmente adversa.

Así como la imaginación, entre las sombras del sueño, enciende visiones dislocadas de tragedia con percepciones claras de la vigilia, así—yo no sé, pero presumo—que al correr de los años Domingo pensará que todo es sueño fabricado con recuerdos de este día.

Recién entrado en el monasterio, Dios se complace en mostrarle reunidos todos los personajes que han de influír hondamente en su existencia; todos los que han de tejer la estrofa de su vida

con penados rigores e impensadas grandezas, todos estaban allí: los reyes, los príncipes, los dos Fortún Sánchez, los prelados...—En aquel día, nadie, seguramente, fuera del obispo de Pamplona, el que había ordenado a Domingo, nadie, digo, pensaba en el novicio humilde recién entrado; pero, desde entonces, los hilos de su vida se anudan con las vidas de aquellos personajes, y pronto comenzará a deshilvanarse el ovillo del destino, soltando con balanceo malicioso su preñez de venturas y desdichas.

Pero hay como una relación más personal e íntima en este aparente acaso dispuesto por la providencia: En días de tantos quehaceres para los monjes, Domingo debía ocuparse, como los otros novicios, en algún menester de refectorio y aposentos. Aunque su aspecto inteligente y simpático pasara sin ser notado entre otros muchos, las palabras amables del obispo don Sancho, el que le había ordenado sacerdote, sus consideraciones y elogios, debieran atraer sobre él la atención de algunos de los personajes y de los príncipes. A Fernando debió serle muy grato, a García indiferente.

En aquellos dos príncipes mostraba Dios a

Domingo, como en enigma, la voluntad secreta con que lo había arrancado a su familia, y acababa de sacarlo del yermo.

Las miradas de Fernando, al encontrarse con las del humilde novicio, debieron leer en ellas *amor;* las de García *fortaleza.* Amor y fortaleza serán la ley de su vida, como algún día lo conocerán los dos príncipes. Si Domingo fuera zahorí, en los ojos de los príncipes leyera lo que Dios disponía: su propio destino.

Capítulo VI

Los hijos del monasterio

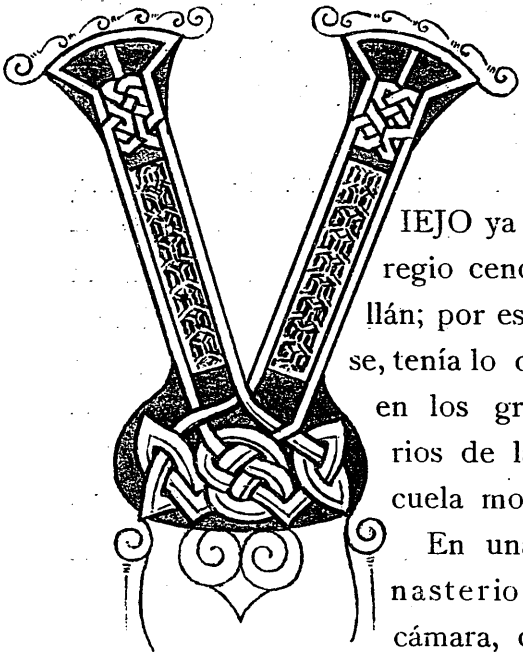
Maestro de oblatos en San Millán

1032-1035

LOS HIJOS DE MONTERO

El abad de la casa fabló con su conviento,
Asmaron una cosa, ficieron paramiento
De ensayar este ome, qual era su taliento,
Si era tal por todo qual a el demostramiento.

BERCEO, 94



VIEJO ya de siglos era el regio cenobio de San Millán; por eso, para remozarse, tenía lo que nunca faltaba en los grandes monasterios de la época: la escuela monástica.

En una crujía del monasterio había amplia cámara, casi en tinieblas: era el dormitorio de los niños oblatos, hijos de

nobles (1) que se educaban en el convento.

Cuando el maestro se despertaba, inquietado por la obligación de su oficio, debía entonces levantarse, según lo mandado, fuera cualquiera la hora, y después de vestirse con tiento para no hacer ruído, encender una candela, tomar en las manos la varita de su cargo y recorrer el dormitorio examinando los lechos de los niños.

El resplandor de la linterna iba saltando por aquellas cabecitas que apenas asomaban lo bastante para dejar en el embozo un vapor fino que, en las noches de invierno, pronto se hiela en gotitas de escarcha.

Adosadas al muro, por encima de las camas, corría una tabla con varios efectos muy ordenados y recogiditos: el cuchillo en su vaina, un peine de madera con su funda, el ovillo del hilo, la cajita de agujas; al lado una muda y las ropas diarias, muy bien plegadas y limpias.—El maestro pasaba a lo largo de los lechos; si algún niño se hallaba al descubierto o en mala postura, le tocaba con la varita hasta despertarle, y le hacía señal de que se cubriera.

(1) Sandoval, *Fundaciones; San Millán*, fol. 89 v.º

Terminada la ronda, el maestro se aproximaba a la robusta candela que iluminaba el dormitorio con su luz temblorosa, encogida de frío, y en la misma candela examinaba la hora: la candelita aquella alimentaba su pobre llamear derritiendo las horas en ella marcadas con rayitas negras.—Así se alimenta también en nosotros la llamarada de la vida consumiendo nuestras horas.

Nadie ha sabido como aquellos monjes, hijos de bárbaros, enlazar con tanta verdad, tan delicadamente, la utilidad y el símbolo, la realidad de abajo y la realidad de arriba.

Si todavía quedaba tiempo, el maestro podía acostarse de nuevo hasta el toque de maitines, y después de haber hecho la ronda.—Los estatutos que regían en San Millán desde hacía unos doce años, es decir, desde que fueron introducidos por el rey don Sancho y el abad Ferrucio (1) imponían al maestro de oblatos la obligación de levantarse, si se despertaba durante el sueño, y recorrer el dormitorio para vigilar y cuidar a los niños, especialmente en las noches de invierno.

(1) Sandoval, *Fundaciones; San Millán,* fol. 61 v.º *Vetus Disciplina Monastica,* París, MDCCXXVI. pags 200 et sig.

Todas las circuntancias apuntadas, como los pormenores que aparezcan en este capítulo referentes a los niños oblatos, están recogidas de dichos estatutos, y bien se echa de ver, por lo dicho, con cuánta razón afirmaba un monje de la época que ni en palacio los hijos de los reyes estaban mejor cuidados que los hijos del monasterio.—En San Millán tenían además otra ventaja pues el maestro que los cuidaba y educaba era un santo.

Aquel monje dedicado día y noche a velar con celos de madre por el bien de los niños educandos era Domingo.—En el monasterio, en todas partes, sus dotes excepcionales se imponían de una manera natural y suave, pero irresistible. Así se explica que, apenas profeso, le hubieran confiado un oficio que requería las cualidades más complejas y delicadas, uno de los cargos más autorizados en el monasterio.

Era también un empleo vidrioso y de labor constante y grave, cargada además con el esfuerzo que supone romper diariamente el breve descanso que se concedía a los monjes. Sin embargo. como Domingo, según su biógrafo y discípulo, prefería las vigilias al sueño, aunque los estatutos le

permitían volver al lecho después de la ronda, él se reposaba entre los brazos del Señor, envuelto en la quietud bienhechora del silencio.— Y en el ambiente frío del dormitorio, sólo se oía la pulsación rítmica del sueño, suave, muy lenta, muy blanda, como el roce de sus alas.

* * *

Seis años habían pasado ya desde que Domingo llegó al monasterio; el año de novicio, dos de simple monje, y tres de maestro.

La vida del claustro, en su corriente de mansa apariencia, arrastra presurosa las horas, los días.— Y lo peor, o lo mejor, lo esencial, lo que teje o desbarata la urdimbre de la vida, no es el correr de los días, sino lo que ellos traen y lo que se llevan.

La corriente se había llevado hacía pocos meses, al varón bueno y discreto que supo enseguida conocer a Domingo, el abad don Sancho (1). También faltaban otros dos personajes que mu-

(1) Murió ya bien entrado el año 1034.

cho le querían: el príncipe Fernando, ya rey de Castilla, estaba lejos, en su reino; su padre el rey don Sancho, más lejos aún: hacía sólo días que había muerto (1).

Pero si el tiempo había llevado de su lado personas que tanto le querían, allí, en el monasterio, tenía el aprecio de todos, conquistado en pocos meses, y de la más noble y eficaz y persistente manera; no buscando el cariño, sino repartiéndolo. Con su virtud edificaba a todos, a todos se imponía sin ofensa su talento, y todos le honraban,

Foras algún maliellio que vale poquilleio (92)

y aun la restricción que hace Berceo, es restricción a medias, porque también la envidia es para el envidiado un homenaje: una copa de honor que le brindan, amargados los bordes en hieles

Pero Domingo no se fija en eso: buscar a Dios con magnífico afán, con instinto certero, en la oración y el trabajo, en el estudio y la salmodia, en la obediencia a los superiores y en el trato

(1). Falleció a primeros del año 1035

con los hermanos; buscarlo siempre, y hallarlo en todo, en lo dulce y en lo amargo; lo demás... Para Domingo ya no había más.

* * *

En el silencio de la noche, se oía de pronto el son de una esquila que llamaba, alborozada, para los maitines; el clamor bullanguero se percibía cada vez más fuerte y aturdido; el sacristán, que despertaba a los monjes, se acercaba también al dormitorio de los niños encendía una candela, y la dejaba junto a la puerta.

Entonces el maestro recoge, otra vez, la varita y la linterna, y va despertando a los soñolientos. Los niños se incorporan dormitando, se santiguan, vístense la cogulla o túnica larga, y salen del lecho para ponerse el pellizón de abrigo, y calzarse los que llaman *nocturnales* zapatos de piel de oveja, muy hinchados y forrados con su lana. Ya vestidos, esperan un ratito hasta que el maestro da la señal, y se ponen en marcha.

Al salir del dormitorio, encienden en la candela que dejó el sacristán a la puerta las linternas de que se sirve cada pareja de niños, y

luego, en la oscuridad del claustro, ondula una sierpe de luces que penetra lentamentente en la iglesia.

Al entrar, suenan de nuevo las esquilas mientras los monjes profesores se retiran al coro, después de rezadas ya *las tres oraciones.*

Así las llaman sencillamente; pero son sumamente complicados los rezos *sencillos* de aquellos monjes. *Las tres oraciones* son nada menos que los siete salmos de la penitencia, divididos en tres grupos con oraciones diversas.

Cuando los niños llegan, las rezan en común ante las gradas del presbiterio; pero los mayores las han rezado ya en particular, y haciendo visita a todos los altares. Ahora, en el coro, recitan en voz baja los quince salmos graduales, divididos también en tres intenciones: cinco por la comunidad y sus difuntos, cinco por las particulares necesidades de cada monje, y los otros cinco por el rey y bienhechores.

Y ahora, cuando parece que ya han terminado, cuando hasta el ánimo se cansa de seguirlos en tan prolijos rezos, comenzaban el largo oficio de los nocturnos. Después se retiraban a descansar un poco en los lechos hasta el alba, y otra vez

volvían al coro para cantar los maitines o laudes.

Pero como la carne es flaca aunque el espíritu esté pronto, y como en tan largos rezos que interrumpen el descanso, el sueño está al asalto de un descuido favorecido por las sombras, si el que se duerme es un niño su maestro le despierta, y le pone en las manos un códice *grandiusculum*—dicen los estatutos—, un libro grandecito, para que con su peso se despabile. Las horas caen insensiblemente mientras los monjes salmodian y cantan las ambiciones más altas, los más íntimos dolores de los humanos; y cuando la aurora se posa, pálida de frío, en los vitrales de la iglesia, las voces de los religiosos entonan con crecidos acentos: *Coeli enarrant gloriam Dei*—, «los cielos pregonan la gloria de Dios».

* * *

En el país aquel, en la altura montañosa en que se alza el monasterio, las mañanitas del claustro tienen que ser crudas, muy frías. Sin embargo, y a pesar de los fríos, en el ala occidental del claustro, sentados en taburetes a lo

largo del muro interior, practicaban algunos de sus ejercicios, antes de prima, los niños educandos. Enfrente, junto a las arcadas, debían sentarse los dos maestros de entonces, Domingo y Sancho, para vigilar constantemente a los niños.

Los oblatitos, por necesidad reconocida, podían cruzar cualquier ala del claustro, aunque estuviesen en ella algunos monjes profesos; cuando ellos pasaban, aun siendo nada más que una pareja—jamás salía de la escuela uno solo—, los monjes que se hallaban sentados por el claustro, debían levantarse a su paso, y responder con una inclinación al saludo de los niños. En cambio, los ya profesos no podían pasar nunca por el ala del claustro que aquellos ocupaban ni acercarse o cruzar por sus filas, y solamente tenía acceso a la escuela, además del mayordomo, el chantre del monasterio.—En S. Millán, desempeñaba este cargo por aquel tiempo el monje Ezinario. (1)

Todas las mañanas, antes de prima, Ezinario

(1) Ezinario y Sancho son los monjes que aparecen con los cargos respectivos de chantre y maestro—a parte St°. Domingo—, en las tabletas del arca labrada en S. Millán por aquel tiempo, y de la cual ha de darse noticia más abajo.

tenía que presentarse en el lugar del claustro donde se hallaba Domingo con los niños oblatos, y ensayar a los pequeños en la salmodia y prepararles las lecturas y cantos que habían de entonar en los oficios, pues les correspondía entre otras cosas, comenzar los himnos a todas las horas canonicales, excepto a vísperas y laudes de las grandes fiestas.

Como esta reunión claustral se celebraba a hora temprana y tenía que dejarse sentir mucho el frío, era costumbre traer para los niños más pequeños o enfermizos un poco de pan y vino que se dejaba en manos del maestro, pues nadie, sino los maestros, podía dar cosa alguna a los niños oblatos.

Entre ellos, entre los discípulos del Santo, por aquel entonces, había un rapazuelo que por sus condiciones especiales, o acaso por un capricho del rey Sancho que amaba mucho a los niños del monasterio, fué esculpido juntamente con Domingo y el otro maestro en las tabletas de oro y marfil que se estaban labrando por encargo del monarca para guardar los restos del glorioso San Millán, patrón famosísimo del monasterio y de Navarra.

El niño aquel debía contemplar envanecido su efigie esculpida ricamente entre las figuras de tantos personajes como figuraban en el arca: reyes, príncipes, abades y dignatarios del convento. Más satisfecho debía sentirse que si se viera con la mitra dorada del abad, la grandeza más grande de este mundo para lo que su imaginación inocente alcanzaba.—Y era él, él mismo, no cabía duda; allí estaba esculpido su nombre junto casi con el de su maestro Domingo: «Munio, infante; Domingo, maestro de niños.» (1)

Contiguo a esta parte del claustro destinada a los niños, estaba el local que servía de complemento a la escuela.

Allí se refugiaban cuando los temporales les impedían la estancia en el claustro; allí guardaban sus libros y tenían además ciertas clases.

Después de prima, antes del estudio, el acólito de semana que había leído el martirologio en capítulo, apuntaba en el libro de óbitos la con-

(1) Todas las tabletas de oro que adornaban el arca y muchas de las de marfil desaparecieron cuando la francesada. El arca se conserva aún en S. Millán.—Las inscripciones que se citan rezan textualmente: *Munius, infans:—Dominicus infantiummagister*. Santo Domingo está representado con los atributos de su cargo: un libro y unas disciplinas.

memoración que el superior había anunciado en favor del difunto por tener hermandad con el manasterio; luego, los oblatos, pasaban aviso al refitolero y éste ponía en la mesa durante todo un mes la ración ordinaria de un religioso para darla en limosna, en sufragio del muerto.

Cuando el lector de capítulo anunciaba una memoria con plato de gracia, era para los chicos como un día de fiesta.—Estas memorias las instituían personas piadosas que, en conmemoración de un suceso cualquiera o por otra intención, establecían pensiones anuales para procurar a los monjes, en el día que se señalaba, un suplemento modesto en la comida; por eso se llamaba, con nombre conveniente, «plato de caridad».

El día aquel, a mediodía, además de otras cosillas, tenían *nebulas,* hojuelas que suministraba el «granatario»; y eran finas esas hojuelas, finas y quebradizas, delicadas como hojaldre; por la noche, el «camerario» y despensero repartían, ayudados de los niños, un cortadillo de lo que llamaban *herbatum,* es decir, vino bueno, aromado con yerbas olorosas, y además recreado con mieles.—Y afirmaban que esta mezcla hacía mucho bien a la economía general del cuerpo, porque

las yerbas eran escogidas por sus grandes virtudes medicinales.

Cuando los muchachos concluían las menudas tareas de registrar estos casos en los libros y dar los avisos correspondientes, comenzaban las clases, agrupándose los niños por secciones. Unos, con sus tablillas, cubiertas de fina arcilla muy pegadiza o barnizadas de cera, aprendían a trazar con su estilete de palo, que Berceo llama *estaquiello,* aquellos caracteres visigóticos tan reposados, tan claros y nobles; otros recibían lecciones de gramática o noticias, algo vagas, de historia y geografía; algunos trozos de poeta, retazos de las «Etimologías», y nociones sumarias del cómputo y cuentas, completaban el plan de enseñanza.—Cuando sean profesos cuando a los quince años salgan de la escuela, la librería del claustro les facilitará estudios superiores.

Todo el resto del día que les dejaban libres los divinos oficios, se empleaba en el estudio y en menudos menesteres, de ordinario no gravosos; únicamente los sábados daban más tiempo a ciertos trabajos manuales. Para esto, en el claustro, junto al pozo, había anchos dornajos divididos en compartimientos para el lavado de

ropas diferentes; allí lavaban las suyas aquel día y las tendían luego en el mismo claustro, pero sobre la yerba, pues en los cordeles solo tienden las suyas los monjes profesos. Sin embargo, lo mismo los monjes que los niños debían apresurarse para poder retirar todas las prendas antes de que la comunidad saliera en procesión del refectorio—y esto se hacía por buena decencia.

También tocaba a los niños fregar, todos los sábados, los lebrillos de madera, para que, al día siguiente, el monje que entrara en el oficio semanero de cocina lavara los pies a sus hermanos. Y como todo estaba previsto, aquel día afilaban sus cuchillos en la piedra suspendida sobre la pila, junto al brocal del pozo. Después, en riguroso turno iban a enjugarse las manos en el gran paño que pendía de los muros, y deputado expresamente para el uso de los niños.—El ceremonial que gobierna la vida en el recinto del claustro es todo un protocolo complicado y minucioso.

Anochecido, terminada la cena, los niños, con linternas en las manos, precedían a la comunidad, hacia la iglesia, cantando todos, lo mismo que a mediodía, el salmo *Miserere*. En llegando al coro,

los niños mantenían las linternas en alto mientras duraba el breve rezo, y luego se dirigían al dormitorio. Allí dejaban los cuchillos, cambiaban el calzado de día por los abrigados *nocturnales*, y bajaban al claustro a pasar un ratito leyendo, pero tan silenciosamente que, según las palabras textuales, «si alguno escribiera no debía sentirse el rasgueo de la pluma sobre el pergamino.»—Y es que después de la cena comenzaba el gran silencio.

Rezadas, finalmente, las completas, se retiraban todos a sus lechos, y así terminaba la labor del día; larga para los niños, pero más para su maestro.

Cerca de tres años llevaba ya Domingo en este empleo, día tras día constantemente con los niños. En el desempeño de este oficio delicado, como en el cumplimiento de las demás obligaciones religiosas, todos contemplaban al maestro de oblatos como un modelo, como perfecto dechado de prudencia y observancia.—*Omnibus... immitandus apparuit* [331].—Nada pues parecía anunciar su relevo del cargo, y, sin embargo, el momento estaba próximo y había de producirse en condiciones desagradables.

Era costumbre que, después de leído el martirologio en el capítulo, por las mañanas, el

maestro se retirara con los niños, mientras los monjes, si había lugar a ello, deliberaban sobre los asuntos de interés general para la casa. Y sucedió, a final del año 1035, que, aprovechando una de estas ausencias, se trató del maestro de niños Domingo.—Lo que se proponía era relegarle a un priorato medio abandonado y casi en ruinas, con el objeto de probar su virtud y obediencia.

Bien ajeno, sin duda, estaba Domingo a todo lo que se trataba sobre él en el capítulo, pero como lo probarán los hechos, su ánimo estaba siempre prevenido para rendirse sin esfuerzo y con presteza a esa virtud difícil que, a pesar de las apariencias, es el mejor y el más libre ejercicio de nuestro albedrío. Sólo cuando obedecemos estamos seguros de hacer un acto de voluntad; las otras veces...—Las otras, las más de las veces, no sabemos si nos empujan las circunstancias o los instintos.

Aunque todos los monjes, intervinieron en el asunto y dieron sus pareceres la iniciativa partió del abad (1).

(1) Pater monasterii... omniumque fratrum congregatio... statuerunt inter se obedientiam beati viri... probaret.—Grimaldo, *Vita*. 331.

El nuevo abad de la casa, el sucesor de don Sancho, era el excelente don García, varón santo también, como su antecesor de suave memoria. Aunque tenía, acaso, más talento y, desde luego, más decisión y energía, le faltaba algún tanto esa intuición que penetra más segura que el saber y la experiencia por el laberinto complicado de las psicologías.

Ya antes de ser abad estimaba en mucho a Domingo, y ahora que las circunstancias habían puesto la autoridad en sus manos, quería emplearlo en un alto oficio. Pero, para esto, su conciencia, un poquito recelosa, necesitaba experimentar al maestro de niños; y no solo experimentarle, sino adiestrarle también, ofrecerle ocasión de adquirir aquellos conocimientos y práctica que el cargo requería.

Con santidad probada, se puede atraer a los hombres hacia el deber; pero se puede también recrearlos ociosamente con el espectáculo amable y lejano de las virtudes; con discreción y talento y buen ejemplo de vida, se puede casi, casi gobernarlos.

Todas estas cualidades resaltaban con fuerza en Domingo, pero el cargo importante en que

el abad meditaba emplearlo requería algo más, pues traía consigo, no solo el gobierno de los hombres, sino la administraciòn de los bienes temporales.

Por eso, después de tratarlo con la comunidad, había decidido enviar al maestro de los niños a restaurar el priorato de Cañas, su pueblo. Allí podría adquirir experiencia en el manejo de negocios y mostrar si valía para ellos:

Dixieron ensaemosle, veremos que tenemos,.
Cuando lo entendieremos, más seguros seremos (95).

No podía, por ahora, estar quejoso el abad, Domingo había recibido la noticia con esa serenidad amable que nunca se nublaba en su rostro; y eso que, como el mismo abad decía, la obediencia era dura; Grimaldo la llamaba «injuriosa».

Por tal la hubiera tenido otro monje de menos virtud, puesto en su caso; primeramente, porque desempeñaba ya en la casa un cargo de mucha más consideración, uno de los más importantes y de mayor confianza; además, el priorato que se le encomendaba estaba en malísimo estado, y bien lo conocía así el mismo superior, cuya opinión formula Berceo:

Mandemosle que vaya a alguna deganna
Que sea bien tan pobre como pobre cabanna (96).

Pero sobre todo, lo que más hubiera mortificado, humillado a otro monje en las mismas circunstantancias, es que, a los tales prioratos, los abades, con descuidado egoísmo solían envíar, a veces, a ciertos monjes cuya conducta les desasosegaba a ellos o inquietaba la casa. Capítulos y concilios intervinieron, en repetidas ocasiones, para decir suavemente, discretamente a los superiores que su quietud y descanso eran muy atendibles, desde luego, pero que a ello habían renunciado al aceptar el cargo.

El caso presente no era el mismo, antes bien manifestaba los desvelos de un padre que se afana por completar la formación de su hijo, y capacitarle para desplegar sus tal entos.

Sin embargo, el abad, al dar a Domingo, con todo amor, prolijamente discretas direcciones, debía sentir alguna pesadumbre por los rudos trabajos que esperaban al monje, pues lo que de él pedía era, no solo que habitase y gobernase el priorato de Santa María, sino que restaurase aquella casa falta de medios y casi arruinada.— Pero Domingo, al pensar que aquella casa era

una casa de la Virgen que se hundía, se sentía dispuesto a todo, como canta Berceo:

Por algún servicio fazer a la Gloriosa
. . . . . .
Placeme ir a la casa cnna qual Ella posa. (103).

Capítulo VII

Un alto en el camino

Situación jurídica de los Monasterios en el siglo XI

UN-SEPTIMO

Convienenos un poco la materia acambiar,
Non podriemos sin esso la razón acordar;
Porque nos allonguemos, bien sabremos tornar

BERCEO, 186

POR los alrededores de Cañas, de los términos de la villa—villa pequeña, un puñado de casas—, había tres monasterios: Santa María y San Miguel, junto al río, y San Martín en los valles.

Los tres de monjes benitos, pero los tres muy pequeños, simples prioratos con el hinchado título de monasterios, mas con oficios de granjas.

En tōdos los pueblecitos de

la comarca había, por lo menos, un monasterio: Pazuengos, Cirueña, Gallinero, Revenga, Matute, Alesanco... todas las aldehuelas pequeñas y juntas, sembradas como trigo en el surco de los valles, tenían el suyo; Cañas tenía tres, tres monasterios. Los tres estaban en muy mal estado: sin claustro ni edificios reglares, sin coro, sin convento; semejaban más bien pobres casas de labranza adosadas a una ermita. Sin embargo la gente del pueblo se sentía orgullosa: tenían tres monasterios.

Así los llamaban con la mejor voluntad del mundo; así los llamaban, pero no lo parecían.

¿Su historia?—Para gran parte de aquellos monasterios, toda su historia está en la crónica lamentable de su ruína: nacían anquilosados, se arrastraban y morían al empujón brutal de algún poderoso, o bajo el duro acariciar de fuerte abadía.

Es una historia muy instructiva y curiosa la suya. En ella aparece fragmentado, desmenuzado en accidentes particularísimos, pero de fácil reconstrucción y análisis, aquel espíritu medieval ensalzado por unos en vanísimos tópicos rellenos de nada, maltratado por otros con desprecio ig-

norante alabado y denigrado aún con justicia, porque de todo tiene; alabado y denigrado con exceso, porque también sus defectos y virtudes se nos ofrecen sin ponderación ni mesura.

Su ternura y crueldad, su generosidad y fiero egoísmo, su devoción y amores, su amor de sangre y su estallar de instintos, las trovas de sus juglares y las bárbaras justicias, su pasividad gregaria y borbotantes rebeldías se nos presentan como un agua-fuerte en que se abrazan un loco y un niño. Toda sencillez y todo desenfreno, lo grotesco y lo trágico aparecen sin transición ni equilibrio.

Y acaso no es que no lo tengan, sino que no lo vemos. Los relieves se repujan con tal fuerza, que la vista, al primer pronto, no percibe la suavidad de medias tintas.

Pero hay más; y es que, como los planos son tan bruscos y fuertes, pero tan distanciados, de ordinario, ni siquiera advertimos los contrastes, porque solo un fragmento del cuadro, una figura, o el loco o el niño, se impresiona en nuestra retina, enfocada por los prejuicios.

Así en nuestro asunto, la edad media nos pa-

rece la era más feliz del monacato; y pudiera ser verdad, y lo será, sin duda; pero hay que entenderse y equilibrar los valores, porque sino, formulando tan solo criterios fragmentarios y simplistas, podría afirmarse, con igual fundamento, precisamente, la tesis contraria.

Esto se verá en las apuntaciones que siguen, apuntaciones necesarias, porque sin ellas no podrían comprenderse ciertos sucesos que se avecinan, y otros que irán apareciendo en la vida del Santo.

De lo que diga, se desprenderá por sí mismo, sin que esto sea mi propósito, que si la edad media pasa por ser la época más venturosa de la Orden de San Benito, su dicha fué la dicha de una madre que, entre mortales sufrimientos, cumple la noble misión de dar al mundo un hijo: entre el choque brutal de encontradas corrientes, la orden benedictina, en sus múltiples ramas, cumplió su misión de cristianizar, civilizar, y educar al mundo nuevo que nacía con fermentos bárbaros entre los escombros del antiguo; y la cumplió de modo acabadísimo y heroico, y a pesar de increíbles y larguísimas violencias, porque Dios quería que, como las madres, entre

alegrías y dolores, diera su fruto para la civilización la madre Europa.

Y vamos a ver como las cosas pasaban.

Un día se le ocurre a un buen señor—laico, clérigo u obispo—fundar un monasterio. Para ello ofrece algunas tierras con edificios e iglesia, obtiene licencia del ordinario, y el monasterio queda establecido.

Desde este momento su condición jurídica contiene dos elementos, uno activo y otro pasivo: es objeto de propiedad en manos del fundador y sucesores, y es persona moral capaz de adquirir y poseer.

Este es el hecho; y, sin pararme a considerar su valor jurídico en legislaciones posteriores, tenía entonces validez legal y práctica; en suma, es el hecho y, como tal, parece sencillo, a pesar de la antinomia que envuelve, pero es complejísimo.

En la historia no hay otra lógica que la de los hechos, y ellos nos muestran que el derecho de propiedad sobre los monasterios contiene en principio todos los abusos de jurisdicción, como consecuencia, los cambios diversos en la

administración económica, y como secuela, la relajación de la disciplina.

Así para proceder con lógica, hay que partir del hecho de propiedad sobre las fundaciones religiosas. Huelga decir que esta propiedad se colora con títulos varios; pero eso no importa, pues queda el principio, como iremos viendo por sus consecuencias.

En España, y para este asunto, hay que considerar dos grandes fases: la visigoda y la de reconquista.

En la primera, el derecho de propiedad a favor de los particulares aparece clarísimo. El V concilio toledano (c. 2.º), confiere a los fundadores el cuidado material del monasterio y el derecho a nombrar los superiores, sin que el obispo pueda entrometerse.

Como estos derechos se concedían tan solo al fundador y durante su vida, a su muerte, el monasterio quedaba por completo bajo la jurisdicción del diocesáneo, según la legislación general de la Iglesia, formulada desde el año 451 en Calcedonia.

Así, en este período, la inmensa mayoría de los monasterios estaban sujetos a la inmediata

disciplina de los obispos, ya porque de ordinario eran ellos los fundadores, ya porque al erigirse una casa religiosa, si el fundador era un religioso, se incorporaba la fundación a la jurisdicción ordinaria automáticamente, y si era un simple laico, quedaba incorporada al fallecer éste.

Según el IV. concilio de Toledo (c. 51), los obispos vigilaban sobre la observancia religiosa, nombraban los abades, y percibían anualmente una tasa; pero les estaba prohibido expresamente, inmiscuirse en los asuntos económicos del monasterio.

En la segunda fase, en la época de la reconquista, este estado de cosas se modifica por completo.

Primeramente, los monasterios son casi todos de fundación laica, pues el prelado bastante tenía con atender a la restauración de las iglesias; además, el patronato y derechos de que gozaba en lo antiguo el fundador, se perpetúan en sus sucesores, o en otros individuos, de la manera más extraña.

La condición desastrada de los tiempos pedía que los monasterios contasen con el favor de algún poderoso para ser defendidos de tropelías

sin número. Nadie mejor para esto que el fundador o sucesores; mientras de alguna manera no renunciaban, ellos eran los defensores natos del monasterio. Cuando la fundación había sido hecha por algún eclesiástico, o el fundador enajenaba sus derechos, se confiaba la defensa a una persona capaz de mantenerla, o se hacía dejación del monasterio en manos de poderosa abadía.

Los laicos encargados de proteger los monasterios se llamaban «abogados o caballeros defensores»—*advocati, milites defensores*—y sentían tal vocación por su oficio y tanto apego a las rentas que por él percibían que, poco a poco, lograron vincular el cargo en su familia.

Así, los caballeros defensores usurpaban los derechos que sólo tenían los fundadores, y como además hacían de estos derechos patrimonio familiar, resultaba que la casi totalidad de los monasterios se sustraía, en gran parte, a la jurisdicción de los obispos, para caer en manos de seglares.

Es la primera consecuencia del derecho de propiedad, disimulado en la época visigoda bajo el patronato conferido al fundador, y adquirido

ahora por el mismo título o por servicio de defensa, pero perpetuado abusivamente como bien patrimonial.

Los seglares al ampararse de los monasterios no lo hacían sin sufrir resistencias de los monjes y obispos. Los obispos pretenden conservar su poder de jurisdicción prevaleciéndose de cierta ceremonia necesaria; los monjes reclaman su libertad de elección amparándose de su Regla.— Es una historia triste, pero muy curiosa.

¿El patronato o propietario podía nombrar abad?—Bien; que lo nombrase. Pero el simple monje no podía ser abad si no recibía la bendición solemne del obispo; por lo tanto, si el patrono podía elegir a quien quisiera, el obispo podía rehusar la bendición a quien bien le parecía.

Era una manera muy estudiada, y ya antigua, de recobrar algo de la mermada jurisdicción. Pero, con el tiempo, los laicos estudiaron muchísimo, y supieron escapar a esta traba.

Cavilando de mil modos, llegaron a descubrir, allá por el siglo nono, que en la dignidad abacial había una distinción muy sutil, todavía inédita: el oficio y el beneficio. El oficio lo abandonaban

de buen grado en un prepósito que gobernaba la comunidad, el beneficio se lo reservaban para disfrutar de sus rentas.

El descubrimiento de esta distinción no debe imputarse del todo a los patronos-propietarios; fué sugerida por cierta reglamentación de orden administrativo, que luego veremos.

Restaba la resistencia que pudieran ofrecer los monjes, amparados de su Regla.—La Regla de S. Benito parece, a primera vista, muy terminante en este punto: «Nómbrese abad a aquel que la comunidad elija» (C. 64).

Parece, digo, terminante, pero no lo es tanto como parece, porque como la unanimidad no siempre se logra, en caso de fraccionarse el criterio de los monjes, ¿quién resultará elegido? Pudiera creerse que, en este caso, debía prevalecer el criterio de la mayoría; pero no es así. El texto, en esto, es muy explícito: «será establecido como abad el que resulte elegido por la parte más sana, aunque sea la menos numerosa».

Y no siendo el número sino la calidad la que determina la elección ¿quién será el árbitro que la aprecie? Tampoco lo señala con precisión S. Benito. Al suponer el caso de ser elegido un

monje que autorice la relajación, encomienda el cuidado de evitar tal abuso al obispo, a los abades o a los cristianos vecinos; es decir, a todos aquellos que parece deben sentir interés por el bien del monasterio.—Y claro está, que el más interesado, a su manera, era el patrono-propietario.

Así, la devolución del arbitraje según la letra, aunque contra el espíritu de la Regla, ponía en manos del patrono y defensores, la elección de los abades.

El monasterio, sus bienes, la libertad de los monjes quedaban totalmente a merced de particulares que podían vender, cambiar y regalar aquellas casas religiosas como las tierras patrimoniales con sus siervos de la gleba y sus *collacios*.

Esta era, por entonces, la condición jurídica de los manasterios. Las condiciones de orden económico que se derivaron fueron muy complejas, pero tan sólo señalaré una, que es la que más nos interesa, y que, por cierto, resultó funestísima.

Como los abades nombrados por el rey o los otros patronos descuidaban, a veces, en su propio interés o en interés de aquellos el sustento de

los monjes, y el arreglo de la casa, se llegó a un convenio por el cual se dividían las rentas en dos partes, una para el convento, y administrada por el prior o prepósito, y otra para el prelado. A esto llamaban «separación de mesas»; pero fué algo más, fué la separación del oficio y el beneficio, que dió origen a los abades seglares y encomiendas.

Los herederos de los fundadores podían estar satisfechos; tenían en sus manos, no simplemente los bienes cedidos por sus antecesores, sino aquellos bienes mejorados, aumentados grandemente por el trabajo de los monjes, y donaciones sucesivas. Fué—impensadamente, desde luego—la manera más provechosa de beneficiar en favor de los hijos unos retazos de hijuelas.

Ya veremos en el curso de la vida de Sto. Domingo, como entendía estos derechos un monarca, las consecuencias decisivas que esto tuvo en la existencia del Santo, y el arranque nobilísimo y valiente con que defendió la libertad de los monasterios; era tomar parte en la lucha de las investiduras, en la que, al fin, y como siempre triunfó Roma, porque la verdad es la que siempre vence.

El día éste estaba cercano y ya alboreaba, pero en la época del Santo, en nuestra España, los monasterios sufrían oprimidos, y si algunos crecían y se ensanchaban al empuje de hombres extraordinarios, los demás, la inmensa mayoría perecía asfixiada.

* * *

En Cañas había tres monasterios: S. Miguel, era del rey don García; S. Martín, de Valvanera; y el priorato de Santa María había sido donado a S. Millán el martes 5 de setiembre del año 922 por el rey García Sánchez.

Los tres estaban mal, y atrofiados, pero el que peor estaba en el año 1035 era el priorato de Santa María, encomendado a Domingo.

Capítulo VIII

El palomar de la Virgen

Restauración del priorato de Cañas

1035-1038

EL EMPERADOR

Meioró en las casas, ensanchó heredades
Compuso la eglesia—esto bien lo creades—,
De libros et de ropas et de muchas bondades;
Sufrió en este comedio muchas adversidades.

BERCEO, 108

LGO distante del pueblo, frente al cerro que hoy llaman del Santo, en recuerdo de Santo Domingo, y separado del cerro por el río, estaba el priorato de Santa María.

Pobre era ya cuando el Santo pastoreaba su ganado por el cerro,

mirando cariñosamente al convento humilde; pero hoy, al verlo desmantelado, sin enseres, sin ropas, sin bienes, sin libros, el corazón del nuevo prior *graviter doluit*, dice Grimaldo, «se acongojó gravemente».

La inquietud en que le ponía la difícil carga de levantar el priorato de sus ruínas, se unía, para angustiarle, al dolor de contemplar tan quebrantada una casa de recuerdos ya lejanos pero muy queridos.—Horas muy tristes debió pasar el día de su llegada.

—¿Quién le hubiera dicho en otros tiempos?... Después de abandonar el pueblo y la familia para siempre, según entonces pensaba, ¿cómo sospechar que Dios le trajera de nuevo a su lado con mandato de santa obediencia?

Pero, ¿por qué él, y no otro, era el llamado a esta obra?—En el mundo se había ocupado en el ministerio sacerdotal, como ermitaño no trató más que un negocio —eso sí, un negocio eterno—, en San Millán, trabajó con los niños; nada había aprendido, nada sabía de administración de intereses, de restauración ni gobierno ¿qué iba a hacer él? ¿Por qué entre tantos, que acaso lo deseaban, y entendían de estas cosas, era

escogido él, que nada sabía y que solo quería vivir en su retiro?—Tiempo adelante, sabremos la respuesta.

* * *

En todo el lugar debió producir la llegada de Domingo igual sorpresa que contento. Casi diez años habían transcurrido desde que, misteriosamente se marchara, pero en todos los pechos vivía, envuelta en gratitud, la memoria de aquel joven sacerdote a quien debían tantos beneficios, y cuya figura inteligente y simpática sonreía en el recuerdo.

Sin embargo, la gran alegría fué para los de su casa. El monasterio de San Millán no estaba lejos, pero ahora tenían más cerca, a su lado, y puesto allí por Dios, puesto por la obediencia, al hijo que se les escapó un día, al que juzgaban perdido para siempre, ¿no iban a estar contentos?

Algo les inquietaba la misión penosa que se le había confiado. Nadie como ellos sabía lo mal que estaba el chico monasterio. Domingo vió al momento el estado ruinoso de los edificios y la

falta casi absoluta de enseres; pero ellos, ellos conocían bien las deudas que tenía, los censos que no cobraba y los empeños que gravaban las tierras.—De todos modos, allí estaban sus padres para ayudarle con lo que podían. Por de pronto, lo más urgente era llevar de la casa el ajuar preciso para él y los monjes que le acompañaban.

Pasada la primera impresión, que le turbó con dolorosa sorpresa, el ánimo fuerte de Domingo se rehizo en seguida, y, con esa actividad reposada y fecunda que fué siempre su característica, puso manos a la obra de restaurar el priorato.

Lo primero que reclamó su atención fué procurar el sustento de la pequeña comunidad. Grimaldo no dice el número de monjes que la componía, aunque de sus palabras se colige que formaban un grupo. Pero si, antes de la llegada de Domingo, parece que no vivía allí ningún monje, ni el prior siquiera, al intentarse su restauración, el abad debió enviar el número de religiosos que ordinariamente reclamaban los concilios, a partir de las Capitulares de Aquisgrán; es decir, de cuatro a seis monjes.

Mientras las cosas se arreglaban, podía contar

para el sustento diario con la ayuda de su familia, desde luego, y con la caridad de los buenos vecinos, sobre todo de don Munio, el prior de S. Martín, cuyos negocios prosperaban entonces algún tanto.

Pero este servicio de todos los días no podía prolongarse indefinidamente, y aunque se prolongara no alcanzaba sino a remediar las necesidades del momento, sin facilitar la obra grande que meditaba el prior para la reconstrucción del priorato. Así, después de arreglar con prisas lo más necesario, y mirando a asegurarse una situación que le permitiera vivir de sus propios recursos y dar cabo a su empresa, se puso al trabajo.

Empezó a labrar, por dexar de pedir,
Ca era grave cosa para él de sofrir (107).

Algo debió costarle aclarar los olvidados derechos del priorato sobre tierras, censos y prestaciones que le eran debidas, porque si bien la gente del pueblo era honradota y buena, y estimaba a su paisano, es menester muy poco para enturbiar el agua, y dos o tres individuos eran bastantes para embrollar a otro que no tuviera el tacto y la firmeza de Domingo. Acaso en esto

no había malicia, pues la misma sencillez bobalicona de algunos aldeanos les pone, a menudo, en trance de padecer distracciones.—Esto debía ser; nada más que esto. Pero si ciertas cosas estaban algo turbias, las deudas del priorato aparecían muy claras.

Por fin, todo se fué componiendo, y el prior con sus monjes comenzaron a labrar las tierras y a reparar la casa trabajando por sí mismos, recogiendo de la tierra la vida, y gozando; porque Domingo «gozaba, se regalaba grandemente en el trabajo».—*Non modico gaudio gratulabatur. (332).*

Pero mientras las tierras por él trabajadas daban su cosecha, había que mirar bien el empleo de las primeras ayudas. Era menester mucho tino porque los recursos no debieron ser al comienzo muy abundosos, y en cambio faltaban muchas cosas, a cual más necesaria: provisiones, ropas, ornamentos de iglesia, materiales para el edificio, códices....

La penuria de libros le inquietaba, pues, a parte su afición al estudio, conocía la verdad encerrada en aquel dicho de un monje su contemporáneo, y prior como él: *claustra sine armario, castra sine armamentario:* «claustro sin libre-

ría, castillo sin armería» (1). Pero los códices costaban una fortuna; solamente un breviario valía unos cien sueldos, y con cien sueldos había para comprar cinco vacas o un rebañito de carneros.—No podía pensarse en una biblioteca, siquiera exigua; pero aunque fuera estrechándose más en otras cosas, se adquirirían los códices más precisos, pidiendo otros en préstamo a los priores de San Martín y San Miguel.

Lo principal era hacer producir al dinero con urgencia, y el medio mejor en aquella comarca, y en semejantes condiciones, estaba en formar un rebaño. El gasto no era excesivo, el mantenimiento del ganado nada dispendioso, y aunque los monjes comían de vigilia, podían aprovechar la leche y vender luego las crías y la lana.—Con leche, huevos y legumbres de la huerta, amén de algunos regalitos en especie, tenían lo bastante para ir pasando.

Una idea le obsesionaba: la reparación del edificio. Pero, más que restaurar o reparar, su espíritu selecto y refinado, acuciado por las nue-

(1) Ganfrido, subprior de Santa Bárbara.—Véase Marténe, *Thesaurus nov.* I, 509.

vas construcciones que había visto levantarse en la comarca, ambicionaba para la Santa María una iglesia nueva; pequeña, desde luego, pero a su gusto, un palomarico de la Virgen chiquito y bello.

Y como los espíritus generosos vacilan menos en las grandes cosas que en las cosas pequeñas, puso en seguida manos a la obra sin pararse en la falta de recursos.

Fue un derrame de energías que fluían serena, noblemente, con la misma seguridad y confianza con que a Dios se las demandaba y Dios se las concedía. En los campos, en el convento, en el pueblo, en todas partes se le veía siempre en trabajo; para todo hallaba tiempo, y en bien de todos lo repartía, especialmente en el bien de las almas.

Cuando, al caer la tarde, volvía de conquistar para Dios algún cristiano descuidado en mal camino, o regresaba de trabajar las tierras con sus monjes, quebrantado el cuerpo por la fatiga, los ojos brillando casi con fiebre, los hábitos con las huellas del santo trabajo, después de cenar cualquier cosa, los religiosos se retiraban a descansar en el sueño; pero el prior se detenía en

otras tareas: repasaba las cuentas, meditaba sus planes, disponía algo para el día siguiente, daba un vistazo a la casa, y luego aquel hombre pequeño y flaco de cuerpo y el cuerpo tembloroso de cansancio, sentía en su alma de acero un fleje más blando que el alma de un niño, y caía por horas enteras a los pies de la Virgen llamándola, ¡Madre!...

Y como Madre le ayudaba:

Con Dios et la Gloriosa et la creencia sana,
Viniele buena cosa de ofrenda cutiana:
De noche era pobre, rico a la mannana (106).

Se dice con frecuencia que las riquezas son ruína de la observancia religiosa, se citan ejemplos de monasterios muy observantes que después se relajaron; y dicen que fué por esto.—Es posible. Pero lo que aparece clarísimo, lo que es cierto del todo, es que solamente se enriquecían mientras la piedad, la observancia y el trabajo se albergaban en ellos. Y de esto, sí, tenemos un ejemplar innegable en la restauración de Santa María de Cañas.

Había entonces en el pueblo algunos individuos bien acomodados y muy generosos, como

lo demuestran largas donaciones: Tello Gutiérrez, Munio Cambiote, Velasco García, Galindo Velázquez, los padres de Domingo, algunos de sus parientes... pues bien, todos ellos dejaron que el priorato se arruinara mientras estuvo en ruínas la observancia religiosa; pero cuando se trató de restaurarlo restableciendo primeramente y con bríos la disciplina, entonces, como de su propio peso—porque su peso es el amor, que se complace en el bien—, afluyeron abundantes los recursos.

Y no ya de Cañas, sino de la comarca entera acudían las gentes con manos generosas a dejar su piadosa admiración y su ofrenda a los pies de Domingo; eran romeros de caridad que corrían a pasmarse ante un retablo de amor.

Así, antes de dos años, la restauración del priorato estaba de todo punto concluída:

. . . . . la casa arrcada,
De labor de ganados assaz bien aguisada.
Ya trovaban en ella los mezquinos posada (110).

Una cosa faltaba tan sólo: la consagración solemne de la iglesia nueva.

La consagración debía hacerla el obispo de la

diócesis, un santo varón que desde hacía más de doce años tenía particular aprecio a Domingo. Era el buen don Sancho, obispo de Pamplona primeramente, que tuvo en administración largo tiempo la diócesis de Nájera. Ahora la gobernaba en propiedad, ya no era obispo de Pamplona, y tenía su silla en la corte, en la misma capital de la Navarra de entonces.

Don Sancho había ordenado de sacerdote a Domingo, le perdió de vista cuando éste se ocultó en el yermo, pero volvió a encontrarlo en San Millán, el día aquel en que allí se reunió con su piadosa y anciana amiga doña Jimena, con los reyes y los principes García y Fernando... ¡Cuántos personajes y retazos de vida dispersados por vientos! Poco a poco volveremos a encontrarlos en esta historia.

La amistad que el obispo estrechó con el maestro de los niños en San Millán, se hizo aún más intima cuando la restauración del priorato de Cañas les puso en comunicación más frecuente. Pero esta amistad entre el joven prior y el anciano obispo estuvo a punto de romperse con ocasión del todo liviana.

Habiendo sido llamado para la consagración,

el excelente viejo visitanto antes el restaurado priorato vió con alarma que había en él mujeres, y no quiso ver más. Hizo breve oración en la iglesia, y se salió bruscamente.—«No puede ser—dijo al prior, que le miraba con asombro—; no puede ser, Domingo; nuestra amistad no puede continuar».

Y sin atender a explicaciones, con el celo de un santo y la cólera intempestiva de un viejo, abandonó la casa.

Bien sabe Dios que ni Domingo ni sus monjes tenían culpa, y si el timorato señor se hubiera parado a considerar lo que le decían, en vez de saltar al espolazo de las sospechas, de fijo que se hubiera edificado, pues lo que pasaba era muy sencillo, y no había falta en ello. Es decir, sí que había falta, pero lo que faltaba... era un cocinero.

Aquellos monjes que habían aprendido a labrar las tierras, cuidar del ganado, levantar edificios, escribir libros, lavar sus ropas, coser sus hábitos, aquellos hombres que aprendieron tantas cosas, sólo olvidaron aprender de cocina. Y es lo más curioso que la Regla les obligaba a guisar por turno para todos los hermanos.—Se-

ñal de que por entonces la frugalidad ahorraba complicaciones. Así y todo, aquella operación tan sencilla: llenar de agua la caldera, echar las legumbres y sacarlas a la mesa, causaba muchas inquietudes y temores a ciertos novicios, y las crónicas íntimas de las casas han registrado anécdotas sabrosísimas de algunos monjes que, no sabiendo cómo salir de tal apuro, invocaban vagamente a la fácil fantasía.

Cuando es para los monjes puede pasar, forzosamente ha de pasar; pero al obispo había que obsequiarle cumplidamente, y como en el priorato ninguno tenía conocimientos bastantes, el prior se vió obligado a llamar a dos mujeres de toda confianza: su madre y su hermana (1).

Si el bueno del obispo hubiera considerado lo que hacía, hubiera evitado a Domingo la pesadumbre de tan dura ofensa; pero ya que no supo evitarla, va muy pronto a dar satisfacción generosa.

Desde el priorato hacia el pueblo baja en cuesta un camino que, a su mitad se retuerce en violento recodo; por allí, justamente, cruza la

(1) Grimaldo, p. 333.

senda un mísero regatillo que refresca con sus aguas el vecino prado.

Pues bien; iba el obispo lleno de enfado, y montado en su mulo, cuando al llegar al recodo la bestia se planta y no hay acicate ni castigo que la obligue a pasar adelante. Viendo que todos los esfuerzos son inútiles, don Sancho se da por vencido, y comprende—así lo dice a sus acompañantes—que Dios le impide seguir su ruta porque el prior debe ser inocente—. Tuerce las riendas, y se encamina otra vez al priorato.

Tenía razón el obispo. Fuera un espanto del mulo ante el arroyuelo, fuera cual fuere la causa inmediata, es Dios mismo quien detiene al obispo y enfría su cólera para borrar de su espíritu las sospechas contra un santo.

Lleno de confusión, humildemente, el viejo sencillo y bueno se deshizo en excusas ante Domingo y su madre.

La fiesta de la dedicación del templo se verificó al siguiente día con alegres solemnidades de que participó todo el pueblo de Cañas y los pueblos vecinos.

* * *

Después de la consagración de la iglesia, la obra que el abad de San Millán había encomendado a Domingo quedaba concluída. Ahora se podría entregar con más bríos a otra misión; la misión que Dios mismo le inspiraba. Extraños tiempos aquellos. Entre los ardores concupiscentes y las sombras de ignorancia, sólo la fe iluminaba los espíritus; pero aun la misma fe se cubría de sombras, y su calor sereno se trocaba en fiebres supersticiosas que la viciaban y hacían infecunda cuando parecían robustecerla.

Y esta fué la misión de Domingo: decir a los hombres que no basta la fe para agradar a Cristo, y luego decirles lo que es ser cristiano. Y de tal modo sabía decirlo, con tanta persuasión lo mostraba en su conducta, que logró siempre lo que se proponía.

Aquí en su pueblo, entre otros muchos que trajo al buen camino, supo comunicar a su padre y a su hermana la noble exaltación que a él le poseía, y el deseo de disciplinarla en el claustro.

Sin embargo, aquel hombre que, con su voz y ejemplo, a todos se imponía, y traía como en vilo toda la comarca, y hasta lejos, muy lejos exten-

día su influencia (1), fué impotente para vencer la obstinación de su madre, que nunca consintió en renunciar al siglo, porque no comprendía aquellas impaciencias de su esposo y sus hijos por abandonar un mundo que ella encontraba bueno.

Pero, por fin, lo dejó, y más pronto que ellos, y fué un día triste, porque esta vez quien le invitó a dejarlo sin remedio fué la muerte.

Pocos meses después de la consagración de la iglesia, se abría en ella honrosa sepultura para la madre del prior Domingo; el padre se retiraba como monje a Valvanera, y la hermana se encerraba en un monasterio.—Lo que más había amado de este mundo estaba lejos para siempre; la obra de la restauración que llenaba su vida con hervorosos bríos, quedaba terminada; en las cosas de la tierra, la actividad del corazón y la actividad del espíritu parece que perdían objeto; y aquellos días fueron tristes porque era como si le envolviesen en vacío.

* * *

(1) Grimaldo, p. 334.

A últimos del año 1038, monjes llegados de San Millán notifican a Domingo la orden de regresar a su abadía.

Todo lo tenía arreglado, las cuentas del año habían sido presentadas y aprobadas al ultimar la recolección, conforme estaba dispuesto; el sustento de los monjes quedaba asegurado; la obra de la restauración, ya felizmente concluída; por esta parte nada podía inquietarle y lo demás nunca le inquietaba.

Despedirse de sus parientes y amigos, estrechar, cariñoso, aquellas manos que tanto le ayudaron, abrazar a sus religiosos y soltarse ligero para no ver lágrimas..., y ya no tenía que hacer allí otra cosa con los hombres; todo lo que quedaba por decir lo diría en la iglesia, junto a la tumba de su madre; se lo diría a la Santa María...

Camino abajo, marchababa Domingo en dirección a San Millán, sin preocuparse por lo que pueda aguardarle en su monasterio, sin inquietarse ya, después de encomendarlo a la Virgen, por todo lo que deja atrás.

A su espalda, en suave loma, se alza el priora-

to humilde, pero recompuesto, ordenado; sus tierras bien cultivadas, los corrales con numeroso ganado, la casa alhajada, la biblioteca regularmente henchida, y la pequeña comunidad viviendo en santa observancia. Allí queda la imagen de la Virgen, los restos de la madre, los afanes y tristezas y consuelos de cerca de tres años; su obra entera y pedazos del alma.

Por encima de las otras construcciones, como la nuestra del palomarico, se alza la iglesia galana que visitó Berceo pensando en el Santo:

Yo Gonzalo que fago esto a su amor
Yo la ví, asi vaya ha faz del Criador... (102).

Capítulo IX

Feliz Castiello

Prior de San Millán

1038-1040

FELIZ ESTREO

Porque era tan bono, de todos meiorado,
El abbat de la casa dióle el priorado.
Querido si pudiesse, escusar de buen grado,
Mas dezir: no lo quiero, teníelo por pecado.

BERCEO, 122

MUY satisfecho estaba el abad don García, y tenía motivos para estarlo. Había enviado a Domingo por prior de Cañas para que restaurara el priorato, y mostrara si valía para el manejo de asuntos temporales. Ahora el abad no ocultaba su contento ni la intención callada con que había procedido en el negocio.

En cuanto Domingo regresó a San Millán, el abad, con aplauso de todos, le nombró prior mayor del monasterio—*licet renitens, licet coactus*—, «casi por fuerza, mal de su grado».

Sin vacilar un instante, había aceptado que le enviaran de prior a su pueblo, porque entonces sólo se trataba de

Facerle degannero en deganna astrosa (115).

pero ahora tenía, aunque limitado, el derecho a renunciar lo que le proponían, pues intentaban hacerle superior efectivo del gran cenobio; es decir, casi un personaje en el reino. Y aunque es un derecho al que se renuncia muy fácilmente, Domingo lo usó, mientras pudo hacerlo sin faltar a la obediencia.

Así, el antiguo maestro de los oblatos, después de tres años de ausencia, entraba de nuevo en la casa para ejercer ahora sobre los monjes todos la vibrante influencia que había modelado sabiamente el alma de los niños.

Con el nombramiento del antiguo maestro, los muchachos sus discípulos y los monjes mayores

Ovieron con él todos mui grand consolación. (118)

Es decir, todos no; don Gomesano y un pequeño grupo de su camarilla lo sintieron vivamente.

Don Gomesano, prior mayor hasta entonces, era un individuo de poco carácter, y no malo precisamente, sino débil: luchaba, a veces, por obrar con entera rectitud, pero todos sus buenos propósitos huían acobardados ante una mirada del rey, o se desmoronaban, como castillo de naipes, al revolverse escocido en su pecho el amor propio. Sólo era fuerte en su ambición, y solamente en un doble propósito mostró su constancia: no resistir jamás al rey, y medrar cuanto pudiese.

Y medró—¡ya lo creo!—, y fué abad, y fué obispo, y un gran señor en el país navarro y el pobre hombre llegó a merecer la interesada preferencia del astuto monarca que sabía halagar su vanidad un poco campesina: «Oh, serenísimo Pontífice, mi señor y obispo glorioso», le decía.— Y seguramente se lo decía muy serio, mientras don Gomesano rechazaba tanta gloria con sonrisa humildosa y complacida.

Pero antes de llegar a la cumbre de esas grandezas, don Gomesano sufrió la humillación amarga de ver que le privaban del priorato para en-

tregar la dignidad a Domingo. El abad don García necesitó toda su decisión para dar un paso semejante, pero desde que fijó su vista en el maestro de oblatos, comprendió, aunque con algunos recelos que se disiparon, que aquel joven era el prior que convenía a la casa. La administración de don Gomesano era funesta para la disciplina y para los intereses temporales: de vez en cuando el rey se presentaba en el monasterio, el prior Gomesano se hacía el complaciente, y el rey se llevaba cuanto quería. (1)

Para evitar esto, el enérgico abad había resuelto nombrar prior a Domingo, sin cuidarse de pareceres ajenos, ni de lo que pudiera decir el rey don García.—El rey no diría nada, pero desde entonces sintió hacia el nuevo prior una saña rencorosa que estallará con el tiempo. El y don Gomesano fueron los más enconados enemigos de Domingo.

Pero en la casa, la inmensa mayoria, casi todos, estaban contentos, especialmente los jóvenes, sus antiguos discípulos.

El prior, a sus ojos, debía aparecer casi, casi

(1) Grimaldo, p. 338.

con el prestigio de un abad; y el abad, aquel abad-obispo que veían a distancia y siempre entre personajes, era en la casa poco menos que el señor rey don García en su reino.—No; no tanto. Pero cierto que, no solamente por ser abad, sino además obispo coadjutor, o más bien *corepiscopo,* como su antecesor don Sancho, de buena memoria, tenía tanta y aun mayor influencia que cualquier *senior* o rico-hombre navarro.

La separación de mesas ideada en el siglo nono, es decir, la partición de bienes entre el abad y el convento, no será consumada en España hasta el siglo XIII; pero, si no en los términos y en su forma definitiva, en la práctica comenzaban ya a manifestarse ciertas tendencias en algunas comunidades.

En S. Millán, los priores gobernaban de hecho el monasterio y administraban sus bienes; sin duda bajo la autoridad abacial, pero una autoridad que, si el prelado no sentía en sí el espíritu de reforma, gustaba de retraerse en suave penumbra, algo egoista y descuidada, pero de muy buen tono, por aquellos tiempos. En el gran cenobio navarro, esta inhibición del abad era más acentuada que en otros monasterios, pero

tenía otro carácter, que la disculpaba: la calidad y ocupaciones exteriores de su abad-obispo.

Así se explica, por esta como dejación, que teniendo al frente un prelado de los méritos y virtudes de don García, la disciplina y los intereses de la casa sufrieran alguna merma, y que para repararla acudiera al expediente de poner el gobierno en buenas manos.

Buenas eran, por cierto, activas, diestras y blandas las manos del nuevo prior Domingo. Además, contaba con varias ayudas, y sabía manejarlas: en la administración temporal, tenía al clavero, cillerizo, hospedero, chantre y sacristán, dentro de la casa, y los primeros sufragáneos en los pequeños prioratos y en las granjas; para el cuidado de la observancia estaban a sus órdenes el prior conventual, el maestro de los niños y los *circatores*.

Los *circatores* eran ciertos religiosos muy píos y graves—sobre todo, muy graves—, pero también enfadosísimos. Y no por su culpa— ¡los buenos señores!—, sino por su oficio; un oficio meritorio, pero que, de ordinario, resulta más enfadoso y molesto a quien más aprovecha, el

circator vigila siempre, para que nadie falte a la buena observancia.

Durante el rezo de la noche, como la oscuridad y el sueño saben entenderse, el *circator* se cuida de impedir tal acuerdo; de vez en vez, pasa a lo largo de las filas enfocando al rostro de los monjes la luz de su linterna; si alguno está dormido, le despierta, le entrega la luz, y le cede aquella vez su oficio de ronda, y el sueño se marcha con muy grande vergüenza.

La misión del *circator* es como un alcance industrioso de la vista del prepósito hasta en aquellos lugares donde no está de presente, que no puede estar en todas partes.

Así, por ejemplo, en cuanto salen los monjes de maitines, y van a lavarse y peinarse, el *circator* va con ellos, para que nadie omita este cuidado; cuando pasan después al dormitorio para colgarse a la cintura el cuchillito, y cambiar los *nocturnales* por el calzado de día, el *circator* observa también si arreglan pulcramente sus lechos, si alguno habla o escupe en el piso; después de prima, en el ala oriental del claustro, donde está el capítulo, los monjes deben entregarse a la lectura y estudio; pero que ninguno maltrate los códices, ni

los deje abandonados de cualquier manera; que nadie se encapuche para disimular la holganza o el sueño, porque uno de los *circatores* está allí y está con cuidado de impedirlo y anotarlo, para publicar al día siguiente la falta en plena reunión de capítulo; después de sexta la campana llama a los monjes para la refección meridiana, pero los *circatores* se quedan a la puerta del refectorio y esperan por si algunos regazados—siempre los mismos—, se presentan corriendo a última hora, con atropello de toda modestia.

En los talleres, en la iglesia, en los campos, trabajando, estudiando, rezando, comiendo, hasta en el sueño, en todas partes, en todos los momentos, y, precisamente—y esto es lo que irrita—, en el momento en que menos se piensa, cae sobre uno la mirada severa y vigilante.—«¡Así no se podía vivir!»—pensará alguien—, Desde luego; así no se podía vivir mal.

Como se ve, no le faltaban medios al prior para regir ordenadamente la casa. Pero, además de esta ayudas, de las que no abusaba, tenía algo más eficaz aún, y más en simpatía con su carácter: aquella particular industria de que nos habla su discípulo Grimaldo, aquel arte mezcla de sa-

gacidad y candor; sagacidad para descubrir el punto flaco de una voluntad rebelde, y penetrar por allí hasta adueñarse, hasta rendirla con estratagema irresistible; candor para dejar fluír de sus labios, en digno abandono, aquella afectuosidad de que rebosaba su ensanchado corazón. Así realizaba la máxima suprema de gobierno que agudamente formulaba el mismo Grimaldo: *Omnibus prodesse, nultis obesse*—«ser útil a todos, a ninguno obstáculo»—. La fórmula parece sencilla, y lo es como tal, pero en la práctica, para realizarla se necesitan muchas calidades de inteligencia y de corazón y aquella generosidad de espíritu que colocaba a Domingo por encima de todos los monjes, más alto que su mismo cargo prioral.

Con tales artes y tan subida ciencia reorganizó pronto la administración económica, arregló disensiones y vió con íntimo agrado que la comunidad redoblaba su celo en el servicio divino y la observancia.

A los medios que él empleaba no hay dureza ni soberbia que resistan. Sólo una pasión podía resistirle, y le resistía, porque, aunque es muy baja, es muy fuerte; ella se nutre de todas las

inmundicias del espíritu, y, sobre todo, de su propia vileza, de la misma inferioridad que la sostiene y la tortura, porque la envidia es una fiebre de la impotencia.

Todos los esfuerzos de Domingo, toda su atención delicada y cariñosa no pudieron rendir a la infame, agazapada cobardemente en ciertos pechos hasta el día en que salga a luchar contra él desde las sombras.

A propósito de un suceso que aparecerá más adelante, Grimaldo dice que el superior de la casa sentía contra Domingo celos amargos; algún autor moderno lo pone en duda, porque el abad fué siempre tenido en opinión de santo. Cierto que don García era un santo varón incapaz de sentir en su espíritu esas iras sordas y tristes; pero ese autor no tiene en cuenta que en este mismo año de 1038 murió don García, y el que le sucedió fué el antiguo prior don Gomesano.

Si la elección hubiera estado libremente en mano de los monjes, es indudable que hubiera sido elegido Domingo; nadie en la casa gozaba de tantas simpatías y prestigios, nadie reunía tantas y tan altas cualidades para el cargo. Frente a un reducidísimo grupillo, la inmensa mayo-

ría de los monjes y todos sus antiguos discípulos, todos aquellos que le aclamaron por prior cuando el abad don García lo propuso, le hubieran ahora elegido por prelado.

Pero la prelatura la daba el rey a un monje en beneficio, como más adelante el mismo Domingo se lo recordará al monarca con leve ironía. La participación de los monjes en el nombramiento, era pura fórmula; ¿y a quién iba a nombrar abad el rey don García?—Con anterioridad se sabía: el rey propuso por abad a su amigo, el complaciente ex-prior don Gomesano.

Triunfaba, al fin, es cierto; pero cierto también que, por ahora, supo usar discretamente de su triunfo conservando a Domingo en su cargo.

* * *

Allá por el mes de octubre del año 1039, en los prioratos y granjas del monasterio, dispersos en gran número por toda la Navarra, los trojes y graneros se hartaban de mieses, y en las bodegas se cocían los vinos con asfixia de vapores. Era llegado para el prior Domingo el momento de hacer la acostumbrada visita anual a todas las dependencias de la abadía,

En la fatigosa caminata que le imponía su oficio, le acompañaban dos o tres hermanos y dos espoliques con las caballerías correspondientes y otra de carga; en ésta se colocaban, entre otras cosas precisas, un cáliz y ornamentos para celebrar el Santo Sacrificio (1).

Las jornadas eran cortas, de ordinario, porque los prioratos y decanías del monasterio se ofrecían con frecuencia en el camino como un alto obligado.

El prior mayor visita la casa, examina las cuentas y, después de considerar la cuantía de la recolección, deja al decano lo necesario para la siembra y el sustento de los religiosos y para jornales y limosnas; si los edificios necesitaban reparaciones, señalaba algo más para ello; pero el resto debía ser enviado a San Millán, que era la abadía madre.—Así, una por una, recorre más de sesenta casas dependientes del monasterio, llegando hasta Pamplona, y regresando por tierras de Alava.

Cuando el prior entraba de nuevo en San Mi-

(1) Así estaba determinado por las Constituciones, y con precisa referencia a la visita anual de las dependencias, después de la recolección.

llán debía llegar con el cuerpo, y más que con el cuerpo, con el espíritu cansado, rendido: quejas, protestas, averiguaciones, reparos..., ¡mil embrollos!, para fatigarle y turbarle, sin su serenidad y experiencia.

Y aún entonces, no estaba todo terminado: de las dependencias visitadas, comenzaban a llegar las remesas, y Domingo tenía que comprobar, cuaderno en mano, si se remitía exactamente lo debido, y luego tenía que pensar en la distribución y empleo de aquellos bienes.

Era mucho trabajo, desde luego; pero los graneros y cuevas de San Millán se henchían ricamente y daba gozo verlos, y los almacenes de la casa se abastecían de todo lo preciso, porque, con el producto en metálico de las cosechas que se vendían en los prioratos más distantes, el clavero o mayordomo compraba paños, cueros, pergaminos, herramientas, y se proveía de todo lo necesario.

Así, al mediar de noviembre, el sustento de la gran abadía, de sus enfermos, sus pobres y sus peregrinos quedaba segurado por todo un año con aquellas provisiones, si Dios se las conservaba.—¡Ah, sí!, si Dios se las guardaba, porque pre-

cisamente en el año de 1040, corrían muy gran peligro.

Pero allí está el gran prior, sereno y valiente y

Beneita la claustra que guia tal cabdiello,

. . . . . .

Do ha tal castellero, feliz es el castiello.—(125)

Capítulo X

Halcón Real

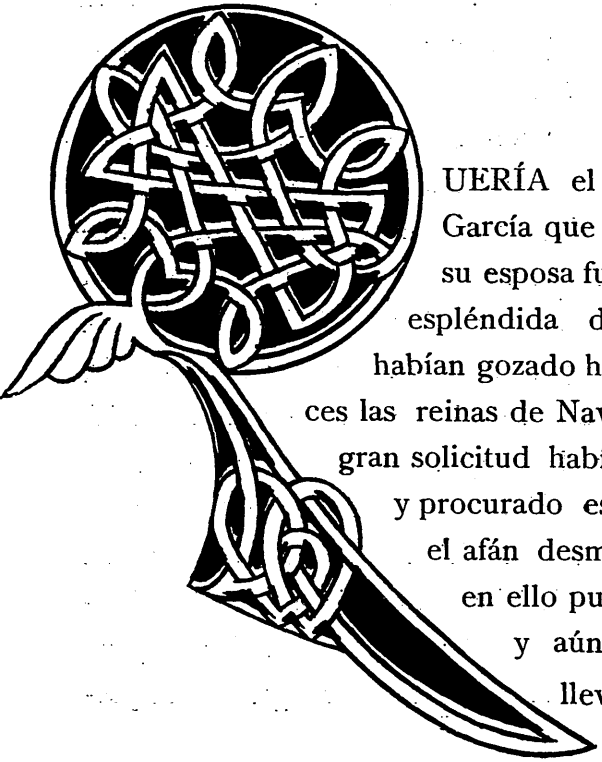
El Santo es perseguido por el rey don García

1040

EL SIN PEL

El rey don Garcia, de Nágera Sennor
Fijo del rey don Sancho, el que dicen Mayor,
Un firme caballero, noble campeador
Mas pora Samillán podrie seer meior.

BERCEO, 127.



QUERÍA el Rey Don García que la dote de su esposa fuera la más espléndida de cuantas habían gozado hasta entonces las reinas de Navarra. Con gran solicitud había buscado y procurado esta dote, y el afán desmedido que en ello puso, le llevó y aún había de llevarle, como

veremos en este capítulo, a cometer algunos atropellos e injusticias.

Por fin, el secretario Estéfano extendía la carta dotal en un día de mayo glorioso del año 1040.—Algo tarde, sin duda, pues hacía ya tiempo que la princesa Estefanía y el hijo de Sancho el Mayor formaban la pareja más gentil de Navarra.

Ella, mucho más joven y muy hermosa, era, a pesar de su carácter dulce y suave que parecía tan quebradizo, mucho más fuerte en espíritu que su esposo, y lo rendía y educaba como se educa a un niño.

Esto era en muchas cosas don García. Hermosura, talento, elocuencia, un corazón brioso y muy necesitado, muchas nobles ambiciones, mucha audición también y mucha fuerza, solo una calidad faltaba al príncipe; y fué con esta falta generoso en perdonar, rencoroso en perseguir, amparador de la Iglesia, detentador de sagrado, gran amador de la gloria, gran vencedor de los moros y un vencido de su mala estrella.

Tantas fuerzas lucientes y alborotadas de su rica naturaleza hubieran necesitado para disciplinarse esa otra fuerza tan tenue y delicada, pero mucho más fuerte: la piedad religiosa o la pie-

dad de una mujer. No carecía de sentimiento religioso, pero, como en tantos otros individuos, la fe y la conducta parecen aislarse en compartimentos estancos; y eso no es la piedad. La acción bienhechora de una mujer inteligente y buena no ejerció influencia en su vida sino muy tarde, su hermano Fernando era muy blando de genio y muy piadoso, y la madre daba de preferencia sus cuidados a quien más se le parecía; el padre, optimista y bonachón, dejó el cuidado de educar a su hijo en manos de un ayo que idolatraba en el muchacho y le mimaba y consentía.

Así, sus mismas cualidades tan excelentes, pero tan peligrosas, abandonadas flojamente, labraron, un carácter de bruscos contrastes que ensombrecían, a veces, lo noble del fondo. Pero cuando la tormenta se aquietaba, se traducía entonces aquel su espíritu generoso que ayudó a Fernando a dilatar su reino, y perdonó al otro hermano, Ramiro, la felonía de invadir sus tierras en campaña de moros.

Tan sólo cuando su voluntad autoritaria e impetuosa hallaba algún obstáculo, se enardecía locamente hasta arrollarlo, hasta romperlo, fuera lo que fuese. Su rostro bello y rasurado se contraía,

su nariz prominente se afilaba, saltaba en luces a los ojos aquel incendio que corría por sus venas; y el descendiente de una raza cansada sentía en su cuerpo el ramalazo de aquella tara que azotaba a su abuelo el Tembloso.—Era el halcón que, desde los aires, hiere de espanto y paraliza la presa; un halcón real, fulminante y magnífico.

Su mujer, la piadosa Estefanía, le amaba con mucho amor y compasión muy honda; era la única persona que sabía conducirle como lo que él era: un muchacho voluntarioso y rebelde, pero noble.—Lástima para él, y para otros, que no la hubiese conocido antes, porque en ella tenía su ángel bueno, como él mismo lo declara: «Gracias a ella, mujer querida, que con su fiel consejo continuamente me amonesta para que sea bueno, para que sirva a Dios.—¿Qué son sin El las grandezas de este mundo? ¿De qué me vale dejar recuerdo de mi nombre? Hacer a Dios partícipe de lo que El me concede, poner un freno a esta ambición loca, es lo mejor. Es lo mejor. sí..., pero las vanas delicias de esta vida me arrastran, ¡me arrastraron tantas veces!» (1).

(1) Carta de fundación del monasterio de Nájera. Vide: Yepes. *Crónica... de la Orden de S. Benito*, t. IV., p. 469.

Dudas, aspiraciones, miedos a la propia debilidad, un grito doloroso de cansancio se percibe en esta carta y escuchando atentamente—el jadear de una lucha tremenda.—¡Pobre príncipe desdichado!

* * *

El señor rey de Navarra sale de cetrería.—Gustaba mucho de la caza, y los montes de San Millán se la ofrecían brava y abundante, según lo describe Alfonso XI en su libro de montería (1): En el verano, osos por las gargantas de Valvanera; en La Verde, los ciervos de formas elegantes y alzando siempre inquietos la enramada cabeza, como presa de unas ansias muy nobles y tristes. Al llegar los fríos, si los fríos son duros, ¡buen año para el rey y sus monteros! De monte Tunia, Matute y Calviello bajan, ùraños los jabalíes pidiendo abrigo a los valles; entonces ya no hay menester de *vocerías* y *armadas* ellos mismos, en su ceguera bruta buscan la vida peligrosamente hasta que en un respingo loco, quieren huír, y la muerte los alcanza en un venablo.

Pero al señor rey le gusta además la caza me-

(1) *Libro de Montería del rey Alfonso XI,* cap. III p. 48.

nuda y sale hoy de cetrería sin halcón ni oficiales de monte: él mismo es el halcón y el halconero. Sus ojos brillan con fiebre codiciosa, rasga los aires en amplio círculo y se abate sobre el rico monasterio del glorioso San Millán.

Ya con fiebres codiciosas, pero más que de dineros de humillar y quebrantar resistencias arde en fiebre de celo por su regia autoridad.

Don García no los amaba; no le gustaban aquellos monjes de espíritu moderno; ponían reforma en algunos cenobios, pero dejaban allí los gérmenes de inauditas rebeldías. Ejemplo de ello Domingo, el prior de San Millán, con su extraña teoría de la independencia de los monasterios.

El rey conocía de sobra aquella su manera de pensar, que le hería en lo más vivo, en el sentimiento exacerbado de su regio poder; pero creyendo que el nuevo abad amigo suyo, don Gomesano, podría atraer a mejor acuerdo a su prior Domingo, había evitado durante dos años el venir a un rompimiento. Pero ahora, las prolongadas fiestas del desposorio y la dote riquisíma señalada a su esposa originaban al rey enormes gastos, y justo que S. Millán diera su parte, como la

daban tambien los siervos, los campos y los ganados del real patrimonio. Si el prior Domingo se resistía, tanto peor para él; al fin había llegado la hora de aclarar aquella situación y poner a salvo la autoridad y derechos del monarca.

Como se ve, la contienda, en el fondo, no es solamente por intereses materiales, es una lucha de principios que van a ponerse frente a frente. ¿Cuál vencerá?—Por de pronto, vence el rey que tenía consigo la fuerza; pero Domingo tenía también otra y mucho más fuerte, aunque lenta, y con el tiempo, vencerá la verdad.

En el capítulo del monasterio está el monarca con el abad y algunos cortesanos, y el prior con todos los monjes del cenobio. El rey acaba de reclamar al prepósito Domingo algunos bienes del monasterio, y escucha ahora la respuesta, y se contraen los músculos de su rostro, el silencio pesa en el aire con ahogos de ansiedad mientras Domingo, pálido y sereno, se levanta ante el rey, le saluda y responde:

—«Señor, no puede ser; es contra todo derecho eclesiástico que los bienes de las casas religiosas estén a la merced de sus patronos, y aun-

que ésta sea una costumbre, es costumbre abusiva y condenada por los cánones. En conciencia, Señor, yo no puedo, no me es posible consentir».

—«Razonáis bien»,— replicó don García:

.....sodes muy razonado.
Legista semeiades, ca non monge travado. (146).

Y el rey sonreía con sonrisa que enfriaba, y al sonreír le temblaban los labios.—«Teneis muchas razones, pero a mí y a los que entienden de leyes, lo que nos parece contra toda razón y derecho es que yo pierda lo que fué de mis padres, y en esto tampoco puedo consentir».

—«Rey glorioso, eso es cierto, todo lo que posee la casa fué de vuestros padres, pero dejó de serlo al darlo a San Millán. Si quereis la parte y recompensa que vuestros pasados tenían, haced como ellos: dejad tranquilos esos bienes, defendedlos, y si quereis más galardón, aumentadlos».

«—¿Tú te burlas, don monje? ¡Calla! ¿tú te burlas? ¡Pues juro a Dios con juramento arrancarte los ojos si resistes!»

La palabra del rey se embravece, sus mismas palabras le embriagan en iras; un barbotar de injurias y amenazas encendidas con chispas de los

ojos se atropella en sus labios convulsos queriendo arrollar la voluntad de aquel monje. La voz del rey restalla en las paredes, rompe en los corazones el ritmo de su latir, y todos los corazones se encogen, se achican como los pájaros en su nido cuando sienten el vuelo del milano. En medio de la sala permanece el prior, desencajado, pero no encogido; denuestos y amenazas caen sobre él con empuje tremendo, y él no se turba, y el embate de furia se quiebra en su pecho y resbala como las olas en las rocas, y continúa solo en medio de la sala, inquebrantable; y dice sus palabras, y sus palabras son breves, comedidas, y, en varias maneras, dicen siempre lo mismo: «Es imposible». Y cuando el rey se ciega con ira mortal y amenaza de muerte, Domingo le responde:—«Señor, podeis matarme, pero es lo más que podéis».

Entonces, una centella cruza la sala; don García da un salto de tigre, todo su cuerpo tiembla, en su mirar hay luces locas y su gesto amenazante roza los hábitos del prior Domingo; y el prior está pálido, muy pálido, pero inmóvil, el rey le mira un instante, sus músculos se contraen como acero rotorcido, y un sacudimiento de tragedia

sacude todos los pechos... Pero el rey se reprime con esfuerzo tremendo que le ahoga y se lanza afuera, atropellado, vacilante, como un ébrio; su mano se moja de sudor en la frente y siente allí el borbotar de la sangre, sus martillazos de fiebre.—Jamás después de los combates había sentido en el pecho tanta fatiga, tan inmenso cansancio.

El abad, los cortesanos, los monjes van saliendo de la sala capitular, y Domingo, al verse solo, cae al suelo de rodillas pidiendo a Dios *tota contrictione cordis* —dice Grimaldo—, «con el corazón deshecho», que tomara su vida, si fuera preciso, pero que defendiera la libertad de la Iglesia.

Don Gomesano tiembla aturdido delante del monarca, balbucea, temblando, incoherentes frases de excusa.—No ¿quién hubiera pensado?.. Nadie hubiera creído al prior capaz de tanto desacato.—El, el rey es quien no hubiera ni soñado que en su propio monasterio—porque era suyo, herencia de sus padres—, se albergara tan brava rebeldía. Pero que no quedara esto así; si él, por un milagro, por esfuerzo tremendo y do-

loroso que aun le quebranta, no castigó al prior como iba a hacerlo, el abad debía castigarlo.—¡Oh! eso desde luego; el rey excelente y bondadoso podía estar seguro de que el prior no quedaría sin castigo.—Bien, pero de aquello.... ni una palabra más, que no se le hablara.

¡Buena ocasión para el abad Gomesano!—Hubiera debido resistir al rey y defender al prior que se exponía noblemente por la defensa de la Iglesia y de la casa; pero el pobre señor, débil y atontado entonces, y siempre lisonjero con el monarca, consintió en deponer a Domingo de su cargo prioral. Y no lo hacía sin cierta complacencia muy disimulada; antes lo hubiera hecho si no temiera las censuras y resistencias de los monjes; porque no sólo entraba por medio el deseo del rey, había algo más que Grimaldo señala firmemente, con muy claras palabras; Berceo no lo asegura tanto:

Era, como creemos, de embidia tocado (167).

Y la envidia es sutilísima fabricadora de gasas con que envuelve la conciencia, y muy diligente buscadora de pretextos; con ellos sale al ex-

terior tan honesta y autorizada, como salían las señoras acompañadas de sus rodrigones.

* * *

En el mismo valle de San Millán, no muy lejos del monasterio, está el mísero priorato de San Cristóbal de Tobía, llamado también «Tres Celdas» porque allí, en otros tiempos, vivieron tres santos varones. En ese priorato había sido relegado Domingo después de privarle de la prepositura en San Millán; en él vivía muy trabajosa y duramente, porque era muy pobre:

No li darien los ricos, segund que lo creemos (172).

Ni se los darían, ni los necesitaba para vivir con Dios, que era lo único que él quería.—Pero ni aun esto mismo podía lograr en paz.

Seis meses apenas habían transcurrido, cuando el rey porfiado y sañudo vuelve a la carga con iguales pretensiones, buscándole en su humillado retiro.

—«No; esto no, rey magnífico—le dice el exprior de San Millán.—No he recibido de vos ni monasterio en beneficio, ni tierras en feudo con

que pueda serviros, y como además nada tengo, nada puedo daros. Señor, ya lo veo, no se me quiere dejar la paz necesaria para entregarme de todo a Dios; pero confío en que El me deparará un rincón cualquiera donde servirle, hasta que pueda devolver el alma libre de culpables condescendencias. No pido más, Señor; en mi tristeza, para mí y para vos sólo quiero la paz.»

La mansa firmeza, esa noble melancolía, ese doloroso cansancio que se advierte en las palabras de Domingo, debieron enfriar la cólera del monarca; pero ya era tarde. El pobre monje se había retirado, y poco después caminaba por aquellos montes donde había vivido como eremita.

¿A dónde va por los montes aquellos?—Al parecer, un poco a la ventura; pero es Dios mismo quien le guía.

Capítulo XI

Escudo Fuerte

Huye el Santo a Castilla

1041

ESCUDO FUERTE

Exido so del regno do nascí et vivía,
Porque con tu ermano abenír non podía
Ruégote que me dones una hermitanía
Do sirva al que nasció de la Virgen María.
—Plazme, dixo el rey, esto por la fe mía.

BERCEO, 185

HACIA la Raz subía, un día de los postreros del año 1040, el perseguido prior de «Tres Celdas», Domingo. — La Raz es meseta elevada y robledal espeso por donde pasa el camino que conduce a Cirueña, desde allí a la calzada, y por ella a Castilla.

Desde la cumbre de la alta planicie, la vista se

regala en panorama inmenso: el Ebro, los Cameros, San Millán entre montes. Tobía entre algaidas y tesas, la ciudad de Nájera, un nutrido sembrado de pueblos... y aquí, muy cerca, al final del requejo, el valle de Cañas: largas bustalizas, algunos ponjales, girones de prados con sus albarradas, cansadas alcarrias por algunos sitios, retazos de viñas, y en el pando la huella esmaltada del río, prendiendo en su orilla un sartal de aldeas.

Parece que se alcanza con la mano el rinconcito sonriente de Cañas: allí el quejigal que resbala por la montiña abierta con su dulce montanera de hayuco, cebo codicioso para cierto ganado; el monte tallar, cerrado a los pastos; el oquedal, abierto, con sus tenadas y los verdes encisos; los alijares rubiales y alberos; los anchos olivos de hoja muy pulida con vueltas de plata; los trujales abundosos de Alesanco: el majuelito aquel de Benabuta, con las cepas mochas, faltas de cimera; las cepas arropadas, matronales, de Villar y Cordobín, las que dan vino doncel; la villa recogidita, la casa de los Manso, el otero que mira al convento, el convento con su iglesia galana de Santa María...

—Ya no bajan los zorzales a la viña de Juan Fórtiz, la que está junto al otero; pasó el tiempo de vendimia y quedaron los sarmientos mutilados, retorcidos, como nervios de agotados lambrequines. ¡Ya se fueron los zorzales!..

También se marcha, moheda adelante, con el cuerpo y el alma en desmayo, el antiguo pastorcito de Cañas, Domingo. Se va peregrino de más blonda ventura.—Desaparece a la vista la aldea, no se ve ya el priorato; abajo queda el valle, por donde juega el río. San Millán, allá, lejos. Lugares que abrigaron su contento, dulces y placientes cuando Dios quería... Acaso no vuelvan a verlos sus ojos; pero poco importa, con tal que los ojos del alma se regalen de paz contemplando al Amado. Partía para hurtarse a la saña de un rey embravecido y mal aconsejado, pero el trance en que Domingo se ponía era grave: había hecho profesión en San Millán, había prometido estabilidad en aquel monasterio, y no podía abandonarlo sin permiso. Sin embargo esta licencia no se la negaría el abad don Gomesano. Tocado un poquito de celos no buenos, y algún tanto mañero, prefería tener alejado y en sombras, roto su prestigio, al que, sin duda, reputaba enemigo.

No lo era; ni del abad, ni del rey, ni de nadie era enemigo Domingo; pero es condición turbia y rencorosa de los ánimos mezquinos considerar como ofensas personales las calidades que lucen en otros.

En este, como en los varios azares de la vida del Santo, pero en este sobre todo, se ve la mano secreta y providente que le guía.—Perseguido por el rey, hubiera Domingo afinado con paciencia y trabajos la obra de su santificación, como labor de orfebre costosamente cincelada, porque viviendo odiado de tal monarca, un hombre capaz de ser algo sólo podía ser un santo o un rebelde. Para esto no había nacido, y lo que Dios quería de él era no solamente su propia santificación, sino la Acción fecunda y férvida de su energía y preclaros talentos en provecho de los demás. Los hombres no muy virtuosos, si sufren y resisten con paciencia los atropellos de la injusticia descarada, la hostigación disimulada y persistente de torpes malquerencias, es hasta el punto y hora que señalan ellos mismos; para los santos, es Dios quien lo señala. — Por eso en aquel día de los postreros del año 1040, cruzaba Domingo la Raz, camino de Castilla,

porque en tierras castellanas tenía un alto amigo.

En sus horas de tristezas, la reina viuda de Sancho Mayor de Navarra, debía acordarse de aquel día—¡lejano ya!—en que todos los suyos se hallaron reunidos con doña Jimena, celebrando el nacimiento del Señor en el monasterio del glorioso San Millán. Fué a poco de la entrada de Domingo en la real abadía. Meses después comenzaron para la reina doña Mayor largas tristezas, que sucedieron a las venturas que entonces parecían sonreír sobre los suyos. Esposo, hijos, todos menos don García, habían sido separados de su lado por azares del vivir o por la muerte.

Hoy su hijo más querido don Fernando, era rey de Castilla; pero en el engrandecimiento del hijo la reina tenía que llorar la muerte de su propio hermano asesinado en León.

Los hijos del conde Vela
De traiciones han usado;
Mataron con gran aleve
Al primer rey castellano.
Don García había por nombre

Postrer conde muy lozano;
Matáronlo allá en León,
Donde estuvo desposado.

El desposorio y la erección de Castilla en reino, dejado el título de condado, se meditaban como muy próximos allá en el año 1028, cuando toda la familia se hallaba reunida en San Millán, recién entrado Domingo.

Meses después, el hermano de la reina de Navarra, el joven conde de Castilla, hallaba la muerte en León, cuando, lleno el espíritu de fuegos y luminarias, corría al encuentro de la Infanta leonesa, doña Sancha, que de gozo y temor temblaba:

No fuisteis bien consejado
En no traer vuestras armas
.....
D'ello mucho me ha pesado.

Pesares que se enfriaron como las cenizas del infortunado mancebo. Hoy, después de once años de aquellos sucesos, doña Sancha, la infanta leonesa, ceñía una doble corona que el hado

maldito derribó ensengrentada de dos cabezas muy queridas: era reina de León por muerte de su hermano, y de Castilla por el fin desastrado que tuvo el que fuera su prometido, y tío de su esposo don Fernado.

Las ilusiones de los años juveniles se rompieron como en manos de fiebre se rompe finísimo encaje; pero del puñadito amargo de mirra que le dejó el destino, supo la reina alquitarar la dicha del deber bien realizado: es un goce robusto, irrompible, un respirar muy amplio que reposa.

Y corrieron los años, y en el de 1041, doña Sancha, con sus cinco angelines de hijos y su esposo muy amado, formaba el hogar más íntimo y venturoso que podía hallarse en las tendidas tierras castellanas. Su esposo era el rey caballero y gran cristiano, perseguidor de la morisma, y y escudo fuerte para todos los que buscaban su amparo.

* * *

Sin duda, en el momento de abandonar Domingo el priorato de «Tres Celdas», no había formado proyecto alguno. No debió pensar en otra cosa, sino en huír, en desnaturalizarse de

aquel reino en que el rey le perseguía, le hostigaba; fugarse y buscar un refugio cualquiera en medio de las montañas. La soledad le era amiga, y Domingo recordaba con nostalgia aquella paz fuerte y nutrida con que el desierto le abasteciera en sus días de ermitaño.

Pero luego, tuvo que arreglar sus negocios en San Millan, despedirse de los parientes, en Cañas, por donde había de pasar como el camino más corto y casi obligado, y mientras tanto, sus ideas se fueron serenando, se precisaban, y recordó que allá en Burgos, cabeza de Castilla, tenía un amigo, el buen rey don Fernando.

En las frecuentes y prolongadas estancias que había hecho en San Millán el príncipe Fernando, acompañando a su padre el rey Sancho; en las visitas que hizo más tarde, siendo monarca de León y Castilla, tuvo que conocer muy de cerca a Domingo, como dignatario y prior del gran monasterio. Por otra parte, tampoco podía olvidarle, porque la fama de sus empresas y virtudes se dilataba, «salva la frontera»; para derramarse admirativa y festejadora por tierras castellanas.

También en estos últimos tiempos.

Como suelen las nuevas por el mundo correr,

al decir de Berceo, debió llegar noticia a los oídos del rey castellano de los desmanes y atropellos que cometía su hermano don García con el noble y «leal escapulado».

Por todas las casas benedictinas que jalonaban el camino de Burgos, en Cirueña, en la fuerte Grañón, la del valiente castillo de Mirabel, en Belorado, en Espinosa, en San Felices de Oca, seguramente se comentaban todavía los rumores confusos sobre el caso, cuando el pobre fugitivo llegaba a las puertas de aquellos cenobios, buscando el reposo de ligeras horas, para seguir, camino adelante, su incierta ventura.

Pocos meses antes tuvo que pasar por San Felices de Oca lleno de autoridad y de prestigio, casi como dueño, a levantar las entregas y censos debidos, porque el monasterio de San Felices, anidado en los montes cumbrosos de Oca, pertenecía como hijuela y feudo a la abadía del glorioso San Millán.

Hoy, los monjes de la casa podían ver desaparecer allá, lejos, por el hondón de la cañada donde se esconde el monasterio, la silueta menuda y fina del varón más famoso y venerado, por entonces, en Navarra.—Marcha solo, abandonado,

y los hombres le contemplan con asombro doloroso, meneando tristemente la cabeza. Y parece que le arrastra y destroza el mal hado como arrastran las aguas al junco marino que arrancaron los vientos.

Pocos días debió emplear en su viaje, no sólo por las prisas en fijar su situación, sino porque el detenimiento en los monasterios del camino tenía que serle embarazoso por varias razones.

Algunos de ellos pertenecían al rey don García, otros a San Millán, y para el antiguo prior y los moradores de estas casas, la posición respectiva resultaba algo vidriosa. Pero no era sólo esto; había otro motivo que le obligaba a abreviar su estancia aún en los monasterios castellanos: el caso de Domingo era tan extraordinario, tocaba tan de cerca a todos los monjes que el interés que éstos mostraran por conocerlo menudamente había de poner en aprietos la caridad y discrección de Domingo.—Tenía él ese pudor en que las almas fuertes y nobles abrigan su desdicha; que tambien en el dolor hay una aristocracia.

Lo mejor que podía hacer fué, sin duda, lo que hizo: dar medidas razones, recibir parcamen-

te refrigerio y descanso, y seguir su camino, fiándose en Dios y la Santa María.

Por fin,

Quando fo de las sierras el varón declinando,
Bebiendo aguas frías, su blaguiello fincando,
Arribó a la corte del bon rey don Fernando (182).

Pero por pronto que quiso llegar, más ligeras llegaron las nuevas que anunciaban su arribada, razonándola, por supuesto, con apetitosas novelerías, que es manjar muy goloso, y común a la gente de corte y aldeas.

Y era, en España, la corte burgalesa, la más lucida de los reinos cristianos. En los días de público regocijo, como éste en que el pueblo de Burgos recibe a Domingo, podía apreciarse el bullicioso vivir de la ciudad.

Del barrio noble de San Esteban, por Vejarrúa y San Martín baja la muchedumbre como enjambre enracimado que se deshace y derrama en torno del palacio.—El palacio ocupaba parte de los terrenos sobre los cuales asienta hoy la catedral. Por los alrededores de la regia morada, donde los reyes reciben y agasajan a Domingo, rueda alborozada la multitud en fiesta. *Videris*

incredibili exultatione tripudiare omnem populum! «¡Vieran allí—dice Grimaldo—, el pueblo entero transportado de júbilo con increíble algazara!»

Acaso, por entre la muchedumbre, erguía su cabeza impaciente, altanera, un jovenzuelo de Vivar, Rodrigo Díaz, que moraba con su padre Diego Laínez frente a la Iglesia de San Esteban, y que, con el tiempo, será gran amigo y favorecedor del exprior Domingo.

El rey y doña Sancha, condes y magnates, la corte entera—dice un contemporáneo—, todos se mostraban aquel día con igual contento.

Y son nombres famosos los nombres de aquellos varones bruscos y esforzados que labran a tajos la historia de España. Son nombres vibrantes, sonoros, como gritos heroicos de gesta: Ansurez, Salvadores, Laínez, Osorio, Nuño González, condes de Carrión y la Bureva, señores de Lara, Sonna Sonnaz, merino del reino, Jimeno, el obispo...

Pero aquel día en labios de todos estaba el nombre de Domingo, clarísimo y blando, como su obra, como su espíritu. Todos los nobles señores aquellos serán sus amigos, y un joven gallego de ilustre familia, Pelayo Peláez, paje, por

entonces, del rey don Fernando, en el correr de los años deberá el rebrillar de la vida, la luz de los ojos, al hombre sencillo y placiente al cual saludaba el monarca:

Prior, dixo el rey, bien seades venido
De voluntad me place, que vos e conoscido (183).

Para el rey y para todos, Domingo, aún en su desgracia, es el prior de San Millán, conserva el título de más prestigio que había tenido, el que la fama presurosa había asociado a su nombre. Pero, además, en boca del monarca, este título lleva implícito el conocimiento de la injusticia con que había sido tratado, y la promesa de más noble trato.—Estaba ahora en seguro, bajo el amparo del rey de Castilla, y podía pedir y escoger la situación que más le cumpliera.

En otro individuo, el compensado recibimiento del pueblo, los agasajos de los reyes y magnates, después de tantos atropellos, ingratitudes y vejaciones, el choque brusco de encontradas emociones hubiera roto en derrame de satisfacción rencorosa o de llanto la presa fuerte donde sus tristezas se remansaban. Pero Domingo, a pesar de su corazón, facilísimo y largo en afec-

tos, no era lagrimero, no era de esos hombres que parece que tienen el alma con goteras. Profundo en sentir, y por lo mismo sereno, ni venturas ni quebrantos rompían la paz de su alma, aunque el alma vibrara como vaso delicado de cristal.

—¿Pedir?... Nada necesitaba, casi nada, muy poco: una ermita retirada en que servir a la Virgen María.

El rey tuvo que sonreír al escuchar la petición de Domingo.—¡Cómo! ¿El gran prior de San Millán, el hombre de tan claros talentos encerrarse en una ermita?... Bueno; la tendría.—Pero, al decirlo, el excelente monarca pensaba que las perlas de su corona también estuvieron ocultas en concha de nácar.

Capítulo XII

Voz de Atalayas

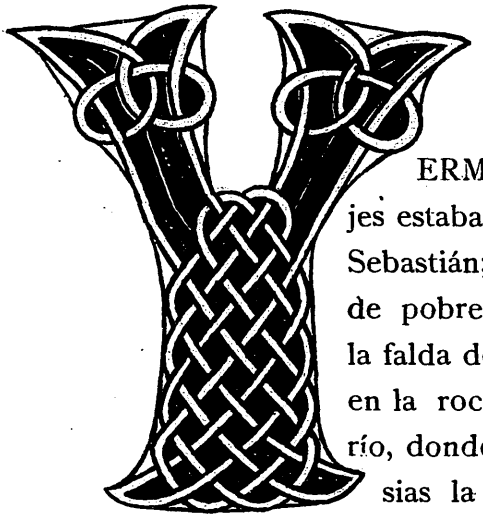
El Monasterio de San Sebastián de Silos
Domingo es nombrado su abad

1041

HOZ DE TELY

En tierras de Carazo, si oyestes contar,
Una cabeza alta, famado castellar
Avie un monesterio que fué rico logar
Mas era tan caydo que se querie ermar.

BERCEO, 187.



YERMO casi, casi sin monjes estaba el monasterio de San Sebastián; un monasterio pobre, de pobre edificio, asentado en la falda del monte y cimentado en la roca que resbala hasta el río, donde calma sus áridas ansias la huerta. Es un rincón cercado de bravas alturas rocosas que se rompen y tienden en perezoso valle abriendo paso a las aguas de murmurante arroyuelo. Entre estas breñas martirizadas, perforadas por muchos algares,

todo el valle parece escondido con secreto huraño en espacioso algar. Pero más escondido que el valle está su antigua historia.

Probablemente, en tiempos de los romanos, sobre el emplazamiento mismo del medieval cenobio, se alzaba la quinta estival de la dama que perdió el camafeo. Un camafeo bellísimo, de fuerte relieve que traza con finura el busto de una diosa, la abundante Ceres. Acaso, bajo los atributos de la diosa, el artista reprodujo la efigie de la dama.

Un día, lo perdió o se lo robaron y escondieron, y escondido estuvo hasta que, hace pocos años, al practicar excavaciones dentro del recinto del actual monasterio, el camafeo fué hallado, junto con unas fábulas, una lámpara griega y fragmentos de objetos femeninos, pertenecientes, sin duda, al tocador de la dama.

A tres leguas de distancia, estaba la noble Clunia, a tres kilómetros la abastecida Contrebia, por todos los alrededores se alzaban poblados y villas romanas; nada, pues, de extraño que en rincón de abrigado retiro tuviera su quinta la dama ignorada que perdió el camafeo. (1)

(1) La existencia de una villa o quinta romana está confirmada por restos de construcciones.

La quinta, más tarde, se convirtió en cenobio (1), y cuando los musulmanes invadieron la España, el monasterio arrastró su vivir con fatiga y temores, acechado desde la altura por el castillo moro de Carazo,

Una syerra muy alta, muy firme castellar.

Es un islote roqueño nacido en el valle y dominando las otras montañas, que ondulan en torno como las olas en torno de un barco. Un barco parece, un moderno navío de guerra, quimérico, enorme, de finas aristas que aguzan la proa, y de puente tendido en largo acirate; un navío de ensueños convertido en roca por tremendo conjuro de un mago. Es la garra violenta que asegura a los moros el dominio de estas quiebras y cañadas.

En el valle inmediato de Tabladiello, en el rincón de Silos, está el pobre conventico, me-

(1) La tradición atribuye el origen del monasterio a Recaredo aunque sin fundamento conocido. Lo que sí parece fuera de duda es el haberse erigido en la época visigoda, pues, a parte de los restos arqueológicos que lo indican, sabido es que bajo la dominación musulmana no se consentía la erección de templos, sino la conservación de los ya existentes, y el templo y monasterio de Silos ya existían cuando Fernán González conquistó estos terrenos a los moros.

droso, encogido como la alondra cuando pasa el milano sobre los trigos que la esconden. Así vivían míseramente aquellos monjes y los pocos cristianos que habitaban la comarca;

De fambre e de guerra eran muy lazerados (1).

Así vivían y penaban, hasta que un día... Un día, un torbellino de bravura se desgajó de estos montes y envolvió la roca soberbia; trepidaron sus flancos escuetos, tembló en el aire el jadear rencoroso de la lucha, las voces de guerra, y un grito supremo se rompe en la garganta de los desgraciados que caen y ruedan por el tajo arisco y se aplastan en el fondo del valle, envueltos en la lóriga, su mortaja de hierro.

Pero los otros trepan y luchan y ganan la cumbre y arrojan de su nido al buitre que desde lo alto vigilaba y defendía su presa. En la altura, donde sopla siempre la brisa, el conde Fernán González ensanchó su pecho, fatigado del combate, tendió la mirada por los montes y valles que desde allí se dominan, y su vista y su pecho se llenaron de gozo. El bravo enamorado de

(1) «Poema de Fernán González», estr. 219.

Castilla comenzó a ver cumplidas aquellas ansias que, por arte del juglar, expresaba con emoción ruda y breve, como abrigada en pecho cubierto de hierro:

Sennor, tú me ayuda, que so mucho pecador.
Que yo saque a Castilla del antiguo dolor (1).

Por todas las aldeas

pequennas e granadas,
por poblar e pobladas,

por toda la comarca transida de angustia, se derrama alborozada la estupenda noticia; y la pobre rinconada, al verse libre del abrazo del moro, deshace su estupor en llanto de júbilo, como la joven cautiva rescatada heroicamente por su esposo. El maltratado monasterio de San Sebastián de Silos respira ya con holgura, y en el año 919, se abastece con las ricas donaciones del buen conde.

En toda la región, mientras los moros, arrojados de sus fortalezas, abandonaban las llanuras, refugiándose tras el Duero, la repoblación de los terrenos conquistados se emprendía y proseguía con aceleración y bríos: villas, castillos, iglesias y

(1) «Poema de Fernán González», estr. 186.

monasterios se reparaban o levantaban de nuevo como por ensalmo.

Pero con los malditos moros, la paz no era segura. Años más tarde, unos sesenta años, en los altos picachos que rodean a Silos y talayan el llano que se extiende hasta el Duero, comenzaron otra vez a encenderse fogaratas. Y aquellas luminarias de la noche llevaban a Burgos y a toda Castilla, saltando siempre por las crestas, el aviso de alarma: «los moros pasan el río».

Desde entonces, durante veinte años, en todos los reinos de la España cristiana, las gentes fijaban con angustia su vista en los altos, y las madres, al dejar a sus hijuelos en la cuna, miraban temblando, a ver si entre las sombras de la noche se alzaba, apremiante, desesperado, el resplandor de las hogueras, la muda y trágica voz de la atalaya.

Los monjes de Silos, por el vivir aquel de frontería, se vieron obligados con frecuencia a buscar un refugio en el castillo formidable de Carazo. Ya no son los súbditos de los moros que los toleran porque pagan especiales tributos, son castellanos, la gente enemiga a la cual el terrible Almanzor no perdona.

Cuando cesó el castigo y desapareció aquel hombre que roturaba los reinos cristianos con surcos de sangre y de fuego, el monasterio restaurado y ennoblecido por el glorioso conde, rota la observancia y aventados sus bienes, se alzaba, como palomarico destartalado, al final de la cuesta que resbala hasta el río.

A principios del año 1041, el monasterio de San Sebastián estaba casi abandonado. En sus inmendiaciones, probablemente en un extremo del mismo edificio, se había improvisado un monasterio dedicado a San Miguel. Allí se retraía de cuidados el abad del nuevo conventico, en compañía de su tío don Munio, antiguo prelado de San Sebastián y de algún otro monje. Don Munio era rico (1), y con sus viñas y huertas de Paules y lo más saneado de las rentas de San Sebastián podían vivir plácidamente, cuidados por doña Buenna, la madre, quizás, de don Muño. (2)

Así, mientras en el monasterio familiar, de re-

(1) Poseía bastantes fincas, de las que hizo donación a favor del monasterio en los comienzos de su abadiato, el año 1019, Férotin, *Recueil des chartes de l'Abbaye de Silos*, n.º 4.

(2) Férotin *Recueil*, nº. 13.

ciente creación, las dificultades de vivir se allanaban habilidosamente, en el monasterio de San Sebastián, falto de dirección, de observancia y recursos, vegetaba y languidecía un puñado de monjes.

Estos eran bien pobres de sayas y de mantos,
Quando avien comido, fincaban non muy fartos (190).

Uno de estos monjes era Liciniano, varón piadoso y bueno, a quien debe mucho la casa por lo mucho que obtuvo con sus oraciones. Postrado ante la rica arqueta de marfil, labrada por artífice moro, y donada por Fernán González con reliquias de San Sebastián, Liciniano, día y noche, suplicaba:

Sennor, onde que sea, embianos pastor
Que ponga esta casa en estado mejor (194).

Por fin, la plegaria del monje iba a ser escuchada. Junto a la iglesia de San Andrés, allá en Burgos, al otro lado del río vivía Domingo, retirado en una ermita cedida por don Fernando. Pero el monarca no estaba aun satisfecho, quería, buscaba otra cosa, otro empleo para el insigne prior de San Millán. Desde luego, lo mejor sería

poner al celoso restaurador del priorato de Cañas al frente de un priorato o monastario decaído para que, con su talento activo, emprendedor, lo restaurara. Monasterios necesitados de observancia, reparación material y de reforma en la observancia había bastantes entonces por tierras de Castilla; lo único que podía detener al rey era escoger entre varios el que más convenía.

Acaso en la decisión del monarca influyeron las indicaciones de un grave personaje de la corte, Diego Laínez. Lindando con las propiedades del monasterio de Silos, el padre del futuro Campeador tenía las amplias posesiones que su hijo, el Cid, regalara más tarde al convento, en honor de Santo Domingo. Nadie en la corte podía darse mejor cuenta que él de las extrañas combinaciones del abad don Nuño, y del mísero estado en que se hallaban los monjes de San Sebastián. Nadie tampoco más interesado en que aquel estado de cosas cambiara; tal interés, en un hombre de conciencia y celoso, resultaba del derecho de intervención que para situaciones semejantes concede San Benito en su Regla a los cristianos vecinos de los monasterios.—Por todo esto es posible y aun probable que los consejos

o noticias de Diego Laínez, vecino inmediato del monasterio de Silos por sus posesiones de Peñacova pesaran en el ánimo de don Fernando.

Ello es que, pocos días después de retirarse Domingo a su ermita, el monarca propuso a don Jimeno, obispo de Burgos, y a varios magnates, la idea de entregar a Domingo el gobierno de la abadía de Silos:—«Bien conocida les era la antigüedad y pasado esplendor del cenobio,—*quondam gloriosum*—, en otros tiempos gloriosos y hoy casi en ruinas» (1).

Por nuestros pecados,
Que somos pecadores et non nos enmendamos (203).

Para recobrar su primera grandeza y fervor en el servicio divino, necesitaba de un prelado como Domingo, espiritual, prudente, y de «ingenio industrioso» — *sagaci ingenio*— , y además la ayuda que él, el rey, y los grandes del reino darían al nuevo prelado para reintegrar al monasterio en sus posesiones»—*in facultatibus redintegraretur* [343].

Los nobles y el obispo acogieron con entu-

(1) Grimaldo, *Vita*, p 343.

siasmo tal idea, y poco después la noticia llegaba a oídos de Domingo, llevada por las voces jubilosas del pueblo.

* * *

En la mañana del veinticuatro de enero de aquel mismo año descendía de la sierra al valle de Tabladillo el ufano tropel de caballeros que, por orden del rey don Fernando, acompañaban al obispo y al nuevo abad de Silos para darle posesión del monasterio.—En los villorrios por donde pasaban, dejaban una visión maravillosa de grandezas que recreaba a las humildes gentes, perfumaba con aire de coste los ensueños de las jóvenes, e iluminaba, con vivas centellas de arreos y armas y atavíos nobles de gayos colores, la ambición de los mozos, entumecida por la sombra de la aldea.

Cuando la comitiva llegó al monasterio, los monjes, bien ajenos a lo que ocurría, se hallaban en el templo, asistiendo a la misa que entonces celebraba el piadoso Liciniano. Terminado el evangelio, el sacerdote se volvió a los fieles y

queriendo saludarles con la fórmula ritual, de suavidad tan delicada: «El Señor sea siempre con vosotros», exclamó sin darse cuenta, sin comprender lo que decía: *Ecce reparator venit*, «aquí llega el Restaurador»—(1). Y así era, en efecto, porque en aquel mismo instante Santo Domingo penetraba en la iglesia.

¡Qué voz tan distinta la voz de las dos atalayas! Desde los montes vecinos bajaban al valle, en tiempos no muy lejanos, los gritos de alarma, el anuncio de ruina para el monasterio, el aviso de que los moros se lanzaban sobre Castilla; pero en el día aquel, Liciniano comunicó a los monjes venturosa noticia, puesto de pie junto al altar, la altísima atalaya que por la Cruz se levanta hasta los cielos.

Celebrados los divinos oficios, la pequeña comunidad se agrupó con intrigada sorpresa, en torno a Domingo, al obispo, a los nobles, y el obispo, después de presentarles el nuevo prelado, al que sin duda, conocían por la fama, les habló

(1) Grimaldo, *Vita* pág. 344.

del interés que el buen rey don Fernando tenía por la restauración del monasterio, y del celo y amor que les mostraba.—Los monjes agradecieron con lágrimas la merced que el monarca los hacía y al decir de Berceo, exclamaban:

¡Bendicho sea el rey que faz tales bondades! (214).

Capítulo XIII

«Duc in altum» (1)

Primeros apuros

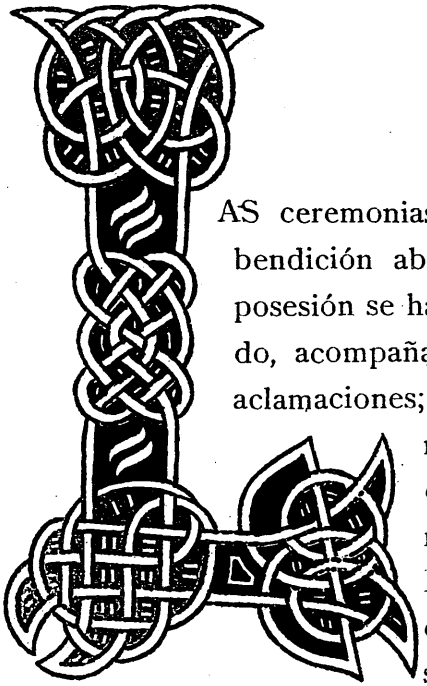
1042-1043

(1) ¡Mar adentro!

DUM IN ALIUM

Fo en la abbadia el barón assentado,
Con la fazienda pobre era fuert embargado,
Mas cambiólo ayna Dios en meior estado,
Fo en bona folgura el lazerio tornado

BERCEO, 215



AS ceremonias de la solemne bendición abacial y toma de posesión se habían ya verificado, acompañadas de jubilosas aclamaciones; el obispo y los nobles cruzaron de nuevo la sierra, camino de Burgos; los ruídos festejadores se apagaron, y, por fin, después de varios meses, el pobre des-

terrado pudo creer, unos instantes, que su alma se mecía blandamente, dulcemente, en un remanso de silencio. El rápido atropellarse de tan contrarias venturas semejaba el extraño cabalgar de los sueños.

¡Soñar!.. Sería creerse entre los brazos de la madre, y gozar, como niños, de su tibio calor, de su muelle reposo; beber la vida deleitosamente, sin salir del olvido; cerrar los ojos, y pensar que los hombres y las cosas y las horas de los años, todo eso es bueno, que los afectos, las ideas, las palabras de los hombres son algo más que brisas, que el capullito que con amor tejemos para abrigarnos es capullito de seda y luciente, que todo lo que con nosotros allí encerramos, todo eso es bello, todo eso es cierto... ¡Si fuera posible soñar así sin despertar jamás del dulce engaño! Pero, al instante que cedemos al hechizo, la vida nos despierta con ceño, porque ni siquiera es posible soñar.

Domingo tenía ante sí una ruda realidad que, brutal y rencorosa, le mostraba su temida desnudez. Al recorrer el monasterio que se le había confiado, veía los pobres edificios casi en ruínas, la iglesia, desmantelada, llena de sombras, llena

de fríos. Lo mejor, lo más preciado de la iglesia estaba en los altares: las santas reliquias de San Pedro y S. Pablo, las de S. Millán, el santo bien amado; en cuya casa había dejado Domingo girones del alma sobre flores, sobre ortigas; en el altar del centro, estaba la insigne reliquia de San Sebastián, regalo del conde Fernán González (1), encerrada en arqueta de rico marfil, martirizado por el buril del artífice moro que le arrancó a su seno, tan casto, tan pálido aquellas quimeras y lacerías que la aprisionan con su nervioso trenzano. Esta arqueta, trabajo sutil de un artífice moro, y que aún se conserva (2), es muy probablemente una de las que recogió el buen conde entre el botín de la batalla de Lara. (3)

En el *armarium* o librería, esperaba a Domingo una sorpresa que debió confortarle: la biblio-

(1) Esta reliquia se venera todavía en la iglesia de Silos.

(2) La arqueta ésta figura actualmente entre las joyas de arte que guarda el Museo Arqueológico de Burgos.

(3) «*Fallaron ay de marfil arquetas muy preciadas*
Con todas las noblezas que non podrien ser contadas.»

Poema de Fernán González, estr. 273.—Algunas de aquellas arquetas fueron regaladas por el conde al monasterio de Arlanza, y dice el autor del poema:

Están oy en dia en el su altar assentadas,

teca no estaba tan mal provista como podría esperarse, y entre los códices había uno notable, recuerdo de tiempos ya distanciados, cuando monjes muy artistas, y con medios abundantes, podían ofrecer a su abad, para preparar sus conferencias, un ejemplar magnífico, espléndido, muy bellamente escrito y miniado, del célebre «Comentario a la Regla de S. Benito», compuesto por Esmaragdo. (1) Allí mismo, ofreciendo insinuador contraste, habia otro códice, un libro litúrgico recientemente escrito—hacia unos tres años—, y en el cual aparece manifiesta la falta de gusto, de habilidad y de medios, en fin, la pobreza de todo en la casa. (2)

Sin embargo, el monasterio no carecía de posesiones: desde los altos de Peñacova a la copeta de Carazo, desde la ermita de Santiago al tajo hondo de La Caldera, los montes, los prados y la rica vega que humedece el Ura, habían sido donados por Fernán González; además, en Con-

(1) Este hermoso códice, preciosamente conservado aún en Silos, fué escrito por el monje Juan en el año 945; manejado después por Santo Domingo, como libro de uso especial para los abades, es hoy para nosotros doblemente venerando.

(2) También este códice, escrito en 1039, figura actualmente en el archivo de Silos.

treras, en Carazo y por otros lugares, tenía el monasterio campos, dehesas, viñas... Sí que los tenía, pero Dios sabe en qué estado: malbaratados, medio perdidos y aun quizá mañosamente sutilizados por el último abad de San Sebastián, don Munio de Gete, al crear el flamante monasterio de San Miguel para su aprovechado sobrino. Ello es que el nuevo abad Domingo se vió en graves apuros.

El rey don Fernando era generoso, pero no con esa generosidad pregonera y envanecida y un poco coquetuela, que tanto abunda, sino con esa otra, rarísima, que sale del corazón calladamente y rezumando sus jugos. Don Fernando no tenía interés en deslumbrar a las gentes, ni sentía impaciencias al conducir los negocios por sus pasos contados. Así, con el monasterio de Silos, con lo que se refería a su restauración, seguía la norma de conducta que formulaba un personaje de aquel siglo cuando, tratando también de un monasterio, decía con tono llanote y muy buen sentido: «Vemos que muchos comienzan con gran aparato, derrochando los medios que luego les faltan, y quedan en ridículo. Pero yo, no; poquito ahora, para empezar, que ya irá aumen-

tando. Y, aunque lo que doy no es mucho, ahí está, eso es lo que doy». Y lo que daba, entre otras cosas, el magnate catalán eran mil monedas de oro para el comienzo de las construcciones. (1)

Si esto daba pareciéndole poco el conde de Urgel, Ermengardo, ¿qué pudo dar el rey de Castilla, que era el monarca de Europa que poseía más rico y abundante numerario? En los comienzos no dió propiedades, y si dió algún dinero no debió ser mucho, a juzgar por los apuros en que vemos al nuevo abad de Silos. La situación en que se encontraba era grave, y la hacía sentir esa ansiedad pesada, punzante y acuciadora de que nos habla su discípulo Grimaldo. (2) Desde el alba hasta la noche, y aun en las noches, «velando con constancia», estrujaba las energías de su espíritu, derramándolas luego con gesto fácil, como si nada le costaran, en remover todas las ruínas: el desmoronamiento de las cosas, los desmayos de las almas.

(1) «*Sedulus ac pervigil pertractabat anxia sollicitudine animae quomodo domun priori decori restitueret*». Pág. 344.

(2) Villanueva, *Viaje Literario*, t. XII, p. 231, apéndice.

A falta de medios materiales para esta empresa, Domingo con la ayuda de Dios, tenía que sacar recursos de su propio espíritu, como de generosa cantera: hacerse fuerte para todos los trabajos corporales, contra todas las inquietudes y borrascas; abrazarse al Señor y hacerse firme con su eterna firmeza, para no flaquear en el cansancio; hacerse blando en el regazo del Padre, y llevar luego a sus monjes de la mano, con amor, con blandura, para que no sientan la cuesta; apartar los estorbos, como las madres en los primeros pasos que dan sus hijos; y luego cuidarlos como niños que enferman, que en estos caminos que llevan tan alto, todos somos niños y estamos enfermos.

Y tan enfermos, que cuanto comenzaba a conseguir el santo abad con sus virtudes y cualidades, más exquisitas que labor de filigrana, estuvo a punto de romperse en momento de fiebre. Fué una fiebre de torpe rebeldía que turbó el equilibrio moral de aquellos monjes, todavía en los comienzos de reforma.

Sucedió que, a la escasez de recursos que el abad superaba con penosos esfuerzos, se añadió, en aquel año de 1043, la ruda ventura de per-

derse las cosechas en toda Castilla, por tierras de Francia y gran parte de Europa. (1)

El anno era duro, toda la gent coitaba. (449)

Del fondo de la Borgoña, el abad de Cluni escribía a don García de Navarra pidiéndole, «no sin embarazo», —*licet non sine rubore*—, algunos auxilios que le permitieran remediar la necesidad de su monasterio y de los pobres de la comarca. Y como el mal acrecía, el abad cluniacense lloraba: «Me deshacía en lágrimas—dice él mismo—, y el pensamiento de la cruel desgracia me quitaba el sueño.» (2)

También Domingo se turbaba. En los meses que llevaba al frente de la abadía, había tratado de organizar la situación económica de la casa y asegurar el vivir de los monjes con la explotación presurosa de la huerta y algunos retazos de la estrujada finca; pero, malogrados sus afanes

(1) «En aquel tiempo, esto es, en el año 1043, una extremada carestía azotó a toda Francia». — *Vita Scti. Obberti,* en Mabillón, *Acta SS. O. S. Benedicti,* t. VIII, p. 530.

El hambre de aquel año asoló también muchas comarcas de Europa.

(2) «Eram tunc temporis lugens et defleus... tantique moeroris anxia cogitatio per plures jam noctes insomnen reddiderat».— *De Vita Mayoli abbatis, praefatio.*

por la pérdida total de los campos, en este naufragio de las humanas previsiones, se abrazaba a la Cruz, como en hinchada borrasca se abraza el marino al mástil robusto privado de velas.

Crueles días aquellos en que Domingo, después de hacer prodigios para retardar el daño, consumía el resto de sus energías en derramar sobre todos vibrante esperanza, para que su llamear claro y sereno iluminara las sombras que ya se acercaban. Luego, al venir de la noche, rendido entonces de tristeza y fatiga, el Padre lloraba en la angustiada soledad de su celda.

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos del santo abad, llegó el momento en que, agotadas todas las provisiones hasta el último pan, la gravedad de la situación se hizo patente a los monjes. Berceo, con gracioso eufemismo, insinúa el estado de espíritu de los religiosos en aquellas circunstancias;

Cuitábanse los monges de estranna manera,
Que non habie en casa farina nin cevera,
Nin pan que les compliesse una noche sennera;
Non les cabrie la claustra, magüer larga era. (445)

En tal turbación de ánimo, desesperanzados ya y con alarma indecible, los monjes, todos

juntos van en busca de su abad, y despues de hacerle responsable de todo con palabras irritadas, le presentan la violenta alternativa: «¿Qué hacemos? Habíamos confiado en vos, y ahora vemos que sólo nos resta perecer de hambre en el monasterio o perder nuestras almas, volviéndonos al siglo como el perro al vómito» (1).

Era ya entrada la tarde; desde el lugar donde se hallaba sentado Domingo se descubría la huerta y el azul de los cielos. El santo abad, al oír a sus monjes, quedó un momento como turbado; luego se levantó, fijó sus ojos en la altura, y sus ojos se cuajaron de lágrimas; quiso hablar, y no pudo, pero dentro de sí formulaba esta súplica que más tarde reveló a sus monjes: «Tú lo dijiste: quien te busca, Señor, de ningún bien carecerá; apiádate de esta grey pequeñita, que no se disperse, que no se me pierdan». Era una plegaria que hacía en silencio, mientras los religiosos le contemplaban enmudecidos.

En estos momentos se sintió por los aires el revolotear de unas palomas; al ruido que hicieron, Domingo tornó la cabeza, vió que se abatían so-

(1) Véase toda esta escena hermosamente narrada por un testigo. Grimaldo.—*Vita*, p. 364.

bre un montón de paja estercorlada, las contempló un instante, mientras buscaban su comida con afán satisfecho, y, de pronto, como iluminado por triunfal confianza, se volvió a sus monjes, que le miraban suspensos, y comenzó a cantar, con versos de salmos, las maravillas y providencias de Dios: «Señor, creador de la vida, conservador de la existencia—concluye diciendo,— todo lo que vive te alaba a su manera, te bendice y te ama! ¡Bendícenos a todos los que estamos aquí para que todos perseveremos!» (1)

Apenas había terminado de hablar, la emoción coloreaba aún sus mejillas, cuando la campanita del monasterio dió la señal para el rezo de nona. Reanimados los monjes por las palabras encendidas de su abad, alentados por su esperanza invencible, ya más serenos, y llevando en el espíritu la visión de las palomicas que providencialmente hallan siempre su alimento, se encaminaron a la iglesia.

Un cuarto de hora después, en el instante mismo de salir del templo llegó a las puertas de la abadía un enviado del rey don Fernando. Santo

(1) Grimaldo 465.

Domingo lo recibió en el atrio, y los religiosos todos que se apretaban en torno con mucho de curiosidad y de extrañeza, se quedaron admirados al escuchar que el nuncio del monarca les decía: «El señor rey os saluda, reverendos padres. Ha sabido la necesidad que padeceis, y con toda urgencia me ha despachado para que vosotros envieis a su intendente las acémilas precisas para el acarreo de sesenta cuartillas de grano. Puesto que me ha enviado con toda prisa, no dejéis de proceder urgentemente» (1).

Estas palabras textuales, recogidas por el mismo Grimaldo, fueron luego glosadas lindamente por Berceo:

Abad, enviad luego vuestros acemileros;
Los monjes que madrugan con los gallos primeros
Trasayunar no pueden como otros obreros. (458)

Maravillados los monjes de la pronta respuesta que daba el Señor a la oración confiada de su siervo Domingo; sintiéronse avergonzados de su torpe y brutal impaciencia. El santo abad lo advirtió fácilmente, y aprovechó la ocasión para exhortarles con discreta blandura, y luego, con

(1) Grimaldo, pág, 365.

esa indulgencia tan íntima y serena, tan delicada y honda, no sólo les perdonó sino que «les consoló del dolor de sus faltas.» (1)—Nadie como esos héroes del espíritu para conocer lo mucho que cuesta levantarse sobre la humana miseria y desnudarse de humanas flaquezas.

Terminado el conflicto, Domingo se dispuso á continuar como siempre en su empresa. Como siempre, no. Por un momento sintió que el fleje recio de su alma se entumecía al frío de la ingratitud de los que tanto amaba. Disculpaba su arrebato, les había perdonado con una efusión que arrancaba de lo más hondo de las entrañas, tampoco se extrañaba de que hubieran olvidado con dura acusación los afanes en que, por bien de todos, se consumía y el amor generoso que derramaba. ¿Cómo había de extrañarlo? Teóricamente, como por oídas, porque en el monasterio donde había vivido estaba muy en su punto la observancia, sabía él que, cuando Dios no está muy satisfecho de los religiosos, éstos se hacen también descontentadizos, y es el prelado quien sufre sus descontentos: «Si sale, le llaman livia-

(1) *Frates benigne consolatus est.*—Grimaldo, p. 365.

no, si no sale le llaman inútil; si castiga le apellidan severo, si no castiga le dicen que es tibio; si predica le bautizan de parlero, si no predica le tienen por ignorante; si dentro o fuera cae una desgracia, todos exclaman al punto: ¡Del abad es la culpa!—¡Pobre, mísero abad! Haga lo que haga, todos le murmuran, vaya donde vaya, siempre estará inquieto, nunca dará gusto a gente tornadiza.» Bien la conocía aquel santo abad que así escribía, por entonces mismo, en tierras lejanas. (1)

(1) De este modo describía San Pedro Damiano, en rimas latinas, la situación de algunos abades en ciertos monasterios. Pongo aquí algunas estrofas por la viveza que tienen en su original.

—Spiritaliter abbatem
Volunt fratres vivere,
Et per causas soeculares
Cogunt illum pergere.
Per tam itaque diversa
Quis valet incidere!

—Nam dum equitat, mox esse
Dicitur vagatio;
Ejus namque hebetudo
Est claustralis statio
Quidquid miser facit
Semper est detractio.

—Delinquentes dum emendat
Omnes clamant impium;
Si quandoque illis parcit

No; no extrañaba Domingo la conducta de aquellos pobres monjes, tanto tiempo desamparados, y aun en los comienzos de una forma de vida más alta, más densa; no pudo admirarse del caso, pero, desde luego, sintió quebrarse esa ilusión tan persistente, tan hondamente humana: que todos los cariños, los afanes que dejamos caer en la vida sean recogidos en tacita de plata.

* * *

En la noche de aquel día, las impresiones tristes del momento, las inquietudes del porvenir

Dicunt esse tepidum.
Quis portare, rogo, valet,
Vulgus tam ambiguus?

—Si sermonem facit abbas
Denotatur garrubus,
Et si tacens nil exponit,
Denotatur fatuus;
Huc se vertat, illut pergat
Semper erit auxius.

—Intus, foris, si contingat
Qualibet adversitas,
Hoc incuriae abbatis
Fratcs omnes deputant
Illum rodunt et perrodunt
Et appellant bestiam.

De abbatum miseria,
Migne, PL. t. 192. col. 972.

cedieron poco a poco a la presión compasiva del sueño. Un sueño lleno de luminosidades y voces que bajaban de la gloria y dejaron en el espíritu del Santo aquella vibración radiante y triunfadora que volverá a los cielos con el último suspiro.

Fué una visión el sueño aquel. Y una visión por la cual el Señor pareció posar su mano santa y consoladora en el pecho del pobre abad, tan lleno entonces de amargura. Veía el Santo un puente de cristal largo y estrecho, estrecho como el filo de un cuchillo, y tendido sobre bravo torrente. Al extremo del puente, dos gentilísimos mancebos le invitaban a pasar sin temores, y en cuanto hubo pasado, le ofrecieron tres bellas coronas, una por el abandono del siglo, la otra por la restauración del priorato de Santa María, allá en Cañas; las dos coronas brillan con luces de gemas, y en la noche de tristezas de Domingo, parecen lucir como una esmeralda caída en manto de terciopelo negro; pero la tercera corona, ofrecida para el futuro por la feliz restauración de Silos, es todavía más refulgente y bella; la tercera corona lleva consigo la profecía de que algún día verá el abad terminada con triunfo la obra que comienza, y es además una orden, pues

con ella el Señor le alienta y le dice como a Pedro en la barca: ¡Fuera miedos, *Duc in altum!* «¡mar adentro!»

Capítulo XIV

«Fin de Rey»

Relaciones con la Corte

Embajada ante don García

1047-1054

FIN DE REY

La ira e los dichos aducen te grant danno,
El diablo lo urde, que trahe grand enganno,
Embargado so mucho, rey, del tu sosanno,
Quantos aqui sedemos yacemos en mal banno.

BERCEO, 151.

CUPADO constantemente Domingo en la dificultosa tarea de restaurar el monasterio, frecuentaba muy poco la corte. En el año 1047, allá por el mes de junio, y luego en octubre, había visitado a los soberanos en su corte burgalesa, y acaso también en Cardeña (1).

Para el buen rey don Fernando y para su es-

(1) Berganza, *Antigüedades*, t. II escrituras XC y XCI del apéndice, página 425.

posa, debía ser una satisfacción dilatada, muy sentida, el recibir y conversar con el santo abad Domingo. Los reyes y el monje, los tres tenían caracteres muy semejantes y hermanos: eran inteligentes, bondadosos, reciamente, pero también cordial, serenamente cristianos y, por lo mismo, de trato placiente y nada ñoño (1).

Domingo no se deslumbraba por el honor recibido, pero su corazón, de tan henchidos afectos, debía gozarse al suave contacto de aquellas tibias radiaciones que el vulgo no conocía en sus reyes. Para el pueblo, los afanes briosos, las grandes empresas, las valientes justicias; para los admitidos al íntimo trato, como Domingo, los reyes doña Sancha y don Fernando tenían siempre la misma afectuosidad solícita, riente y confiada de que gozaba en familia.

Precisamente, en aquel día, veintinueve de octubre, en que Domingo visitaba a los reyes, estaban allí con sus padres los cinco hijos del monarca, y juntos firmaron con el abad de Silos

(1) De la reina, dice así la Primera Crónica General «Donna Sancha non fazie de obras buenas menos que el rey, caera duenna muy entenduda et muy provechosa et acuciosa para endereçar el regno.» Edic. Menéndez Pidal, t I, p. 492.

como testigos de una cierta donación (1). Los ojos del abad, sus ojos claros, de mirar suave y y sereno, se posarían muchas veces, con inquietud interrogante, en las cabezas bellas y altivas de aquellos muchachos, muy celebrados después por su bravura, gallardía y su belleza. Por su parte, los infantitos, contemplando el rostro simpático y risueño del abad de Silos, acostumbraron su vista y su corazón a la influencia sutil y bienhechora que de aquel monje se desprendía, y jamás olvidaron, como más adelante veremos, al varón santo.

Para Domingo, extraño y forastero en estas tierras castellanas, y aun más que para él, para la obra laboriosísima que le habían confiado, fué en extremo beneficioso la buena amistad con los reyes; no ya por la ayuda directa que pudieron prestarle, sino por las numerosas y eficaces relaciones que le procuraba su entrada en la corte.

Seguramente que ya las conocía y trataba de mucho antes, pero en el viaje realizado en octubre del año 1047, tuvo ocasión de estrechar relaciones con los personajes más claros del reino.

(1) Berganza, *loc. cit.*

Al obispo don Gomesano le conocía ya de antiguo, pues fué el prelado que, hacía seis años, le había dado posesión de la abadía, pero aquel día, se hallaban además, entre otros eclesiásticos, don Martín, abad de San Quirce, y don Eximino, de Santo Tomás de Villarizo; dos monasterios chiquitos, y también sin pretensiones, lo mismo que sus abades, que al lado del gran abad Domingo debían reconocerse sencillamente, humildemente oscurecidos. Don Martín es la última vez que figura en la corte; D. Eximino la primera y la última. Eran de otros tiempos, y aunque reconocían, sin duda, y admiraban las lozanías que adquiría la vida monástica en Silos, en Oña, en Arlanza, ellos no se sentían llamados ni preparados para esas empresas, y con la resignación dolorida y cansada de viejos artríticos, sintiéndose sin fuerzas para renovar la observancia e instaurar el estudio entre sus monjes, se dejaron despojar buenamente de sus abadías. Al año siguiente, los monasterios de don Eximino y don Martín fueron incorporados a la gran abadía de Arlanza. Era que la nueva generación, activa y fuerte, arrebataba las cansadas riendas para manejarlas con destreza y bríos.

Entre los caballeros reunidos en aquella ocasión con el abad de Silos, se hallaba su vecino y amigo Diego Laínez. Ya antes, cuatro meses antes, había estado con el hijo de Laínez, Rodrigo Díaz (1) que desde entonces y para siempre guardó al abad y a su convento amistad generosa y fidelísima. Allí también, con el padre del futuro Cid y con el santo abad de Silos, se hallaba Nuño Alvarez, hermano de don Rodrigo. Don Rodrigo era el abuelo de aquel muchacho que heredó su nombre para lanzarlo, con sonoridades trompeteras, en medio de nuestra historia.

Noble y grata la gente que trataba Domingo en la corte; pero el abad sólo procuraba cumplir sus deberes de religioso y de padre, y como las obras del monasterio reclamaban con porfía su presencia, a primeros de noviembre se hallaba ya de regreso. Puede suponerse que las obligaciones de su cargo le llevaran de nuevo a emprender otros viajes, pero hasta pasados más de seis años no hay noticia de que estuviera en la corte.

(1) Berganza; *loc. cit.* escritura XCI del apéndice.

Y cierto que, en esos años, no faltaron halagüeñas prometedoras ocasiones de visitar al rey y acompañarle, como le acompañaron los otros abades de Arlanza, de Cardeña y de Oña, y solear el alma en San Millán, y en Nájera, en el dorado rincón de su tierra.

A San Millán partió el rey Fernando en 1048 para asistir a la profesión religiosa de un caballero, su pariente. (1) En Nájera estuvo cuatro años más tarde, con toda la flor del reino, con los obispos y abades, menos el de Silos, en ocasión solemnísima que se recordó largo tiempo en España: la dedicación de la iglesia y monasterio de Santa María de Nájera, fundado por el rey de Navarra, antiguo perseguidor de Domingo.

Cierto que debió sentir mucho hallarse ausente de unos festejos que removían recuerdos alegres y tristes de su existencia; pero fué delicada

(1) Don Pedro de Alcocer, nieto de aquel señor que en la donación a Oña del año 1001, firmaba: *Sancio Sancionis Alcoceris, filius regis Sancionis Pampilonensis.* Era, pues biznieto de Sancho II, de Navarra.

A la profesión asistieron además su hermano Gandiola de Alcocer y D. Nuño de Alcocer, pariente del rey y del profeso. Así aparece en escritura de San Millán del año 1048, según los apuntes de Sandoval para la historia que dejó manuscrita de esta familia. Vide en Biblioteca Nacional ms. 1.292. fols. 271-312.

prudencia lo que le retuvo en su monasterio, mientras los caballeros y eclesiásticos de más nota en Castilla seguían al rey a la corte de Nájera. La presencia de Domingo en la corte del rey don García hubiera, acaso, violentado la espontánea alegría de las fiestas. Hizo bien en quedarse en Castilla; pero si se quedó fué por delicadeza y no por miedo, como lo mostrará muy pronto en ocasión tremenda.

* * *

Un día de los últimos del mes de agosto del año 1054, el abad de Silos, con su santo amigo Iñigo, abad de Oña, salió de Burgos acompañando al rey don Fernando, y esta vez, sí, al encuentro de don García; pero fatal encuentro.

El rey de Castilla llevaba consigo castellanos, leoneses y buen golpe de gallegos; don García, sus navarros y vascones y algareras tropas de moros.

Las huestes del rey navarro pasaron los Montes de Oca, y se detuvieron en el ancho llano que corre entre Arges y Atapuerca. Por la noche, don Fernando, con los suyos, subió a las lomas que bordean la vega, y, cuando amaneció

la aurora, los dos ejércitos se contemplaron formados en batalla, el uno en las colinas, el otro en el llano. Apenas hacía unos meses que don Fernando y don García se habían separado con muestras de gran afecto; ¿qué pudo ahora ponerles frente a frente y armados? (1)

En el campo de don García está su fidelísimo ayo Fortún Sánchez; allá, con la hueste contraria, inexorable y sombrío, como el destino cruel que representa, como una maldición lanzada sobre los dos hermanos, está el otro Fortún Sánchez, el antiguo paje de lanza del rey don García. Los dos se hallaron reunidos en San Millán, recién entrado Domingo, en el año 1028 cuando el rey excelente don Sancho pasó allí varias semanas con su mujer y sus hijos y con su madre, la generosa anciana doña Jimena. (1) Hoy también están cerca, pero se acercan temblando de ira, como la flecha vibrante busca el blanco.

(1) El Silense parece bien informado sobre los incidentes de la batalla; pero la causa del rompimiento entre los dos hermanos no es verosímil como él la expone. Vide Moret, *Anales* II, 322. Con más razones se podría insistir en la crítica que hace el Padre Moret de las explicaciones del Tudense y don Rodrigo. Ambos autores se limitan a repetir lo que afirma el Silense, y éste trata a don García con extraño rigor, casi rencoroso.

(1) Veáse el cap. V.

De este encuentro desdichado, D. García es el culpable. El ultrajó el honor y destrozó la vida de su antiguo paje de lanza Fortún Sánchez, y cuando éste quiso vengarse y, frustada su venganza, huyó a Castilla, el rey de Navarra reclamó sañudo la entrega de aquel hombre. Pero inútilmente, pues D. Fernando conocía las violencias y atropellos cometidos por su hermano, y no era capaz de entregar a los rencores de D. García al pobre caballero, desgarrado despojo, sin honor, sin hacienda y sin familia. Por eso el halcón real de Navarra, enfermo de ira, se había lanzado sobre las fronteras castellanas. (1)

Entonces intervinieron los dos santos abades Iñigo y Domingo. El abad de Oña era de las personas que más estimaba el rey García, acaso la que más respetaba; en cambio, el abad de Silos, había sido siempre malquerido del monarca, y presentarse ante él con aquella embajada y en aquellos momentos, y recordarle con su presencia que D. Fernando daba fácil amparo a los que él perseguía, era temerario y quizás no prudente. Pero el rey se lo pedía, y más que el rey, su pro-

(1) Véase Moret, *Anales* II, 324.

pio corazón, emocionado penosamente ante el desgarramiento brutal de aquella familia que tanto amaba, y el desgarramiento más trágico que destrozaba a otra familia más real y más grande, los hijos de España.

Por fin, los dos santos abades se encaminaron hacia el campamento del rey de Navarra como nuncios, mejor dicho, como «rogadores» de paz, porque eso es lo que piden. De parte del rey de Castilla llevaban la encomienda de recordar a don García a qué obligan las leyes de hermano, de hacerle ver lo desigual de las fuerzas, lo cierto de su derrota, y rogarle que se retire. Estos eran los puntos concretos de la misión que les había confiado D. Fernando (1); pero el amor, la piedad, les confían también su embajada, y aun con más apremios, con más calurosas instancias.

Todo fué inútil; parece como si un hado implacable quisiera perderle y le cegara. Porque estaba ciego, se cegó de tal modo al sentir a Domingo que ni siquiera reconoció al abad Iñigo, al abad santo al que siempre había respetado y al que siempre amaba. Y loco entonces, cente-

(1) Silense, pág. 69.

lleante, pensando nada más que en Domingo, y con la brutalidad con que en otro tiempo le tratara, los arrojó del campo violentamente, con la amenaza dirigida a Domingo, de que, si vence, a él y a los de su bando los volvería, «los arrastraría a su tierra, como se lleva al ganado». (1)

Nada vió ni quiso ver el desgraciado, sus mismos caballeros se esforzaron en vano por mostrarle el riesgo inminente de tal aventura; su antiguo ayo, el otro Fortún Sánchez, que los amaba con amor de padre, insistió por última vez en disuadirle, sin poder quebrantar aquella obstinación, más ardiente y rencorosa después de recibida la embajada. Realmente fué un desacierto de D. Fernando el enviar como embajador a Domingo, pues el rey de Navarra no podía considerarle como persona grata. El mismo abad de Silos así lo comprendía, y siempre evitó presentarse ante el rencoroso D. García; pero en aquella ocasión no tuvo más remedio que ceder al deseo de su rey, y aun a su propio deseo que todo lo fiaba,

(1) *Eos cum sociis more pecudum se rapere in patriam.* Silense, p. 70. Probablemente, «los compañeros» de que habla D. García, don Fortín Sánchez, sus dos hermanos y los demás personajes que, como Domingo, se habían extrañado del reino,

en tales momentos angustiosos, a una leve esperanza.

Por su parte, en el campo navarro, el fidelísimo Fortún Sánchez, ya que no pudo vencer la obstinación de D. García, ya que su amor y lealtad le impiden abandonarle en el trance tremendo, no quiso, al menos, presenciar la tragedia que va a desplomarse y a destrozar a su príncipe amado. Entonces, en loco gesto de cariño, arroja el capacete, despide el escudo, se quita la lóriga, y con el solo brial de lienzo, lanza en ristre, y suelta al aire la blanca cabellera, de un bote de su caballo, se estrella contra las filas enemigas (1). El pobre fué al momento alanceado, derribado, arrollado por el tropel de caballeros que se lanzó sobre D. García.

Entre ellos iba el otro Fortún Sánchez; su mirada buscaba sedienta a D. García; se abrió camino con ímpetu bravo y, poniendo en el arma el peso inmenso y fuerte de sus desventuras, conformidable lanzada partió el pecho al rey de Na-

(1) «Aquel ayo... echó del cuello ell escudo et el capiello de fierro et la loriga fasta que separó en pannos de lino et non mas... et fué ferir en los de la otra parte; et mataronle y luego en la primera fac. Et assi quiso morir por non veer la muerte de su rey.»
Primera Crón. Gral., p. 485.

varra, que había sido, hasta poco, su señor y su amigo (1).

Apartados en un alto, enmudecidos de horror, Domingo e Iñigo contemplaban el romper de la batalla, y, del fondo del alma pedían a Dios piedad, mucha piedad para aquellos desgraciados, que así se mataban por sus miserias e intereses como si Cristo no hubiese muerto por la gran miseria y el interés de todos. Pero mientras se hallaban en oración, llegó hasta ellos, corriendo por el campo castellano, la voz de que don García estaba mal herido.

Los dos abades se sienten al instante, movi-

(1) Sobre este individuo y su intervención en estos sucesos, he aquí reunidos varios datos:

1.° Según la primera Crón. Gral. (p. 485), D. García fué muerto por unos caballeros de su reino a quienes quitó la hacienda, y refugiados en Castilla.

2.° El rey confiscó sus bienes a estos infanzones, Fortún Sánchez y sus hermanos, porque quisieron matarle. (Escritura de Oña por la cual se hizo al monasterio donación de estos bienes. Moret, *Anales*, II, 324).

3.° Fortún Sánchez quiso matar al rey porque éste le ultrajó gravemente en su esposa: *quia foedaverat uxorem ejus. Tumbo negro* de Santiago; Sandoval, *Historia de D. Fernando*, p. 24. En el «Tumbo» o en Sandoval está alterado el nombre; Moret, *Anales*, II, 324.

4.° Tres infanzones del nombre Fortún Sánchez descubro por aquel tiempo en Navarra; pero de los tres sólo el antiguo paje de lanza pudo ser el matador de D. García; el otro murió defendiéndole, y el tercero vivió honrado y tranquilo en su patria.

dos de un mismo impulso; pero Domingo lo razona y lo domina. Con gran delicadeza de sentimientos, comprendió que su presencia podía ser fatal al pobre príncipe, mortalmente derribado, y no quiso turbar aquellos momentos últimos, y, por lo mismo, los más preciosos, no quiso comprometer el bien espiritual del hombre a quien amaba y perdonaba porque era su rey y su enemigo. Por eso se quedó en el campo de don Fernando, mientras el abad de Oña corría en auxilio de don García.

El desdichado aún respiraba cuando San Iñigo llegando a su lado, y puesto de rodillas, recogió en su regazo la hermosa cabeza. Entonces el príncipe despertó un instante, entre los brazos del santo, y las palabras buenas que caían de sus labios, las palabras que caían mojadas en llanto, ungieron el alma del desventurado como una unción sagrada. Después los ojos azules se cuajaron en hielo, se extremeció un poquito, y, en aquel pecho bárbaramente roto, se rompió la vida.

* * *

Cerca del llano donde se dió la batalla, estaba sita una heredad que don García había regalado,

poco antes, a la iglesia de Nájera, por amor de la Santa María. A este lugar fué retirado cuando cayó malamente herido, y allí, como si la Virgen hubiera querido recogerle en sus brazos, allí exhaló su último suspiro. En el preciso lugar de su muerte, se levantó después alta piedra en memoria de aquella desgracia; las gentes de la comarca llamaron al triste monumento con un nombre más triste: *Fin de Rey*.

Capítulo XV

«El Majuelo»

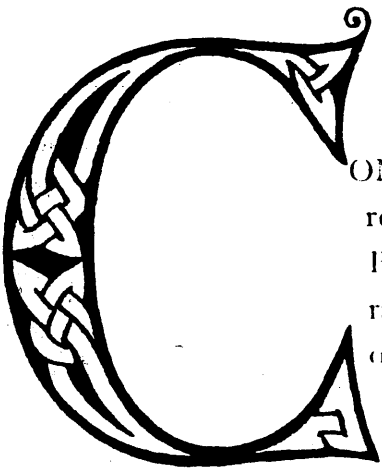
Actívase la restauracion material del Monasterio

1056-1057

EL MAJUELO

Nos atal lo trobamos como vinna damnada,
Que es muy embegida porque fo mal guardada,
Agora es maiuelo en buen precio tornada,
Por ir a meioría está bien aguisada.

BERCEO, 500



CON blando toque que recuerda la endecha del Profeta, Berceo compara el monasterio y la obra en él realizada por Domingo al majuelo que se alza con largas promesas sobre el lugar mismo donde murió por descuido la frondosa viña.—La viña nueva está ya cercada, en medio está la torre, y en las vides, la florida cierna derrama en polvillo sutil y dorado el misterio augusto que lleva la vida.

Todavía no estaba concluída la total restauración del monasterio, pero el santo abad, al comparar el estado presente de su obra con las ruínas que le habían entregado, podía sentirse fortalecido, y decirse, según fórmula del poeta:

Nos atal lo trobamos como vinna domnada

Las inquietas reformas de los sucesores del santo en el correr de los siglos no permiten hoy formarnos idea precisa ni apreciar en todas sus partes la labor maravillosa de Santo Domingo en la reconstrucción del monasterio.

En realidad, el monasterio no el casi ignorado que llamaban de San Sebastián, sino el monasterio que, con el nombre acariciante de Domingo, es joyel prendido sobre el pecho de España, en su seno, Castilla; este edificio espléndido fué casi por completo obra de Domingo; el otro, aquel que le había sido confiado por el año 1041, era un agregado de edificaciones medio desmanteladas y sin plan bien concecibo.

El conjunto de los edificios trazaba un vasto ángulo: un lado al Oriente, otro lado al Norte. El primero, formado por el monasterio visigodo, con su iglesia pequeña; el otro lado, el lado del Nor-

te, estaba ocupado enteramente por la iglesia de San Sebastián. En el vértice del ángulo se tocaban formando un solo muro el muro en que se abría la puerta de San Miguel y el que cerraba los tres ábsides de la iglesia de San Sebastián. Este ángulo comprendía entre sus lados el área sobre la cual se alza hoy el claustro.

Pero entonces, en el monasterio de Silos, como en otros innúmeros, no había claustro: era un terreno descubierto que en suave declive seguía el perfil del subsuelo roqueño que baja al poniente. Por esto mismo, por no tener claustro, y por hallarse la vivienda de los monjes al lado del poniente, la puerta de servicio en la Iglesia de San Sebastián se abría a la cabecera del templo, cerca del vértice, casi junto a la puerta de San Miguel, que le dió nombre.

Tal era según puede conjeturarse por leves vestigios y noticias imprecisas que exponen a error, el monasterio que trataba de reconstruír y embellecer el abad Domingo, y en cuya obra trabajaba desde hacía años.

El plan al que debían ajustarse las reformas era sencillo en su traza, aunque de ejecución muy costosa, y de realización dificultada entonces por

las circunstancias. El antiguo abad D. Munío, al formar para su sobrino D. Nuño el monasterio de San Miguel, se había reservado esta iglesia o capilla y parte de los edificios. Empotrado así en el monasterio de San Sebastián el nuevo de San Miguel, la mala disposición de las construcciones se complicaba con este estorbo molesto que impedía una reforma de conjunto, uniforme y ordenada.

Sin embargo, Domingo, con honda fe en Dios y en su empresa meditaba siempre levantar nuevos edificios al mediodía y poniente, hasta cerrar el solar, allanarlo y trazar en torno cuatro galerías; así tendría un claustro: un pedazo de suelo florido, cuatro muros que guardan manojitos humanos de ansias, y encima un girón de los cielos.

Era entonces un sueño lejano, imposible: los terrenos sobre los cuales había de levantarse el claustro pertenecían también a don Nuño; sobre aquellos se abría la entrada de su iglesia, y no había de consentir que le despojaran ni bloquearan. No eran más que sueños los planes de Domingo, pero los santos tienen siempre razón en lo que sueñan.

Años después, en este de 1056, aquel bello sueño comenzó a realizarse. Catorce años llevaba ya Santo Domingo al frente del monasterio; fueron los años de labor más recia, la más penosa y caldeada; fué labor ruda de terca porfía que estrujaba, sedienta, la actividad de su cuerpo y de su espíritu, y roía, avariciosa, los minutos del tiempo. En estos años, se presentó raramente en la corte. Sin embargo, en la corte y en todo el reino, la fama de sus virtudes y talentos le conquistaba el favor y la admiración de las gentes, y las vocaciones acudían, aunque poniéndole en aprieto por la falta de medios y por la estrechura de los edificios. Pero, cuando en este año de 1056, el número de los que pedían la vida monástica atraídos por el renombre del Santo le ponía en serio conflicto, éste quedó resuelto de manera impensada y felicísima. Es un hecho muy curioso, de excepcional elocuencia en favor de nuestro Santo; un homenaje rendidísimo y sincero a sus preclaras calidades.

Naturalmente, en los comienzos, la persona del abad Domingo no debió ser muy grata a los moradores de San Miguel (1) que veían en él

(1) Grimaldo habla de las persecuciones que tuvo que pade-

casi un intruso, y en su obra de reformación un reproche callado pero severo a su holgada manera de vivir. La mordedura de la conciencia siempre causa dolor: dolor de haber obrado mal, o dolor de ver que otros obran el bien. Pero, al fin, el espectáculo que les ofrecían los monjes de San Sebastián, el trato amable y correctísimo de Domingo, sus atenciones blandas, y esa influencia sutil que de él se derramaba envolvían poco a poco el ánimo del abad de San Miguel.

La resistencia más enconada debía hallarse en su tío don Munio; él se había separado de su antigua abadía, improvisando el nuevo monasterio; había hecho dejación del cargo en su sobrino, para vivir con más descuidado abandono, y ahora, ya viejo, con más de sesenta años encima, se le hacía costoso reconocer el gran fracaso de su gestión, y ver desmoronarse el monasterio que en mal hora y con peor espíritu se había creado.

Y sin embargo, tal ascendiente había adquirido Domingo, tal era ya su obra, que don Munio y su sobrino, fascinados, se rindieron de la ma-

cer Santo Domingo con motivo de su obra de restauración y reforma, y acaso aluda también a la conducta de don Nuño y su tío con el santo abad,

nera más generosa y sincera, entregando al santo abad el monasterio de San Miguel con todas sus pertenencias, y abrazando la reforma como simples monjes en el monasterio de San Sebastián.

La resolución de don Nuño y su tío hubiera sido en todo tiempo provechosísima para la casa, pero el haberse verificado precisamente en este año fué venturosa providencia. Acaso, de haberlo diferido algún tiempo, no poseyéramos el claustro de Silos labrado como sólo aquellas manos, que trabajaban la piedra con buril de orfebres, pudieron labrarlo. Pocas semanas después, a primeros de febrero de 1057, Domingo se hallaba en Burgos al lado del monarca, informándole del nuevo sesgo que tomaban los asuntos para la restauración del monasterio. En Silos no había ya más que un solo convento, con solares acomodados para agrupar las nuevas construcciones que se hicieran en torno de un claustro.

No lo olvidó don Fernando, y unos seis meses más tarde, al conquistar de los moros la ciudad de Lamego, de entre los numerosos cautivos que quedaron en sus manos, envió al abad de Silos, para la reconstrucción del monasterio, oficiales

y maestros canteros con alma de artistas. (1)

El ambiente del valle de Silos había cambiado por completo:

El repiquetear menudo de los canteros desprendía de las piedras chispas y lajas que lanzaba a los aires; el sonsonete rítmico, agudo, de sus instrumentos, el trajín de los peones, las voces en los andamios, las carretas que bajaban chirriadoras, cargadas de troncos y piedras, por la alta montaña, henchían con alientos de vida el seno muriente del valle.

Y donde quiera que hay vida, y vida que abra surco y lo fecunde para los que vengan—lo demás no es vida, es una miseria caída en el suelo—, hay calor de entusiasmo que presta ener-

(1) Consta por testimonio del monje de Silos, Grimaldo, contemporáneo de los sucesos, que en el monasterio había moros cautivos; los capiteles del claustro, su labra y su arte son tan orientales que a veces, parecen enteramente copiados de las arquetas musulmanas, y hasta el modelado de la piedra remeda el burilado del marfil; el monje de Silos, el gran cronista anónimo, refiere que don Fernando, después de la toma de Lamego, empleó los cautivos en la reparación de iglesias y monasterios; días antes, precisamente, de partir el rey para las conquistas de Portugal, recibió la visita del abad de Silos, cuando las circunstancias le permitían ya activar la reparación de los edificios, comenzar las obras del claustro; ahora bien, todo esto permite suponer, con levísima sombra de error, que algunos cautivos de Lamego trabajaron en Silos, en las obras del claustro.

gía para las prácticas realidades, pero hay también luces que las esmaltan de belleza, y hay luminarias serenas que nos alumbran cuando el sol de esta vida se hunda en las sombras—; lo demás tampoco es vida, es el afán del ciego animalillo que se satisface en su triste topera.

Por eso, la obra de Santo Domingo es fogata que desentumece a los hombres del valle, sacude sus energías, los alimenta, los industria, y luego orea sus almas y las regala y tonifica con pasmosa epifanía de grandezas.

Jamás soñaron ellos, jamás vieron, ni vió hasta entonces Castilla construcciones como éstas, en que el saber, el arte, la riqueza, lo más acabado y florido de aquella civilización era recogido en la cañada humilde y se guardaba para los siglos en suntuoso estuche de piedra.

Los dos villorrios de Silos, la pobre costra de vida pegada a las lomas de Tabladillo como el líquen que muerde en las rocas, tocados de amores, abandonan sus lugares para vivir al calor de la llama, cortejando al convento.

Obreros de todas suertes vienen a trabajar mezclados con los monjes, bajo el impulso emocionado y firme de Domingo. La mayoría de los

obreros son gente de la comarca; algunos habrán venido de lejos, pero no de tan lejos como aquel grupo de moros que labra maravillas y canta penas.

Son los prisioneros de guerra dados por don Fernando al monasterío. Fué la mejor donación que el rey pudo hacer a los monjes, y también, en medio de su desgracia, el mejor destino que pudo caberles a los moros infelices.

En general, en nuestros reinos, la suerte de los prisioneros no era tan dura como la que pesaba sobre los cristianos que los musulmanes hacían cautivos. Si los moros poseían algún arte u oficio, lo ejercían con perfección muy superior a la de los obreros o artistas cristianos, pues vivían en un ambiente de cultura más intenso, en un desarrollo de civilización mucho más despierto. Por eso eran muy apreciados y retenidos con mejor trato. Sus ocupaciones, el rendimiento útil que debían al señor, no tenía el rencoroso carácter de las faenas humillantes, penosas, a que se veían sujetos en tierra de moros los cautivos cristianos. Tampoco sufrían el latigazo del menosprecio o del odio.

Aun dentro de pechos tan rudos, como los de las gentes de aquellos siglos, los fermentos cristianos, siempre activos, hacían su obra, disolvían poco a poco la dura caparazón que los cubría; y la piedad, el respeto al dolor, una benigna tolerancia permitía, en circunstancias favorables, que los moros se casaran aun con cristianas, y tuvieran sus casas, y allí vivieran con la relativa libertad que disfrutaban los siervos del terruño.

Más adelante, algunos de estos moros cautivos donados por don Fernando, se casarán y establecerán en el pueblo; por ahora, aunque sujetos a vigilancia durante la noche, están siempre libres de cepos, cadenas y grillos, y trabajan por el día en su arte prodigioso de cincelar las piedras como joyeles de marfil.

* * *

La marcha de las construcciones, cada vez más apremiante en exigir recursos, obligaba a Domingo a redoblar su inteligente celo en la administración de las propiedades.

Para el vivir de los monjes tenía ya asegurado lo más preciso. En Silos, las tierras, podían dar pan para todo el convento; la huerta y las vegas,

legumbres y frutas; pastos los montes para el ganado; y allá, en Carazo, junto al camino de Villanueva, las regalonas cepas, postradas por los años y el peso, vertían por el otoño densos jugos, sabrosos y alegres por el beso del sol.

Hasta la lana, aquella lana merina, tan sutil y sedosa que acaricia, labrada luego en los telares de la sierra, daba recio paño para el tiempo de invierno, y paño esponjoso, liviano, como *escarí* de lino.

Además quedaban las tierras aquellas de Carazo, desde Val Sorda hasta la loma de Tello Munio, bajando luego por Val Rodrigo; quedaban los solares de Escobilla, cerca de Burgos, las propiedades de Contreras y alguna labranza al lado de Clunia, sin contar las décimas y las ofrendas, los pechos del naciente burgo de Silos y las utilidades de los hornos y molinos.

Pero, en cambio, faltaban muchas cosas que las propiedades del monasterio no producían; hacían falta continuamente materiales diversos para las obras, había que pagar numerosos jornales, y el abad Domingo tenía que proveer a todo, sólo Dios sabe a costa de cuántas fatigas.

Ocasiones hubo en que los gastos de aquella

fábrica, codiciosa en recoger lo más exquisito de las artes, y larguísima en dar, pues daba vida a la comarca, agotaron totalmente los fondos del monasterio. El santo abad sentía entonces un comienzo de inquietud, pero no se turbaba; su caridad de santo era más fuerte que su prudencia de administrador—con serlo tan excelente—, y si entonces, como ocurría casi a diario, llegaban a él en demanda de socorro, daba a los necesitados, con entero abandono, todo lo que tenía—. Así, cierto día, no teniendo otra cosa que dar, entregó como espléndida limosna, un caballo de gran precio, que era lo último que le quedaba—. Lo último, no; siempre le quedaba su confianza en Dios, invencible y reposada.

Con ella serenaba su espíritu conturbado, y con la protección visible, con que Dios se lo pagaba, vencía todos los ayunos; y luego, los blandos amores divinos rebosaban del vaso del pecho y le ungían como un óleo de atletas, confortando sus bríos en los duros trabajos.

Uno de los más fatigosos, sin duda, era la administración de las propiedades lejanas. Probablemente asistía en ellas de continuo algún religioso, pero el abad debía visitarlos una o dos

veces al año para ordenar la explotación y levantar las cosechas. En su viaje le acompañaban varios religiosos y algún criado para recoger los productos y conducirlos a Silos o ponerlos en venta después de escoger buen mercado.

Cuando, terminada la visita a las granjas allá en el otoño, regresaba a su casa, traía consigo provisiones y materiales para la vida y las obras del monasterio. La satisfacción que entonces sentía al verse de nuevo entre los suyos, era un sedante después de las jornadas llenas de inquietudes y largo cansancio.

En una de estas excursiones, probablemente en el otoño de este año 1057, hallándose en Clunia, donde la casa tenía ciertas propiedades, ocurrió un suceso que pudo ser de gran daño. Terminada la refección de la noche, el santo abad y sus acompañantes se retiraron a descansar.

Para Domingo no fué largo el reposo, un sueño extraño le turbaba: veía a los cautivos de la abadía forzar la puerta mal guardada y, sigilosos, con el alma en vilo, huír a través de los campos y montes y esconderse en una cueva, antes de que les alcanzara la luz del día,

Entonces, Santo Domingo se despierta, y ya despierto percibe en su mente con luz clarísima la verdad entrevista en el sueño. Todos los pormenores del suceso, la topografía de los lugares, la cueva misma donde se refugiaron los moros se le ofrecen con relieves tan exactos, tan precisos, y con tal insistencia que no pueden ser simple obra de la imaginación alucinada y entretenida por un sueño.

Como era todavía de noche y hasta después del rezo de prima no podían, sin grave motivo faltar al silencio, el santo prelado, aunque el motivo presente era grave en extremo para la casa, se limitó a despertar a sus monjes con un leve ruído para adelantar el rezo de los oficios nocturnos,

Luego a la mannana, el silencio soltado (437).

cumplido ya el rezo, y libres para salir en pos de los fugitivos, el abad contó a los monjes lo que había pasado en la ababadía. Unos le creyeron, otros dudaron, pero pronto salieron de dudas porque no tardaron en presentarse los mensajeros enviados desde Silos.

Los que antes dudaban, quedaron consterna-

dos, dice Grimaldo, de «tan gravísimo daño acaecido al monasterio», y con la turbación del momento y la tristeza, olvidaron, de pronto, el extraño poder adivino que había mostrado su santo abad. Mientras tanto, Domingo, con su aire de siempre, «siempre plácido y blandamente risueño, sin turbarse un momento», invitó a los monjes a que le siguieran, pues él conocía donde estaban los fugitivos.

Todavía vacilaron algunos religiosos, y con el temor de que se pusieran a salvo los cautivos que trabajaban las maravillas del claustro.

...pusiéronse en carreras,
Prometieron dineros, albricias muy largueras;
Mas saber non pudieron nullas nuevas certeras,
Ca yacien mui quedos, las cabezas arteras (439).

En cambio Santo Domingo, con los que le seguían, llegó sin vacilar ni desviarse un punto, a la entrada de la cueva.—Allí, con sobresalto angustiador esperaban los infelices el término del largo día que empezaba; cuando viniera la noche, seguirían su camino, hasta que, al fin, cargados de ansiedades y fatigas, amanecieran allá, muy lejos, con el sol de su patria...

Una columna del claustro muestra en su fuste,

grabada furtivamente a punzón y en caracteres arábigos, muy firmes y elegantes, la fórmula o plegaria ritual, que aquí parece resumir en grito breve muy largas penas: «¡Dios de misericordia y de piedad!»

Al dolor de aquellos pobres cautivos debemos hoy el goce liberador y noble que nos ofrece el arte de Silos; los infelices, si no consolados, recelosos, al menos, de semejantes aventuras, y alentados con felices promesas—según lo dan a sospechar en ciertos indicios (1)—, se aplicaron de allí en adelante, con celo exquisito, a su labor de magos, embrujando con soplo de artistas las piedras.

Estas piedras, Santo Domingo las recoge con fervor admirativo, y en medio de la viña frondoso del Amado, que alegra todo el valle, en medio de la viña que él plantaba y cercaba ampliamente con generosidad rebosante para envolver en su regalo a los pueblos—, esas piedras, digo, el santo abad las recoge y levanta con ellas la casa, el lagar activo que transforma en gloria los frutos del majuelo.

(1) En Silos, y viviendo en casas del monasterio, quedaron familias de moros, y posible sería que fueran de aquellos que trabajaron para el convento, y que por eso protegía.

Capítulo XVI

Alcázar de almas

Labor intelectual y artística

El rey don Fernando—sea en Paradiso—,
Ya vedie de la casa lo qual veer quiso:
Vedie su monasterio bien recabdado,
Eglesia bien servida, conviento bien ordenado,
Abad de santa vida, de bondad acabado:
Decie entre si mismo:—«Dios, tú serás laudado

BERCEO, 219-221

RAZÓN tiene Berceo al asegurar que las esperanzas del Rey don Fernando sobre la restauración del monasterio silense se veían largamente cumplidas.—Las construcciones nuevas, concebidas por el espíritu levantado de Santo Domingo,

subían y se perfeccionaban, maravillando a todo Castilla.

Por entre los grupos de obreros, trajinaba el abad con sus monjes, dando ejemplo de trabajo, trabajando con porfía—*indesinenter,* dice Grimaldo. El número de religiosos era crecido y formaba ya el *agmen*, la hueste de monjes, que tanto deseara Domingo para atender debidamente a los divinos oficios y trabajar en los oficios de la casa.

La iglesia se hallaba bien servida, y ricamente, artísticamente alhajada: frontales, *alhaialas*, turibulos, lucernas, *capsas* antiguas de marfil labrado, regalo del conde Fermán González, ornamentos de *tiraz* y la casulla rica del santo abad Domingo enriquecían ya la sacristía del monasterio.—Aun se conserva hoy en ella un trozo de aquella casulla de seda azul tejida con oro por manos musulmanas en las alcaicerías andaluzas, o venida de Oriente como aquellas *greciscas* que entonces se usaban.

Ante el altar de San Sebastián, pendía una corona votiva, no la más rica, pero sí la más curiosa de España. Es un ejemplar elocuente de la industriosa diligencia del abad Domingo. Por

todas partes buscaba lo mejor, lo más exquisito y bello para aplicarlo al culto divino, y un camafeo, unas gemas, arquetas y objetos de edades pasadas, fuera lo que fuese, en teniendo algún mérito, su espíritu de artista sabía descubrirlo y aprovecharlo, retocando, transformando discretamente el objeto para hacerlo servir en la iglesia. En estuches de marfil, estuches arábigos que contuvieron probablemente perfumes o joyas para uso de las damas musulmanas, poseía ya el monasterio varios ejemplares, destinados a guardar santas reliquias (1).—Pero en ningún objeto del culto mostró este gusto de adaptación como en la dicha corona.—Un día vino a poder del Santo un busto pequeño de la época romana, en bronce dorado, y que representa indudablemente una diosa, Ceres acaso. Difícil era hallarle aplicación conveniente, dada la naturaleza del objeto; algunos tanteos y vacilaciones debió costar al santo abad su propósito decidido de aprovechar aquel objeto curioso y bello en beneficio del culto, mas al fin, supo hallar destinación para el

(1) Aun se conservan en nuestro relicario tres de estos estuches de marfil, obras musulmanas del siglo X, y ciertamente regalo del conde Fernán González.

lindo busto de bronce dorado,—una destinación algún tanto arbitraria, pero preferible a destruír o arrinconar un objeto que llevaba consigo el prestigio de lo antiguo y de lo bello.

Se fabricaba entonces en Silos una corona votiva, de plata, enriquecida con lucientes piedras, y destinada a colgar como adorno y ofrenda ante el altar del mártir, patrón del monasterio. Por encargo de Domingo, sobre una barra de hierro, colocada como eje al interior de la corona, tuvo asiento la cabeza de sonrisa enigmática y mirada profunda que mira muy lejos, como una caricia a los tiempos pasados. Más tarde, sobre la cabeza, se colocó una linda paloma eucarística, labrada también en plata, y con las alas recogidas, y el cuello articulado para hacerlo girar; sobre el dorso de la paloma, entre las alas, hay una cabidad, cerrada con su tapita, y allí, en el pecho de la paloma, símbolo de amores, se guardaba la sagrada eucaristía, el Misterio inefable de Amor.—Cuando las santas especies se hallaban dentro, la palomica, con su cabeza vuelta hacia el dorso avisaba a los fieles y hacía un gesto de adoración.

Si el bronce representa a la diosa Ceres o por

tal fué tenido, el simbolismo entonces se completa: sobre la diosa cuyas espigas dan alimento para el vivir menguado de unas horas y unos días, se alza el triunfo estupendo del Pan de Cristo que da al amor la eternidad. (1)

Pero el abad de Silos no necesitaba despojos del tiempo para enriquecer su iglesia con objetos bellos; artífices tenía capaces de producir maravillas, como los que labraron los capiteles del claustro, y los orfebres que con arte sutil cubrieron de filigrana, fina como un encaje, el cáliz y la patena que afortunada, dichosísimamente, aun se conservan en el monasterio. La inscripción que se descubre en el cáliz declara que fué Santo Domingo quien encargó que se labraran estas joyas sin par del arte antiguo. Para nosotros son muy queridas reliquias de nuestro Padre, evocación solemne de sus fervores eucarísticos, y testimonio que enaltece el ánimo suntuario y el sentimiento artístico de quien supo ambicionarlas; para nosotros y para toda España, son también testimonio: ejecutoria acreditada y hon-

(1) La corona ha desaparecido, pero aún conservamos la hermosa cabeza y la gentil paloma eucarística.

radísima de la vieja orfebrería española. (1)

Las artes tenían, pues, en Silos un abrigo cariñoso, donde halagadas y favorecidas fervorosamente abrían seno de inspiración jugosa, y formaban escuela. En ella aprendió su arte el monje don Miguel, religioso de Silos, que, poco después de la muerte del Santo dirigió las construcciones de la interesante iglesia de S. Frutos. Más lejos, mucho más lejos, por España y por tierras de Francia, se derramaron también, y en formas diversas, las influencias artísticas de Silos.

Pero al lado de las artes, y aun antes que ellas, estaban los estudios. En todas las abadías benedictinas, fué tradición excelsa y salvadora el cultivo de las letras. La manifestación primera de esta noble afición de los monjes es el amor a los

(1) Algunos han pretendido que la patena no es obra de aquel siglo, pero se demuestra lo contrario con una observación, a mi ver, decisiva: el cáliz mandado hacer por Santo Domingo es una holgadísima copa de extraordinaria cabida por ser un cáliz ministerial, es decir, empleado únicamente para repartir la comunión a los fieles bajo la especie de vino; ahora bien, como este rito se abolió al final del siglo XI, y como tal patena sólo puede servir para semejante cáliz, resulta que, pasado ese siglo, no había motivo ni tendría explicación juiciosa el gastar cuantiosas sumas y poner tanto mimo y tanto arte en una labor que ya no tenía ningún uso. Es obra de otras manos, ello es cierto, pues revela una delicadeza y una técnica superior al cáliz; pero el ser de otro artista no significa que sea de otro siglo,

libros; el afán constante y fervoroso que ponían en la adquisición y copia de toda suerte de obras. La ambición de los grandes y célebres abades era el formar nutridas bibliotecas, secundados en ello por el trabajo de sus monjes—: *Orad, leed, cantad y escribid*, solía repetir un santo abad a los suyos (1). Para animarlos más, les repetía uno de esos casos edificantes y extraños que corrían como muy ciertos por todos los escritorios medievales esforzando y consolando piadosamente la lenta fatiga de los monjes copistas.

Un religioso, algo tibio en los deberes de su estado, pero muy aplicado a la copia de libros, estando a punto de morir, vió cómo el mal espíritu acusaba ante Dios sus negligencias con puntualidad rencorosa; pero, al mismo tiempo, un ángel, teniendo a mano los libros copiados por el monje, señalaba en ellas una letra por cada falta, y la falta o el pecado desaparecían maravillosamente del libro de apuntes que tenía el diablo.

Esta ingenua leyenda da la clave de aquella

(1) Teodorico, abad uticense.—Véase Mabillón, *Acta SS. sancti Benedicti*, t. VIII, p. 137.

paciencia esforzada con que los monjes cumplían sus tareas de copistas: era una obra hecha por Dios y en bien de los hombres, es decir, alentada de amor, que todo lo facilita. Consideraban su ocupación como un verdadero apostolado, y así lo expresaba aquel santo prior, contemporáneo de Domingo, cuando decía: *Bendita la mano que escribe y procura a los otros el bien.*

Claro está que no todos los monjes pensaron ni obraron lo mismo en beneficio de la cultura; ocasiones hubo en que el apremio del superior en exigir esta clase de trabajos, su atención exclusiva a los libros o el espíritu flojo de algunos —regularmente los menos aplicados por menos capaces—, dividían los pareceres de la comunidad: los unos, partidarios del estudio y los libros, los otros, en cambio, pretextando las urgentes necesidades materiales, ensalzaban el trabajo en los campos y hablaban con desdén de los libros: *¿Unde viverent oratores si deficerent aratores?*, decían a su abad, allá en el siglo XI los religiosos de cierto monasterio: *¿De qué vivirán los oradores si faltan los labradores?* (1)

(1) Eran los monjes del mismo abad Teodorico citado en nota anteriormente.

Tenían razón en lo que decían, pero cuando no faltan brazos para el cultivo, que es lo primero, no debe de faltar aplicación al estudio, que es lo principal. Y este era el caso de Silos. Por eso, su abad Domingo, atendidas todas las perentorias necesidades, procuraba para sus monjes—y lo procuraba fervorosamente—, el pan del espíritu. Nadie como él en situación tan precaria, y tan hostigado por necesidades materiales de todo género, y sin embargo—y éste es uno de de sus más claros timbres de gloria y de los que más definidamente descubren la calidad finísima de su ánimo—, la biblioteca que logró formar era de las primeras de Europa, por aquellos tiempos, y la más rica en códices visigóticos de cuantas llegaron en noticia hasta nuestros días.

Toda una escuela de copistas y miniaturistas florecía entonces bajo el abad Domingo. En ella trabajaba el viejo Blasco, concienzudo y esmerado en su labor, que se reduce, casi, a la escritura. El laborioso monje, falto de inspiración y aprendizaje, se mueve torpemente en el dibujo; sus miniaturas e iniciales son pobres, inexpresivas, y de frío colorido; pero su letra es firme, clara y bella.

Con más flexibilidad y acierto trazaba sus grandes iniciales otro copista de la casa, el monje Juan, espíritu animoso y lleno de deseos. Juan no se limita como el sencillo Blasco a producir una obra útil, quisiera también que fuese hermosa; además le gustaba también asombrar a los monjes no iniciados, y no bastándole su escritura noble y reposada, ni las nerviosas miniaturas de gayos colores, hacía gala de sus raros conocimientos escribiendo, a veces, al margen de los códices alguna breve leyenda en misteriosos caracteres griegos, porque Juan sabe un poco de griego.—¡Oh! muy poco; acaso solamente el alfabeto.

Por algunos años, Juan debió ser el jefe de la escuela de copistas; pero el jefe verdadero, el formador insigne de aquellos originalísimos artistas silenses, bajo el gobierno de Santo Domingo, fué sin duda alguna el monje Ericón.—Desde Blasco hasta Ericón no hay más distancia en el tiempo que unos años de la vida del Santo, pero en el arte la distancia es inmensa. Para la casa fué gran ventura poseer aquel monje con su arte delicado, mimoso y su originalísima fantasía. Sobrio y fino en la escritura, nervioso y elegante en el dibujo, jugoso en la coloración,

todas sus composiciones rezuman gracia y lozanía. Aún se conserva —aunque en el extranjero—, una obra suya magnífica, con la cual su amor de hijo supo alegrar los últimos meses del santo abad Domingo.

Discípulos de Ericón fueron, sin duda, el perseverante y piadoso copista Domingo, su primo don Nuño, y el gran miniaturista de la casa, por aquellos tiempos, don Pedro, que después fué prior de la abadía. De los demás copistas y miniaturistas de entonces no conocemos los nombres, pero sus obras nos revelan los primores de su arte peregrino.

Como es natural, las tendencias de la numerosa escuela silense se diversifican, según el gusto y las aptitudes de los artistas. Los unos dan preferencia en la ornamentación de iniciales a lacerías muy complicadas, pero de gran efecto decorativo y de limpísimo dibujo; son, ordinariamente, los más artistas, los de imaginación más inquieta y creadora; poseen una técnica acabada y un sentimiento muy feliz del colorido. Algunas de sus grandes iniciales, son en su género, modelo insuperable de buen gusto (1).

(1) De esta escuela, y trazadas probablemente por Ericón o

Otros iluminadores se aplicaron con excelentes deseos a la representación de figuras y escenas; sus composiciones, ingenuas, pero de una ingenuidad falta de gracia, la arbitrariedad impotente y sin inspiración, la torpeza del dibujo y la pobreza y monotonía del color honran, acaso, sus buenas intenciones mutiladas, más no su arte. Entre todos ellos, solo el futuro prior don Pedro es el que descuella; pero descuella, eso sí, como un gigante. Su estupendo ejemplar del «Apocalipsis», que hoy se conserva preciadamente en la Biblioteca Nacional de París, muestra en un centenar de grandes composiciones y en sinnúmero de viñetas, la inspiración abundantísima de su fantasía, el candor lozanísimo de arte y la robustez de su temperamento de artista.

Entre las dos tendencias generales en la escuela miniaturista del Silos por los tiempos del Santo, manteniéndose aparte entre esas dos tendencias, y con valor originalísimo, iluminaba entonces sus códices un monje de nombre des-

sus discípulos, son las iniciales de los capítulos I, II, VIII, IX, XII, XIII, XVI, XVIII y XIX de estaobra copiadas de manuscritos trabajados en Silos en tiempos del Santo,

conocido. De sus obras, una solo conozco: un *homiliario* adornado con elegantísimas estilizaciones de animales. El atrevimiento, muy acertado y lleno de gracia en la invención, la seguridad del dibujo y el empleo discreto del color muestran que el autor de aquellas iniciales se encontraba a la altura de Ericón y de Pedro; era tan hábil maestro como ellos, y quizá más refinado como artista.

Pero si los gustos y aptitudes establecen diferencias entre los monjes miniaturistas de Silos, todos eran iguales en el ánimo piadoso y sencillo con que ejercían su arte y cumplían la penosa tarea de copistas. El mismo Juan, aunque un poquitín pretencioso con su levísimo esmalte de griego, al terminar la copia de un códice se recomienda humildemente a las oraciones de quienes lo lean: *¡Oh, lector bueno*—dice—, *ruega por Juan el pobrecillo!*

Ericón llena una página con fórmula parecida, dispuestas con invención tan ingeniosa las letras, que dicen siempre lo mismo, de cualquier modo que se lean: *Acordaos de Ericón, sacerdote indigno.* Después de largos años de trabajo, al terminar su larga obra del «Apocalipsis», Domingo el escriba

y su primo don Nuño exclaman suspirando de alivio: *¡Bendito sea Dios que nos ha concedido llegar al puerto deseado, bendito el rey de los cielos que nos ha conducido sin percance al final del libro! Y ahora*— añadían—, *tú que lees ávidamente esta deslumbrante exposición del sagrado Apocalipsis, intercede por nosotros ante el Señor para que en premio nos dé su gloria, y si los pecados nos condenan, el mérito de este largo trabajo, y tus oraciones, nos alcancen perdón.*

Hay una gustosa emoción en recoger de los códices mismos estos ruegos y las blandas expansiones de aquellos monjes lejanos e ignorados; es un contacto material con la obra de sus manos, y un contacto de espíritu a través de los siglos. A veces, las anotaciones tienen un carácter tan circunstancial, tan presente y preciso que parece nos ponen la mano en el hombro, y que el copista murmura su ruego o su advertencia a nuestro oído.

En un códice que aun conservamos, al llegar el escriba a ciertos lugares en que la mala calidad de pergamino no permitía fácilmente la escritura, dejó en blanco anchos espacios; pero, entonces, pensando que el lector podría dudar

de la integridad del texto, se vuelve atrás y escribe encima de los espacios en claro: *Perrexi, perrexi; nihil dubites. Pasé, pasé de largo; no vaciles.*

Las advertencias que hace don Pedro, el gran miniaturista silense, tienen más alcance. Mirando por la conservación de un manuscrito que tan dilatada fatiga le había costado, se encara con el lector francamente, y le dice: *Mira, lector: el que no sabe escribir no tiene por trabajosa la escritura, pero si quieres, yo te anunciaré brevemente su grave fatiga: cansa la vista, curva el espinazo, hunde las costillas, atormenta los riñones y todo el cuerpo abruma en cansancio. Por lo tanto, amigo, vuelve las hojas cuidadosamente y pon los dedos fuera de las letras, que el lector negligente es para los libros como el granizo que destruye los campos.* Y luego, tornándose a Dios, lo mismo que Juan, Ericón y Blasco exclama reposándose agradecido: *Como al navegante le es dulce la vista del puerto, al copista la la última línea del texto. Gracias, gracias por siempre a Dios.*

Piadosos, trabajadores, delicados artistas, el abad Domingo podía estar satisfecho del grupo de monjes que copiaba y embellecía los códices en el silencio del *scriptorium,* lejos del ruído tur-

bador de los obreros que levantaban las nuevas construcciones.

* * *

En todos los grandes monasterios, el taller de copistas tenía por complemento de su labor cultural la escuela monástica para jóvenes y niños. En Silos, esta escuela debió formarse ya en los primeros tiempos del gobierno de Domingo. El santo abad recordaba que allá, en San Millán, había sido maestro de los niños oblatos, y, por otra parte, comprendía la apretada necesidad en que estaba de formar en los estudios a los monjes nuevos y dar alguna instrucción a los muchachos que habitaban el naciente burgo. Los cuadernos escolares de aquel tiempo que se escribieron en nuestra abadía son la prueba clara de que la escuela silense se abrió bajo el gobierno de Santo Domingo.

De estos cuadernos escolares, los unos se han perdido totalmente por su carácter circunstancial, y por formar cuadernos sueltos manejados por muchachos; de otros, queda la memoria en antiguos catálogos de nuestra biblioteca y, fi-

nalmente, todavía se conservan algunos de los que pertenecieron a Silos en la época del Santo.

Entre estos últimos, hay uno de valor excepcional para nosotros, aunque, por desgracia, pasó al extranjero. En él se contienen, entre otras materias, las *Interrogaciones de la fe,* para la catequesis, una serie de cuestiones jocosas que amenizaban la enseñanza, notas cronológicas sobre los reyes godos, nociones de cómputo, estudio muy favorecido en las escuelas monásticas de los siglos medios, un calendario de festividades, apuntes de gramática, rudimentos de aritmética y, por último, el indicio seguro de que el abad mismo, Santo Domingo en persona, estaba en relaciones de maestro con la gente menuda de la escuela.

El cuaderno, por su contenido, es simplemente un prontuario, en manos del maestro, un manual, para los niños. Pues bien, este cuaderno estaba tan en manos del abad que, en una dominica del año 1067, al tener que registrar una cierta donación de libros, no hallando a mano en la celda un pergamino suelto, en el mismo cuaderno de su uso, puesto allí al alcance, extendió Domingo el acta de recibo, aprovechando

para ello el respaldo de una hoja, que se hallaba aún en blanco.

Discípulos de esta escuela, y discípulos también de tal maestro, fueron aquellos monjes ilustrados que se procuraban las obras de los Padres de la Iglesia, aun de los Padres orientales, estudiaban derecho, repasaban la gran enciclopedia isidoriana, leían a Salustio, Suetonio, Paulo Orosio, y que, puestos a escribir, manejaban la lengua latina como nadie entonces sabía manejarla. Testigo, el Silense.

Grimaldo y el Silense son los dos escritores conocidos que, por entonces, produjo la escuela de Silos. Grimaldo es el autor de la «Vida de Santo Domingo», escrita con afectuosidad rebosante y sincera, aunque parca en noticias; su estilo es enfático y artificioso, pero notable por el relativo desembarazo con que el autor maneja la lengua latina.

Al cronista llamado el Silense se le han tributado elogios sin medida y se le ha censurado también, hasta con enfado; pero es lo cierto que hoy sería un escritor de fama universal el que pudiera alzarse sobre los otros a la altura en que el Silense planeaba sobre sus contemporáneos.

Es una relatividad que no debe olvidarse al estudiar con ánimo de crítica la crónica del Silense, notabilísima por muchos conceptos, y especialmente por ser como un brote del primer renacimiento.

Grimaldo y el Silense son los primeros escritores de la casa, formados ambos—Grimaldo por lo menos—, en la escuela aquella donde el abad Domingo hacía entonar a los niños los versos didácticos que también enseñara en San Millán. El estribillo que repetían a coro los escolares, alegrando la austeridad del monasterio, decía en sus latines:

Mientras el ruiseñor canta con ansias en la umbría espesa
Gusta, muchacho, los celestes dones que el alma llenan.
Todo lo vence el Amor; el dulce ardor del saber te posea,
Y siempre el amor de Cristo cante en tu pecho suave cantilena (1).

Durante el día, la canturria de los muchachos, las voces y el ruído de los obreros llenaban la casa con un rumor de emjambre, como afanosa colmena. Cuando los obreros se retiraban, cuando los niños salían de la escuela, derramados

(1) La composición entera se halla en códice del siglo XI que estaba en uso en San Millán por el tiempo en que Domingo enseñaba en aquella eecuela. Acad. de la Historia, cód. 44 de San Millán.

como bandada de gorriones, el monasterio quedaba silencioso hasta el momento en que los monjes entonaban en el coro el himno de completas, emocionado, sentidísimo como un adiós al día. Después el monasterio se llenaba de silencio.

Pero el cenobio no es una colmena; los monjes son guerreros que durante la noche vigilan, rompiendo la blandura del sueño. Por los claustros—entonces en construcción—, por estos claustros que nosotros cruzamos también cuando en el cielo sueñan las estrellas, pasaban los monjes a cumplir sus vigilias en el coro. La iglesia se henchía, y hoy se hinche, de resonancia con el canto litúrgico de largas cadencias que tiemblan y suben, y luego se quiebran y caen muy blandas, casi silenciosas, como las estrellas caen en silencio. La luna, a veces, baña el claustro con luminosidad serena, y el claustro parece un mágico alcázar de plata.

El claustro es eso: un castillo levantado muy alto, casi hasta el cielo; un alcázar donde el amor trabaja, por el día, y por la noche, vela y canta su infinita nostalgia; es un alcázar de almas.

Capítulo XVII

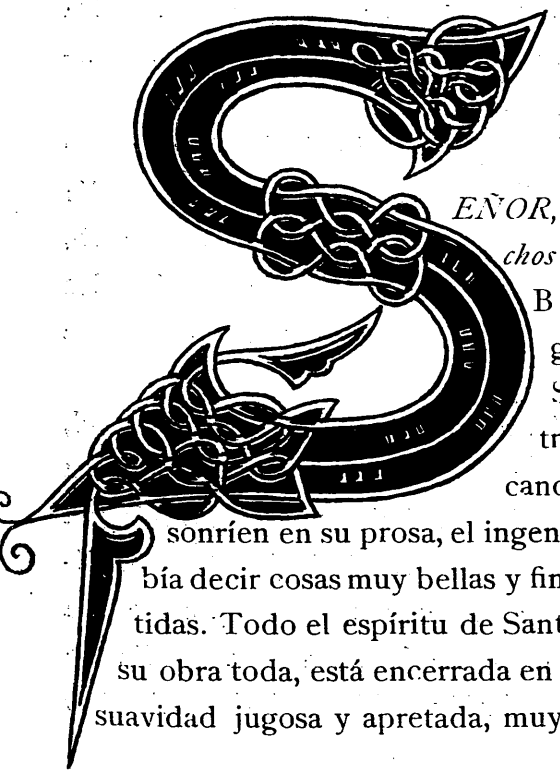
La mística Granada

Acción exterior

EMILE GRAND

¿Qui pudo ver nunca cuerpo tan palaciano
Nin que tan bien podiesse iogar a su christiano?
Nunca vino a él nin enfermo nin sano
A qui non alegrasse su boca o su mano

BERCEO, 485



SEÑOR, *Padre de muchos!*, exclama Berceo dirigiéndose al Santo. —Entre los ripios candorosos que sonríen en su prosa, el ingenuo poeta sabía decir cosas muy bellas y finamente sentidas. Todo el espíritu de Santo Domingo, su obra toda, está encerrada en ese título de suavidad jugosa y apretada, muy recio y fer-

voroso, como el querer de un padre, muy derramado también y rebosante, como el amor que fecunda el alma de los santos. ¡Qué extrañada simpatía encierra ese nombre: «*Padre de muchos*».

Padre de aquella grey nutrida y ferviente, culta y trabajadora que había engendrado con lo mejor de su espíritu. Pero también, padre de otros muchos; padre de todos los tristes a quienes los atropellos de los fuertes, la ignorancia o las miserias, hacían sentir el dolor implorante de los niños desvalidos.—Es doloroso desamparo la orfandad de alegría.

Y en este desamparo, todos hallaban en Santo Domingo un aliento extremecido que sacudía nieblas tristes, y les hacía sentir, allá adentro, campanillitas de luz repicando y despertándoles a la vida, porque la vida es esto: una pascua de sol en el alma.

Era padre de muchos, porque nadie como él, al decir de Berceo, sabía «iogar», alegrar «a su cristiano», meterles en el alma un grito de alegría y engendrarles al gozo. Es el elogio más cumplido que se puede hacer del santo, porque esa obra tan piadosamente humana para, realizarse necesita la fecundación del beso divino. El ruído

de ese beso, es, en las almas de los santos, un estallar de amores briosos.

En el alma de Santo Domingo, brotaban alegres y fuertes, como un incendio de flores encendidas. Con ellos supo hacer que en el fondo del valle, antes frío, corriesen por las rocas, en cascadas, rayos de sol salpicando de vida el torpor de aquellas gentes.

En torno del monasterio, se había formado un burgo, y su vida participaba y se alimentaba de la actividad briosa que daba Santo Domingo a su casa. Las obras les ofrecían pan y trabajo, los dos mayores bienes de esta vida; la escuela recogía y educaba a los muchachos, sembrando luces en yermos de tinieblas; para los pobres y enfermos, los socorros y cuidados no faltaban, y un hospital les abría sus puertas; y para todos los maltratados por los desaires de este mundo, para todos los derribados por la fatiga grande del vivir, los brazos de Santo Domingo se abrían acogedores y fuertes como grata alberguería.

Bien lo sabían todos aquellos que en sus apuros o miserias, con el cuerpo flagelado por despiadadas enfermedades, acudían al Santo; María, la de Castroceniza, Juan el ciego, Garci Muñoz,

de Gumiel, el noble Garci Muñoz tan desdichado, Muñoz el de Yecla, Domingo el de Soto, el pobre Conde Pedro Peláiz, gran amigo del Santo, el infeliz leproso de Monte Rubio, Juan el del Convento...

Este Juan era el hombre laborioso que cuidaba las tierras del Monasterio. Muy entendido en su oficio, muy celoso con los bienes de la casa, honrado y limpio en la conciencia como las luces del alba, el santo abad, a pesar de la timidez un poco huraña de aquel hombre, lo amaba con particular afecto, según nos lo dice Grimaldo.

Desde la ventana de su celda podía el Santo verle salir del Monasterio con la yunta uncida, el arado colgado del yugo, y la reja pulida, a lo alto, gozándose el sol mañanero, brincando su gozo en brillos de plata. Luego, allá en la vega que se reposa junto al convento, Juan empuña la mancera, fija la vista a lo lejos del campo, con la hijada cosquillea, y la reja abre en el suelo húmedo, «amoroso», la herida benéfica.

Pero hacía ya unos días que Santo Domingo no veía al buen hombre salir al trabajo, y extrañando esta conducta, manda llamar al criado del convento. No es el amo que repara, exigente, si

el gran jornalero pesa más que el sudor del trabajo, es el padre que se interesa por el bien de los suyos, y cuando Juan se presenta, le pregunta: «*¿Es que te han disgustado en alguna cosa?, ¿te sientes enfermo?*»—El criado se calla, pero saca del eno una mano mordida bárbaramente por un tumor informe. El roce de las vestiduras al sacar la mano, arranca hosco quejido al paciente.

Con las entrañas conmovidas, sacudido por el dolor de aquel hombre, el Santo le dice sonriendo para animarlo, y lleno de misteriosa fe en su promesa: *No te apures; ten confianza en Dios, no pongas tu esperanza en ningún hombre—¿me entiendes?—en ninguno. Anda, vete tranquilo al trabajo, y verás como sanas.*

Cuando Juan se hubo retirado, el santo reunió a varios monjes, se dirigió a la iglesia, y con la esperanza ardorosa que ponía siempre en el Santo Sacrificio, celebró el augusto misterio, que de tantos dolores nos rescata, para redimir del dolor a aquel hombre.

Terminada la Santa Misa, el Santo marcha en busca de Juan, pero ya éste salía a su encuentro alborozado de alegría y mostrando a todos su mano: el tumor y las desgarraduras se habían

de Gumiel, el noble Garci Muñoz tan desdichado, Muñoz el de Yecla, Domingo el de Soto, el pobre Conde Pedro Peláiz, gran amigo del Santo, el infeliz leproso de Monte Rubio, Juan el del Convento...

Este Juan era el hombre laborioso que cuidaba las tierras del Monasterio. Muy entendido en su oficio, muy celoso con los bienes de la casa, honrado y limpio en la conciencia como las luces del alba, el santo abad, a pesar de la timidez un poco huraña de aquel hombre, lo amaba con particular afecto, según nos lo dice Grimaldo.

Desde la ventana de su celda podía el Santo verle salir del Monasterio con la yunta uncida, el arado colgado del yugo, y la reja pulida, a lo alto, gozándose el sol mañanero, brincando su gozo en brillos de plata. Luego, allá en la vega que se reposa junto al convento, Juan empuña la mancera, fija la vista a lo lejos del campo, con la hijada cosquillea, y la reja abre en el suelo húmedo, «amoroso», la herida benéfica.

Pero hacía ya unos días que Santo Domingo no veía al buen hombre salir al trabajo, y extrañando esta conducta, manda llamar al criado del convento. No es el amo que repara, exigente, si

el gran jornalero pesa más que el sudor del trabajo, es el padre que se interesa por el bien de los suyos, y cuando Juan se presenta, le pregunta: «*¿Es que te han disgustado en alguna cosa?, ¿te sientes enfermo?*»—El criado se calla, pero saca del eno una mano mordida bárbaramente por un tumor informe. El roce de las vestiduras al sacar la mano, arranca hosco quejido al paciente.

Con las entrañas conmovidas, sacudido por el dolor de aquel hombre, el Santo le dice sonriendo para animarlo, y lleno de misteriosa fe en su promesa: *No te apures; ten confianza en Dios, no pongas tu esperanza en ningún hombre—¿me entiendes?—en ninguno. Anda, vete tranquilo al trabajo, y verás como sanas.*

Cuando Juan se hubo retirado, el santo reunió a varios monjes, se dirigió a la iglesia, y con la esperanza ardorosa que ponía siempre en el Santo Sacrificio, celebró el augusto misterio, que de tantos dolores nos rescata, para redimir del dolor a aquel hombre.

Terminada la Santa Misa, el Santo marcha en busca de Juan, pero ya éste salía a su encuentro alborozado de alegría y mostrando a todos su mano: el tumor y las desgarraduras se habían

desvanecido, sin dejar huellas en el miembro enfermo, como si Dios la hubiese besado.

No se admiraron mucho los monjes de la casa; casi a diario veían realizarse, por intercesión de su santo abad, prodigios extraordinarios.

Si en estas obras interviene con poder supremo la bondad divina, es porque los admirables desposados de Dios, al darle todo por el abrazo con que los sublimes, como ya no tienen qué dar a los hombres, se tornan hacia el Señor y de sus manos reciben los bienes de caridad que reparten a los hermanos. Son como la dación de unos bienes dotales. Y quien es tan pródigo en dotar de colores y luces a los ricos cristales, a las semillas, a las flores, a todo lo que vive y lo que siente, no es extraño que entregue dote estupenda a los que tanto ama.—Aun les entrega más: se entrega a sí mismo en abrazo de siglos.

Otros muchos sucesos muestran juntamente con el poder divino la caridad del Santo.—Vió una vez a sus plantas al desdichado Domingo de Soto, con el cuerpo en jirones por la lepra, el pecho roto, y respirando solamente con el alma un aliento de fe; vió junto a sí a aquel montón de miserias, al gafo temido como una maldición

de fuego, y al verle le recibe en sus brazos, unge su cuerpo muy blandamente, le da su amor compasivo, que es todo lo que tiene, pero ya no podía hacer más. Hacer que aquellas carnes se tejiesen de nuevo, lozanas y puras como la blanda rosa que envuelve a los niños, sólo podía hacerlo el Señor; pero entonces el Santo se vuelve suplicante hacia Dios, celebra el Santo Sacrificio con los fervores que siempre le inspiraba, y ante la entusiasta admiración de numerosos testigos, el Señor concedió la entera salud que Domingo pedía para el gafo hermano.

Pero afligía entonces a los cristianos de España un mal que hacía presa en ellos con más crueldad que la muerte, porque la muerte tiene un abrazo muy duro, pero en el fondo, es buena:

Eran en essi tiempo los moros mui vecinos,
Non ossaban los omes andar por los caminos,
Levaban cruiamente en soga a los mezquinos. (353).

Y después de ser llevados los cristianos cautivos a lejanas tierras, después de ser vendidos por los moros a los mejores postores, se veían estrujados en trabajos y penas, y mientras sus parientes se empobrecían y mendigaban por los pueblos el precio de su rescate, los desdichados

esperaban con ansia que el beso de la muerte les rompiera los grillos.

La primera vez que el Santo recogió de unos labios implorantes, trémulos, el amargo sabor de este infortunio ante unos padres que demandaban para el rescate de su hijo un poco de dinero pagado con derretimientos del alma, con la merced divina de las lágrimas.

El Padre piadoso empezó de plorar (363).

Lloró también el santo abad; lloraba el dolor de los padres y su propia impotencia, porque no tenía dinero alguno para poderlos remediar; pero buscando por la casa, buscando algo de precio, recordó que tenía un caballo magnífico, un espléndido regalo que valía más de cien sueldos, y presuroso y alegre se lo entrega a los padres infelices para que lo vendan y completen el rescate.—Había dado lo que le quedaba de valor en casa, pero en los cielos tenía un Amigo, y El haría lo demás.

Y en efecto, lo hizo.—Mientras el abad celebraba por el cautivo el Sacrificio Santo—su recurso supremo de siempre—, allá en tierras moras, Domingo de Soto que penaba en trabajos,

sintió que los grillos se rompían, ahogó en su pecho un grito alegre de asombro, y cautelosamente, sin ser notado, sacudió para siempre el yugo fuerte del cautiverio.—Al regresar a su casa, al presentarse en Silos, averiguada la hora del milagroso rescate, se comprobó que había sido libertado mientras el Santo alzaba en sus manos al Dios que vino a redimirnos.

Con el suceso éste de Domingo Soto, la conmiseración por los infelices aherrojados se metió tan honda en el pecho del santo abad que desde entonces, y después de muerto,—aún más después de su muerte, porque el Señor le oía de más cerca—, emprendió y prosiguió en favor de los cautivos aquella cruzada llena de triunfos y misericordias.

Por que fo tan devoto et de tal caridad,
Por sacar el cativo de la captividad,
Dió li Dios bona gracia como por heredad (365).

Esta herencia de piedad activa se derramó por largos siglos, tremolando por todos los pueblos de España el nombre de Santo Domingo como una enseña de merced redentora. Desde entonces, se engarzaron en su nombre, como piedras

de nobles reflejos, los títulos de «*Redentor de cautivos*», y «*Padrón de la Castiella*».

«Adaliz» llamó también Berceo al Santo. Y, cierto, era Adaliz de las buenas justicias, tan quebrantadas entonces por la codicia de los poderosos.

Como el santo obispo de Urgel, Etón, que, años adelante, se armó en caballero para defender a los pobres; como el abad de Oña San Iñigo, gran amigo de nuestro Santo, como tantos otros varones eclesiásticos, Santo Domingo fué el defensor, el «*miles defensor*», el caballero de valientes lides contra los atropelladores de aldeanos indefensos.

La raza de nobles bandidos como aquel magnate Formarigo Sendímiz, verdadero Gil de Rais leonés, (1), aquella raza de milanos que anidaba en castillos, no se había aún descastado. Muy largos años después, podía aún lamentar un poeta sus malas hazañas en aquellos versos:

En este tiempo los sennores
Corrian a Castiella.
Los mezquinos labradores
Paravan grand mansiella.

(1) Flórez, *Esp. Sagr.*, t. XXXVI, p. XXII del apéndice.

Los algos les tomaban
Por mal e por codicia;
Las tierras se hermaban
Por mengua de justicia. (1)

La justicia real, aun la de un rey tan firme y justiciero como don Fernando, era impotente para romper aquella garra de acero que se hincaba en las pobres aldeas y sus campos.

Aquí, muy cerca de Silos, sobre una brava roca llamada Yecla, tenía su guarida un individuo que saqueaba a mansalva las haciendas por los lugares vecinos. Con él no podían los sayones del rey, ni los mismos labradores se atrevían a defender sus cosechas o castigar sus delitos. Santo Domingo, que había defendido ante el rey de ira tremenda la libertad e independencia eclesiástica, no vaciló en avistarse con aquel hombre, y con entereza valiente y piadosa reprocharle su conducta tratando de ganarle. No consiguió nada, por entonces; pero cuando el Señor, de manera impensada, puso en trance de muerte a aquel desdichado, el Santo, que era fuerte ante los orgullosos embravecidos, y *para los coitados tan piadoso*, con solicitud de padre abrigó en

(1) *Poema de Alfonso Onceno,* estr. 72, 73.

santos fervores los últimos momentos de aquel desventurado. Su acción cariñosa y santificante arrancó del corazón endurecido la suave unción del arrepentimiento.

Lo que durante unos años había afligido al Santo era, desde luego, el mal ocasionado a infelices labradores, que veían desaparecer de sus manos el sustento que se procuraban arañando cansadamente el término; pero lo que más inquietaba su espíritu era la perdición de aquella triste alma. Al fin, aunque el triunfo fué tardío, Dios abre siempre los brazos en el tiempo, porque su misericordia y su justicia son eternas. Como una ofrenda de miseria, el infeliz había depositado sus largas culpas al pie de la Cruz del Hermano, y la sangre que por ella corría, las penetraba y disolvía, como el dolor se deshace en lágrimas.— Su salvación parecía segura, los maltratados lugareños respiraban, y en cuanto a los bienes del monasterio, no era lo que más inquietaba a nuestro Santo.

Precisamente, en un caso parecido que causó la admiración de la comarca, fué donde mostró Santo Domingo su larga indulgencia y su humor blandamente irónico y sonriente.

El convento, además de las tierras de labranza, tenía su huerto. Berceo que sin duda no reparó en los elogios de Grimaldo al excelente Juan, el de la mano curada por milagro, nos dice buenamente:

«Era de buenos puerros el huerto bien poblado».

Seguramente que Juan cultivaba algo más y mejor que puerros, pues llegó a engolosinar a ciertos hombres. Una noche, penetran en el huerto y se disponen a hacer suavemente su acopio furtivo. Pero el intento se vió impedido y castigado por virtud divina, de la manera más impensada y equitativa: Empujados por fuerza misteriosa, en vez de arrebatar los frutos que buscaban, se ponen a cavar en un barbecho, con ardor inusitado. Las palas hienden con fuerza en la tierra, sacuden las compactas pelladas, las desmenuzan, y alisan el terreno; y los hombres rendidos de fatiga, sin mirarse, sin hablarse y sin descanso, como en sueños, prosiguen briosos su tarea encantada.

Al amanecer del día, Santo Domingo llama al mayordomo, sonríe misteriosamente mientras le encarga que prepare comida para ciertos obreros,

y después se dirige a la huerta donde aquellos hombres, confusos, vencidos, continúan aún trabajando.—«*Vaya*—les dice—, *ya habéis trabajado bastante; Dios uuestro Señor os lo primiará. Ahora venid conmigo, que tenéis la comida preparada*».

El Santo, sonriendo, siempre cortés y amable, les acompaña al refertorio, agasajándoles como huéspedes, sin reprocharles la maliciosa intención con que habían visitado el monaterio. Unicamente, al entregarles cumplido jornal por su trabajo, les dice suavemente: «*Este es el salario de vuestra faena, ¿verdad?, pero no os acostumbreis a trasnochar de este modo:*

«*Mas tales trasnochadas, mucho non las usedes* (383).

* * *

Las calidades exquisitas de inteligencia y corazón, con que el Señor enriquecía el espíritu de Santo Domingo, él las repartía generoso. Ellos envolvían con tacto blandísimo la baja miseria con que rozaban, y la vestían con la riqueza de su propio espíritu, como vestidas de un paño recamado.—Pero donde volcaba con más renun-

ciamientos y afanes lo mejor que tenía, era en el cuidado de las almas.

La madre, con el hijo en las rodillas, para acallar sus miedos, para educar su espíritu, para esforzarle, le cuenta lo que hacen los niños buenos, y cómo les recompensan las hadas. Esos seres dorados y de gasas de ensueño tienen más realidad de lo que aparentan. Tienen de real todo lo que tienen de protector y benéfico: son la proyección desvelada de los cariños maternales hacia lo imposible. Por eso todas las hadas buenas son hadas madrinas. Si el deseo realísimo que prende en las entrañas de las madres fuera posible, todos tendríamos quien nos acompañara por los campos de la vida, y después de coronados de gayas victorias, al arribar a la corte del rey, nos casaría con una princesa para hacernos príncipes.

Pues este, justamente, era el deseo de Santo Domingo: acercarse a los hombres, incrustados míseramente en el terruño, airear su pobreza, solear sus deseos, mostrarles el misterio de la vida en blasón de cinco Llagas, y adoctrinarlos, sobre sus rodillas, a ganar victorias, hasta llegar a la Corte y ser hijos del Rey en el País de los años eternos.

Como los niños, los hombres tienen también sus hadas, que son los Santos. Pero con esta diferencia: que las promesas de las hadas de los niños, toman su realidad del amor impotente de las madres, mientras que a las promesas de los Santos, les da realidad el amor y el poder infinitos de Dios, nuestro Padre.

La ignorancia, el abandono, la sombría fermentación de concupiscencias, y la descuidada incultura del clero de entonces, hacía que la palabra de Santo Domingo, enseñando, predicando en su iglesia del burgo silense, por todas las iglesias de las aldeas que visitaba, y aun por las plazas de los pueblos, como en Monte Rubio, cayera en los espíritus como lluvia deseada. Con verdad dice Berceo que

«Andaba por la tierra semmando bendición.»

Era una siembra fecunda y desde el cielo la bendición de Dios doraba sus mieses.

En el centellear de maravillas que saltan en la historia póstuma de la acción del Santo, hay un hecho muy importante y digno de tenerse en cuenta.—Muy largos años después de la muerte de Santo Domingo, una dama de noble alcurnia,

casada con uno de los Guzmanes, llegó a nuestro monasterio en romería, pidiendo a Dios, por los méritos del Santo, que bendijera su deseo estéril, concediéndole un hijo. La respuesta a su plegaria, la recibió en una visión o sueño: veía un perro vigilante que, con un hacha encendida, cogida por la boca iluminaba al mundo.

Aquella dama, la bienaventurada Juana de Aza tuvo un hijo que, en agradecimiento al Patrón del monasterio, se llamó también Domingo. Hay tradición, y aun indicios, de haberse educado en nuestra casa; pero lo cierto es que del abad de Silos no solo heredó su nombre sino que heredó también y amplificó, por manera sorprendente, aquella forma de actividad espiritual tan necesaria para el bien de los pueblos; para que sean buenos, es menester una enseñanza y unos alientos que los hagan verdaderos cristianos.

Cuando Santo Domingo de Guzmán fundó su Orden, se manifestó clara la profecía de aquel sueño: el Fundador y sus hijos, los hermanos predicadores, defendían con lealtad celosa el bien supremo de los hombres; la doctrina salvadora de Cristo, recogida con amores en sus pe-

chos, saldría, luciente, a los labios, para dar luz divina a los pueblos. Fué merced opulenta obtenida para la cristiandad desde la gloria por el Santo Abad de Silos.—Aun entre los brazos del Amado, en el eterno abrazo de inefable olvido, el Santo no se olvida, y continúa la misión benéfica que ejerció en este mundo.

Era su alma como un granado en flor, y el fruto del granado, la imagen de la mística pobreza, la granada, que al verse hinchada cuando todos los vinos de su vida se cuajan en rubíes, abre su carga y la ofrece en limosna sabrosa.—Así se habría el corazón de nuestro Santo para darse en limosna bienhechora, como se abre la granada para dar su grano rojo.

Capítulo XVIII

Tras el Duero

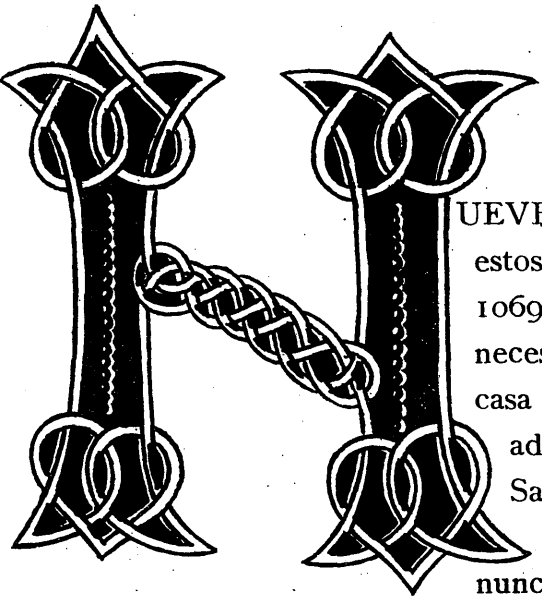
Viajes del Santo y sucesos de estos años

1060-1069

TAS EDUERO

Sennor sancto Domingo, el natural de Cannas,
Que nasció en bon punto, pleno de bonnas mannas,
Y vinie cabdellando essas bonas compannas.—

BERÇEO, 273



NUEVE años fueron estos de 1060 a 1069 en que las necesidades de la casa y el prestigio adquirido por el Santo le obligaron más que nunca a emprender varios viajes y a intervenir con influencia decisiva en graves sucesos. El primero de los viajes, en este período, fué una santa expe-

dición que conmovió a toda España por su objeto y su feliz resultado.

Entre Belorado y Briviesca, en pueblecillo humilde nació San García. Era de Bureba. Santo Domingo y él se trataron con íntima confianza, se consultaban, se prestaban mutua ayuda, y, el uno para el otro tenían el corazón abierto y manando cariño; la luminosa y fuerte, la más fuerte ayuda de la vida. Los dos de una misma edad, iguales en profesión y gustos; los dos abades, y abades vecinos.

Contra tierras de Lara, faza una encontrada,
En río de Arlanza, en una renconada,
Yacie un monasterio, una casa onrrada (265).

Era el monasterio de San Pedro de Arlanza que gobernaba el santo abad García. Entre los grandes monasterios castellanos, el más vecino a Silos. Además, en el valle mismo de Tabladillo tenía don García un priorato, en el regazo, casi, de la abadía silense.

Como la distancia no es mucha, solían visitarse con frecuencia los dos abades.

Y sucedió que durante algún tiempo el abad San García se sintió turbado. —¿Revelación, visiones, travesuras de la inquieta fantasía?... El

no sabía lo que podía ser aquello, y pensó consultarlo con el abad de Silos.

Lo que inquietaba al abad San García era la misión recibida sobrenaturalmente de recoger en Avila las reliquias de los célebres mártires abulenses Vicente, Sabina y Cristeta que estaban abandonados después de la ruína de la ciudad por los moros.

Santo Domingo acogió con gozo la idea, y con su espíritu emprendedor y práctico decidió a San García a ponerse enseguida en camino para comunicar el negocio con el prelado y el rey don Fernando.

Antes de entrar en Burgos se avistaron en Cardeña con el abad del monasterio, un santo, también, como los abades de Arlanza y de Silos. San Sisebuto acogió la idea con entusiasmo, y los tres se presentaron al obispo.

Pocos días después, a mediados del año 1061, el obispo y los tres abades salían de Burgos acompañados de numerosa comitiva. En sus viajes los obispos solían llevar, por entonces, nutrido acompañamiento; el de los abades, por lo menos oficialmente, se componía de unos doce individuos. Precisamente, pocos años después, el

rey don Sancho concedía al monasterio de Oña racionar por cuenta del tesoro real al abad y doce acompañantes cuando pasaran más allá del Duero o del Pisuerga.

El obispo y los santos abades, marchando en busca del rey don Fernando, desembocaron en las llanuras palentinas en tiempo de estío. El sol se desposaba ya con la tierra en vigoroso abrazo de fuego.

Un polvo sutil se fija en el rostro, surcado de sudor irritado como un mordente. De los inmensos cielos, en los tendidos campos de mieses, parece que cae una llovizna de oro; todo es oro, oro encendido en las mieses con fecundo incendio. La tierra se abre y respira un vaho enervador y caliente como abierto de madre. En los chopos se prende la cigarra ahíta de sol y de almíbares como un estuchito de resonancias, chirriando con porfía su triunfadora melopea en un chorro de doradas estridencias.

El viaje en aquella época del año y por aquel terreno tenía que hacerse cansino, pero el intento que persiguen les recrea el espíritu con benditas esperanzas.

Por fin llegaron al Duero, y allí en el llano de

Santa Cristina, a dos kilómetros de Zamora, estaba el rey con el Obispo de Palencia. El monarca se ocupaba en la población de la vieja ciudad zamorense, asolada desde los tiempos de Almanzor, la centella de incendiarias correrías.

Debió ser una sorpresa para el monarca la llegada de los cuatro prelados, pero, una vez expuesto el motivo del viaje, don Fernando no sólo concedió autorización para llevar a cabo la empresa, sino que la hizo suya, y lleno de gozo pasa con ellos tras el Duero, camino de Avila. También esta ciudad estaba profanada, postrada en la llanura entre el dolor de ruínas, como el cuerpo de una muerta. Había sido noble y hermosa, pero hoy estaba abandonada porque tenía cerca la frontera.

Con franquicias y fueros y codiciosos beneficios, los reyes iban haciendo la repoblación de los terrenos recién conquistados. Castillos y monasterios eran el núcleo de las ciudades resucitadas, o que entonces nacían. Pero la obra era larga, y en algunos lugares era también peligrosa; y como los valientes que, osadamente, con pulso tranquilo, empuñen la mancera y rompan el terruño fronterizo a los moros, son los menos, la

noble ciudad de Avila no tenía aún repobladores. El rey estaba poblando más arriba la ciudad de Zamora protegida por el Duero.

Entre las ruínas de Avila, bajo las ruinas de su principal templo, el rey y los prelados buscaban un tesoro: las reliquias de aquellos tres hermanos que padecieron martirio en los primeros tiempos: Vicente, Sabina y Cristeta.—Eran tres amapolas que los trigales abulenses ofrendaron a Cristo. Cuando después de muchos tanteos y pesquisas, se hallaron los cuerpos de los mártires, un júbilo inmenso sacudió a los numerosísimos fieles que expontáneamente se habían asociado a la empresa. Santo Domingo y San García, los dos promovedores de aquella jornada que tenía por objeto rescatar del abandono y del olvido reliquias santas, debieron sentirse aliviados como el hombre que respira después de largo cansancio. Sus sueños aventureros a lo divino, resultaron ciertos.

La noticia cundió rapidísima, y de todos los lugares más cercanos acudía sinnúmero de gentes ávidas de besar los restos de aquellos mártires que sintieron pasar sobre ellos la cólera profanadora del moro, enemigo de cristianos.

Después de celebradas solemnes fiestas sobre las ruínas de la ciudad de Avila, los cuerpos santos fueron conducidos en triunfo, camino de Arlanza, arrastrando consigo los pueblos que cruzan. A la cabeza de aquella expedición santa, alentada y dirigida por él, venía el abad de Silos

Sennor Sancto Domingo, el natural de Cannas
Que nasció en bon punto, pleno de bonas mannas
Y vinie cabdellando essas bonas campannas (273).

Antes de separarse de los santos cuerpos, el rey y algunos magnates y prelados obtuvieron de Santo Domingo y San García alguna parte de los despojos sagrados. Pero el abad de Silos, después de dejar los cuerpos de los santos en el monasterio de Arlanza, sin querer mostrarse codicioso, ni desposeer a su amigo, regresó a su convento con las manos vacías, pero lleno el espíritu de recuerdos gozosos.

Cuando los monjes salen a recibirle y le rodean en los claustros, mientras escuchan golosos la relación de los sucesos, hacen como los niños que, a vueltas de caricias, registran al padre a ver qué les trae cuando vuelve de lejos.—En el fondo de los hombres buenos hay siempre un vicio, porque la bondad es don celeste y los niños son

lo más parecido en la tierra a los ángeles del cielo

Y como niños murmuran los monjes, como niños descontentos.—No les había traído nada; había repartido reliquias por el camino, acababa de dejar en Arlanza los tres cuerpos santos y se olvidaba de su propio monasterio. Sobre esto murmuraban y estaban quejosos.

Sennor, dixieron ellos, quando a ti cobramos,
A Dios rendemos gracias, más alegres estamos
Mas por una cosiella murmurantes estamos (279).

Al oír las quejas que ingenuamente glosa Berceo, Santo Domingo riendo, blandamente, les dijo:—«*Hijïnes, hijïnes míos—Gilioli mei—¿qué murmuráis? No os disgusteis, que si sois buenos, yo os aseguro que no os falten reliquias. Un Santo tendreis entre vosotros por cuyo amor Dios bendiga la casa. Andad, mis amados, que no tendreis que envidiar a monjes vecinos*».

Cuando esto oyeron quedaron sin comprender el sentido de estas palabras. Más tarde lo comprendieron. Tampoco el abad se daba cuenta de que profetizaba sobre sí mismo.

* * *

La translación famosa de estas reliquias, hizo pensar en otras translaciones; pero esta vez fué el mismo rey quien concibió la idea.—De todos modos, en estas solemnidades que llenaron de júbilo a todos los reinos cristianos de la península, y de ruídos y hablillas la tierra de moros, intervino también Santo Domingo, y de manera decisiva, en un momento embarazoso.

Por encargo de don Fernando, y después de haberlo acordado con el rey moro de Sevilla, se presentaron allí los obispos de León y de Astorga con varios magnates y gran comitiva para recoger el cuerpo de Santa Justa, mártir.

Como los restos de la Santa no aparecían, pensaban ya en el regreso cuando San Isidoro revela en sueños al obispo de León, San Alvito, el lugar donde estaba enterrado su propio cuerpo. Lo que acreditaba la visión del Santo obispo era la profecía que le anunciaba San Isidoro—de que al hallar su cuerpo, el obispo saldría de este mundo.—Y así sucedió, en efecto.

Pocos días después la embajada cristiana salía de Sevilla llevando los cuerpos de San Isidoro, y de San Alvito, mientras el marrullero rey moro exclamaba «*¡Ya te vas, Isidoro, ya te vas, varón*

venerable! ¡Tù sabes la amistad que nos unia; mira que no te olvides de mi, Isidoro!»

El obispo de Astorga y sus acompañantes, varones muy piadosos y sencillos, quedaron edificados de las palabras del rey moro. No conocían a Almotadid, el cruel y astuto monarca sevillano. Cuando a León llegaron nuevas de lo que había pasado, y el anuncio de que ya se acercaba el obispo de Astorga con los cuerpos de los santos, salió hasta casi la frontera gran concurso de gentes a esperarlos. Con el rey y la corte acudió también a su encuentro Santo Domingo.

Entonces, en el viaje triunfal de las Reliquias, sobrevino un incidente que fué solucionado merced a la autoridad y prestigio del abad de Silos. El rey había resuelto que el cuerpo de San Isidoro se depositara en la basílica de San Juan, ¿pero a dónde se llevaría el cuerpo de San Alvito? Los pareceres estaban divididos, los ánimos un poco excitados, y hubiera podido ocurrir una colisión entre los varios partidos. Santo Domingo, con la autoridad que todos le reconocían, terció en el asunto; mandó encaminar los caballos que portaban los féretros hasta la puerta del Arco, y, en llegando allí, les dió un leve golpe

con una varita. Los animales, como movidos por sobrenatural impulso se separaron por contrarios caminos, el uno, con el cuerpo de San Alvito, se dirigió a la iglesia catedral, el otro, hacia la iglesia de San Juan Bautista. Así quedó resuelto el conflicto por intervención del Santo, con paz y beneplácito de todos.—Esto ocurrió a principios de enero del año mil sesenta y tres.

En aquel año, con pasmo de las gentes, se helaron las viñas, los olivos, se heló todo el campo en los alrededores de Sevilla. Algunos, sin embargo, no se admiraban, y tenían una razón extraña para explicar el fenómeno; decían que el sol de Sevilla se había ausentado.—Y era cierto: la ciudad mora había perdido para siempre el cuerpo del gran Doctor de las Españas, el astro que alumbró a la Iglesia durante los siglos medievales.

Cuando Santo Domingo regresó a su monasterio llevaba en los ojos la visión imborrable de maravillosos sucesos y fiestas, y el recuerdo de una escena largos años famosa: los reyes habían invitado a una comida a todos los pobres que se presentaran; fué un real convite en que los reyes mismos, ayudados de sus hijos y algu-

nos prelados, ayudados, desde luego, por el Santo, sirvieron a los pobres con tal amor, con tal llaneza, como si fueran hermanos.—Es que los reyes aquellos sabían con el corazón que todos somos hermanos por tener un solo Padre.

Y como Dios es tan bueno, a los goces divinos junta a veces alegrías humanas, que también son buenas; así el santo abad tuvo el consuelo de encontrarse en León con la amable señora que fuera su reina en Navarra, doña Mayor, la mujer de don Sancho. Los dos debieron recordar días lejanos, cuando el hoy abad de Silos, prior entonces en San Millán, recibía y agasajaba a la reina en sus frecuentes visitas al gran monasterio navarro. Muchas cosas habían pasado desde entonces y se sentían ya viejos.

También, allí en León, donde se congregó, aquellos días, lo más lucido del reino, saludó a un amigo muy estimado y con el que siempre tuvo estrechas relaciones; era el buen conde Pedro Peláez.—Más tarde se volverán a encontrar, y el encuentro será para el conde bendición florecida.

* * *

El año 1063 había sido de alegría para todos; el año siguiente lo fué de temores que apenaban o encendían los ánimos. El santo abad, que había participado largamente a las venturas pasadas, tuvo también su parte en la pesadumbre que afligió a toda España. El legado del Papa, el inquieto Hugo Cándido, venido aquel año a la Península, intentaba la abolición del viejo rito mozárabe.

Santo Domingo, acostumbrado de toda su vida a las prácticas de aquella liturgia, y sentida por él, vivida, con el enamoramiento emocionado de que nos habla su discípulo y biógrafo, debió experimentar temores tristes por la suerte de aquel rito venerable. Con aquel rezo parecía conservarse una suerte de continuidad muy íntima entre los españoles de entonces y aquellos que formaron famosísimo reino, antes de la venida de los moros. Ahora, si se rompían aquellos lazos que los unían exteriormente a la iglesia visigoda, era como si para siempre se soltase y se perdiese la última perla de una corona, de la corona del imperio visigodo. Todo aquello —lo que restaba del brillante imperio—, no era más que un espejismo que se alejaba en la historia. Y

esto era triste; y muy grave también para los españoles, a quienes este espejismo esforzaba en su lucha contra los moros.—No es de extrañar que, con este motivo, se produjera en toda España un movimiento de protesta, a veces un poco airada.

Para desviar el golpe, los prelados y abades determinaron acudir al Papa y mostrarle los libros litúrgicos de rito mozárabe para que fueran examinados. Era el medio mejor, el más directo, para disipar las calumnias que hacían correr algunos benedictinos cluniacenses, según los cuales en nuestras fórmulas litúrgicas había trazas de antiguas herejías.—Hablillas de ciertos monjes; quizá no los más doctos ni los mejores, sino de aquellos pocos que vinieron a España un poquitín a la ventura.

A la cabeza de este movimiento en defensa del rito hispánico, se puso el obispo de Burgos, amigo cariñosísimo del abad de Silos. Se escogieron ejemplares bien escritos, los mejores que se encontraron, y el obispo de Burgos y los otros prelados se encaminaron a Roma. El Papa repartió los diferentes libros que integraban el Oficio mozárabe entre varios cardenales, para que

los examinaran, pero se reservó a sí mismo el examen del códice que había llevado don Jimeno, el obispo de Burgos, y fué aprobado—*bene laudatus*—por Alejandro II. Este códice espléndido pertenecía al monasterio de Albelda, pero quedó en poder del obispo quien, más tarde, lo regaló al monasterio de su gran amigo Santo Domingo, donde aún se conserva. Así tenemos la dicha de poseer el ejemplar que, examinado por el Papa mismo, salvó por entonces al rito mozárabe.

Fué un gran triunfo para los españoles, y aunque el triunfo fué breve, consoló la vejez del Santo abad de Silos, pues no llegará a presenciar la abolición del rito que tan cariñosamente veneraba.

Otras pérdidas le esperaban, en cambio. En 1065, en el mes de diciembre, moría en León el rey caballero y cristiano que tanto favor había demostrado a Santo Domingo, y a quien tantos beneficios debía la casa. Para el abad, la muerte del protector y del amigo fué ocasión de grave sentimiento; pero tenía motivos — y él sabía reconocerlos— para dar gracias a Dios por haber concedido al rey de León y Castilla morir como

mueren los santos. No sabemos si Santo Domingo le asistió en los últimos momentos con los otros obispos y abades que el rey convocó junto a su lecho; pero aunque la distancia le impediera llegar a tiempo, pronto conoció la muerte cristianísima del rey don Fernando.

Un cronista de la época —precisamente el Silense— la refiere con todos pormenores: El rey había asistido a la misa de media noche que se celebra en Nochebuena, pero se encontraba ya tan enfermo que tuvieron que llevárselo a palacio. Sin embargo, y por lo mismo que sentía morirse, pidió al clarear el día que le volvieran a la iglesia, vestido solemnemente con todas las vestiduras reales. Al hallarse en el templo, se postró ante el altar exclamando: *Señor, vuestro es el poder, vos sois sobre todos los reyes, y de vos son los reinos de la tierra; yo os devuelvo el que de vos recibí, y ahora, Señor, sacad mi alma de aquí y recibidla también en vuestro seno.* —Despues se quitó la corona, se despojó de las reales vestiduras, se revistió un cilicio, y recibió la Extremaunción, tendido sobre un lecho de ceniza.—Era el día primero de la Pascua de Navidad, y en el tercero, a mediodía, el poderoso rey de León y Castilla

expiraba allí mismo, dando un ejemplo altísimo de humildad y de grandeza.

* * *

La jura del nuevo rey don Sancho obligó al abad de Silos a presentarse en la corte, donde estuvo a últimos de febrero del año 1066. Más tarde, los negocios de la casa y la amistad con el rey, que le apreciaba y distinguía grandemente, le obligaron a nuevos viajes anuales, para los que aprovechaba, de ordinario, el tiempo bonancible de la primavera.—Los años y los achaques de una naturaleza tan cargada de trabajos, le sujetaban un poco los bríos y le imponían ciertas precauciones.

En el año de 1069, hallándose en la corte, se encontró con su amigo y vecino, el Cid Rodrigo Díaz; ambos firmaron un documento a favor de otro amigo, el viejo abad de Arlanza, San García. Después volverán a encontrarse otra vez, y será la postrera en que conversen como amigos, en la tierra, el abad de Silos y el famoso adalid. Pero el Campeador, jamás olvidará a Santo Domingo, y tiempos adelante, mostrará plenamente el cariño y veneración que le tenía.

Los que trataban a Domingo como amigo, gustaban de el su afabilidad y simpatía y el rebrillar de su espíritu, dulce, profundo y risueño, pero también percibían las radiaciones fecundas de su alma de santo: el Cid, el rey, el obispo de Burgos, Jimeno, los grandes señores de la corte se apresurarán a demostrar de un modo oficial y solemne, a raíz de su muerte, el género de estimación que le profesan en vida; pero uno de ellos, uno de estos amigos, y, precisamente—al decir de Grimaldo— de los más antiguos e íntimos, acudió al abad de Silos, en momentos de angustia, no como a un amigo sino como a un santo.—Era el conde gallego Pelayo Peláiz, que tanto figura en escrituras del tiempo, y hermano del desdichado obispo de Santiago don Diego, perseguido más tarde por Alfonso VI.

Este caballero, a quien el Santo había conocido en la corte de don Fernando como paje de lanza (1), habiendo perdido la vista, y después de

(1) Lo conoció en 1049, cuando juntos firmaron un documento ante el rey don Fernando.—Escalona, *Historia del monasterio de Sahagún*, apéndice III, p. 459.

La identificación de este personaje con el hermano del obispo don Diego no es segura. Cierto que la amistad tan antigua y constante y tan íntima de que habla Grimaldo, sólo podía tener este

gastar copiosamente sin resultado alguno, se acordó de que en Silos tenía un amigo que era un santo. Cuando se presentó en la abadía, Santo Domingo sintióse turbado al conocer su desgracía, pero más turbado quedó al saber lo que se le pedía. Sin embargo, vencido de su amor de amigo y de su caridad de santo, acordó ampararse al remedio al que siempre acudía, y así al día siguiente en presencia del conde y sus acompañantes, y asistido el abad por sus monjes, celebró el Santo Sacrificio, elevando hacia Dios la súplica que le hacían, y poniendo en la santa patena la ofrenda de trigo y la ofrenda de lágrimas.—Y como siempre también, el Señor recogió la petición ardorosa del santo y devolvió la alegría de las luces a los ojos del conde su amigo.

El caso milagroso realizado con un personaje tan conocido debió causar la admiración de la corte, y acrecer grandemente la estima en que

carácter, tratándose de un personaje de Galicia, si el conde asistía en la corte que frecuentaba el abad de Silos; pero también por entonces figuraba allí otro individuo del mismo nombre, el conde asturiano Pedro Peláiz, tío de los infantes de Carrión.—Me inclino a creer que fuera el primero porque Grimaldo lo llama gallego.—Véase López Ferreiro *Historia de la Catedral de Santiago*, t. II, 478, y Menéndez Pidal, *El Cid*, II, 541,

era tenido el abad de Silos; pero el santo anciano no curaba de esto; sus manos siempre se abrieron, generosas y en silencio, para hacer mercedes, sin aceptar de los hombres esos pobres despojos que llaman honores y fama, y ahora, temblorosas ya por los años, ahora más que nunca, solo sentían la avidez de asir eternamente el único Bien.

Capítulo XIX

«Jesús de la tarde»

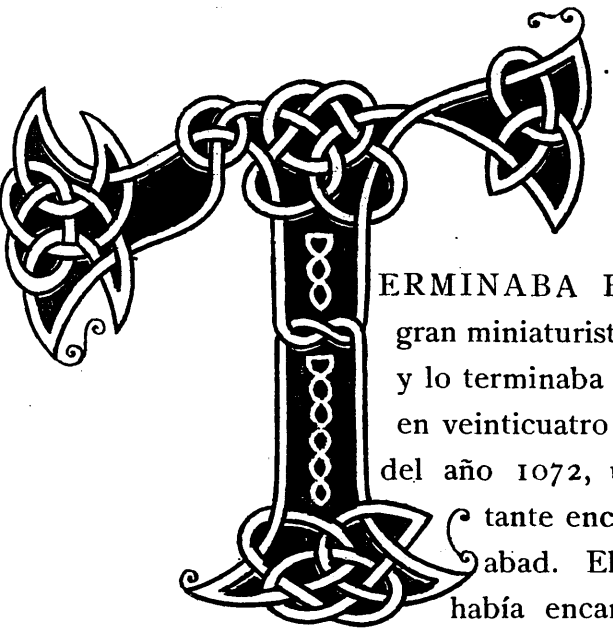
Ultimos años del Santo

1072-1073

JESUS DE TERO

Lo que el Padre sancto cobdiciaba veer,
Exir deste mal sieglo, en el bono caer,
De todo su lacerio galardón prender,
Cerca venie el término que lo avie de seer.

BERCEO, 488



TERMINABA Ericón, el gran miniaturista de Silos, y lo terminaba felizmente en veinticuatro de agosto del año 1072, un importante encargo de su abad. El abad le había encargado que transcribiera para la casa las «Etimologías» de San Isidoro, y en aquel día de agosto Ericon daba fin a su trabajo. Aun se conserva el códice magní-

fico, escrito e iluminado maravillosamente por aquel religioso. Era un tesoro para la biblioteca silense, un ejemplar semejante; y era un orgullo para el monasterio tener hijos capaces de realizar obras tan bellas.

Para Santo Domingo, el ver cumplido tan acabadamente su deseo, debió ser una alegría remozante que alegrara de optimismo risueño las luces tristes del ocaso.

Las fuerzas de su cuerpo se rendían a la pesadumbre de sus setenta y dos años, tan cargados de fatigas; su cuerpo menudo y escueto, necesitaba el apoyo de aquel báculo sencillo, de madera toscamente labrada, que aun conservamos venturosamente, y con celoso cariño; pero las energías de su espíritu siempre estaban vigilantes y activas como un llamear fortísimo que se alimentaba de robustas llamas.

Toda su vida había sido un luchar continuo al que Dios le empujaba tomándole por adalid de santas empresas: lucha consigo mismo, una lucha bravía y dolorosa entre su amor de hijo y el amor que le llamaba desde el místico silencio del yermo; duras contradicciones en el claustro, sufridas con el esfuerzo poderoso que supone el

cerrar los sentidos a todas las ingratitudes, atropellos y dolores, y callar fortísimamente para oír tan sólo lo que Dios habla en el alma; encuentro temido con el rey infeliz que atropellaba la libertad y derechos de la Iglesia; el dolor de aventuras en país de destierro; la brega dura, la tarea quebradiza de restaurar un monasterio y reformar malas formas de vida; y el larguísimo esfuerzo de todos los días, durante más de treinta años, consumidos en una obra cuajada en dolores, porque era la obra máxima que Dios le exigía.

Todas las obras de Dios, desde el misterio del Calvario, como el fruto de una maternidad sagrada, salen a vida con algo de dolor; es el signo de la divina fecundación.

Aun le quedaban, además, las horas tristes de los años viejos, cuando roto el rosario de la vida, se ven desgranadas por los años las dulces cosas que los años engarzaron. ¡Podía recordar tantas afecciones, tantos personajes aventados por el tiempo, como los aires aventan la parva en los campos!

En octubre de aquel mismo año, pocas semanas después de recibir el valioso trabajo del monje Ericón, una muerte desastrada mataba al

rey don Sancho, junto a los muros de Zamora.

Había sido el rey gran amigo y favorecedor del santo abad Domingo. Para el corazón afectuoso y agradecido del santo, con su alma tan llena de inquietudes muy lejanas, aquella muerte en guerra fratricida debió ser rudo golpe sobre el pecho del anciano.

Hasta nosotros ha llegado un eco fidelísimo de la impresión causada en el monasterio por el terrible suceso. En el códice aquel donde el santo había escrito el recibo de unos libros, entre las páginas de los cuadernos escolares, que probablemente tenía a su uso, hay una nota referente a la muerte del rey de Castilla, escrita, acaso, por la misma mano venerable que, cuatro páginas después, extendió el recibo. En esa nota se recogen los primeros rumores confusos y doloridos que llegaron al monasterio. Es un reflejo de la opinión general del momento, propalada con rencorosas sospechas, muy explicables en las circunstancias, por la hueste consternada que traía desde Zamora el cadáver del monarca. En ella se acusa a Alfonso de perjuro y fratricida, y un dolor muy vivo llora palabras sobre el muerto.

Con el tiempo, la verdad se hizo paso, se des-

vanecieron los recelos, y los castellanos reconocían solemnemente en Burgos por rey de Castilla al hijo de don Fernando.

En aquella ocasión sus deberes de vasallo leal, su amor por toda la familia del buen rey don Fernando, le hizo ponerse en camino, y el ocho de diciembre de aquel año se hallaba en la corte de Burgos junto al nuevo monarca don Alfonso con los principales personajes del reino.

Don Alfonso veneraba al santo abad de Silos, había conocido a Santo Domingo desde que llegó a Castilla, mientras él era muy niño; con el tiempo, será el monarca más amparador y solícito para el monasterio, después de su padre don Fernando; pero, ahora, el recuerdo del rey altanero y hermoso, muerto en guerra de hermanos como su tío don García, traía a la memoria el hado trágico que destrozaba aquella raza.

Había visto ya desaparecer al abuelo don Sancho, a don Fernando su hijo, al nieto recientemente asesinado, y no es extraño que al regresar de Burgos en los comienzos del año nnevo, que había de ser el último de su vida, el santo abad se sintiera algo más viejo, más cansado también, y un poco triste.

Fué, probablemente, el último viaje que hizo a la corte. Su cuerpo se humillaba hacia tierra deseoso de reposar y dormir en su seno el sueño de la cuna, donde los niños nacen a esta vida, donde los muertos nacen a la eterna.

Poco tiempo después de su regreso al monasterio, recibió la triste noticia de que su amigo de largos años, el abad de Arlanza, San García, había muerto. Era otra cuentecilla que se desgranaba del sartal de su vida. En el horizonte de sus afectos desaparecían las cariñosas luces de aquel espíritu tan hermanado con el suyo; luces que iluminaban los días ya pasados.

No es extraño que el corazón de un santo sienta esas suaves melancolías cuando mira lo que el tiempo se lleva consigo, y aunque en frente de sí tenga lo eterno.

Es un sentimiento legítimo y humano, y todo lo que tiene de bueno la humana naturaleza, los santos no lo pierden, no lo desdeñan; precisamente son santos porque han tratado de dar a los valores nobles de su espíritu un equilibrio y una fijeza eterna; han querido añadir a lo bueno de lo humano, la perfección de lo divino.

No; no es de extrañar que Santo Domingo

sintiera en su corazón afectuoso lo que sienten los demás hombres, y de la manera que lo sienten los santos.—Hasta los montes, cuando el sol se marcha se quedan tristes.

Pero luego, en la iglesia, al oír entonar aquella antífona mozárabe por los muertos *Si ascendero,* el corazón se expansiona en muy callados gemido. *Si subiese, Señor, a los cielos, allí estás, y si bajase a lo profundo, allí te encuentro,* dice la letra, mientras la melodía desprende sus notas con leve quejido, voz de arrullos y llanto se mece en los aires, se detiene un momento en estupor solemne contemplando, más allá del horizonte de esta vida, un Sol eterno, y después se retiran, gimiendo añoranzas, como las luces de la tarde en pos del sol, su amigo. *Extiende tus brazos* —concluye diciendo—, *cógenos en tus brazos cuando caigamos en la sima.*

Los brazos de Cristo nos esperan, ¿cuándo podemos caer en sus brazos, y hacer triunfar el gran deseo de ganar a Cristo? Era el deseo prendido como airón jubiloso en el alma del Santo, flotando por toda su vida y acariciándole con sus rizos de plumas. ¡Que el cuerpo se desmorone, que la muerte haga presa en aquel montoncito

de cansancio, que busque y destroce buscando, el alma ha escapado a poner en las manos de Dios su penacho!

Para Santo Domingo no había miedos; la inquietud congojosa del morir de la vida, era para él el dulce desasosiego que sienten los hombres al acercarse lo que mucho desean. Como una gran Santa benedictina, como la virgen mística Gertrudis, también podría decir en última súplica:

Oh, Jesús, amor de la tarde.
Jesús de la tarde de la vida,
Que mi vida, entre tus brazos
Tenga un bello atardecer.

Ya esa hora se acercaba, y el Santo lo conocía. Pero esas inquietudes que sienten los ancianos por la suerte de una obra, de una empresa que ocupó toda su vida, y su vida no bastó para acabarla, esas alarmas desfallecientes, si el Santo las experimentó alguna vez, si las sintió hurgar en su pecho, minando su reposada confianza, no tenía más que echar una mirada en torno suyo, para que la zarpa del pesimismo se retirase vencida.

Las construcciones, es cierto, no estaban aún del todo terminadas, pero dejaba a la casa en situación económica de concluírlas, y les dejaba, sobre todo, el soplo de arte exquisito con que se habían comenzado, y había de coronarlas.

La reformación y reclutamiento de la comunidad, esa obra que se llevó las mejores energías de su alma, porque era la que directamente y con más apremios Dios le exigía, esa labor de telares divinos en que se teje con favores del cielo el encaje sutil de las almas, estaba ya, en su conjunto y en sus bases, felizmente en marcha.

Aquel coro nutrido, celebrando con amor, con disciplina piadosa, con ritmo observante las expresivas ceremonias de los divinos oficios; aquella comunidad numerosa, en la que todos se sentían hermanos porque los engendraba la caridad de un verdadero padre; todo aquello, después de Dios, se debía a Santo Domingo.

Para conservar aquella obra de santidad, para dirigirla y reforzarla con otros valores del espíritu, tenía el Santo en su casa, y formados por él, varones muy excelentes en virtudes, en talentos, en aplicación al trabajo y gusto por las buenas letras y las artes: Fortunio, Pedro, Grimaldo,

Munio, Domingo, Miguel, Ericón, los monjes de más méritos, cuyos nombres han llegado hasta nosotros; unos, historiadores, literatos, artistas, arquitectos; otros, futuros priores y abades.

No; nada ten´a que temer por su obra; había cumplido también con su conciencia, y, confiado y sereno podía entonar ya su «*¡Nunc dimittis!*», «*¡Señor, cuando Tu quieras!*»—Y el Señor iba a querer muy pronto.

Capítulo XX

El último abrazo

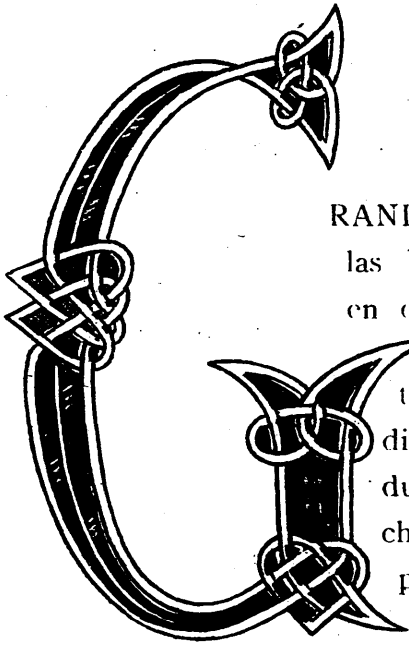
Muerte del Santo

Diciembre de 1073

ÚLTIMO ABRZ

Frayres, díxoles, múerome, poca es la mi vida:
Toda mi facienda contadla por complida,
A Dios vos encomiendo, la mi grey querida,
El vos guarde de cueta et de mala caída.

BERCEO, 494



RANDES habían sido las fatigas del Santo en el otoño de 1073, después de un último esfuerzo para distribuír los productos de las cosechas entre las complicadas necesidades de la casa—*considerata solerti studio et dispensata omni monasterii utilitate*—, Santo Domingo sintió agotadas

sus fuerzas, y conoció que la enfermedad que le había de llevar de este mundo, le tenía ya cogido fuertemente.

Queriendo dejar a sus hijos la herencia bendita de sus enseñanzas y consejos, reunió a los monjes, y, con aquellos sus ojos hermosos y grandes brillando de fiebre, contraído el rostro por el duro esfuerzo, dejó de fluír en palabras abundosas, sus cariños de padre, los fervores de santo.

Ya no podía más; terminada la plática —*completa affuenti ex hostatione*— las energías de su cuerpo se soltaron, y el santo anciano se retiró al lecho, del que no volverá a levantarse. En el collado vecino al convento caían entonces las hojas de los nogales.

Semanas después, el catorce de diciembre, mandó llamar al prior y al mayordomo de la casa y les dió orden de preparar todo lo necesario para recibir a los reyes y al obispo que vendrían en breve.

Se creía posible, y aun casi se esperaba, la llegada del obispo al monasterio para el miércoles, diez y ocho, festividad de Nuestra Señora la Virgen María, pero ¿el rey y la reina?...

El prior y el mayordomo sabían que por en-

tonces los reyes no podían venir a Silos, pensaron que la fiebre hacía delirar al querido enfermo, pero sin embargo, cumplieron lo que se les mandaba.

El martes, diez y siete, al ocurecer del día, el obispo de Burgos, don Jimeno, íntimo amigo del Santo, llegaba al monasterio. En aquella hora, Santo Domingo reposaba, y como el obispo se sentía cansado, y además era ya tarde, después de la refección se retiró a sus cámaras demorando para el otro día la visita al amigo enfermo.

Santo Domingo se sentía más animado mientras hablaba con el varón tan excelente en quien tenía más que un prelado, un amigo. Sabían bien comprenderse aquellas dos almas tan buenas. Sin embargo, por la mirada del santo abad, pasaba de vez en cuando un rayito de luces maliciosas al oír las palabras de esperanza que se dicen a los enfermos:—Pronto se hallaría restablecido; era aún muy fuerte, y aún tenía que trabajar mucho por Dios y por sus hijos. Otras muchas veces se encontrarían juntos en la tierra para alentar con amores de Dios su amistad tan firme. Pero, ahora, tenía que irse. Le pedía su bendición, que era la bendición de un santo, y

se marchaba, para llevar las jornadas ordenadamente y sin agobios.

El abad se mostró contrariado al oír que el obispo partía; le rogó con insistencia para que se quedase con él todo aquel día y partir al siguiente—*cuando Dios lo indicara*—, añadía no sin misterio. Viendo que el prelado por sus cuidados pastorales que le llamaban, no renunciaba a su propósito, Santo Domingo le dice como bromeando—*alaeri vultu*—*Marchaos pues, y que Dios os bendiga*; *pero veréis como regresáis muy pronto.*

El día aquel debieron pasarlo entre angustias alumbradas con algún vislumbre de esperanza los dos monjes conocedores de la secreta revelación del Santo. El abad parecía hallarse mejor, más animado y con frescas energías.—¿Y si aquella visión y profecía no era más que un sueño de enfermo?

Era un sueño, si; pero no el sueño del enfermo, sino el sueño del niño qe se siente arrullado por la madre y se adormece llevando en la retina la imagen del rostro conocido, del rostro amado que se inclina sobre la cuna para ver si se duerme su chiquito.

Así, sobre el lecho en que el Santo comenzaba a nacer a vida eterna, la Madre Santa María se inclinaba, los ojos del anciano se pasmaban en aquella alborada y poquito a poco se dormían...

Pronto se disiparon las sospechas esperanzadas de los dos monjes.

El miércoles, con la alborada, al apuntar las luces de aquel día diez y ocho en que se celebra la Expectación de nuestra Señora, Santo Domingo hace venir otra vez a su celda al prior y mayordomo.—«*¿No les había encargado días antes que dispusieran todo lo preciso para recibir a los reyes?*»

El santo enfermo se daba cuenta de todo con su acostumbrada claridad de espíritu; hablaba y razonaba juiciosamente ¿a qué, pues, podía obedecer la extravagante idea de la venida de los reyes?

Los dos monjes, apenados por la lastimosa situación de espíritu en que se figuraban a su abad, le respondieron que sí; que les había ordenado todo eso, y que lo habían cumplido; que, efectivamente, el obispo, con algunos pocos familiares, había llegado al oscurecer del día anterior:

pero que los reyes no podían venir de ningún modo en aquellos días.

—*¡Como!*—les replica el santo con alguna viveza—*¿estais seguros de que los reyes no han venido? En verdad os digo que han llegado a la casa esta noche y han estado conmigo en la iglesia desde las doce hasta el alba*».

Oyéndole decir tales cosas los dos buenos religiosos se sentían extrañamente turbados, porque les desconcertaba la naturalidad y entereza con que su abad afirmaba lo imposible.

Adivinando lo que por ellos pasaba, el Santo les mira un momento sonriendo, y luego, con grave emoción, les revela el secreto:—*Hijuelos, hijitos míos, el Rey y la Reina me han invitado esta noche para dentro de tres días al convite sacratísimo de la gloria. Ya mi gozo es cumplido...*»

Se apagaron sus palabras muy bajito, quedó callado y sonriente; la sonrisa rizaba en sus labios dulce gozo y sus ojos miraban viendo algo muy lejos...

Probablemente, el Santo, tan cuidadoso de reservar en austero secreto los favores que de Dios recibía, debió encargar a los dos excepcionales confidentes que no divulgasen la revelación

que les había hecho. Ello es que el obispo don Jimeno no sospechaba el próximo fin de su amigo, y el jueves por la mañana, preparándose ya para la marcha entró a despedirse del enfermo.

Al día siguiente, viernes, a las siete de la mañana, cuando apenas amanecía, el abad llama a uno de los monjes que velaba junto al lecho y le encarga que con toda urgencia avisen al obispo para que regrese al instante. «*Ya están aquí*—añadió—*los reyes que se dignan visitarme*».—Uno de los presentes, adivinando el sentido de estas palabras, se echó a llorar exclamando.—«*¿Qué es eso, Padre? ¿es que ha llegado el momento de la partida?*»

«*Sí, hijo mío*—respondió muy bajito—*ya ha llegado*».

Fueron las últimas palabras que pronunció en la tierra; después de esta respuesta, se encerró en augusto silencio. Conforme se iba corriendo la noticia por la casa, los pobres monjes, llenos de turbación y ansiedad acudían a la celda donde el Padre agonizaba.—Estas dos ideas de «padre» y de «agonía»; aquellos cariños tan acogedores y misericordiosos porque eran de padre, tan fortificantes porque eran fuertes, todo aquello estaba en peligro, iban a perderlo; y entonces cono-

cían lo que es la orfandad de esos fervores santos que amparan la vida.

En la reducida celda del Santo se apretaban los religiosos; los que llegaban se abrían paso junto al lecho del Padre y contemplaban su rostro enflaquecido, pero siempre plácido. Queriendo dudar de la gravedad de su estado le hacían preguntas con solicitud cariñosa, y, a veces— dice un testigo presencial— hasta importuna. Pero el Santo no respondía, y los buenos religiosos entendían que el abad se hallaba expirando porque estaba tan inmóvil y silencioso.—Pero no era exacto del todo que estuviera en silencio. En sus ojos de luces murientes había lejanos reflejos, y su alma hablaba muy quedo con el rey y la reina que sus ojos felices contemplaban.

Como el obispo podía llegar cuando ya no fuera tiempo, acordaron proveer al enfermo de la limosna salvadora del viático; meter en aquel pecho que apenas respiraba, un aliento divino que dilatara su alma en el largo viaje.

Las campanas del monasterio lanzaron sus clamores, y en la ermita de San Pedro, y en las iglesias diseminadas un *miliario* a la redonda, conforme prevenía el ritual mozárabe, la voz de

sus esquilas, respondiendo a la iglesia mayor, corría suspirando por el valle en largos lamentos.

El prior, revestido, y rodeado de los monjes con sus amplios ropones enlutados, penetra en la celda llevando en sus manos el verdadero Cuerpo de Cristo entre engaños de espigas. Santo Domingo se incorpora: el Dios de sus amores, el que tanto amaba el dulce Misterio, venía a despedirle de esta vida con el último beso. También con otro beso había recibido al niño cuando salió purificado de la pila. Muy pronto, al desprenderse el alma de las cenizas de este cuerpo, el puñadito que parecía de harina, caería ante sus ojos, como el polvo de luz que cae del sol; entonces vería, cara a cara, el Sol que le inflamaba tan sutilmente entre polvo de espigas.

El último beso, sería para Cristo; así lo disponía el ritual mozárabe; pero antes, como nos dice Grimaldo, quiso despedirse de aquellos sus hijos que lloraban dando a todos un beso. Los monjes se van acercando, juntan su rostro con aquel rostro querido, y lo mojan de lágrimas; el Padre lo estrecha un momento; una leve presión les dice todo silenciosamente: a cada uno la se-

creta advertencia, la promesa alentadora, y luego les da la bendición del beso.

Mientras tanto, la voz de los cantares llora en trémulas notas: «*Los días de mi peregrinación, pocos y tristes. Sigo el camino de toda carne; voy a dormir donde duermen mis padres. Pero aunque vaya entre sombras, no temo, porque Tú estás conmigo. ¡Tú me llevas a la Casa de Dios, por los días de los siglos!*»...

Los monjes deshojan en cantares el libro de los salmos; versículos floridos de esperanza van cayendo sobre el lecho del Santo como pétalos de rosas...

La noticia de que el abad Domingo agonizaba se derramó con alarma por el burgo; los mensajeros que partieron en busca del obispo, llevaron la nueva más lejos. Del burgo de Silos y de los pueblos inmediatos acudían al monasterio muchas personas en demanda de más ciertas noticias y deseando ver las últimas luces de aquellos ojos que dejaban en las almas luminarias de alegría.

Cuando por fin llegó el obispo, el largo dormitorio de los monjes, a cuyo extremo tenía el abad su celda, se hallaba invadido de gentes.

Grimaldo nos dice que había entre los presentes muchas personas de afuera.

De la cámara abacial salían susurrantes tristes noticias, y pasaban de unos á otros escurriéndose entre lágrimas.

El buen obispo no pudo tampoco contener las suyas; pero sus palabras sonreían entre el llanto. El monje que las oyó tuvo cuidado de recogerlas y atesorarlas; eran un tesoro que valía tanto como las esperanzas cristanias que contenían: *Padre Domingo, amadísimo padre, damos gracias a Dios —¿verdad?— le damos gracias de que, al fin, triunfando de esta vida pasas al descanso de la gloria. No te olvidirás de nosotros al verte seguro, ¿verdad, Padre? Ruega mucho al Señor, pídele mucho por todos nosotros, y por estos que son tus hijos, para que algún día nos encontremos todos juntos en el cielo, y entonces, para siempre, para siempre.*

La voz del obispo llegaba a los oídos del Santo empapada con los sollozos de sus monjes.

Al pronunciar el prelado las últimas palabras, Santo Domingo, incorporándose un poco, levantó los ojos al cielo, alzó las manos, y como abrazando lo que sus ojos veían, lentamente las cruzó sobre el pecho, y sus ojos se cerraron.

Era un abrazo con que se posesionaba de la visión espléndida que Jesús y María le mostraban, y un abrazo en que abrazaba los ruegos y la esperanza del prelado; en ese abrazo de promesa solemne, nos estrechó a todos sus hijos.

Después, notas de cantos funerales, llantos y miedos, un poco más de sombras aquí abajo, y un poco más de luz allá en la Gloria.

Capítulo XXI

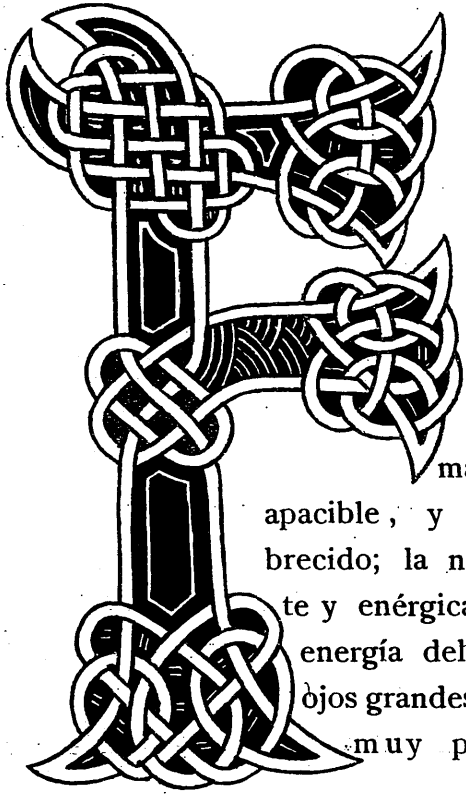
Lamparita clara

El espíritu y la obra del Santo

EMPERE CLARA

Condesaron el cuerpo, diéronle sepultura,
Cubrió tierra a tierra, como es su natura,
Metieron gran tesoro en mui grand angostura,
Lucerna de grand lumen en lenterna oscura,

BERCEO, 531

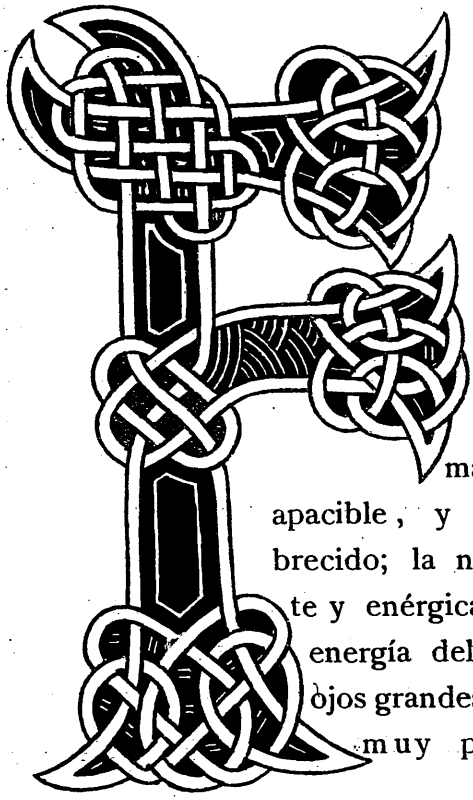


UÉ Santo Domingo menudo de cuerpo, pero bien formado, el rostro apacible, y jamás ensombrecido; la nariz prominente y enérgica anunciaba la energía del carácter; sus ojos grandes, que miraban muy profundo, po-

EMPRE CLARA

Condesaron el cuerpo, diéronle sepultura,
Cubrió tierra a tierra, como es su natura,
Metieron gran tesoro en mui grand angostura,
Lucerna de grand lumen en lenterna oscura,

BERCEO, 531



FUÉ Santo Domingo menudo de cuerpo, pero bien formado, el rostro apacible, y jamás ensombrecido; la nariz prominente y enérgica anunciaba la energía del carácter; sus ojos grandes, que miraban muy profundo, po-

saban en las personas y en las cosas un mirar inteligente, blando y sereno que acariciaba; en la vejez, una corona de cabellos de plata cercaba, en parte, su larga calvicie; en todo tiempo, de sus labios, se esparcía por el rostro un albor de suave alegría—*sobriae alacritatis*.

Aquel hombre de aspecto tan dulce, lleno siempre de un gozo discreto —*plenus modesta baetitia*—y que tan frágil parecía en las fuerzas del cuerpo, llevaba dentro una centella de energías.

Con razón le llama Berceo *lucerna de grandes luces*. Tenía en su espíritu la alborada que recreaba en su rostro; las luminosidades opulentas y cálidas con que los hombres superiores alientan a los demás en su marcha y les alumbran el camino.—No es el entusiasmo un poco forzado del biógrafo, ni los cariños de hijo los que me empujan a decir esto; es que, bien estudiada la figura del santo, aparece con relieve fortísimo, y más grande y representativa de lo que pudiera creerse leyendo de ligera los breves datos que nos dejó su discípulo. El retrataba al santo, y al santo que manifestaba la gloria adquirida derramando favores en multitud de milagros. Por eso

dejó pasar en silencio—un silencio desesperante—gran número de noticias que, para nosotros hubieran sido de gran precio. Sin embargo, aunque no se alzó a considerar el valor altísimo de algunas empresas del santo, nos dejó memoria de ellas; y en esos hechos, el testimonio tanto más auténtico cuanto involuntario, de lo que representa Santo Domingo en España y en su época.

Ya han quedado señalados esos hechos al narrar su vida; pero queda aún el someterlos a examen. De este análisis saldrá la valoración de su obra múltiple, y el esquema de su espíritu. Espíritu que empujaba y guiaba a los otros mirando siempre en Dios, y mirando más allá de su siglo; lamparita clara, lucernario riente que alumbraba en su tiempo con luces primeras.

SU OBRA, REFORMA Y RESTAURACION DEL MONASTERIO DE SILOS

Padecía el alma del santo el dulce padecer enamorado de lo árduo, lo bueno, lo bello. Hubiera podido cumplir su mandato ante el rey, dejando una comunidad de buenos religiosos re-

formados, y un monasterio bien organizado; pero quiso cumplir más altamente, cumplir con Dios de manera acabada, según sus fuerzas, y cumplir también con la demanda exigente de su propio espíritu. No era un hombre que hiciera estas cosas con el simple buen celo que pondría en otro encargo. Las hacía como hace un caballero sus hazañas; era el caballero del ideal perfecto—*strenuissimus restaurator*—, le llama su discípulo.

Y como sus fervores eran apasionados y campeadores a lo divino, y las calidades de su espíritu muy activas y lucientes, nos dejó sus exquisitas ambiciones engastadas como un ágato en un joyel de arte magnífico, y acariciando con sus reflejos de misterio a un grupo numeroso de monjes santos, cultos y artistas.

Al terminarse las obras por él comenzadas, se alzó sobre la iglesia la cúpula primera que se levantó en España, y, acaso, en toda la Europa de occidente; aquella labor en los capiteles del claustro maravilloso, fué también innovación acertadísima que trasladó a nuestra tierra, y, de aquí, a otros países, la técnica, los símbolos y los sueños del oriente; de la escuela fundada por el Santo, salió aquel historiador famoso que, por su

condición clásica, su concepción entonces novísima de la historia, por su método y estilo, y a pesar de sus defectos, es el mejor prosista latino de su época, y el precursor del primer renacimiento.—*Su reforma y la reforma elmiracense.*

Pero la labor realizada por el santo en su abadía, tiene otro aspecto en que se muestra la fecunda y creadora independencia de su genio.

Por entonces, los benedictinos de Cluni invadían con ocasión, y aun con pretexto de reforma, y al favor de nuestros reyes, los monasterios españoles.—Poco a poco, por la absorción dominadora que ejercían los de fuera, enrareciendo el ambiente, nuestras casas o languidecían encogidas, o se entregaban a los cluniacenses, para recibir por algún tiempo—muy poco tiempo—un soplo de vida. Así se fueron entregando casi todos los principales monasterios de Castilla y Navarra, porque no tuvieron el hombre capaz de resistir a extrañas presiones por ser capaz de alentar por sí mismo, de insuflar en su casa nuevas actividades y más levantados bríos. El monasterio criado al calor de espíritu de Santo Domingo, creció y conservó muy largo tiempo sus

fuerzas lozanas, mientras los reformados por cluniacenses envejecían.

«Lumen de los abades» le llama Berceo; y contemplando sus empresas, todas las grandes obras de su vida, en todas ellas aparece Santo Domingo estimulando con su ejemplo, alumbrando con su conducta el difícil sendero que debían seguir los prelados. En este asunto de la reformas, hubo algunos varones que ilustraron su nombre pisando las huellas del abad de Silos.

SU ACCION EN LA LUCHA DE LAS INVESTIDURAS

En cambio, él fué el primero y único en España, el adalid atrevido y sereno que se aventuró indefenso y desamparado de todos en aquella lucha formidable de las investiduras. Los príncipes se repartían los derechos de la Iglesia, haciendo en su personal provecho cotos redondos con la de la jurisdicción sagrada. Semestrada así la independencia de los prelados y del Pastor supremo, la culpa de aquella relajación que postraba miserablemente a gran parte del clero, la tenían en larga medida

los poderes seculares. Santo Domingo, con rara clarividencia, con decisión audaz, viendo los males que causaba la zarpa dura de aquella injusticia, encendido en amores por la santa independencia de la Iglesia, por su honor y atributos de madre, detiene con serenidad heroica la mano de don García. No importa que, de momento, fuera arrollado, al fin, fué suya la victoria porque triunfaron los principios por los cuales luchaba.

En esta lucha, por entonces, nadie se aventuró a seguirle; se necesitaba tener bajo el ropón monacal un corazón gigante para atreverse a luchar con los reyes.

SU OBRA DE APOSTOLADO

En cambio, para la obra misericordiosa que realizaba adoctrinando a los pueblos, pronto hallará imitadores, y, en el correr del tiempo, el genio benéfico que extenderá aquella acción por toda la tierra. La obra que así realizaba Santo Domingo de Silos, como la que con el mismo espíritu, aunque en proporciones extraordinarias realizara después Santo Domingo de Guzmán, era la más benificiosa, y la más necesaria en su época. La ignorancia de los fieles, que corroía

como úlcera su vivir de cristianos, era hija del abandono. El clero dormía las inquietudes de la conciencia en la confianza sobre la fe de los pueblos; su propia incultura, y la falta de celo, limitaba su misión de pastores a la celebración de las solemnidades y a la administración de sacramentos, y así estaban los fieles. Era tal su estado que, veintitrés años antes de la muerte del santo, el concilio de Coyanzas intentó remediarlo con algunas disposiciones. Pero ellas mismas dan la medida del mal, y muestran lo difícil del remedio. Se limitan a imponer a los clérigos la obligación de enseñar a los niños el credo y el padrenuestro, y a exigir penitencia a los públicos pecadores. Con estos medios, poco se conseguía. Era preciso, no solamente poner en los labios de los fieles unas oraciones, y, ante sus ojos, el apremio de una reparación por las culpas, sino meterles en el alma divinas enseñanzas que la iluminaran, y puñados de amores encendidos que caldearan las voluntades y las fortificaran contra el mal del pecado.

Y esto fué lo que hizo santo Domingo, glosando en su conducta, y con aquella su abundancia de espíritu, las parcas disposiciones de los cáno-

nes. El resultado de su acción, pudo notarlo enseguida.—No era eso propio de entonces, tan solo; es de ahora, de siempre; los hombres están sedientos de la palabra divina. Podrán ellos creer otra cosa, pensarán que ni quieren ni necesitan de eso, se dejarán incrustar en olvidos, pero cuando la palabra de Dios, la verdadera palabra divina, la que recoge el extremecimiento emocionado, palpitante de amor, de consuelo, de verdad y de vida, la que habla como un eco lejano del dulce hablar de Cristo, cuando esa palabra llega a las almas las extremece y las ilumina y las envuelve en muy blandos calores que recrean.

Por algo se llama *Verbum ignitum*, «Palabra de fuego», la palabra solemne y eterna que encarnó en Jesucristo.

El santo abad la repartía «con fe ardiente, con insistencia cariñosa y porfiada, —*impigso studio ac ferventi fide,* dice su discípulo Grimaldo—, y para recogerla de sus labios fluyendo fácil y abundosa, los pueblos se acercaban en masa, llevando después en sus almas resplandores de luz y de fuerza, redención de alegría.—Bien debían agradecérsela, entre tantísimos, aquellos pobres mineros de Monte Rubio.

La densidad de su talento bajaba como por su propio peso hasta el fondo de las cosas, descubría la raíz del mal, la amenaza de peligro o la ignorada excelencia, y sabía, también él pirmero, atajarlo, hacerle frente y producir a luz nuevas formas de lo bueno y de lo bello que, entre los suyos, no se conocían. Berceo se complace en llamarle adalid, *Padrón de los Perlados, Lumen de las Espanias*. Y es verdad que, en lo religioso, en lo social y aun en artes, fué el adalid que marcha delante; fué, espiritualmente, el primer Adelantado de Castilla».

SU ESPIRITU.—EL HOMBRE

El monje Grimaldo que conoció personalmente a Santo Domingo señala con verdadero acierto psicológico la blandísima fusión de suavidad y fuerza en el espíritu del Santo.

Para hacer triunfar las ideas en la conducta se necesita tener un acopio de energías tan activas y robustas que incrusten las ideas en los sentimientos formando un bloque, labrando un carácter. Pero, precisamente, por esa dominación conque los principios se adueñan de los afectos

para gobernarlos y dirigirlos, sucede, a veces, que los sofocan. Entonces, esos hombres serán fuertes, enérgicos, constantes, triunfarán en sus empresas, tendrán cierto género de virtudes, pero aunque las tengan, no son admirables; en ellos las buenas cualidades estarán todas de punto, y resultarán erizados de virtudes. Tampoco puede decirse con toda verdad que son «un carácter», aunque, a veces, se diga. El carácter, como un valor del espíritu humano, supone un valor racional, libre; y no hay libertad, donde no puede haber elección. Por eso, toda la fuerza de los hombres que tienen mutiladas, atrofiadas las fuerzas afectivas, los valores emocionales, no es más que empujón terco y recio, estallante de egoísmo.

Un hombre así no es un carácter; este requiere muchas riquezas espirituales y mucha fuerza.

Tal es el tipo moral de Santo Domingo: rico, opulento en afectos efusivos, pero gobernados con blando tacto, con mucha fuerza.

Era fuerte en regir toda su vida por el celoso ideal escogido; para seguirlo sin desmayo aunque el corazón se abriera y el cuerpo se rindiese; fuerte para derrochar sus fuerzas en trabajos,

para resistir amenazas soberbias, para mirar con indulgencia piadosa a los caídos, para acariciar a los que se les mostraban ingratos, para conquistar a los malos y ganar para Cristo lo que todo hombre tiene de bueno; fuerte también para seguir su camino entre estorbos e injurias y esquiveces de envidia. Pero fuerte, sobre todo, en comprender —y comprender es perdonar—, en apiadarse, en sonreír, en dar alegría, y fuerte, fortísimo, en amar.

Y blando también; muy dulce y amoroso en todo eso: en corregir, en resistir, en luchar, y hasta en vencer. Y de tal modo equilibradas en su espíritu la dulzura y la energía, el amor y la fuerza, que no se acierta a descubrir si era más afectuoso cuando mostraba energía, o más fuerte cuando amaba.—Aquel hombre que tantas luchas sostuvo en su vida con robustísima serenidad de ánimo— *constantia sui fortis animi*—, era al mismo tiempo, y más hondamente, más esencialmente, un espíritu afectuoso y gran amador de la paz—, *amicus gracias ac dilectionis*. No se lanzaba al combate, no se mostraba fuerte por el empuje de un temperamento que se enardece en refriegas, o devana por la desazón impaciente de

un espíritu duro y desabrido, sino porque toda su bondad tan cariñosa, salía a la plaza con aires de fuerza cuando se lo imponía el deber. El sentimiento del deber era lo que en su espíritu equilibraba las otras fuerzas, y en ese equilibrio tan dinámico está la fórmula de un hombre de carácter.

Los reyes conocían del santo las cualidades que se afirman con energía: su entereza, su rectitud, su virtud y sus talentos—*ipsius summo ac sagaci ingenio*—, y sabían que era fuerte; los pueblos conocían su generosidad fácil, la benévola acogida conque recibía a todos, su compasión siempre pronta a derramarse en mercedes —*semper perfusus pietatis affectibus*—, y sabían que era bueno; pero sus monjes, se acercaban más al secreto de su carácter; ellos conocían que su fuerza y su amor se fundían en un nombre, ellos sabían que era Padre.

EL PADRE

Todo padre recibe de Dios una participación de las más altas atribuciones divinas; crear, sustentar y gobernar. Por eso, cuando esas funciones son ejercidas a la manera que se ejerzan en

su alto origen, aunque con las limitaciones e imperfecciones de la humana naturaleza, ellas suponen entonces en las entrañas de los padres el mismo principio de acción que en las entrañas divinas: el amor. Y, así como los hombres aman a Dios cuando saben por Jesucristo y lo aprenden con el corazón, como Dios es nuestro Padre, así también el amor paterno produce necesariamente, como reflexión de ese sentimiento, la relación amorosa de los hijos para con los padres. De esta manera, el amor de aquellos es un testimonio que califica el proceder de éstos.

Santo Domingo había creado una numerosa familia monástica, y en las circunstancias más difíciles, y asumiendo, con el cargo de abad de Silos, la misión no ya de engendrar para Dios unos hijos que voluntariamente lo desean y se ponen en sus manos con espontaneidad que hace fácil la empresa, sino viniendo a ellos como reformador, impuesto por el rey. Fué la suya una paternidad muy dolorosa. Sin embargo, tan acertadamente entendía el carácter de su misión, tan sincera y cordialmente la ejercía, que sus hijos le rindieron el mejor testimonio para un padre: aquel cariño íntimo y piadoso que le profesaron

toda su vida, y manifestaron con tantas lágrimas en su muerte, y que tanto les hizo trabajar por su memoria, después de muerto. Todos le amaban, dice Grimaldo; pero le amaban no porque mimase su pereza o consintiese en sus vicios—pues el amor que así se logra no es más que una transformación del egoísmo—, sino porque, viviendo intensamente de lo sobrenatural, todas las actividades que ponía en su labor, recibían su fecundación de la Paternidad divina.

Con benignidad de padre piadoso—*benigna paternaque pietate*—los engendraba para Cristo; pero su bondad nunca llegaba a esa condescendencia que, con halagos perniciosos—*blandimento pravæ seductionis*—busca captarse voluntades.

Sustentaba la vida espiritual de aquellos hijos, con solicitud tiernísima; trabajaba por desarrollarla en sus almas prodigándoles consejos y enseñanzas, envolviéndoles en fervores, ofreciéndoles para todos los desfallecimientos, en sus tristezas y en sus faltas, públicamente o en privado, el alimento fortificante y pródigo de su palabra. *Omni vigilantia*, *verbis intruxit*, con vigilante cuidado los instruía, dice su biógrafo. Pero era una vigilancia que, como el mismo Grimaldo dice,

también se extendía a todo lo que pudiera aprovechar, no ya al interés general de la casa, sino al particular de los individuos, buscando—*quaerebat*—lo que pudiera darles placer, lo que sirviera para cumplir los deseos y favorecer los intereses privados de sus hijos; pero, eso sí, los intereses razonables y justos—*justis utilitatibus*.

Hay en la vida de Santo Domingo un hecho, ya narrado, en el cual aparece sangrando en dolor y rezumando misericordia sus entrañas de padre. Cuando en los principios de la restauración silense, todavía en los comienzos de la formación espiritual de aquellos hombres, éstos se rebelan y ultrajan al abad, acuciados por la falta de mantenimientos, el año del hambre, el santo rompe en sollozos al oír sus recriminaciones, y, acaso pudiera creerse que era el hombre quien lloraba, lastimado por las injurias; pero cuando los religiosos se mostraron arrepentidos de su delito, y avergonzados de su torpe impaciencia, entonces se vió que era el Padre quien lloraba la miseria de sus hijos; porque, entonces, en lugar de reprenderles o exigir una satisfacción, no ya rencorosa, sino justiciera, que borrase la falta, olvida su pena para pensar tan solo en la pena

que con su arrepentimiento mostraban sus hijos, y *con benignidad suavísima trata de consolarlos.*—En este hecho—que, venturosamente, nos ha conservado su discípulo Grimaldo—, están a flor de piel y desbordando, el amor piadoso que llenaba su corazón de padre. Esta noticia compensa largamente todo lo que Grimaldo hubiera podido decir, y no dijo, para mostrarnos hasta qué punto Santo Domingo se sentía padre de sus monjes.

Padre era también en gobernarlos; en armonizar tantas voluntades, en hacer que marcharan al ritmo del vivir esforzado que él deseaba, en asentar las indisciplinas, en componer las diferencias, en pesar las necesidades generales y utilizar las aptitudes y aficiones de sus monjes para obtener, en bien de todos, y con más facilidad, más rendimiento de trabajo; en escoger sus instrumentos y saberlos manejar; en recompensar y en corregir, en ese arte vidrioso del gobernar, Santo Domingo empleaba un tacto tan blando e inteligente que todos se abandonaban en sus manos con entera confianza, y todos le secundaban con celo en su penosa tarea —*omnium mentes ad sin favorem inclinabat.*

Tenía para ello todas las cualidades de corazón y de inteligencia que son necesarias; pero sobre todas estas cualidades, estaba aquella templada dulzura de su espíritu— *dulce illius temperamento*—que equilibraba y salvaba a las otras ungiéndolas en suavidades de prudencia y discreción.

EL SANTO

Nos hablan los biógrafos de Santo Domingo de su piedad, de su humildad, de su mortificación y vigilancia fidelísima con las observancias monásticas; ya queda expuesto cómo la caridad dilataba con ensanchamiento holgadísimo los senos profundos de su alma; cómo su celo inquieto hacía que todos los que con él trataban, fuera cual fuese el negocio, se marcharan más ricos, llevando consigo el bien fecundo de su palabra; a todos los repartía —«a todos a quienes se acercaba»—, *omnibus ad quos pervenire potuit—;* pero, después de la caridad, las características de su alma de santo, las que dan dirección y fuerza a toda su vida, fueron la virtud de religión y la pobreza mística o espiritual.

Cuando edificaba el Monasterio—la obra urgente que tantos recursos consumía—, la serenidad habitual del Santo, se turbaba a veces, con inquietudes ansiosas—*auxia solicitudo*—, viendo que se avecinaban los pagos, que apremiaba la adquisición de lo más preciso, y que, para todo ésto, no quedaban ya recursos en las arcas del convento. Pero luego, en la iglesia, mientras se celebraban los Santos Misterios, contemplando entre las nieblas perfumadas del incienso, el flotar de hermosas vestiduras ministeriales, en torno del ara resplandeciente, veía alzarse el vaso sagrado para recoger en el corazón de su copa la sangre que riega de vida a las almas, la suya se dilataba en religiosa confianza, y se sentía serenado.

Era un mayordomo que empleaba en el servicio de su Dueño todo lo que El le daba; no debía inquietarse; su Señor es el Padre de familias que provee a todo sin agotar jamás sus inmensos tesoros.—Y, entonces, cuando los oficiales del monasterio le hacían observaciones sobre los dispendios de las obras o las limosnas, y le hablaban de las necesidades de la casa, Santo Domingo les animaba con un gesto, sonriente y

tranquilo, y luego, ante todos los monjes reunidos, dejaba fluír aquella su piedad cuidadosa —*religiosa vigilantia,* la llama Grimaldo—en una exhortación llena de confianza, y alegre como una antífona.

Grimaldo conservaba en su memoria el recuerdo imborrable de aquellas pláticas en que el santo, para animar a los suyos, para educarlos, les hablaba del canto, de las ceremonias, de la decencia y arte de las vestiduras y objetos sagrados, en un hablar ungido por el espíritu de religión, *exhortatione pia.*

Como aquellos varones que elogia la Escritura, Santo Domingo tenía el gusto de lo bello; se recreaba en las bellezas del culto como todas las almas de percepciones exquisitas; pero este sentimiento no le hubiera hecho emplear en alimentarlo las sumas que empleaba; hubiera sido un gasto superfluo, destinado solamente a satisfacer un refinado egoísmo.

El santo abad gozaba, sí, con el esplendor del culto, pero gozaba porque lo comprendía; lo consideraba fundamentalmente como el ademán religioso con que los sentidos recrean, a su modo, la presencia del Amado.

Precisamente, lo que diferencia el ánimo suntuario del espíritu de religión, es que el primero, por vanidad o complacencia, realiza lo magnífico y lo bello pensando en sí mismo, y el otro lo realiza pensando solo en Dios.

Si en otras páginas he aludido al espíritu suntuario de Santo Domingo, me pesa haberlo dicho. Tenía ese sentimiento, es cierto, pero lo tenía mortificado por el desasimiento de la mística pobreza, y lo que aparece vestido de revestimientos bellos de la virtud de religión que rompe el rico alabastro para ungir con esencias de nardos los pies del Esposo.

Esto explica el aparente contraste que ofrecen tantos dispendios, y tan enamorado amor de la pobreza. Aquel hombre que emprendiera, a Gloria de Dios, obras muy costosas viéndose casi siempre necesitado de recursos, tenía profundo horror —*exhorrebat*—a la abundacia de bienes. Con calurosa porfía,—nos dice Grimaldo, se esforzaba por comunicar a todos este desprendimiento que con generosa imprevisión, en lugar de atesorar, derrama cuanto tiene en las manos para alabar a Dios y servir a los pobres, que son los miembros más delicados del Señor. En el santo abad de

Silos, tan apretado por fuertes apuros económicos, aquel desdén era un alarde magnífico, heroico de su espíritu de pobreza.

Hondamente tenía clavado en el alma aquel desasimiento. Y tan hondo, que le despojaba con facilidad simplicísima, sin dolor, sin esfuerzo, no sólo de las riquezas materiales, sino de los bienes que tanto ambicionan otros espíritus. La familia, las comodidades, las mundanas aspiraciones, el honor, el reposo, los derechos de su cargo, los privilegios adquiridos, la dulce visión de su tierra, todo lo abandonó con desprendimiento supremo, o se lo dejó arrebatar como si nada de aquello fuese suyo, sintiendo el goce íntimo de no tener nada, de dominarlo y poseerlo todo en la santa pobreza espiritual.

La primera parte de su vida, no fue más que un largo despojo. Lo único de que nunca consintió que le privasen, lo único que ambicionaba en firmes ansias era ganar con amores los amores de Dios. En esta ambición y esta pobreza está el secreto que alentaba su espíritu y fecundó maravillosamente su obra: el Señor le concedió lo que buscaba, y le devolvió, beneficiado con creces, todo lo que se había dejado arrebatar; al

que tanto le amaba, hizo su amigo, y al que nada tenía, le dió las grandezas que repartía a los demás.

En el momento en que Santo Domingo exhaló el último aliento para esta vida al besar la eternidad, los niños educandos del monasterio, vieron lucir, sobre la cabeza del Santo, tres coronas. Las tres coronas que Dios le había prometido en visión confortante al comenzar la restauración de la abadía de Silos. Con ellas simbolizaba el Señor los méritos que premiaba en su siervo: su devoción a la Virgen Santísima, la fidelidad perfecta al espíritu de su estado, y los desvelos del superior fueron la canonización divina del cristiano, del religioso y del Prelado.—Ellas nos dicen lo que la obra y el espíritu de Santo Domingo valían ante Dios.

Capítulo XXII

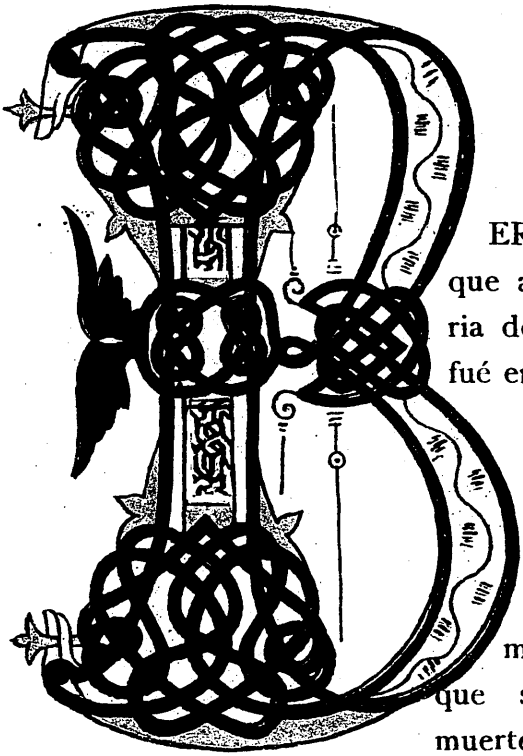
Manto de honor

Gloria póstuma del Santo

MNTO D BNI

Nos levamos la casa lo mejor que pudiemos,
Como quier que se fizo, la voluntat metiemos;
Dios depare quien cumpla lo que nos falleciemos,
Que aya meior seso de lo que nos oviemos.

BERCEO, 395.



ERCEO nos dice que aquella luminaria de grandes luces fué encerrada en *lenterna oscura;* pero no es verdad lo que dice Berceo.

En los primeros momentos que siguieron a la muerte del Santo, un

estupor doloroso se apoderó de los monjes de la casa. Todos sentían que habían perdido para siempre un padre, y le lloraban amargamente:

. . . . . *cansos et doloridos*

. . . . . .

Daban por los corrales, los pobres, apellidos.

Los habitantes del burgo, las gentes de la comarca, todos los que habían recibido sus mercedes—y las recibieron todos los que con él trataron—, se preguntaban dónde hallarían para sus miserias y necesidades un amparador tan generoso e incansable como el abad difunto.

En las humilduchas aldeas recostadas entre sombras míseras por los valles de Tabladillo, de Carazo, Contreras y Peñacoba, durante las veladas de aquel mes de diciembre, las abuelas debían contar a los muchachos, sentados junto a la lumbre, bajo la henchida chimenea, que en el convento de Silos—un convento muy grande y más hermoso que el palacio que el señor rey tiene en Burgos—, había muerto un santo. Era un viejecito más sonriente y cariñoso que el fuego de la cocina en Nochebuena; quería mucho a los niños obedientes, y era muy bueno con los pobres, y les hacía muchos bienes; y aunque era

monje escapulado y tan ancianito, era también muy valiente, porque defendía a los pecheros contra los malos señores. Y una vez...—Los padres, oyendo las charlas de la abuela, asentían moviendo la cabeza tristemente, y recordando tantas cosas obradas por aquel santo hombre, debían ser los que decían, según Berceo:

Nunqua más fallaremos pora nos tan buen manto.

Pero las gentes que así decían, se equivocaban— lo mismo que los monjes. No habían perdido al Padre, al amparador benéfico: desde los cielos les protegía con más eficacia, con más insistencia que nunca. Aquella «*lenterna*» que Berceo llama oscura, aquel humilde sepulcro en el claustro que encerraba el cuerpo del santo, despedía tal resplandor en tantos prodigios que, tres años después de la muerte del abad de Silos, en medio de fiestas y alegrías que regocijaban todo el valle, se celebró, al modo del tiempo, la canonización del santo: obispos, abades, magnates, pueblos enteros trasladaron los sagrados despojos a la iglesia, y sobre ellos colocaron un altar.

Fué el mayor de los favores que los monjes

de Silos debemos al rey Alfonso VI, el más generoso bienhechor de la abadía después de su padre. Don Alfonso ordenó que los varones eclesiásticos juzgaran el asunto de la canonización, y el resultado fué declarar santo al que don Fernando había nombrado abad de Silos.

En aquella circunstancia, entre los grandes señores que acudieron, debía hallarse el Cid Rodrigo Díaz. Lindando con las del monasterio tenía largas posesiones, que después regaló a la casa, y además, era amigo del Santo.

La fama de los milagros que obraba Dios por intercesión de su siervo ilustraron su nombre y propagaron su devoción, a través de los siglos, por toda España. Pero las sobrenaturales hazañas que dieron carácter a la acción póstuma del Santo, desde el cielo, fueron aquellas que le valieron el título consolador, afanosamente invocado, en otros tiempos, por tantos labios que temblaban de esperanza llamándole «Redentor de cautivos».

Fué un título bien ganado. Ya en su vida había comenzado a merecerlo; poco después de su muerte, su mismo discípulo Grimaldo, testigo de los sucesos, refiere los casos de infelices cautivos rescatados por el Santo, que acudían en acción

de gracias al monasterio. En el correr del tiempo, la acción misericordiosa se intensificaba; por todas las mazmorras y *baños* de la España musulmana y del norte de Africa, se invocaba, y de ordinario con éxito, la protección del santo abad de Silos.

Cuando, por fin, los cautivos liberados se veían en tierras cristianas, llegaban a nuestro monasterio, dejaban las cadenas y grillos de su cautiverio que aún conservamos, y referían largamente la historia de su desdicha y la liberación milagrosa, obtenida por el Santo. En el siglo XIII, Pedro Marín, monje de la casa, tuvo la feliz idea de recoger por escrito aquellos relatos que los redimidos le hacían en medio de «la claustra», delante de los otros monjes, del concejo del pueblo y numerosos vecinos. Con ellos formó el libro de los *Miráculos Romanzados,* que historian la redención de muchos cientos de cautivos.

Es un libro curiosísimo por los interesantes pormenores del vivir de los cautivos, utilizable también para la historia, y sobre todo, elocuente pregonero de la misericordia de nuestro santo.

Como es un libro raro, que no se encuentra fácilmente, al final, y como apéndice, he recogido

algunos de los innumerables testimonios, porque el asunto lo merece, y están además referidos por los mismos cautivos con un acento de verdad, con una tal palpitación de realidad, y al mismo tiempo, con tal sencillez que hacen su lectura edificante y deliciosa.

No faltará, quizá, quien se sonría al leerlos; pero su sonrisa no puede destruír el testimonio de personas como Fernando el Santo, ni con sonrisas puede explicarse el misterio de aquella turbadora experiencia personal que el propio Alfonso X relata, ni las ingenuas y verísimas narraciones de los cautivos.—Y como esa sonrisa, que no explica nada de esto, tampoco puede destruírlo siempre quedan con su valor de testimonio los relatos que recogió Pedro Marín (1).

Más elocuente aún que estos relatos es la devoción universal en la España de otros tiempos, al milagroso Redentor.

Que faz ennos moros grandes escarmientos,
quebrantales las carceles, tornalos sonolentos,
Sacales los cativos a los fada malientos (374).

(1) Por mi parte, y en circunstancias que personalmente me lastiman mucho, doy a la publicidad este libro, como una ofrenda al Santo de Silos, una ofrenda que lleva consigo la robusta confianza de obtener, por su medio, el rescate de un hermano muy querido, cautivo también de los moros, como aquellos que entonces rescataba el Santo.

En Aragón, en Castilla y Andalucía, en aquellas comarcas más expuestas a incursiones de moros, se fueron levantando, siguiendo el avance de la reconquista, numerosas iglesias en honor del Santo. Era el Patrón que esforzaba a los cruzados de nuestra España con la esperanza de arrancarlos de manos de moros, si caían cautivos.

En varias de esas iglesias se fundaron cofradías bajo el patrocinio de Santo Domingo, el de Silos; pero la más notable fué la Hermandad que, establecida en nuestro monasterio, llegó a contar, allá en el siglo XV, con más de cuarenta y cinco mil cofrades, devotos entusiastas del gran Redimidor.

La fama de que gozaba el santo abad de Silos, la devoción que inspiraba, la gratitud que tanto le debían, fué el tapiz que los reyes y los pueblos tendieron sobre el sepulcro que Berceo llamó *lenterna oscura*, fué su manto de honor.

Al abrigo de aquel manto, el monasterio y el burgo crecían rápidamente con fuerte hinchazón de vida. La jurisdicción abacial se extendió por numerosos prioratos, desde la Montaña hasta Andalucía. Al ser reconquistada a los moros la villa de Madrid, aquel *castillo famoso*, les fué con-

cedido a los monjes silenses el honor y el empeño de poblar el arrabal que se llamó de San Martín.

Tan bien supieron los monjes cumplir su cometido, que los pobladores acudían presurosos a ponerse bajo el fuero de la jurisdición abacial, tomando la repoblación extraordinario incremento (1).

Lo mismo hicieron los monjes de Silos en Sevilla poblando el arrabal de Puerta Carmona.

En Madrid, en Sevilla, en todos los prioratos y dependencias, los religiosos del monasterio se mostraron verdaderos hijos de aquel Abad que así dilataba los términos de su casa, para hacer más fecunda la actividad bienhechora de sus monjes (2).

(1) A la jurisdicción del abad de Silos pertenecieron las parroquias que fundaron y sirvieron los monjes: San Plácido, San Ildefonso y San Marcos, además del hospital que establecieron con título de «Buena Dicha».

La parroquia prioral de San Martín, llegó a ser la más importante de la villa y en ella, acostumbraron los reyes a celebrar sus cortes durante algunos siglos.

(2) Para dar idea de la importancia del monasterio bastará observar que de todos los de España, excepto San Servando de Toledo, era el que más pagaba de censo anual a Roma: Oña, Cardeña, San Isidoro de León, San Juan de la Peña, San Pablo de Barcelona etc. etc., pagaban un *morabetino* de oro; Sahagún, dos, y Silos pagaba cinco.—Véase el *Liber Censuum genuinus* de Cencius de Sabellis, en *Patr. Lat. Migne,* t. 98, col,483.

El mismo burgo de Silos, aquel puñadito de casas que se acogió al amparo del convento, crecía y se ensanchaba; aquel lugarejo se transformó en villa de vivir industrioso, bien sustentada con abundantes bastecimientos, muy populosa y honrada con el asiento que en ella hacían nobles linajes; un cerco de fuertes murallas la defendía; pero se sentía más amparada por el gobierno vigilante y solícito de su señor, el abad. Para los enfermos, una leprosería de las mejores del tiempo, y un hospital, todo sostenido y atendido por los monjes; para los pobres sin otros bienes que el empleo de sus fuerzas en el trabajo, la casa se lo ofrecía en variados oficios, alimentando a cerca de cien familias; y para aquellos infelices que ni siquiera poseían ese gran bien, la mejor de todas las hijuelas, la capacidad para el trabajo, para ellos se abría la alberguería del monasterio, y la mesa del abad los recibía y les daba sustento (1).

En el pueblo, en los prioratos y granjas, todos

(1) Según un documento del año 1338, además de los pobres ordinarios, el abad recibía a su mesa diariamente, en sus habitaciones particulares, a cuatro pobres; se sostenía también a varias reclusas, y *a cuatro moços chiquillos, que se crian por Dios.*—Férotin, *Histoire del Abbaye de Silos*, p. 123, nota 4.

los que tenían relaciones con los hijos de Santo Domingo, reconocían que el corazón de aquellos monjes latía con ritmo semejante al latir del gran abad, su Padre.

* * *

Después... los fuegos de aquel hogar que encendió Santo Domingo para dar calor al valle, se fueron enfriando. — Probablemente, el secreto está detrás de estas montañas; hay que trepar a la cumbre, subir al pico de Tejada, a lo alto de Cervera, y desde allí contemplar la historia de otros tiempos.

Por el surco del valle resbala el camino, cruza el río Ura sobre un puente romano, muy chico, al pie de un cerrillo donde se alzó una villa, y luego, valiente, empinado, llega a las alturas, cimentando en los restos de antigua calzada.

Desde aquellos altos, la vista se llena; al norte, la serranía burgalesa se tiende abultando sus senos oscuros, que se visten de azul en Reinosa para besar el azul de los cielos; al sur cabrillean los montes, el suelo se riza jugando, en los rizos anidan centenares de villas, y luego, la tierra se queda dormida en la inmensa meseta.

Al pie mismo se esconden los adustos valles de Peñacoba y Silos, separados por este espinazo gigante, todo roco, cortado bravamente por espantable cataclismo, mordidos sus lomos por los canchales, convulsionado y vencido como un monstruo en ancho valle que obstruye con su mole. En el espacio que deja libre, muy encogidos, como espantados por el recuerdo de épica lucha, a uno y otro de los flancos eternamente desgarrados, están los dos valles; el uno es del monasterio; el otro, del Cid Rodrigo Díaz.

Y con estos recuerdos, no es ya la vista, es la vista y el pecho y el alma lo que se sacia desde esta altura; es el oído que parece escuchar todavía los ecos remotos de gloriosas gestas. Por estas montañas, resonaron con acentos y fórmulas cien veces distintos, pero siempre poderosos, con sonoras estridencias de clarines, los gritos del poema:

¡Esforzad, castellanos, non ayades pavor.
Saquemos a Castylla de premia e de error! (1)

Y luego, para que Castilla dejara de ser el «*pequenno rryncon*», por aquí pasaron, fuera de

(1) «Poema de Fernán González», estr. 223.

esta cañada, tras aquellas lomas —no, no se ve la senda—,allá por donde corren las aguas de aquel río con luces de acero, por allí pasaron «*mío Cid*» y sus huestes de

Famosos varones, largos siglos poderosos (1),

¡Los legitimos; los verdaderos castellanos, los creadores de España!

No hay entre ellos pobre, que todos son ricos,
No hay ninguno débil, ninguno apocado,
Que todos son fuertes, que todos son bravos (2).

Ellos y los suyos, todos los hombres de noble ambición, todo lo que de fuerte y generoso produjeron las montañas castellanas, se desgajó como un bloque; los robustos, los valientes, los luchadores que rehicieron la España, se lanzaron sobre los moros a conquistar la tierra y la vida.—Atrás se quedaron los otros.

Y fué obra de Santo Domingo y de su monasterio, fué el resultado de su obra aunque no lo pensara, remansar en este valle parte de las energías que se escapaban empobreciendo el

(1) »Poema de Almeria», en Villanueva, *Viage Literario,* t. XV. p. 173.
(2) Ibid.

suelo; y fué labor suya, hondamente, cordialmente sentida, amparar, abrigar junto al convento a los que aquí quedaban por duras necesidades o por tener mutiladas las ambiciones del espíritu.

Si, después de unos siglos, los calores aquellos se enfriaron, fué la suerte renegada de este suelo: su pobreza, el ceñudo paisaje, la bravura del clima, todos los rigores del vivir, aquí tan rencorosos, yo no sé, pero diríase que entumecen las vibraciones del alma, que corroen sus energías, y embotan hasta los deseos de una vida intensa, fuerte, alegre y bella. Pero la causa principal debió ser que tras estas montañas se había ido lo más emprendedor y brioso, lo mejor que tenía Castilla.—Los descendientes de los varones de gesta, no son hoy castellanos.

Aquel hogar de vida que Santo Domingo encendió en su monasterio, retardó algunos siglos el enfriamiento del vivir, en este valle; pero aunque las causas son complejas, ahí está la maldita labor que realizarán con el tiempo, en esta rinconada montañosa, y en otras muchas rinconadas:

En la cumbre de estos montes, se ve con fre-

cuencia una cruz de madera, resquebrajada del sol, flagelada por cien aguaceros, derrengada, derribada por un vendabal y abiertos sus brazos en trágico gesto.—Así está Castilla en estos valles, como las cruces de sus altos.

* * *

Aquel que llamaron «*Patrón de Castilla*» y «*Lumbre de las Españas*», quiera hoy todavía continuar desde el cielo la obra bienhechora que le valió esos títulos; alcanzar nuevos alientos para esta Vieja Castilla tan postrada de tanto fecundar a otras comarcas; dar a la Madre España, agotada por el pasto asombroso de tantas naciones, y dudando de sus fuerzas después de tanto esfuerzo, darle algo de los fervores de amor y de la plenitud de actividad y de vida que el Santo recibe confiadamente con el beso divino y eterno.

* * *

He compuesto este libro porque me lo encargó quien puede hacerlo; he tratado de cumplir esta obligación con un interés muy sentido,

mucho más emocionado desde que el libro, por tristes circunstancias, se ha convertido también en una ofrenda. Yo no sé si esta obrilla cumplirá su fin obrando algún bien, pero me parece que, de todos modos, sea cual fuere la aceptación que merezca, no he perdido mi tiempo: pienso haber ganado el bien de la obediencia, y he ganado, desde luego, el sentir un amor más fervoroso y admirativo por mi Padre, el gran Santo.

Al terminar Berceo su *Prosa* de Santo Domingo, le decía en sus rimas deliciosas:

Ruega, Sennor et Padre, a Dios que nos de paz,
Caridad verdadera, la que a ti mucho plaz,
Salud et tiempos bonos, pan et vino assaz
Et que nos de en cabo a veer la su Faz (772).

No se pueden pedir mejores bienes, ni de manera más candorosamente sentida y expresada. Es lo mismo que yo pido a nuestro Padre, pensando principalmente en sus hijos; pero en todos sus hijos: en los del monasterio y en los de su villa, pues todos, por tener tal Padre, nos sentimos hermanos.

Y ahora, por última vez, recojo unos versos del poeta que tantos me ha prestado: y en éstos

pongo todo el peso de emoción verdadera y suplicante de que es capaz mi alma:

Padre, entre los otros, a mi non desampares,
Ca dicen que bien sueles pensar de tus ioglares (776).

Abadía de Santo Domingo de Silos, en la festividad del Tránsito de nuestro Padre, año 1925.

Los «Miráculos»

de

Pero Marin

ESTOS SON LOS MIRACULOS romanzados, como facò Santo Domingo los Cativos de catividad: & fizolos escrivir Pero Marin, Monge del Monesterio (1)

Como facò de Granada à Pelayo

Era de 1270. annos (año de 1232.) yacia un Cativo en Granada, que havia nombre Pelayo, & yogò y quatro annos; & un Sabado à noche quando al primo Gallo veno Zafra la Mora su Sennora o yacia en la prision, & mandol, que metiesse unas madexas à cocer, que fuessen cochas al Domingo mannana, sinon quel faria dar quarenta azotes. El Cativo, cociendo las madexas, diò un grant sospiro: & dixo la Mora, por què sospiress agora? Dixo el Cativo: Los Christianos en tal dia como cras Domingo havemos alegria, & non laboramos, & si agora fues en mi tierra, non coceria madexas, & habria folgura. Dixo la Mora: Fi de perro, quando esta caldera fuere en tu tierra, entonce iràs tu allà. Dixo el Cativo: & quando ella fuere,

(1) Durante los siglos doce, trece y catorce, multitud incontable de cautivos, después de ser rescatados maravillosamente por el Santo Abad de Silos, se presentaban, agradecidos, en su abadía; la comunidad les rodeaba en la claustra, las justicias del concejo, los hombres buenos de la villa, algunos vecinos eran admitidos con el convento; allí, en presencia de todos, el cautivo refería su redención milagrosa, y, luego, como ofrenda y testimonio, dejaba los hierros de su cautiverio sobre la tumba del Santo. En el siglo trece uno de los monjes y dignatarios del monasterio, Pedro Marín, tuvo la feliz idea de recoger por escrito, en toda su ingenuidad maravillosa, esos relatos que oía en la claustra. De todos ellos, he seleccionado nada más que unos cuantos, respetando por completo la ortografía, tal como aparece en el texto que publicó Vergara como apéndice a su *Vida... de Santo Domingo,*

irè yo? Dixo la Mora, si; mas tú allà nunqua iràs; & si las madexas cras mannana non fueren cocidas, el mal dia todo serà tuyo. Et la Mora fues à echar. Et el Cativo estando dando el fuego, cantò el primero Gallo, & entrò una y grant claridat por la casa, & el Cativo ovo grant miedo, & acomendòse à Dios, & à Santo Domingo. Et dixo una boz: Fijo vete andar, que Dios te à fecho mucha mercet. Dixo el Cativo: & qui sodes vos? Dixo la boz: Yo so Santo Domingo, toma essa caldera, & lievala à la mi casa, ca la quiero para mi. Tomò el Cativo la caldera, & dexò las madexas cerca de el fuego, & salliò en pos la claridat, & fallò la puerta de el corral abierta, & las puertas de la Villa, & quanto durò la noche, nunqua se quitò la claridat de el fatal dia, que fuè en tierra de Christianos. Aduxo la caldera al Monesterio, & està à la cabeza de el Cuerpo Santo, & tienen en ela agua bendita.

Como aparesciò a Mahomat Adalid de Cordova en la Puente Dalcolea, & sacò cient cinquenta de Cordova

Era de mil docientos setenta annos, Sabbado en la noche ante del Gallo, ocho dias de Mayo, saliò Mahomat Adalil de Cordova con grant companna de Moros, & iba correr à Anduiar a tierra de Christianos, & el passando por la puente Dalcolea, dos leguas aquent de Cordova, encontrò en medio la puente un ome con mui grant claridat, & dixo el Moro en latin, qui va y? Dixo! la claridat: Yo so Santo Domingo de Silos. Dixo el Moro, dò vás? Dixo Santo Domingo, vo à Cordova à facar Cativos. El Moro fizo tornar la companna, & venno à Cordova ante que fues de dia: & tenia en una carcel quince Christianos, & metiòlos à todos en el cepo de pies, & las cadenas à las gargantas, & las esposas à las manos, & echòse sobre la carcel con su companna: & à quantos Moros sopo que

tenien cativos, embiòles à decir, que los guardassen, que Santo Domingo era en la Villa. Et ellos guardaronlos con mui grandes prisiones. Quando fuè el dia los quince Cativos que tenie el Moro, cataron la carcel, & non fallaron y ninguno, ni los fierros. Et embiòlo à decir à los otros, & cataron los suyos, & non fallaron ninguno. Et contaron, que fallaron esse dia menos cient & cinquenta & quatro Cativos, que sacò Santo Domingo de Cordova.

Acabo de dos annos que esto contesciò, veno este Moro sobredicho con las parias al Rey Don Fernant à Burgos, & preguntò al Rey Don Fernant, què Santos havia en su Reino? Dixo èl al Rey, havemos Santiago, San Fagunt, & otros muchos. Dixo el Moro, qual es aquel que saca los Cativos? Dixo el Rey: Santo Domingo de Silos. Dixo el Moro: Sennor, esse. Et decirte lo que me contesciò con el. Una noche salia de Cordova con mi companna, que yba à correr à tierra de Christianos, & passando de noche por la puente Dalcolea, vi mui grant claridat, & preguntè, qui era? Et dixome que era Santo Domingo, que iba à Cordova à sacar Cativos. Et contò el Moro al Rey todo como le contesciò con Santo Domingo, assi como escripto es de suso. Et dixo el Rey, mandote, que vayas pora el su Monesterio, & que veyas como Yaz, & toda su casa. Et el Rey diol quil guiasse, & veno el Moro aqui, & entrò en la Eglesia, & viò aquella figura de la Imagen de Santo Domingo, que està sobrel su Altar, & dixo, que en aquella figura le viera la noche quel encontrò en la puente Dalcolea. Et el Rey Don Fernant contò todo esto, como gelo dixiera aquel Moro.

Como sacó à Gomez Escudero de Palentia, quel tenia preso el Infant Don Alfonso en la Villa.

Era de mil docientos ochenta & quatro annos veno al Monesterio el Infant Don Alfonso, fijo del Rey Don Fernant, seis dias andados de Abril, & traya preso un Escu-

dero, que era de Palentia: & mandó à tres Monteros quel guardassen. Et ellos posaron en casa de Pero Nieto, que està ante la puerta de la Eglesia de Santo Domingo: & guardaronlo con mui grant cadena al cuello, & colgada de la viga, & presa con grant prego en la noche. Otro dia mannana que comenzaron la Missa al Cuerpo Santo al A'va, veno una boz con grant claridat, & dixo al Escudero: Fijo Gomez, toma essa cadena que tienes, que suelta està, & vete à la Missa del Cuerpo Santo, que comienzan agora, que Dios te ha fecho bien, & mercet. El Escudero oyó como comenzaban la Missa, & vió la cadena ante sì monton fecha. Dixol otra vez la boz: Toma essa cadena, ve tu via à la Missa. El Escudero tomó la cadena ante sus pechos en un zulam que tenia: & descendiendo por la escalera, vió la Manceba como se yba, & dixo: Monteros vas el preso. Los Monteros levantaronse mui privado, & fueron en pos èl, & alcanzàronle en medio la cal, & cuidabanle tomar con las manos, & non pudieron travar ninguno dèl. Et legó el Escudero ante el Cuerpo Santo, quando leìan la Epistola, con su cadena. Los Monteros entonz travaron dèl quel facarian de la Eglesia. Domingo Gomez, que era entonz Capellan de el Cuerpo Santo, & el Escolano quel ayudaba, dixieron, non, que Santo Domingo lo facó. Et Don Gonzalo, que era à la sazon Sacristano, fuè luego al Abbat Don Rodrigo, & dixo como Santo Domingo sacara aquel Escudero de prisión, & que fues à mostrarlo al Infant. Et el Abbat con otros monges fueron al Infant: Et cuando legaron dixo el Infant: Et pues Abbat como venides? Dixo el Abbat ; Sennor, creyendo que voyacemos en pecho. Dixo el Infant : Et cuemo Abbat? Sennor, un Escudero que teniedes preso sacol Santo Domingo de la prision, & esta ante el su Altar, & los Monteros quierenle sacar de la Eglesia : & Sennor Santo Domingo fata aqui siempre fué franqueado; vos agora mandat lo que tuvieredes por bien. Dixo el Infant ; en algo se entremete Santo Domingo : que aquel Escudero, que vos

viedes, forzó una Mugier, & yo havia puesto de matarle por ello, & Santo Domingo semeia que non quiere, que vedemos el mal. Mas pues èl le sacó de la prision, grant puerto serìa ir yo contra el su fecho. Mando, que vaya el Escudero à buena ventura, & dol por quito, & mandol, que se guarde de aqui adellant, si non el felocate, & non cuede que Santo Domingo siempre lo aguardarà. Dixo el Abbat : Sennor, como serà de los Monteros, que non osan sallir de la Eglesia por vuestro miedo? Vala les la vuestra merced, dixo el Infant, pues Santo Domingo assi lo fizo, perdonalos, ca ellos no han culpa.

Como aparesciò Santo Domingo en vision al Rey Don Alfonso en el Palacio de la Enfermería.

Era de mil docientos noventa tres anno, Lunes cinco días de Noviembre, veno el Rey Don Alfonso al Monesterio de Santo Domingo quando finó Don Diago Sennor de Vizcaya, que yace en Santa Maria de Nagera. Et sus vassallos de Don Diago alzaronse con Don Lop Diaz su fijo en Ordunna. Et el Rey seyendo en el Monesterio morò y cinco dias, atendiendo sus compannas. Et acabo de los cinco dias complidos à la noche embiò el Rey por el Abbat Don Rodrigo, & dixol: Abbat, yo me quiero ir cras mannana, si Dios quisiere: & mandar lamar algunos Monges, & vayamos al Cuerpo Santo, & rezarme esta noche Viesperas, & Matines de Santo Domingo. Et fueronse el Rey, & el Abbat, & el Cillerizo Sancho Perez, & poca compana con el Rey antel Cuerpo Santo. Et dixieron sus Visperas, & Matines : & el Rey siempre tovo fincados sus ynoios antel Cuerpo Santo fata que los Matines fueron acabados. Et lo quel rogó, ol pidiò no lo pudiemos saber a la sazon. Levantos el Rey los Matines acabados, & fuesse à la Camara o posova, & demandò quel diessen del vino. Et quando ovieron bebido, dixo el Rey al Abbat ;

It à buena ventura, & seet aqui buena mannana, que me quiero ir pora Ordunna. Essa misma noche yaciendo el Rey al rencon de el Palacio de la Enfermeria al postigo que entra al otro Palacio, depues de los Matines contra la mannana, durmiendo el Rey, apareciol Santo Domingo en vision con grant claridat, dixo: Don Alfonso dormides? Dixo el Rey: No. Et qui sodes vos? Dixo: Yo so Santo Domingo. Dixo el Rey: Ay Sennor, dat acà essas manos, & besar vos las e. Santo Domingo tendió el brazo, & dixo: Don Alfonso estat mui pagado, ca lo que à noche rogastes, acabado vos lo e de nuestro Sennor Jesu-Christo. Dixol el Rey: Et Sennor, como me conviene à mi bevir con los Reyes, que estàn cera de mios regnados? Dixo Santo Domingo: Don Alfonso, leyestes vos el Salterio? Dixo el Rey: Si leì. Pues non leyestes en el segundo Salmo: *Reges eos in virga ferrea: & tanquam vas figuli confringes eos?* Assi vos conviene à vos bevir con los Reyes, & con los Principes, que tenedes redor de vos. Dixo el Rey: Fata quanto tiempo serà esto complido, que vos yo roguè, que pidiessedes à Dios? Santo Domingo mostrol una verga, en que havia en ella tres torceduras, & dixol: Don Alfonso acabo destas tres torceduras serà complido. Dixo el Rey: Serà fata tres annos? Dixo Santo Domingo: Fata tres Lunaciones complidas serà todo complido lo que à mi rogastes. Desperto el Rey, & vió que era el Alva, & mandó, que llamassen al Abbat. Et el Abbat, & el Cillerizo, & otros Monges fueron antel. Dixo el Rey: Abbat, aved un Monge que nos diga Missa al Cuerpo Santo. Et mandó el Abbat à Diego Roiz, que era Capellan de el Cuerpo Santo, que dixesse la Missa, & fueron allà. Et de como comenzaron la Missa, fata que fuè acabada, non se lavantó el Rey antel Cuerpo Santo. Et la Missa dicha levantos el Rey en piè, & puso la mano sobre la tumba o yacie el Cuerpo Santo, & dixo: Ay Sennor Santo Domingo, pidote mercet por aquella gracia, que Dios quiso poner en ti de facer mucha mercet à la Christiandat,

que ruegues al nuestro Sennor, que me ayude contra los mios enemigos. Et si tu me ayudas prometote, que dè à la tu Casa un don, qual non diò Rey en este Monesterio passado a grant tiempo. El Rey fuesse su via, & el Abbat, & el Cillerizo fueron con èl fata la barga de Contreras. Entonz dixo el Rey: Abbat tornatvos a vuestro Monesterio, & ruegovos, & mandovos, que roguedes à Santo Domingo, que me guie la mi facienda, assi como èl sabe que ge lo yo rogue: & al Conviento otro si, que roguen por mi al Cuerpo Santo: & si Dios me traye, yo farè mucho bien, & mucha mercet al Monesterio de guisa, que seades mios pagados. Et Abbat otrosi vos ruego, que fata que sepades de mi facienda, que fagades cantar à un Monge cada dia Missa de los Reyes: *Ecce advenit*, al Cuerpo Santo. Et la Missa fue cantada veinte & siete dias; & cantò'a Pero Marin, Monge de el Monesterio. Acabo de los veinte & siete dias complidos, los vassallos de Lop Diaz vinieron al Rey al su mercet, & dieronle Lop Diaz con Ordunna, & ficieron todo lo quel quiso. Et el Rey venose dessa pressa à Victoria: & el seyendo y, veno à èl Don Tibalt Rey de Navarra à sus Cortes, & tornos su vassallo. Et esto librado, venos el Rey pora aqui, & embiò toda su companna pora Soria: & enviò à decir al Abbat, que venie mui bien andante, & que queria ser su huespet con trece Caballeros, & trece Escuderos, & quel diesse conducho para esta noche que queria ser Romero de Santo Domingo, & que gelo pecharia mui bien. Et veno el Rey al Monesterio mui ledo, & mui pagado, & rendò gracias à Dios, & Santo Domingo, & yogò essa noche en Romeria en la sobreclaustra, & derecho de el Sepulcro. Otro dia mannana oyò la Missa a Cuerpo Santo, & mandò lamar al Abbat, & dixol: Abbat, mucho bien, & mucha mercet me à fecho el nuestro Sennor Jesu Christo por ruego de Santo Domingo, & peditme un don qualquisieredes, & davoslo e. Et el Abbat veno luego à Cabildo, & mostròlo al Convento, & acordaron, que le pidiessen la

Martiniega, que él havia en la Villa, & en tanto que havrian toda la Villa à la mercet de el Monesterio. Ficieron esta peticion. Et el Rey queriendo cavalgar en la estalada, que es la puerta de San Laurentio, legò el Abbat con piesca de Monges, & diol la peticion: & el Rey leyòla, & riose, & dixo: Abbat, non queredes que haya yo nada en esta Villa, mas otorgovosla, & dola à vos, & al Conviento por iuro de heredar pora siempre iamas, & yt comigo, & mandarvos e dar un privil egio della, & decirvos e lo que me dixo Santo Domingo la otra vegada que fisi aqui. El Rey sal ió daqui, & fues pora Soria, & el Abbat con èl, & nunqual quiso decir lo quel dixo Santo Domingo, fata que fueron complidas las tres Lunaciones. Estando el Rey en Soria con mui grandes poderes que quiere entrar al Reygno de Aragon, veno el Rey Don Jaimes su suegro à èl con sus fijos, & fijas, & los fijos, & del Regno lo quel tovies por bien. Et casaron luego al Infante Don Manuel su hermano con la Infanta Donna Constanza fija del Rey Daragon. Los Reyes avenidos, & puesto sus amores en uno, fues el Rey Don Jaimes à Aragon, & el Rey Don Alfonso mandò à todas sus yentes, que se fuessen cada à unos à sus Logares. Et cumplidas las tres Lunaciones quel dixo Santo Domingo, acabò el Rey toda su peticion quel rogò, assi como el quiso. Esto complido, & acabado salliò el Rey de Soria, & yvasse pora Almazan mandò lamar al Abbat Don Rodrigo, & al Abbat Don Pero Perez de Sant Pero de Arlanza, & dixoles en suporidat: Abbades, non querria facer nuevas que los Santos vienen à mi; mas Abbat de Santo Domingo dixevos en vuestro Monesterio, que vos diria lo que me dixo Santo Domingo una noche quando yoguè en la su Casa, & entonz non vos lo quis decir, porque me puso plazo de tres Lunaciones, que se complieron y en tres meses. Et digo vos, que veno à la mi mercet Lop Diaz, & todos sus vassallos, & dieronme Ordunna. Et el Rey de Navarra veno a mio vassallaje; & el Rey de Aragon mio suegro diòme sus fijos, &

el Reygno que faga del lo que yo quisiere. Et todo esto me dixo Santo Domingo, diamelo todo complido ansi como me lo prometiò. Et Abbat dovos la Martiniega, que yo e en la Villa de Santo Domingo, por iuro de heredat pora vos, & al Conviento, & a todos vuestros subcessores que depues de vos vernan, & por los que reygnaren depues de mi en Castiella, & en Leon pora siempre iamas: & mando que vos den della bon previllegio; & fue dado en Canatanazor, & dessa pressa fues el Rey pora Sevilla. Et quando y fue mandò lamar à Fr. Juan de los Descalzos, & dixol el Rey como passara todo este fecho con Santo Domingo, & mandol escrevir este miraclo en Latin, & enviol el Rey seellado con su seello aqui en el mes de Junio.

Como sacò a Sancho Garcia, fijo de Garci Gutierrez de Haçaves, de Granada

Era de mil & trecientos & catorce annos, Sancho Garcia, fijo de Garci Gutierrez de Haçeves, salliò de Jahen con otros en cavalgada contra Granada, & encontraronse con cavalgada de Moros, & fue su ventura que lo ovieron de cativar, & yogò en Granada dos annos & medio en grant cadena, & davanle muchas penas, & mucha fambre. Et el de dia, & de noche acomendansos a Dios, & a Santa Maria, & Santo Domingo, quel sacassen daquella pena en que yacia. Un Sabbado a noche ante del Gallo, aparesciol en la carcel mui grant claridat, & dixol una boz: Fijo, via fuera, via andar. Dixo & Sancho Garcia: Sennor, qui fodes vos, que esto me dezides? Dixol: Yo Santo Domingo. Et non podria sallir, que la carcel es mui fonda, & tengo grant cadena. Dixol la boz: Non tienes la cadena, & la carcel està muy llana, & las puertas abiertas: sal, & toma la cadeua, & ven pos mi. Catò, & fallò su garganta fuera de la cadena, & tomóla, & fallò la carcel llana, & las

puertas abiertas, & la claridat ante èl. Veno à las otras puertas de las tres cercas que à Granada, & fallòlas todas abiertas, & salliò fuera que nunqua ovo ningun embargo. Anduvo toda la noche, & la claridat ante èl. Quando amanesciò estaba a tres leguas de Jahen, & ovo de cabo à ir en cavalgada con otros, & fallaronse con Moros, & ovieron su lit. cativaron los & Christianos piesça de Moros, & este Sancho Garcia presò al fijo del Moro, quel toviera cativo en Granada: & aduxoo à Jahen à la possada, & atol las manos à çaga, & diò con èl en el establo o yacien las bestias, & dixol: Come desso que y yace, que tu padre & tu quando me teniades cativo esto me faciades. Otro dia sacòl à almoneda, & vendiol por ciento & cinquenta maravedis, & tomò la cadena, & la lanza con quel le cativò el Moro, & venose pora Santo Domingo, & legò y à ocho dias de Mayo en la Era de 1316 annos. Et está y la cadena, & la lanza à los pies del Crucifixo que està cabo del Coro.

Como sacò a Johan Pérez de Jahen, & otros quatro cativos de Granada

En la Era sobredicha Johan Perez de Jahen, & Johan, & Pero de Quesada, & Yuan Dominguez de Cordova, & Martin Dominguez de Santa Ella yban en cavalgada con grant companna pora la Vega de Granada; & oviesonse de encontrar con grant caballeria de Moros, & ovieron de matar muchos de los Christianos, & prisieron estos cinco, & levaronlos à Granada, & dabanles muchos azotes, & mucha fambre; & de noche metienlos en la carcel los fierros à los pies, & la cadena à la garganta: de dia labraban, & molien. Quando fue la mercet de Dios por ruego de Santo Domingo quiso oirlos. Un Sabbado diez & siete dias de Febrero, Era de mil trecientos & diez & ocho annos, estos cinco cativos sobredichos de noche estando

presos en la carcel, aparesciò mui grant claridad, & dixoles una boz: Fijos via fuera, & tret vos comigo. E los dixieron, qui sodes vos, que esto nos decides? Dixoles la boz: Yo so Santo Domingo. Ellos echaronse en tierra,—besaronla. Dixoles otra vez la boz: Via fuera, & yt vos en pos mi pora la mi casa. El os tomaron los fierros, & sallieron de la carcel. Al Martin Dominguez non se le cayeron los fierros: & de que viò que se yban los otros, dixo: Sennor, què es esto que non me levades con vusco? Dixol Santo Domingo: Yo te dirè porque non te lievo. Tu sabes que los tus Moros, & los omes que tu avies labraban todavia, & el Domingo, & los dias de las fiestas facias les facer avarcas, & adovar aradros, & ir à molino, & facer otras labores; & fiabas mas en tus riquezas, que non en Dios; & por esto ficaràs aqui fata que te redimas, que afaz as de que. Los otros quatro sallieron con sus fierros acuestas, & la claridat siempre ant ellos, fallaron la carcel lana, & sallieron de la Villa sin embargo ninguno. Et quando se cataban atràs non veyan ninguna cosa, si non grant tiniebra, & delante semeyabales de dia, & arribaron essa noche à Christianos. Et legaron aqui con sus fierros Sabbado ocho dias de Abril.

Como sacò a Yuannes Domingo de Cordova de Granada

En la Era sobredicha Yuannes Domingo de Cordova, andando con ganado, venieron Moros de Granada, & cativaronle, & à otros muchos con él, & yogó alla 16. annos. Et Domingo 27. dias de Enero dixol su Sennor, que era yerno del Rey de Granada: Yuannes Domingo, sepas, que oy en un mes serà la nuestra pascua, & quiero que te tornes Moro. Dixo el Cativo: Sennor, como tu mandares. En esto mandol que fuesse à labrar; & èl fuè facer redomas, & tinaias ansi como follie. Et fallò dos

Christianos cativos, que labraban esso mismo, & dixoles: Ay amigos, tan en fuerte punto fui nascido. Dixieron los Christianos: Por què lo dices? Porque me dixo mi Sennor, que oy en un mes seria la pascua, & que me tornaria Moro, & ante queria ser muerto. Dixieron los Christianos: Nos de buena mente lo fariemos, si nuestros Sennores quisiessen. El comenzò à llorar, & a labrar: & dixol una boz: Yuannes Domingo, anda ve tu via. Catòse enderredor, & non viò nada, & maravillos què podria ser aquello. Otra vez dixole la boz esso mismo, & èl tenia dos pares de fierros à los pies, & non osaba moverse. Dixol otra vez la boz: Anda, non ayas miedo. Preguntòl: Sennor, qui sodes vos, que tres veces me avedes dicho, que me vaya? Respondiol: Yo so Santo Domingo, & ve tu via seguro. En esto comenzò andar, & legò a la puerta de la Villa, & sallò y cient Moros guarnidos, que la guardaban, & ovo miedo de passar, que sonarien los fierros, & posose sobre un canto. Et dixol otra vez la boz: Por qué dubdas? anda, que yo iré contigo. En esto cayeronsele los fierros a los pies: salliò por medio de los moros con sus fierros acuestas, & encontrò muchos moros que venien de labrar, & nunqual dixo ninguno, o vas? nin ovo ningun embargo. Et del Domingo a medio dia, que saliò de Granada, fata el Lunes mannana andudo catorce leguas, que legò à Marthos Castillo de Calatrava. Legò aqui con los fierros Domingo 27. dias de Febrero.

Como facò a Gil Perez de Motos de anduiar de cativo

En la Era sobredicha vino aqui Gil Perez de Motos, Aldea de Molina, dixo: Que fuera en cavalgada con el Rey Don Alfonso, & con su fijo el Infant Don Sancho quando fueron sobre Granada. Et la noche que entrò Fernant Enriquez en el Arrabal de Granada, estando el Rey, & el Infant en la Vega, Almogavares de Granada cativaron

èste Gil Perez, & otros muchos con èl; & fuè vendido por ocho doblas & media à Mahomat de Aramila. Et metiol en la carcel, & yogò preso tres annos, & demandol muchas veces que se tedimiesse, & èl dicie, que no havie de què. Sobre esto dabal muchas penas, & muchos azotes, & demandol sesenta doblas & dos Aljubas descarlata. Quando viò que non podie levar dèl nada, sacol de Granada, para passarle allent la mar, que le darian allà muchos dineros por èl. Fueron à Andujar, & era Viernes en la noche,—su Sennor, & otros Moros cenaban Coneios, & Perdices, daban à èl que comies della; & dixo, que la non comeria ca era Viernes, & dieronle un poco de pan, & figos. Et quando ovieron cenado tomaronle, & ataronle manos à çaga, & ataronle la garganta de cannamo à un post, & los pies à las cargas que levaban, & echaronse todos a dormir. Este Gil Perez fizo su oracion a Dios,—à Santa Maria, & à Santo Domingo, que por la su mercet, que le sacassen daquella pena en que estaba, & que non passasse la mar. El que se adurmiò, dixol una boz: Gil Perez lievate, vete tu via, & tornate por la tierra que veniste. Despertó, & fallò las manos sueltas, & la garganta suelta, & tenia unos fierros à los pies, & salliò à media noche con ellos sobre Moros, & puso los pies sobre el uno, & diò una boz; & fallò la puerta abierta de la posada, & de la Villa, & tornos por la carrera que le dixo la boz. Et grant piesça veniendo por muchos montes, & por logares perigrosos, non sabiendo por dò, quando fuè de dia arribò â Quintana Redonda, Aldea de Baeza. Segunt que cataba havia andado treinta & cinco leguas. Esto fuè veinte dias andados de Octubre. Legò aqui con sus fierros dia de Santa Lucia.

Como sacò a Nicolàs de Alcaràz de cativo de Vera

En la Era sobredicha veno aqui Nicolàs de Alcaràz, morador en Lorca, & dixo: Que sallieron èl, & Johan, & Don Yuanes sus vecinos, pora ganar algo contra tierra

de Moros, & ovieron de arribar à la Sierra de Cabrera; fallaron dos Moros que guardaban bacas, & los Christianos cativaron estos Moros, & levaronlos fata la puente de Pulpit. Ellos seyendo y vinieron catorce peones de Moros, que venien de correr, & tollierongelos, cativaron à ellos, & levaronlos à Vera, & metieronlos a almoneda. A este Nicolàs comprol un Moro ginet por diez doblas, & metiol en la carcel con otros sesenta cativos. Et el dia de Santa Maria mediado Agosto sacaron dellos à labrar, & los otros yoguieron en la carcel: & los otros ficaron à la puerta de la carcel. A este Nicolàs mandol su Sennora la Mora, que fues al forno, & que aduxiesse el pan que cocian. Et fuè, & aduxo cinco panes en una tabla. El veniendo con ellos, dixol una box: Nicolàs, como no te vàs pora Lorca? Catóse enderredor, & ovo miedo, ca non viò nada. Et levò el pan à su Sennora, & diol un poco dello, & mandol, que fues moler cevada pora sus companneros en la noche. Ellos queriense morir de fambre. Et tomò la farina de la cevada, & diòla à los otros cativos. Et dixoles, como le dixera una boz, que se fuesse à Lorca, & que era boz de Santo Domingo, que le havia fecho mercet, & que se queria ir. Diòles la cevada, & fuè su via à medio dia por medio de la cal. Et salliò por la puerta de la Villa, & encontrò dos Moros, & non le dixieron nada. El legò à un Rio, & lavaban y muchas Moras, & Moros: & rogò a Santo Domingo, que le guardasse, que le non embargassen aquellos Moros. Et èl metiòse por el Rio, & dieronle la passada los Moros, & nol dixieron nada. Et metióse por unos Logares mui fuertes, & andudo tres dias, & tres noches, que non comiò, nin bebiò, si non a'guna fruta. Arribò à un Castiello de Christianos, que le dicen Chuecos, & tollieronle los fierros, & legò aqui con ellos el dia de Santa Lucia.

Como sacò a Gonzalo de Sotavellanos de cativo de Malaga

En la Era sobredicha veno aqui Gonzalo de Sotavellanos, morador en Baena. Dixo, que le embiara el Concejo con cartas al Infant Don Johan, fijo del Rey, que les viniesse acorrer. Et èl viniendo con la respuesta, enderecho de Aguilar, Castiello del Rey de Granada, salliò à èl Risque, Sennor de sesenta caballos, & cativò à èl, & à otros Christianos, & levòlos à Malaga. Et vendiò à este Gonzalo por siete doblas & media à Helil el Ballestero, & metiol en grandes fierros, & facial cada dia moler à brazo panizo, & mijo. Un Viernes en la noche veno Ceyna su mugier del Moró, & lavò su natura con agua sucia, & echògelo en la cabeza; & èl tornòse à ella, & denostola, & ella non gelo entendiò. Et por falagarle diol del pan, & non lo pudo comer con grant pesar. Et tornòse à Santa Maria, & à Santo Domingo, & dixoles: Pido vos mercet, si vertu ai en vos: Lo que cuido, & creo, que la ai en vos que me saquedes de cativo, & desta cuita, & creerè mas en vos. Quando veno otra noche, que yacia en la Alhondiga con otros muchos cativos, dormiendo contra la mannana, viò una vision, ansi como si sovies despierto: que estaban omes revestidos, que rezaban, & entrelos una mugier mui grant. Et dixol ella: Gonzalo duermes? Lievate, & ve tu via, que ante del Sol puesto oy saldràs de cativo. En esto despertò, & viò, querra de dia, & non dixo nada à Yvannes su compannero. Quando fuè medio dia este Gonzalo, & Domingo Perez de Sevilla fueron à pedir à los Genueses, que venien con Naves à Malaga. Ellos estando allà, viò un grant ome, & dixol: Gonzalo, non te dixe oy mannana, que fuesses tu via? Ve tu carrera, non hayas miedo ninguno. Entonz dixoto à Domingo Perez como le havia contescido, & quel conseiaba. Dixol Domingo Perez: Pues què estades que non vos ides? Que

Dios, & Santo Domingo son convusco. Et quando se mudò cayòle el un fierro del piè finiestro: & entraron amos en una casa o calentaba un Moro el Banno; & envolvieron el fierro, que non sonasse. Et adelino contra la puerta de Aliezira contra la mar. Et fallò à tantos Moros como tenie cabellos en cabeza, & nunqual le dixieron nada, nil embargaron. Salliò de la Villa, & por miedo quel buscarien, metiòs en un forno, que cocian teia, & yogo y fata la noche, que oyò las trompas, & las velas que velaban la Villa. Salliò del forno, comenzò de andar por una senda, & dellant dèl grant claridat, & durol fata en la mannana. Et quando amanesciò comenzò mui fuert à llover, assi que cuidò morir; & rogò à Dios, & à Santo Domingo, que non quisiesse, que moriesse. En esto estando ovo à oio una cueba, & metios en ella, & yogò y fata la noche. Et andudo assi fata el otro Sabbado, que llegò à Eciia à casa de Pero Domingo de la Ronda, & sacol el fierro del piè derecho. Et legò aqui este Gonzalo con sus fierros el dia de la Epiphania.

Como sacò à Remon de Mula, de Porchena del Rey de Granada

En la Era sobredicha veno aqui Remon de Mula, & dixo: Que salliò de Lorca, que yba para Mula, & yba con èl Lorençio, & levaban una Mula, & un Asno. Fallaronse con Ochaviello, & con Barach, & trayan consigo 27. Peones. Assi que los ovieron à cativar, & levaronlos a Porchena, Villa del Rey de Granada. Et vendieron à Remon por 20. doblas, & la Mula por 16. doblas a un Moro, que le decien Alguacir Almain. Et vendieron à Lorentio à Andelhac, el Alcayat del Castiello, por nueve doblas. Metieron à Remon en grandes fierros, & un cepo, & esposas, & cadena à la garganta en una casa pequenna, que passaba la cadena à otra casa do yacia el Moro con su Mugier.

De dia sacabanlo à tapiar, & cabar, & de noche metianlo en las prisiones. Et dabanle muchos azotes, porque se redimiesse, assi que le aducian à la muerte. Yogò en esta cueita anno & medio. Assi que ovo a pletear por 100. dobias, & que pagasse luego las 50. & por las otras 50. que diesse un su fijo en rehenes, fata un anno, & si non le quitasse ante del anno, que fuesse pora siempre cativo. Este Remon haviendo pleteado, havia grant miedo, que si se moriesse en este comedio, que perderia su fijo pora siempre. Comenzò à rogar de dia, & de noche à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que por la su mercet le sacassen de cativo, porque non oviesse a enpenar su fijo. Et en esto nol daban à comer si non dos panes de Escandia bermeia que semeiaba arena. Domingo en la noch ante del Gallo, primer dia del anno, quando tanien el annasil, que camiaban las velas, despertò este Remon, & fallò los fierros quebrados fuera de los pies, & del cepo, & la cadena quebrada, & las manos fuera de las esposas. Tenia un cuchiello pequenno, comenzò à soradar la paret, quera dargamasa, & assi se dessacia como farina. Et quanto durò un Pater noster fizo un forado, & salliò por èl con sus fierros, & la gorguera, & las esposas. Et veno à la puerta, que dicen de Cantoria, & fallòla abierta. Et andudo tres dias, & tres noches, que non comiò si non hierbas. Arribò à Collar, Castiello del Arzobispo. Legò aqui con los fierros Domingo 12. dias de Marzo.

Comó sacò a Larios de Burgos, & à Don Garcìa de Cordova de Almonècar

En la Era sobredicha veno aqui Larios de Burgos, morador en Cordova, & dixo: Que yendo en cavalgada con Pero Martinez, Almocaden, con otros companneros contra Rut, cativaron cinco Moros, & una Mora con cinco annos. Estos Christianos veniendo con la prea al Puerto

de Cabra, salliò à ellos Falifa, Alcayat de Rut, con cient Caballeros. & tolliogela, & matò tres, & cativò nueve, & levòlos à Alcala de Avençaides, & sacòlos almoneda: & vendiò à este Larios à Bucar por 17. doblas, & levòlo Almonecar, & metiol en grandes fierros, & en la carcel, que havia con fondo dos astas de lanza, & de dia facial labrar, & dabanle à comer pan de grama, vuelto con raices de gamones: fouo en esto quatro meses. Un dia fuè sù Sennor à la Mezquita, & cavalgò Larios el caballo, & corriol, & pesol: & dixol, que se tornasse Moro, si non quel mandaria dar muchos azotes, ò quél descavezaria. Et èl dixo, que antes querria morir, que non dexar la Fè que havia promelido: que fiaba en Dios, & en Santo Domingo, que le havrie mercet, que le sacaria de cativo. Et por esto mandol quemar muchas veces con fierros calientes, & otras muchas penas. Estando en esta mala vida este, & otro Don Garcia de Cordova con èl, rogaban à Dios, & Santa Maria, & à Santo Domingo cada dia, que los sacassen daquella pena. Jueves ante de Carnestolliendas, en la Era sobredicha, sonnaba este Larios, que estaba en la Eglesia de Santo Domingo, & que veye un ome seco, & magro en semblante, & quel decia: Larios, sepas que ayna seras tu, & tu compannero en mi Casa. Quando despertò dixolo a Don Garcia, que havia 17. annos que era cativo. Dixol, esperemos en la mercet de Dios, & en Santa Maria, & en Santo Domingo: que tù veràs que ayna nos sacaràn de cativos. Un Sabbado en la noche, ocho dias andados de Febrero, yaciendo en la carcel, ante del Gallo ficaron los ynoios, & besaron muchas veces en la tierra, & comenzaron firmemientre al nuestro Sennor, que por la su piadat los sacasse à Christiandat. La oracion acabada, echaronse à dormir, & non sabien como, quando despertaron fallaronse fuera del Adarve, & los fierros fuera de los pies, & oyeron como velaban el Castiello de Marchena, en & el fablar conoscieron que eran Christianos, & non sabian o estaban. Et dieron grandes boces, & dixie-

ron: Veladores que velades, por amor de Dios abritnos, que somos cativos, que nos sacò Santo Domingo esta noche de Almonecar, & non sabemos en qual Logar somos. Et los Veladores maravillaronse mucho, como podrie ser de tan luenne venir alli en una noche. Descendieron, & abrieron un postigo, & cogieronlos dentro, & preguntaronles, què hora podria ser? Dixieron, que non havie cantado Gallo, que podria ser el primo suenno. Et preguntaronlès, dondi sallieron? Dixieron, que en Almonnecar les anocheciera en la carcel de so Sennor; & fallaron, que havia de Almonnecar fata Marchena 46. leguas. Venieron à Cordova, ficò y Don Garcia. Legò aqui Larios, Viernes dos dias por andar de Marzo, con sus fierros.

Como sacò à Martin Dominguez de Aranda de Cativo de Ronda

En la Era sobredicha veno aqui Martin Dominguez de Aranda, morador en Sevilla. & dixo: Quel, & otros tres Almocadenes, con 48. Peones, sallieron de Cot, & ovieron saber, como andaban Vacas cerca de Azafra, & que las podrian haver. Ellos yendo, ovieron de encontrar con Galim, & Zaba, con 250. Peones de Moros, & dandose los unos con los otros dexaronse vencer, & morieron tres Moros. Despues tornaron, & mataron piesça de los Christianos, & cativaron este Martin Dominguez, & dieronle ante trece colpes. Et tomaron los Moros quatro cabezas de los Christianos, & ataronlas, & echarongelas à Martin Dominguez acuestas, & assi lo levaron fata à Ronda. Et sacaronlo almoneda con las cabezas en los hombros. Et comprol un Moro, que era Especiero, por 13. maravedis. Et dixo'es Martin Dominguez: Perros, por què me trahedes ansi? compratme, que mas valo que un asno por 20. meravedis: veno Mahomat, otro Tendero, & compròlo

por 23. maravedis, & comenzòlo de guarèscer, & guarescìòlo en cinco meses. Et comprò una arroba de fierro, & fizo grandes fierros, & echogelos, & yogò en ellos dos annos & medio. Et non le daba à comer cada dia si non dos pannes chiquiellos de feyna vuelto con mijo, & en la noche metiolo en el cepo de garganta, que por un anno non salliò del nin de dia, nin de noche. Et estando en esta cueita, rogaba siempre à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que por la su mercet le sacassen daquella pena. Viernes primer dia de Febrero, dixol su Sennor: Martin Dominguez, toma aquel açacan, & vè por agua pora facer lexia, Dixol: Sennor, por Dios dame un poco de pan que coma, & vernè mas ayna. Dixol: Non comeràs dello. Vè por el agua siquiera nunqua te torne Dios acà. Tomò el açacan, & fuè por el agua à un pozo carrera de Algecira. Et encontrò un Christiano, quel decien Pero Martin, de Sevilla, & dixol: Martin Dominguez, o ydes? ca en esse Pozo non hai agua: mas vayamos al Pozo da Alcantara. Dixol Martin Dominguez: Yt à buena ventura, ca por do fuere non me menguarà agua: & fuè al Pozo, non fallò y agua. Fuè adelante, & fallò una fonteziella do lavaban los Moros sus naturas, & pososse alli: & passò un Moro con su fijo, que trahian dos asnos con pan. Dixo el fijo al padre, en Algaravia: Este Christiano vase: Dixo el padre: Què te faz à ti? & dixo al Christiano: Vè tu carrera, non hayas miedo ninguno. Dixo: No ossaria, que tu me mesturaries à mio Sennor. Dixo el Moro: Yo digo verdat à mi ley, que non te mesture. Entonz metios por aque la carrera à andar, & fallò quince Moros con sus asnos cargados, que venien de Ronda, & yban à un logar que dicen el Burgo, & andudo con ellos una legua sus fierros en los pies, & nunqual dixieron nada. Et entrante de la Sierra, que dicen del viento, quetòse dellos; & subiendo por la Sierra anocheciol, & echòse à dormir, & dormiò fata media noche. Et quando despertò, semeiol que veie un cativo, que faciè grant roido con los fierros, & levan-

tos, & echò en pos del. Et el cativo fuyendo contra delante, & èl en pos dèl nunqual pudo alcanzar. Et comenzò de andar por la Sierra fata que fuè de dia. Et yendo por una carrera aparesciol como sombra de hombre, & fuè contra èl, & catò, & non viò nada. En esto fizos una niebla mui cerrada, que non veie Cielo, nin tierra, & andudo fata tercia, & cuidò que havia andudo mas de doce leguas, fallòse à media legua de Ronda, & metiòse en una mata: & venieron nueve Moros con sus Halcones, & sus Podencos. Legaron à èl, & querianle comer, & havie grant miedo de ser visto. Et comenzò de rogar à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, quel oviessen mercet. En esto levantòse una Perdiz, & fueron todos en pos della, & ficò en la mata. Esto era Domingo à Nona. Et èl queria salir, llegaron mas de cient Coneieros con mas de seiscientos Canes, & venien todos contra èl: & ovo mui grant miedo de ser preso. Comenzò à comendarse à Dios. En esto levantòse una Liebre, & dieron todos en pos della. Et veno la noche, & comenzò de andar, & fallò Almendros, & comiò daquellas Almendras muchas, ansi que se embebdo, & non podia andar, & dormiò toda la noche. Quando fuè otro dia el Sol rayado fuè à una fuente, & seyendo y, viò venir dos Moros contra è, & metiòse en un ayuncar so los yuncos, que eran mui altos. Los Moros legaron à la Fuente, descalzaron sus panos menores, & lavaron sus naturas, & los pannos echaronlos à enxugar en los yuncos do el yacia. Despues que fueron enxutos, calzaronlos, & tomaron sus armas, & fueron su via. Salliò Martin Dominguez dalli, & legò à un Villar, que estaba despoblado, & viò venir dos Moros con una yunta de Bueyes, & metiòse en una mata de figueras, è los Moros araron fata la tarde, & dieron de mano à los Bueyes, & ellos con la fambre fueron morder en las figueras. Et fizoles con la mano, & los Bueyes quitaronse, & los Moros fueronse dent, & comenzò de andar. Et viò à oio una Atalaya de Moros, que yacian en çelada, para correr à Osuna. Et

legò à ella Jueves horas de Tercia, & dixolo à los de Osuna, como los Moros yacian en çelada, & que alzassen sus ganados, que non tomassen danno. Et los de Osuna apercibieronse, & alzaron todos sus ganados. Et Fortun Sanchez, Caballero de Osuna, sacò los fierros à Martin Dominguez, con dos Moros, que tenia y Ferreros, y morò y dos dias, & vinose dent à Sevilla. Et legò à Santo Domingo Sabbado seies dias de Abril,
Era de 1323. annos.

Como sacò de cativo a Joan Martinez de Algezira

En la Era sobredicha legó aqui Johan Martinez de Sant Roman, Aldea de Carrion, & dixo: Que morando en Sevilla, fueron èl, & dos companneros con èl à coier Pan en Agosto à Alcalà de Gadayra. Et dician à sus companneros Garcia de la Torre, del Campo de Jaen, & al otro Thomàs Perez, de Cordova. Et ellos secando Pan Martes dia de *Translatio Sancti Benedicti*, venieron siete Moros de Ronda à caballo, & el uno era Adalil, al otro dician Harax Almocaden, al otro Mahomar, hermano de Adalil, & dos ginetes, al uno dician Yuzaf, al otro Axacaf. Et seyendo treguas, presieron estos tres Christianos, & levaronlos cativos à Moron, do estaba Alfonso Fernandez Zeboliella, & comieron esse dia los Moros con èl. Et los Christianos de la Villa quisieron comprar estos cativos, & non gelos quisieron vender; & levaronlos à Azagra, & metieronlos en una carcel so una torre mui pequenna, que agazcas entraban en ella. Yoguieron y el Jueves todo el dia, & à la noche demandaron agua, que querian morir de set, & non gela dieron. Otro dia Viernes levaronlos cerca de Ronda, & embiaron mandado, si los osarian meter à la Villa, por razon de las treguas. Et embiaronlos decir, que non los cogerian en la Villa; & ellos levaronlos à Algeciira. Et sacaron luego almoneda este Johan Martinez ante

Eça nieto de Abiuzaf, que tenia la Villa en poder. Et demandol nuevas del Rey de Castiella. Et èl dixo: Sabet en verdat, que ayna vos serà aqui. Et depues vendieron à este Joan Martinez por 12. dob as & media: & vendieron à Garcia por 5. doblas & media; à Thomàs Perez por 5. doblas. Et compraron à Johan Martinez tres hermanos, al uno dicien Baudali Alhaquim, al otro Mahomat Almuedano, al otro Mahomat Ançadon, que tanto quiere decir como Loriguero. Essa noche metieronlo en la carcel, & en el cepo de garganta, & las manos en otro cepo. Et otro dia metieronlo en mui grandes fierros, & en una casiella apartado: & facianle moler cada dia trigo à peso. Yogò en cativo en esta pena siete meses. Et de dia, & de noche acomendabase à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo por la su mercet quel sacasse à puerto de salut. Un sabbado en la noche Domingo amanesciente sonnaba este Johan Martinez, que se veia en la Eglesia de Santo Domingo, & que veie el sepulcro abierto, & veye en aquel Sepulcro un cuerpo tan grant, blanco como la nieve. Et decial: Johan Martinez, sepas, que ayna seràs comigo en la mi casa. Luego al otro Domingo havia todo el dia molido à tanto, que non molió en un dia tanto, que en la noche estaba mui cansado. Et dieronle un poco de pan, & comiol à la vislumbre. Et veno su Sennor, & dixol: Johan Martinez, mucho has lazrado oy, esta noche non te quiero cerrar la puerta de la casa, & fues su Sennor à echar. Et èl ido, veno un ome assi como sombra, & dixol: Johan Martinez ve tu via, que sepas, que ayna seràs en tierra de Christianos. Salliò de la casa, en que estaba, & salliò à la cal: & con trapiellos de lino, que fallò, rebozò los fierros, que non sonassen, & comenzò de andar. Et tornò la cabeza, & viò un Moro, que venie en pos dèl, & cuidò quel venie afechar. Et viò un forno do cocian pan, & paròse en la cal à la lumbre del forno. El Moro paròse cabo de una Mezquita; & venieron muchas Moras con hachas encendidas. Quando viò esto el cativo, metiòse por una calleia

angosta, & veno à un canno, & metiòse por èl, & salliò por èl al muro contra la mar, que havie, como cuidaba, dos astas de lanza en alto. Cogiò los fierros, & dexòse caer en un lodazar, & sapozo fata la cinta, & non se firiò, nin se fizo ningun mal, mas que si cayesse en pluma. Estonze subian las bellas à la Torre à bellar, & ninguno non le sintiò. Levantòs, & metiòs en la mar, & lavòs, & los fierros: & comenzò de andar entrel muro, & la mar grant piesça: & legò a una paret mui fuerte de argamasa, & entraba en la mar bien ocho passadas. Legò à ella, non pudo passar, & non sabie, que se facer, & non podie tornar; & si se meties en la mar, morria. Estando en mui grant quexo fincò los ynoios, & comendòs à Santo Domingo, que pues le sacara de casa de su Sennor, quel diesse conseio como passasse aquella paret tan alta. Estando en este periglo, veno la menguante de la mar, assi que se coiò el agua dentro, & passò cabo la paret sin periglo. Passado, tornò la cabeza, & viò tornar la mar à su logar. Comenzò de andar adelante, viò tres tiendas de Ginetes, que tenian grandes fuegos, que guardaban la Villa, ovo grant miedo, non sabie por do ir. Et haviendo miedo de ser preso, viò un sendero entre la mar, & unas huertas, metios por èl andar, assi que legò al camino, por ol metieron en Algecira. Et comenzò de andar por una carrera fatal alva. Et quando fuè de dia, por miedo que le fallaria alguno, & le prenderia, legò à una sierra dos leguas de Algecira, posose, & viò como sallian dos Moros de la Villa, & venien aquel logar o èl estaba. Et quando fueron cerca dèl, escondiòse entre dos tormos, & el un Moro passò cerca dàl, & el otro, cuidando ya què, detovos, & catò à todas partes, non viò nada, & fueronse. Et Johan Martinez quando viò, que eran idos, levantòs, viò cerca de si siete bueyes mui grandes, & gruessos, que pacian en un prado, & non andaba ninguno con ellos. Salliò contra la sierra, viò que sallian de Algezira 60. Caballeros, que iban à correr contra Xerèz; estaba en tal logar,

que los pudo bien contar. Et essa noche yogò en essa Sierra, & otro dia al alva moviòse daquel logar, comenzò de andar por un camino, & oyò grande estruendo de los bueyes, que havia ante visto en el prado, & trayanlos dos Christianos: & maravillòs mucho, & dixo: Santa Maria valme, este es el buey gaiate bragado, que vi en el prado. Passando los dos Christianos con los bueyes, veno y grant niebla cerrada con mui grant aguz. Comenzò de andar otro dia al medio dia, cuidò que estaba en tierra de Christianos, & fallòse à media legua de Algezira. Maravillòs, & maldeciendo su hado, quel havia Dios tornado ond salliera. Et estando con grant miedo, quel prenderia alguno de cabo, ovo à oio los dos Moros, que sallieran de Algecira, que venien contra la Villa. Esto havia tres dias venieron por aquel mismo logar do estaba la otra vegada. Et escondiòs entre dos pennas, & posose el un Moro sobre la penna, o yacia: & quiso Dios, & nol vieron, & sovieron y fata las viesperas, & de si fueronse a la Villa. Este Johan Martinez, el Sol puesto, rogò à Dios, & à Santo Domingo de corazon, que pues lo sacàran de Algecira, que non quisiessen, que tornàs allà otra vez. Entonze moviò por un camino, & legò à las Albuheras de la Sierra de Algezira; & andudo toda la noche, travesò la sierra, & quando amanesciò fallòse cerca de Tarifa, & subiò en otra sierra alta, & viò à oio los 60. Caballeros, que havian sallido de Algecira, quando èl salliò dent, que trayan 25. yuntas de bueyes del Portal, Aldea Xerèz, cerca de Guadalet, que las levaban à Algecira. Este Johan Martinez veno en quatro dias à Beier: & en la carrera salliòs la sortija de los fierros de la pierna siniestra. Et sacaronle en Beier los fierros à la figuera, que dicen de Santo Domingo de Rio Pudio, Lorencio, & Miguel Perez Almocadenes. Et dexò allà en la Eglesia los unos fierros. Legò à Santo Domingo Sabbado seis dias de Abril con sus fierros,

Como sacó a Ramiro & otros trece cativos, de Ronda: & otros siete de Cepta

En la Era sobredicha veno aqui Ramiro, Almocaden de Matrera, & dixo: que falliera con 45. Peones en ayuda de Don Nunno à Ezija, que les decien Pero Minguo, Quirze, Silvestre, Bartholomè, Salvador, Perandrès, Vitores, Domingo Munnoz, Garcia, Aparicio, Domingo Rodrigo, Larios, Pasqual, Gonzalo, Pero Garcia. Todos legaron à Don Nunno à Ezija vigi ia de Santa Maria de Setiembre. El Domingo mannana mandò Don Nunno comenzar la lit. Dixol el Adalil blanco: Don Nunno, non comencedes la lit tan mannana, atendet fata el medio dia, & feredes bien apreso, & todos quantos son con vusco; que non fincarà Moro, que todos non mueran. Et si non atendedes fata medio dia, morredes vos, & quantos aqui son. Dixo Don Nunno: Nunqua me diràn traidor; mas quiero morir, que bevir con mal nombre. Entonz mandò desvolver la su senna, Dixol otra vez el Adalil: Don Nunno, atendet fata Tercia, & feredes bien apreso. Dixol, non lo farè. En esto veno una Aguila de mano diestra antellos, passò à la siniestra: depues passò de la siniestra à la diestra, & veno aderredor, & pososse en fomo de las menas. Comenzaron la lit, & murieron todos los Peones, que fueron con Ramiro el sobredicho, & otros muchos: & cativaron à Ramiro, & à Bartholomè, & à Estevan dos Moros, decian al uno Barabuçeyba, Alcayat de Entequera, al otro Aboacim, Adalil de Ronda. Levaronlos à Ronda, & sacaronlos almoneda. Valiò Ramiro 60. maravedis de plata: los otros 15. 15. maravedis. Metieronlos en una carcel, que havia en fondo siete brazas, & las gargantas en el cepo, las piernas en otro cepo. Sovieron assi quatro dias, que non sallieron dalli. Et depues labraban de dia sparto, & havian de dar cada dia à su Sennor dos dineros de plata, si non darles 40. azotes. Et non les daba à comer si non pan de

grama, & desto non se fartaban. Et demandaban à Ramiro muchas veces, que se tornasse Moro: & èl decie, que non lo farie; & sacaronle por esto 12. dientes de la boca. Et yoguieron en cativo diez annos. Et ellos cada dia rogaban à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que por la su mercet los sacassen daquella pena, ò los diessen la muerte. En la Era de 1323. annos. Viernes, vigilia de Santa Maria la Candelaria, al primo suenno ellos dormiendo, oyeron mui grant trueno, despertaron con grant miedo, & fallaronse todos fuera de los cepos. Yacie con ellos Donna Maria de Sevilla, que moràra à la Colation de Sant Gil. Dixo callandiello: Ramiro, yo suelta so del cepo. Dixeron todos los otros: Et nos y todo sueltos somos. Yazian con ellos Domigo Munnoz, Clerigo Missacantano de Mondeiar, & D. Gil, Clerigo Missacantano de Nebleias, Aldea de Ocanna, & Pero Miguez de Villatovar, & Domingo Munnoz de Mont-Alegre, Salvador de Villoria, Pero Diaz de Trevinno, & otros seis Christianos, Quando se vieron todos sueltos, dixieron entre sî, que su Sennor Aboacim era Encantador, & fabia mucho mal, & quel ficiera aquel trueno, & los ficiera so'tar, porque les diess otro dia muchos azotes. Despues adormieronse de cabo, & oyeron una boz mui aguda como en otro sieglo, & dixoles: Levantatvos suso Christianos, que acabada es la ora, que aqui oviestes à yazer, que yo so Santo Domingo de Silos, que me embiò esta noche Jesu Christo por vos, & itvos à tierra de Christianos. Et depues non vieron, nin oyeron nada. Quando cantò el Gallo non sabien como se fallaron en Moròn à la puerta del Castiello, todavia grant claridat ant ellos. Et ellos al Castiello legados, dixoles otra vez la boz: Fijos Christianos, daqui adelante non havedes que temer, que yà fodes en tierra de Christianos. Itvos pora Sevilla; que yo vo esta noche à Cepta à sacar otros siete Christianos de cativos, que cras los quieren descabezar: acomendovos à Dios. Non vieron mas la claridat; si non mui grant tiniebra, que non se veian las ma-

nos. Fallaron una carrera, andudieron por ella fata que fuè de dia. Quando amanesciò, fallaronse en Sevilla à Santa Justa, & Rufina. Abrieron las puertas de la Villa, & fueron oir Missa à la Colation de Santa Marina. Et depues fueron à Santa Maria la Eglesia Mayor, & fallaronse con otros siete cativos, que les havia dicho Santo Domingo essa noche, que yba por el'os à Cepia. Et preguntaronles como sallieran: & dixieronles los siete cativos, que essa noche depues quel Gallo cantàra sallieran de Cepta, & que los aduxiera alli Santo Domingo de Silos, quando amanesciò. Sicaron todos en Sevilla. Et legò este Ramiro à Santo Domingo Jueves doce dias de Abril.

Como sacò a Miguel Perez, & otros quince Christianos, de Guadiex.

En la Era sobredicha veno aqui Miguel Perez de Ubeda, & dixo: que Jueves mediado Agosto, Era de 1319. annos, que sallieron de Ubeda él, & D. Gil Ximeno, Domingo, D. Lazaro, Ybañez Blasco, Domingo Perez, Marcos, Pasqual, Nunno Garcia, Don Estevan, & otros siete Christianos yban con sus bestias mulares de Ubeda contra Quesada. Et entre el Poal de Bezerro, & Ubeda fallaronse con el fijo de Andon de Tifcar, que traya 60. Caballeros, & 200. Peones, & cativòlos todos estos sobredichos, & levòlos à Guadiex: & presentò los cinco à un su Tio, que havie nombre, Fì de Capon. Et mandò levar los otros; & metieron à este Miguel Perez en una carcel, que havie en fondo doce brazas, & en grandes fierros. Et de dia faciante labrar, de noche metianle en la carcel. Et yogò en esta pena tres annos & medio: & non le daban à comer si non pan de escandia bermeia cada dia una onza. Rogaba todavia à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que por la su mercet le sacassen daquella pena. En esto una Christiana, quel dician Maria la Baldera de Quesada,

tenia por amiga el Arrayaz de Guadiex; & conosciera un Tio de Miguel Perez ante que cativasse, & facial algunos placeres à furto: & echò à Miguel Perez en la carcel en dos panes dos limas. Un dia vigilia de Todos Santos, Era de 1323. annos, este Miguel Perez, & otros Christianos limaron los fierros, & non sabien en qual manera salliessen de la carcel. Estando en esta cueita, que havien miedo de ser descubiertos, porque havien limado los fierros, rogaron mui de corazon al nuestro Sennor Jesu Christo, & à la gloriosa Santa Maria, & à Santo Domingo, que los acorriessen por la su mercet. Vino la su mercet, grant claridat sobre la carcel: lamò la boz à cada uno por nombre, que eran 15. cativos. Dixoles: Levantatvos mios fijos, & mios amigos, que so Santo Domingo, que vengo por vos, que comido havedes el pan, que aqui aviedes à comer, que sacar vos quiero à Christianos. Los que havian limado los fierros, dexaronlos; & los otros tomaronlos. Sallieron suso de la carcel, fallaronla mui lana, & dos puertas que havien à passar, fallaronlas abiertas. Et sallieron à la cal contra la Mezquita. Vinieron à la puerta de Guadiana, fallaronla abierta, & fallieron fuera, todavia la claridat ant ellos. Andudieron fata el alva cinco leguas: arribaron à Lacra, & non vieron mas la claridat. Posaron, & sovieron alli fata que amanesciò. Depues vinieron à Quesada: sacaronles los fierros dos Caballeros, Don Lorent, & Don Pero Johan: vinieron con ellos fata Ubeda. Legò este Miguel Perez à Santo Domingo Jueves doce dias de Abril. El estando antel Altar, legò otro cativo aqui, que havie nombre Rodrigo, que era su primo, & yoguera en Almaria; & havia quince annos, que non se havian visto amos.

Como sacò a don Johan Buhon, de los Montes Claros

En la Era sobredicha veno à Santo Domingo Don Johan, un Buhon, morador en Yso, Aldea de Helim, & dixo: Que un Miercoles de Noviembre, Era de 1321. annos, que yba à comprar Grana à Socovos un Castielto de Moros, que era de la Orden de Uclés. Et passando por la Alcantariella del Rio de Segura, fallòse con Mahomat Abuchar Almocaden de Vera, que aducia consigo 12. Peones Moros; & cativò à este D. Johan, & levòlo à Velez el Blanco, metiòlo en una carcel, & yogò y cinco dias. Et depues levòlo Almaria, & vendiòlo à un Moro, que era Mercadero de Cepta, & avia nombre Hamet, por 5. doblas & media, & metiòlo en carcel; yogò y 30. dias, & depues levò o à Cepta, & morò con èl nueve dias. Et vendiòlo à otro Moro de Zalè, quel decian Brahem, por 5. doblas & media, & este Brahem levòlo à Zalè. Et del Miercoles fata el Domingo en la noche fuè vendido à cinco Sennores. La postrimera vegada fuè vendido por ocho doblas. Compròlo Audalla, levòlo de Zalè allent de Marruecos quatro iornadas à los Montes Claros, à una Puebla que facien los fijos de Miramomelin, quel dicen las Ferreiras. Morò allà seis semanas. Facianle cada dia moler trigo à brazo, & cevada, que comien, & facian los Moros cada dia de la farina conducho, que avia nombre cozcucho. Et non le daban à èl à comer si non un poco de ordio. En la Era de 1322. annos, Sabbado en la noche en el mes de Noviembre. fuesse su Sennor à otra Villa por dineros que le debian, & acomendò su casa, & aquel cativo à dos Moros sus vecinos, que le guardassen fata que viniesse. Et en esto este D. Joan rogaba siempre a Dios, & Santa Maria, & à Santo Domingo, que por la su piadat le oviessen mercet, que le aduxiessen à Christianos. Et puso en su corazon, & prometiò de ayunar nueve Sabbados en pan, &

agua. Comenzò de ayunar, & haviendo ayunado los ocho Sabbados, dixol aquel su Sennor: Johan, por què ayunas los Sabbados à pan, & agua? Dixol: Sennor, costumbre es de los Christianos, que ayunemos la aliomena, que quiere decir en algaravia vigilia del Domingo. Dixol aquel su Sennor, ve tu carrera: yo so aquel Domingo por quien tu ayunas, que te puedo facer bien, & mal; des aqui non ayunes. Dixol Johan: Sennor, yo non dexarê moler, & facer toda mi labor, que tu mandares, & non quieras, que dexe mi ayuno. Dixo el Moro, ayuna quanto quisieres, que quantos dias bivas, nunqua iràs à tu tierra. El haviendo ayunado ocho Sabbados, una noche dormiendo, apareseiol un ome, & dixol: Johan, ve tu carrera pora tierra de Christianos, que sepas por cierto, que yo so Santo Domingo de Silos, que digo esto, que los caminos, & los puertos todos los fallaràs seguros, & non havràs que temer, que Dios te ha fecho mercet, & yo non te desamparàrè. Al noveno Sabbado, que havia ayunado, à la media noche aparesciol de cabo aquel ome, & dixol: Johan ve tu carrera, porque tardas, que non has que temer, & lieva contigo la calderuela con que sirvies tu Sennor. Despertò, fallò la puerta de la casa abierta, & tomò la armella de fierro, que tenie à la pierna diestra, & sacòsela èl mismo con su mano: & alli entendiò, que Dios era con èl, & Santo Domingo. Et tomò la calderuela, & tomò un barquino que estaba lleno de lech, à sus cuestas, & salliò por un parral, & fallò una carrera, & comenzò de andar. Quando fuè el alva, arribò cerca de la mar: havie andado seis leguas. Quanto durò el dia, yogò escondido. Quando veno la noche comenzò de andar, & andudo cinco noches por ribera de la mar. Los dias yacia escondido. Al sexto dia al alva encontrò un Moro, & ovo grant miedo, que seria preso. Echò la armella, & la calderuela en una mata, & paròse en medio la carrera. El Moro venie descalzo por el arenal, & passò cerca dèl, & nol dixo ninguna cosa. Et quando amanesciò arribò à una Villa de Moros, que

havie nombre Zuzi, que es en puerto de Marruecos, & non osò entrar à la Villa, & escondiòse entre unos peniscales, & yogò y fata hora de Tercia. Et queria perder el cuerpo de set, que non havie bebido agua bieo havie seis dias. Et ovo à oio bien à media legua en un recuesto un cannaveral. & cuidò que fallaria y agua, & fuese pora èl, & fallò una fuente de bona agua dulce, & bebiò della tanto, que non se podie mover. Et fallò camas de hierba, do dormian los Moros, quando venien à bannarse aquella fuente. Et como venie cansado, echòse à dormir. En esse puerto estaban cinco naves bien havie tres setmanas, que non se podian ir, que non podian haver viento, & eran de Gascuenna & de Bayona. Et quiso Dios, & ovieron buen viento, & los Marineros vinieron por agua dulce aquel logar, & fallaron dormiendo à Johan sobredicho, & cuidaron que era Moro, que viniera por agua, & despertaronle. Et quando fablò, conoscieronle luego en la fabla, que era Christiano. Preguntaronle, como veniera alli ò como era su facienda? Dixoles como lo cativaron Moros, & quantos perig'os havia passado, & como le sacara Santo Domingo de Silos de los Montes claros. Et quando lo oyeron dieron gracias à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, dixieron: Si este cativo mostramos, embargarnos han los Moros. Ovieron su acuerdo, quel levassen escondidamente à las Naves, & ficieronlo assi. Et movieron luego esse dia, & andudieron por la mar cinco setmanas, & maguer veian muchas tierras, non podian haver terreno. Arribaron à Finibus Terræ, cuidaron haver terreno: veno un viento, & metiòlos de cabo en la mar. Et andando por ella, ovieron arribar à Sambis, que es del Rey de Inglaterra. Sallieron y à terreno, & moraron y diez dias. Et dixieron los Marineros à Don Johan, que sincasse con ellos, & quel levarien por mar à Sevilla, & que vernie depues por terreno à su tierra. Dixoles, que mui escarmentado era de la mar; & rogòles, que les non pesasse, que queria venir por terreno. Quitòse ali de los Mercaderos, & veno,—

fallò otra mar. Et entrò en la Nave con otros, & aportaron al puerto Dobra, & sallieron à tierras de Lombardia, que es del Rey de Francia. Et este Don Johan andudo en essa tierra dos iornadas, assi que legò à Picardia; conseiaronle que non passase por essa tierra, que mucho desamaban los Espannoles, & quel matarien; mas à salvo. Entrò con otros Marineros en otra nave, & arribaron al Puerto de Bruges. Estando y fallò otra nave de Castro Ordiales, & passaronle à tierra de Bretanna, & moraron en esse Puerto seis setmanas, que non podieron haver tiempo pora mover. Quiso Dios, & veno buen viento, & arribaron à Castro Ordiales, por la ribera de la mar fuè à Sanctiyague. Legò à Santo Domingo este D. Johan con la arme la, & con la calderuela Sabbado de la Trinidad 18. dias de Mayo.

Como sacò a Estevan Domingo, & a Ivaunes Domingo de la Mar

En la Era sobredicha veno à Santo Domingo Estevan Domingo de Cadiz, & dixo: Que en la Era de 1319. annos yendo en la Flota, que fizo el Rey Don Alfonso contra Algezira con ochocientos Christianos, quiso el nuestro Sennor, que fuè à tal su ventnra, que ovieron todos à padescer, si non Diego Perez de Montenegro el Golhin, que era Almocaden, & cativaronlo con estos omes Domingo Perez de Jahen, Gil Perez de Burgos, Fernant Yvanez de Sant Estevan de Gormaz, Domingo Perez de Uepte, Domingo Perez de Constantina. A estos todos cativòlos un Moro, quel dician Abdalla, Sennor de Caballeros dentro en la Yila de Algezira, & levòlos todos siete à Tarifa, & metiòlos en fierros, & en una carcel, que havia en fondo en ella nueve brazas. Yoguieron y un mes, & non les daban à comer si non figos, & passas. Depues levaronlos à Marebella, & fincaron y. A Estevan Domingo aduxie-

ronlo à Granada: sacaronle almoneda, & andudieron con èl quatro dias, que non lo podieron vender. Tornaronle de cabo à Marebella: metieronlo de cabo en los fierros, & de noche en la carcel. De dia facianle moler panizo, & mijo à brazo, & non le daban à comer si non Anifala, que tanto quiere decir como, *pan de afrecho*. Yogò en esta cueita tres annos & medio. Depues vendieronlo, & compròlo un Moro, quel dician Omar, por doce doblas. Et este Omar metiòlo luego en una carracha à èl, & à Yuanes Domingo, otro cativo que tenia; que los passarie la mar, & los levaria à Tanger, & que los descabezaria sobre la fuessa de su padre. Yendo por la mar, avian andado quanto 16. leguas, avien grant miedo, que quando legassen à terreno, serien descabezados. Comenzaron de rogar à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que los oviessen mercet, & que les acorriessen, porque non passassen la mar; si non muertos eran. Ellos yendo en aquel periglo, Sabbado vigilia de Trinidat, Era de 1323. annos, al primero gallo podria ser, aparescioles en la Carraca grant lumbre assi como un grant sol. Dixoles una boz: Como estades fijos Christianos? Levantatvos, & via vos comigo à tierra de Christianos, que yo so Santo Domingo de Silos, mensagero de Jesu Christo, que vengo por vos, porque la Fè, que fuè prometida por vos, & la Chisma, non sea perduda. En esto levantaronse: sallieron de la carracha en el agua, & sintieronla tan dura, como si salliessen en terreno. Comenzaron de andar, todavia grant claridat ant ellos, diciendoles la boz: Fijuelos andat, non ayades miedo ninguno, que yo vos guiarè. Andidieron toda la noch fata los Matines, que allegaron à Archos de Lebrixa, que bien cuidaban, que avia por mar, & por tierra 28. leguas. Quando y legaron, non era aùn de dia. Dixoles la boz: Fijos Christianos, yà sodes en tierra de Christianos, des aqui non avedes que temer, & via vos pora la mi casa, que yo esta noche irè allent la mar, à sacar de cativos otros lazrados. En esto fuesse la clari-

dat de ant ellos, qué non se veian las manos: fovieron alli fata que amanesciò. Depues fueronse pora Archos, & mofaron y ocho dias. Depues viniendo por el camino sinóse Yuannes Domingo en Ocanna. Legò Estevan Domingo con sus fierros à Santo Domingo, Sabbado vigilia de Sant Johan Babtista.

Como sacó a Domingo Bono, & a Miguel Perez, de Cepta

En la Era sobredicha veno à Santo Domingo Domingo Bono de Palma, & dixo: Que salliò de Palma un Lunes, & yba à Pennaflor por dineros quel debian; & tornandose en derecho de la Alcantariella, fallòse con Hamet Adalit de Olvera, que traya 17. à caballo. Cativaronle, & levaronle à Olvera. Otro dia Miercoles levaronle à Ronda, vendieronlo à Hamet el Truiaman por siete doblas, tovolo y quince dias. Depues levòlo à Cepta, & vendiòlo de cabo à otro Moro, quel dizian Abonaz, por doce doblas. Metieronlo en grandes fierros, & labraba de dia *alhinde*, que tanto quiere decir en algaravia como azero mui fuerte, con que calzan las espadas, & las azagayas. De noche metianle en una casa mui fonda. Yogò cativo de mediado Enero fata mediado Mayo. Et todavia acomendabase à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que le oviessen mercet, quel sacassen de cativo. Estando en esta lazeria aparesciol muchas veces Santo Domingo, & dicial: que se metiesse en la mar, que non avria que temer; & si lo ficiesse, que saldrie de cativo. Et que venie Santo Domingo, & quel ponie un pino en la mar, que la travesaba toda, & passaba por èl à terreno, & venie à Christianos. Lunes otro dia de Cincuesma lamò à otro cativo, quel dician Miguel Perez, que yacia en casa de otro Moro, & dixol aquella vision, que viera muchas veces, & que se aventurassen amos à venir. Sallieron amos à dos de

Cepta à tiempo de viesperas, & vinieron à la mar, & fallaron y un Barcho con sus rimos. Entraron en èl, & comenzaron à ribar, & andudieron por la mar doce dias, & doce noches, que nin comieron, nin bebieron, nin ovieron embargo ninguno. Acabo de los doce dias arribaron à Valencia, Villa del Rey de Aragon. Legaron à Santo Domingo este Domingo Bono, & Miguel Perez con sus fierros Lunes otro dia de San Johan Babtista.

Como sacò D. Miguel de Cetina, & otros dos, de Malaga

En la Era sobredicha veno à Santo Domingo Don Miguel de Cetina, Villa del Rey de Aragon, morador en Aguilar de Don Gonzalo Ybannez de Avinan, & dixo: Que yendo por pan de Aguilar à Ariona èl, & Martin de Carmona, & Domingo Martin de Cordova, & otros con ellos, fallaronse con Almorin Almocaden de Malaga, que aducia doce Peones, & quatro Ballesteros: cativaronlos en Montiella, un Val, que es entre Aguilar, & Ariona. El Sabbado de Pascua mayor levaronlos à Malaga; metieronlos en el cepo, el Martes sacaronlos almoneda. Vendieron este Don Miguel por 18. doblas & media: comprol Ali Alboazan, dizian su fija Fatox. Metiol en grandes fierros: de dia molia à brazo trigo, & mijo, & alhenna; & en la noche metianle en grant cepo de madero. Esto duró diez dias: & porque se redemiesse dabanle muchos azotes, & otras muchas penas. Et èl ante los muchos azotes, quel daban, ovo à pletear con su Sennor por 100. doblas, & dos Aliubas de verdescur, & dos cuchiellos de Pamplona, & desto quel daria un fijo, & una fija en rehennes. Et ovo de facer tal carta sobre si, & que la levasse el Alfaqueque à su mugier, quel embiasse los fijos. El havieudo fecho este pleito, estaba en mui grant cueita, que si los fijos metiesse en rehennes, èl non havria de que los pudies quitar tan ayna:

& si él muríes en este cómedio, que nunqua se quitarian los fijos. Comenzò de rogar lorando de los oios mui fuertemiente. & acomendarse à Dios, & à Santa Maria, & à Santo Domingo, que le oviessen mercet, & quel sacassen daquellas cueitas, en que estaba, porque non perdiesse los fijos. La oracion acabada, Sabbado 15. dias de Junio, Era de 1323. annos, aparesciol en la noche por tres veces Santo Domingo en vision, & dixol: que non temiesse, que ayna saldria de cativo. El seyendo pagado de la vision, veno, & fallò un Christiano, que era Alfaqueque, & rogol, quel dixiesse à su mugier, que non diesse sus fijos al otro Alfaqueque; que fiaba en la mercet de Dios, & de Santo Domingo, que ellos le farian ayna mercet, porque non pagasse la postura. Sabbado en la noche ante del gallo aparesciol en la Algorfa grant claridat, & dixol una boz: Miguel despierta, & anda vete comigo pora la mi casa, quel paramiento que has puesto con Alboazan, nunqua ge le daràs; nin quiere el nuestro Sennor Jesu Christo, que pierdas tus fijos por ello. En esto despertò, & dixo: Sennor, qui fodes vos, que esto me decides? Dixol: Yo so Santo Domingo el de Silos, que vengo por ti, que bien sabes, que le rogaste à Dios, & à mi, & la tu oracion fuè oìda, & acabada. Et lama tus companneros, & venit en pos mi. Sallieron Miguel, & otros dos, y descendieron de la Alsorfa por un teiado a la cal, y & fallaron muchos Moros, & Moras, que estaban à la luna, & non les dixieron nada. Et vinieron à la puerta de la Villa, & estaban los Moros velando en las torres, & non avien por dosallir. Estaban en grant cueita, rogaron à Dios, à Santo Domingo, que pues los sacara de casa de su Sennor, que los oviesse piadat, & les mostrasse por do salliessen, que non oviessen à tornar à casa de su Sennor; si non que los matarien azotes. La oracion acabada, vieron un portiello en el Adarve, fallieron por èl. Quando fueron fuera, tornaron las cabezas, non vieron portiello ninguno, & estaba todo el Adarve cerrado. Comenzaron à irse, & non podian an-

dar con los fierros, que tenian mui grandes. En la mañana encontraron un Moro, non les dixo nada. Metieronse en un monte, yoguieron y todo el dia. Quando veno la noch, comenzaron de andar: fuè luego antellos la claridat. Andudieron quatro dias, & quatro noches, que non comieron si non las yerbas, que fallaban. Despues arribaron à Estepa. Sacaronles y los fierros los Alcaldes. Legò este Don Miguel al Monesterio con sus fierros 18. dias de Agosto.

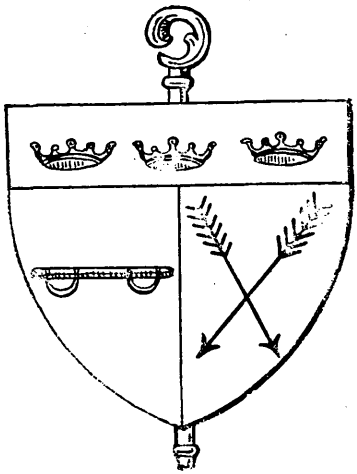
INDICE

Páginas

INTRODUCCIÓN.—Hogar en el Valle..... 9
Capítulo I.—Como los Lirios..... 19
Capítulo II.—En el Otero..... 33
Capitulo III.—Purpura Regis..... 51
Capítulo IV.—«Quies Rerum»..... 73
Capítulo V. - Real Cenobio 91
Capítulo VI.—Los Hijos del Monasterio 105
Capítulo VII.—Un alto en el camino 129
Capítulo VIII - El palomar de la Virgen 145
Capítulo IX.—Feliz Castiello 165
Capítulo X.—Halcón Real 181
Capítulo XI.—Escudo Fuerte 197
Capítulo XII.—Voz de Atalayas..... 213
Capítulo XIII.—«Duc in altum» 229
Capítulo XIV.—Fin de Rey..... 247
Capítulo XV.—El Majuelo..... 265
Capítulo XVI.—Alcázar de almas..... 285
Capítulo XVII.—La mística Granada..... 307
Capítulo XVIII.—Tras el Duero..... 327
Capítulo XIX.—«Jesús de la tarde»..... 349
Capítulo XX.—El último abrazo 361
Capítulo XXI.—Lamparita clara..... 375
Capítulo XXII.—Manto de honor 401
Los «Miráculos» de Pero Marín..... 419

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA CASA
SOCIAL CATÓLICA DE VALLADOLID,
EL DÍA 24 DE DICIEMBRE DE
1925, VIGILIA DE LA NA-
TIVIDAD DE NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO
LAVS DEO

Santo Domingo de Silos

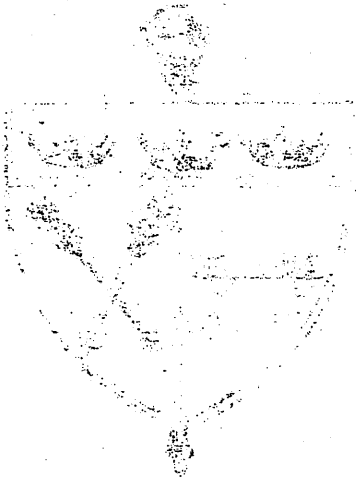


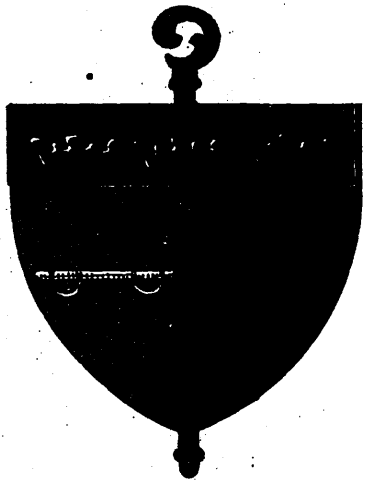
Fe de erratas

Página	Línea	Dice	Debe decir
75	4 nota	Prácticas.....	Pláticas
88	2	entre.....	ante
92	21	ilustrara.....	ilustrará
92	22	gama.....	gema
92	23	joyal.....	joyel
97	23	festines cortesanos.	festines
99	25	estrofa.....	estofa
192	16	audición.....	ambición
199	9	blonda.....	blanda
200	16	Acción.....	acción

Página	Línea	Dice	Debe decir
206	20	discrección.....	discreción
209	17	compensado.....	impensado
216	14	lóriga.....	loriga
221	4	necesitados de observancia.....	necesitados de reparación
223	12	coste.....	corte
258	11	loriga.....	loriga
277	18	ayunos.....	apuros
311	1	gran.....	pan
312	9	sublimes.....	sublima
330	16	abierto	aliento
332	13	expontáneamente...	espontáneamente
333	24	vicio.....	niño
378	13	un ágato.....	ágata
379	5	elmiracense.....	cluniacense
380	20	semestrada.....	secuestrada
386	25	devana por.....	por
395	11	de la virtud.....	es la virtud
414	3	vendabal.....	vendaval

No habiéndome sido posible corregir por mí mismo las pruebas, recojo aquí las erratas de imprenta más notables. El buen sentido del lector rectificará la puntuación, en especial las comas intempestivas colocadas después del sujeto, y otras que sobran y algunas que faltan.





UNIVERSITY OF CHICAGO
36 934 073

BX
4700
.D65A4

Alcocer
Santo Domingo
de Silos.
1022716

5/15/33
Dr McNeill

2- 11996

BX4700
D65A4

1022716